

A portrait of Hermann Tertsch, a middle-aged man with wavy, graying hair and glasses, wearing a dark jacket over a light blue shirt. The background is blurred, showing what appears to be a bookshelf.

se

La agitada peripecia personal
del autor en los años negros
del zapaterismo

Hermann TERTSCH

LIBELO CONTRA LA

Lectulandia

Este libelo es un desahogo airado, una forma de expresar la indignación acumulada en años que ha pasado el autor observando y comentando los disparates y las insensateces que jalonan los años de gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero.

Son las reflexiones de un hombre atónito ante las tropelías de esa secta que secuestró al PSOE, lo llevó al poder en marzo del 2004 gracias a unas jornadas traumáticas para España y desde entonces gobierna azuzando a media España para hostigar a la otra media.

Relata su agitada peripecia personal en estos años negros en los que comisarios políticos y agitadores de la izquierda sectaria han intentado hacerle callar. Y revela, con una visión histórica amplia, las claves de la gran mentira de un gobernante «tan iluminado como tóxico» que tanto daño en tan poco tiempo ha hecho a nuestro país.

Lectulandia

Hermann Tertsch

Libelo contra la secta

**La agitada peripecia personal del autor en los años negros del
zapaterismo**

ePub r1.0

Titivillus 13.09.18

Título original: *Libelo contra la secta*
Hermann Tertsch, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hija María
A mi madre Felisa

INTRODUCCIÓN

España ha entrado en una deriva grave y peligrosa. Dicho de otra forma: España está hecha un asco y nadie con cierta lucidez negará que aún puede empeorar su situación. Nadie, ni dentro ni fuera de nuestras fronteras, niega ya la profunda preocupación ante un deterioro general de los índices básicos que determinan nuestro futuro previsible, desde la prosperidad y la competitividad a nuestra convivencia interna y cohesión social, credibilidad y probidad; desde el respeto a nuestra identidad y nuestros valores a la percepción de nuestro papel en un mundo vertiginosamente cambiante. Para que nos entendamos: en seis años de gobierno disparatado, de ocurrencias, de visiones y aventuras, de mentiras y gracias gratuitas, José Luis Rodríguez Zapatero ha logrado transformar un país modesto pero prometedor en un páramo cubierto por las ruinas de las esperanzas de millones de españoles, en una inmensa escombrera en la que reposan los proyectos y sueños de un par de generaciones de españoles.

Llegó al poder gracias a un golpe de suerte que para los demás fue una tragedia. Aquello ya no era muy buena señal. Pero lo habido desde entonces supera toda la capacidad de profecía negra de los peores agoreros. Cabalgando sobre sus lemas de la transformación benéfica y simpática, de la bondad universal y una ética y estética de adolescente, Zapatero nos ha estropeado definitivamente la entrada en el milenio. La montaña de loza rota se eleva hasta el cielo. Ahora que existen indicios de que nuestro caudillo «tontiloco» fracase en su intento de perpetuarse y caiga a las profundidades del basurero de la historia, los españoles -pero no sólo ellos- buscan con razón el cómo de tanto disparate y daño innecesario.

Resulta realmente tremendo lo acontecido. En unos momentos en los que el planeta se enfrenta a inmensos retos, con situaciones insólitas y protagonistas cambiantes, España se hallaba hace menos de una década, en una situación muy favorable para asumir un destacado papel en el reto de hacer de Europa un actor y no un paciente en el siglo XXI. Como nunca en tres siglos de su historia, España, madura después de más de tres décadas de democracia, parecía haber enterrado definitivamente la condena que la había llevado, una y otra vez, a ser víctima de sí misma. Cuando comenzó este milenio se hablaba del «milagro español» que venía a completar en el terreno económico y cultural la «historia del éxito español» (*the spanish success story*) que había comenzado con una transición política admirada por todos. Y ejemplo para muchos países, en Latinoamérica y la Europa oriental, en su propio acceso a la democracia. Una década después tan sólo estamos sumidos en la mayor crisis española desde la Guerra Civil. Las generaciones jóvenes de españoles que dan el salto a la madurez comienzan a ser conscientes de que son los primeros,

nada menos que en setenta años de historia española, que vivirán peor que sus padres.

Este librito, un libelo en la vieja tradición, se puede tachar, descalificar o valorar también como un panfleto. No aspira a ser un análisis político. Ni un relato objetivo de los acontecimientos. Y en ningún momento pretende ecuanimidad o imparcialidad. Ni siquiera aspira a ser justo, porque eso requeriría una pormenorización de los acontecimientos y de sus protagonistas que no se plantea. Les presento aquí un ejercicio perfectamente malintencionado y por supuesto vengativo. Consciente de que no podrá compensar en nada los daños que ha infligido el protagonista a la nación y a su ciudadanía, al menos reclama el derecho a una pataleta y el mínimo consuelo de permitirse un aviso para cuando todos los desafueros habidos acaben siendo reconocidos hasta por los cómplices del torpe intruso en la historia de España que es Zapatero. Es éste un escrito abiertamente hostil y airado contra quienes nos gobiernan desde hace casi siete años, y a quienes hace responsables de la situación en la que se encuentra hoy nuestra patria. El autor parte de la convicción de que es casi imposible hacerle más daño a una democracia estable y moderna del que le han infligido en España los actuales gobernantes bajo la dirección e inspiración de José Luis Rodríguez Zapatero. Desde la Guerra Civil nadie ha destruido tanto y ha creado menos por el bien de la nación que juró defender cuando asumió el cargo. Probablemente haya que remontarse a Fernando VII para encontrar una figura tan nefasta en el gobierno de España.

Desde hace ya más de un lustro, el autor viene repitiendo en sus artículos y comentarios radiofónicos y televisivos una frase que resume bien su valoración de Rodríguez Zapatero caudillismo que impuso primero en el Partido Socialista y después en el gobierno de la nación: «Nadie en tiempos de paz es capaz de hacer tanto daño en tan poco tiempo».

Este libelo —en su acepción original un escrito breve o un cuaderno de reflexión personal— no difama a nadie pero expone sin recato la indignación de su autor por la política llevada a cabo por un gobierno socialista con la ayuda de los nacionalismos periféricos desde su llegada al poder el 14 de marzo de 2004, gracias a unas elecciones que España celebró totalmente traumatizada por el atentado del 11-M tres días antes. Si aquellos comicios fueron en sí anómalos por el contexto en que se celebraban, anómala ha sido toda la forma de gobernar España desde entonces, y los resultados nos han llevado siete años, y otras elecciones después, a una permanente anomalía que cada vez nos aleja más de las democracias de nuestro entorno europeo. Sin cuestionar la legitimidad de las victorias socialistas de 2004 y 2008, lo cierto es que ambas se han producido en un marco de turbias mentiras y ocultaciones, acoso a las instituciones y forcejeo con las leyes. Y en su forma de gobernar han demostrado su falta de respeto a la Constitución y a las instituciones que de ella emanan, su desprecio a todos los españoles que no los vitorean o se pliegan a su dictado, su voluntad intimidatoria y su vocación autoritaria. Hoy está claro que triunfe o fracase con sus intenciones, Zapatero y su generación de socialistas radicales han dejado una

huella en nuestra sociedad que amenaza con ser indeleble. En el mejor de los casos, si la sociedad española es capaz de emprender un camino de regeneración política y moral, la tarea será ardua. Llevará generaciones, no sabemos cuántas, construir de nuevo una sociedad ilusionada, solvente y libre sobre un páramo de precariedad económica y social, indolencia, incultura, abuso y arrogancia, zafiedad y desprecio a las instituciones y las tradiciones, a los sentimientos de los ciudadanos y a su privacidad.

Este escrito es, en resumen, poco más que un desahogo airado ante una situación intolerable y, sin embargo, tolerada con una resignación general de los españoles que resulta desesperante. ¿Cómo es posible que hayamos llegado a esta situación sin que nadie haya sido capaz de articular una respuesta contundente, un «¡basta ya!» rotundo que impidiera tanto desafuero? ¿Por qué no ha habido una oposición real, una fuerza defensora del espíritu de la transición y la Constitución que hiciera frente a ese mensaje tóxico de la radicalidad del experimento social, del pensamiento mágico del totalitarismo benéfico y de la mentira y la impostura como sustento del mismo? No hay respuesta unívoca.

Lo que debiera estar claro para todos es que el gobierno actual quiere modificar nuestro sistema de vida, nuestra realidad y nuestra voluntad para imponernos un régimen político y social que no es el que juntos todos nos dimos en la Constitución de 1978. El autor de este libelo está convencido de que esta intención es una amenaza para nuestros derechos y libertades. Por eso proclama aquí su condición de adversario radical e irreconciliable de quienes considera, más allá de ineptitudes, mentiras y vilezas, enemigos de la libertad.

Una enumeración y valoración exhaustivas de los desmanes de este gobierno adquiriría las dimensiones de la Enciclopedia Británica. Este texto sólo quiere expresar el asombro, la estupefacción, cabría decir, del autor ante los disparates de la gestión zapaterista y la indolencia o inconsciencia con que ha sido tolerada tanto tiempo por los españoles. Sólo pretende expresar el enfado ante las pretensiones totalitarias del pensamiento débil, el pesar por el desmantelamiento de todo el andamiaje cultural, sentimental y moral de la sociedad española, y el lento pero al parecer imparable socavamiento de nuestras instituciones. Creo que expreso la indignación de muchos españoles, asustados ante este gobierno y defraudados por esta oposición que no ha sido capaz aún de dar la batalla de las ideas contra este adversario que no quiere gobernar bien, sino transformar nuestro país y nuestro sistema político en un régimen que les guste a ellos. Sólo lo último es ya una amenaza que se nos antoja la peor de las marabuntas.

En fin, aquí tienen estas modestas reflexiones de un español atónito ante la facilidad con que una tropa de incapaces está minando nuestra convivencia, pero que aún tiene la esperanza de que los españoles impidan la inmensa tropelía histórica que comenzó con la llegada al poder de este caudillito tan mediocre como malo, tan iluminado como tóxico. Hemos superado grandes calamidades en nuestra historia.

Esperemos superar también ésta. Si lo conseguimos, nuestros nietos verán el zapaterismo como un desgraciado accidente. Si fracasamos, nuestros nietos vivirán en un régimen que nada tendrá que ver con nuestra democracia actual. Y a lo peor se parecerán a Zapatero y a su tropa. Como ven, nos jugamos mucho.

LIBELO CONTRA EL DESMÁN

—Has sido desleal con el periódico y le estás perjudicando. Por eso hemos decidido [la dirección de *El País*] que tienes que abandonar las colaboraciones externas. Y no sólo las de Telemadrid. Todas las colaboraciones externas. Porque si sigues en Onda Cero con Carlos Herrera seguirás diciendo lo que opinas. Sería más de lo mismo.

Estas palabras que me dirigía con gesto muy adusto Vicente Jiménez, ya director adjunto del diario, marcaban el comienzo del fin de mis veintidós años de vinculación profesional con *El País*. No me sorprendió demasiado. Sabía que los nuevos mandamases me consideraban ya una carga insoportable y que muchos clamaban por callarme. Periodistas sin pasado se habían hecho con las riendas del periódico. En realidad eran comisarios políticos cuya labor era menos buscar y contar noticias que vigilar los contenidos, dirigir la agitación contra la oposición, articular la defensa de la acción del gobierno y ejercer de enlace con el Ministerio del Interior, con La Moncloa y con la sede socialista de la madrileña calle de Ferraz. Estaba claro que en ninguno de esos sitios tenía yo muchos amigos. Una semana más tarde, corría el mes de marzo de 2007, el presidente del Grupo Prisa, Jesús de Polanco, ya estaba en disposición de confortar a sus accionistas —entre los que había algunos muy interesados en ello— con la noticia de que mis días en el diario estaban contados.

«La contradicción [Tertsch] ya ha sido superada. Lo comprobarán en las próximas semanas, tanto usted como los lectores». Así respondía don Jesús a la pregunta de un accionista muy hostil a mí, que consideraba una vergüenza que escribiera en el periódico alguien como yo que criticaba al gobierno y discrepaba tan claramente de la línea editorial desde Telemadrid, la televisión de la Comunidad de Madrid.

Telemadrid. Hacía ya unos años que yo acudía con cierta regularidad al programa de debate político «Madrid opina», dirigido por Ernesto Sáenz de Buruaga. No intuía yo entonces el importante papel que esta cadena pública de la Comunidad de Madrid empezaba a desempeñar en mi futuro. Ya muchos meses antes había tenido el primer aviso de que se me vigilaba de cerca en la redacción de «la casa» por mi presencia en «Madrid opina». Los «Jóvenes Turcos» —como los llamo por no utilizar el más drástico «Jmer Rojos»— ganaban continuamente terreno, influencia y cargos desde la llegada de Zapatero a la dirección de PSOE. En el partido y simultáneamente en la redacción de nuestro periódico. Miguel Yuste y Ferraz, otra vez plenamente unidos en su suerte. Esa nueva generación de socialistas, caracterizada por su escasa cultura y preparación pero ante todo por su extrema ideologización, su radicalidad antiliberal y su primitivo retorno al concepto de la lucha de clases, al odio a las tradiciones, a la Iglesia y a lo que vuelven a llamar oligarquía, que es toda la burguesía salvo, por supuesto, las nuevas grandes fortunas que financian, allí donde no llega el dinero público, la fiesta permanente del bien llamado «pijo-progresismo».

Parece una gamberrada de la historia, un absurdo, pero de repente, es cierto, volvemos a tener un movimiento socialista no reformista, sino emancipador, que busca el «nuevo amanecer» que acabe con las injusticias del capitalismo. Estos jóvenes Turcos no se consideran herederos del felipismo. Lo consideran por el contrario, y aunque no lo digan, uno de los responsables de que la transición se hiciera sin ruptura y sin represalias contra el bando vencedor de la Guerra Civil. Creen llegado el momento de ajustar cuentas en España e imponer un régimen inspirado no en la transición, sino en la Segunda República.

Meses antes del ultimátum del director adjunto ya me habían intentado liquidar profesionalmente algunos miembros destacados de esta tropa de jóvenes redactores tan motivados por la adrenalina ideológica y el olor a poder. Todos con fuertes vínculos en el Partido Socialista, se sentían llamados a combatir todas las desviaciones y discrepancias con la nueva línea dura de cero tolerancia al enemigo, siendo éste todo discrepante. Un día llegaba yo a trabajar a media tarde a la antesala de los despachos de la planta tercera, cuando las secretarías de Dirección y Opinión me avisaron de que habían subido varios miembros del Comité de Redacción que me buscaban con insistencia. Ya estaba sentado en mi despacho dispuesto a comenzar un editorial cuando recibí la visita de uno de estos personajes. Me dijo que lo sentía mucho, pero que estaba obligado a comunicarme que yo había sido denunciado ante la Dirección por deslealtad y por atacar la línea editorial del periódico con el agravante de haberlo hecho desde Telemadrid.

Esta cadena, que combate continuamente las versiones manqueas y dominantes del socialismo izquierdista en los medios, es una de las «bestias negras» para esta nueva hornada de revolucionarios de despacho y de largo almuerzo con el poder. Por aquel y otros muchos motivos, esa cadena televisiva es un enemigo a destruir por todos los medios posibles, incluido el sabotaje, la amenaza y la intimidación. Cuentan con suficientes fuerzas dentro de la plantilla. Organizadas en sindicatos que utilizan un lenguaje propio de la década de 1930. Como también es objeto de un odio perfectamente irracional la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre. El izquierdismo radical del socialismo zapateril no puede soportar su éxito, porque es la adversaria que con mayor fuerza y coraje combate al socialismo en el campo de las ideas. No le perdonarán jamás que gane las elecciones con un lenguaje abierto en el que reta y combate a la izquierda en el campo de batalla de las ideas. Como no le perdonarán nunca que todas las campañas e investigaciones lanzadas por socialistas madrileños o el gobierno nacional, con todos los medios imaginables, nunca hayan podido encontrar un punto débil por el que comenzar la destrucción del indudable liderazgo de Aguirre en la Comunidad de Madrid.

Volvamos a mi despacho en aquella primavera de 2007. Allí estaba yo, en parte estupefacto y en parte divertido, frente a un máximo representante de la nueva ortodoxia. Estos jóvenes periodistas que se creen abanderados de la lucha por la libertad de prensa me habían enviado un mensajero para amenazarme con

consecuencias profesionales por el tremendo delito de haber expresado mi opinión. Lógicamente, pregunté por el inductor de la denuncia y el contenido concreto de la misma. Me dijo que no podía decirme quién me había denunciado.

—¿Entonces me estás diciendo que en este periódico se hacen ya denuncias anónimas?

—No puedo decirte quién fue.

—Pues entonces estamos ya como en la redacción de la *Frankfurter Allgemeine* en 1933.

Es decir, tras la toma del poder por Hitler. El escritor y periodista Joachim Fest, ya fallecido —y al que tuve el honor de tratar durante sus últimos años de vida y cuyo último libro, el magnífico testimonio de resistencia al nazismo *Yo no*, presenté en Madrid y Barcelona—, describe muy bien esos momentos en los que los camisas pardas de la SA entran en la sede del periódico y amenazan, con periodistas nazis, a directivos y redactores no afines. A partir de ese momento se instauró en aquel venerable rotativo alemán la denuncia anónima como principal instrumento para imponer el miedo y la autocensura. No equiparo los dos acontecimientos, pero el paralelismo es evidente. Creo recordar que algo le dije de Joachim Fest. Pero es de suponer que el nombre le sonaría a futbolista alemán. Estos chicos se saben normalmente los nombres de todos los miembros del aparato socialista, hasta de los del tercer y cuarto rango. Con ellos confraternizan y se tutean, con ellos tienen esa complicidad de quienes se saben remando en la misma barca. Fuera de su mundo no conocen nada y nada les interesa. Los nombres más destacados e incluso legendarios de la prensa extranjera les son tan desconocidos como la cultura en general, da igual que los nombres sean Dante, Tintoretto, Gropius, Goethe o Whitman. Pero son estrechos compañeros de entusiasmos de Bibiana Aído y Leire Pajín, íntimos cómplices de Pepe Bono o Pepiño Blanco, jaleadores incansables de Pedro Zerolo y defensores de las capacidades técnicas de Maleni Álvarez. Y obsequiosos interlocutores de Rubalcaba, ese Fouché de andar por casa, una especie de «Alí el Químico» del régimen que todos ellos esperan crear sobre los escombros de la España constitucional emanada de la transición.

Recibí muchas más visitas poco agradables, una de ellas de todo el Comité de Redacción. Con mucha solemnidad. De pie frente a la mesa de mi despacho —yo permanecí sentado— me comunicaron que no podían evitar que la denuncia prosperara. «Hay que respetar el estatuto de redacción». Pobrecillos, con lo que me quieren todos y no han podido evitar aquella denuncia. Recuerdo haber pensado que tiene gracia el hecho de que el izquierdismo neoprogre otorga, como el islam, bula a los fieles para mentir a quienes no lo son. Son mentiras para una buena causa, luego justificadas. También sucede en diversas tribus de la raza gitana. La probidad y la honestidad sólo se exigen en el trato en el seno de la secta. A esto han vuelto nuestros progresistas de hoy en España. Casi cien años después de la ruptura del socialismo con el comunismo, nuestros socialistas dan un salto atrás en la historia y asumen

como propios los instrumentos del bolchevismo. Algunos no deben de saberlo aún. Otros, sin embargo, trabajan muy conscientemente en la transformación del socialismo democrático en una fuerza que lleva hacia una sociedad utópica. Para un fin tan glorioso todo sacrificio es poco menos que nada.

Les dije que todo lo que estaba ocurriendo en mi despacho me parecía insólito y les pregunté si no les daba vergüenza hacer el ridículo con esta defensa de una denuncia anónima, esa figura repugnante que revela miedo y odio a la libertad de expresión. Además de cobardía. No contestaron, pero era evidente que vergüenza no sentían ninguna. Y a lo largo de estos años ya tengo la certeza de que la nueva tropa izquierdista tiene el mismo sentido del ridículo que del humor, es decir, ninguno. Su mundo es tan chato, pequeño y plano que impide sentimientos que vayan más allá del estricto juicio sobre el ganar o perder. Es bueno lo que nos beneficia a nosotros y malo lo que beneficia al enemigo. Yo era el malo y había que perjudicarme para otorgar un nuevo triunfo a las buenas ideas y sentimientos de los que ellos se consideran portadores.

Entonces no pudieron aún hacerme todo el daño que querían. La denuncia anónima no prosperó. No lo hizo porque aún era director del periódico Jesús Ceberio. No he hablado nunca con él al respecto. Gran amigo durante años, para entonces ya nos habíamos distanciado mucho. Y estoy seguro que mis columnas en *El País* y mis intervenciones en Onda Cero y Telemadrid no le hacían ninguna gracia. Pero Ceberio era un periodista de la vieja escuela, que creía —y espero siga creyendo— en el talento individual más que en la subordinación del individuo a una causa. Y por carácter estoy seguro de que despreciaba este intento de lincharme en la redacción por expresar mis opiniones. Según pude saber de forma indirecta, Ceberio les había escuchado, después les comentó algo sobre mi labor en el periódico y mi carácter algo «especial», y dio por terminada la reunión. Y después conocí la causa de la denuncia anónima y supe quién la había hecho.

El instigador es un redactor muy mediocre que probablemente se prometía algún rédito de su alarde de fervor militante. Me denunció porque yo había dicho en un programa matinal de Telemadrid, El Círculo a primera hora, que presenta y dirige Ely del Valle, que, sin apoyar ninguna de las tesis conspirativas, yo albergaba —y sigo albergando— muchas dudas sobre el trasfondo real de ese atentado que cambió el rumbo de España de forma dramática. Las infinitas contradicciones que no fueron resueltas en el juicio y las muchas interrogantes que despierta la actuación de la policía durante el proceso de investigación, me obligan, por rigor intelectual, a dudar. Cuando me enfrentaron a este reproche o acusación de deslealtad —no querían utilizar la palabra «traición», pero estaba claro que de traición hablaban— me limité a replicarles que yo dudaba de muchísimas cosas. Alguien que, como yo, ya cruzado ampliamente el umbral de los cincuenta, tengo dudas sobre la existencia de Dios, sobre mí, sobre mi forma de vida, sobre la de los demás, sobre el trato y las relaciones humanas... ¿cómo no iba a tener dudas sobre un acontecimiento trágico y

oscuro, nunca suficientemente explicado, que tan claramente benefició a unos españoles en perjuicio de otros? Dudar es imprescindible para cualquier ser humano, pero doblemente inexcusable en un periodista que se respete.

Mis dudas sobre la versión que nos impusieron del 11-M, éstas sólo aumentaron cuando comprobé cómo trataba el poder surgido de aquella catástrofe a todos los que cuestionaban la versión oficial de los hechos. No hablo de quienes ofrecían una versión de los hechos aún más inverosímil que la oficial. Me refiero a todos los que osaron manifestar que las investigaciones debieran proseguir, dado que las explicaciones dadas no eran suficientes. Aunque sólo fuera para eliminar la sombra de la duda que desde entonces planea sobre todo el caso 11-M. Pero el poder —y con él, *El País*— declaró anatema todo aquello que sugiriera siquiera la necesidad de mayor transparencia. Y utilizaron toda su artillería mediática para descalificar y difamar como fascistas y golpistas a todos los que se atrevían a decir que no les convenía la verdad oficial sobre el 11-M decretada por el gobierno. En eso quedó mi primer choque frontal con el nuevo poder de la tropa sectaria de los jóvenes Turcos, en avance permanente dentro del periódico y perfectamente coordinados con los que hacían otro tanto en Ferraz y Moncloa. Les dije que ninguna intriga de comisario político ni mil visitas de delegados de camadas pardas como ellos me harían renunciar a la duda. Ni a mi derecho a expresarla. Después se hizo un silencio, se escuchó un poco convencido «Lo lamentamos», y los miembros del Comité de Redacción —en funciones de intimidación— salieron de mi despacho en fila.

Meses más tarde, sin embargo, las cosas habían cambiado. Ceberio ya no era el director. Lo había sido desde 1993, cuando junto a él fuimos nombrados subdirectores de Información y Opinión Félix Monteiro —que acabaría de secretario de Estado de la Comunicación de Zapatero— y yo respectivamente. Ceberio había sido nombrado director en contra de la preferencia de Cebrián, que era Javier Valenzuela. Hoy resulta muy gracioso recordar que en su momento se dijo que Jesús Ceberio sería un director de transición. Mas de trece años estuvo en el cargo este gran profesional, vasco malencarado y rudo, pero con más periodismo y sentido común en la cabeza que todos los jovencitos funcionarios del izquierdismo que intentaron después cubrir su hueco. Y muy en vano. Su puesto lo ocupaba Javier Moreno, un hombre elegido por Cebrián, cuya fundamental aportación al periodismo había sido la criba de la plantilla del diario económico de Prisa, Cinco Días, y un par de meses de corresponsal en Berlín. No porque supiera mucho, poco o algo sobre Alemania y Centroeuropa, sino porque habla algo de alemán.

No puedo decir mucho de este director porque realmente no se le conocen decisiones de importancia que no se atribuyan a Juan Luis Cebrián. Sí puedo decir que desde su llegada a la Dirección, en la tercera planta, las relaciones humanas se deterioraron aún más en la redacción y siguieron haciéndolo después de mi partida, tal y como he ido sabiendo de aquellos periodistas aún en *El País* que mantienen contacto conmigo. Aquello ya no era el tradicional Kelvinator, marca de frigorífico y

nombre con el que Javier Pradera solía definir el gélido trato que otorgaba Prisa a sus empleados, bien pagados pero siempre despreciados por una impronta déspota que se atribuía a Cebrián. Era mucho peor. Juan Luis siempre había infundido temor por sus frecuentes ataques de ira y su habitual trato despectivo y arrogante hacia sus subordinados. Todos agradecían en la redacción que ese carácter tan brillante como complicado del primer director no se prodigara por la calle de Miguel Yuste y estuviera ocupado en cuestiones de mayor enjundia en su despacho del número 32 de la Gran Vía.

O en la Real Academia de las Letras, a la que había llegado porque este país es como es y la RAE muy realista. Si hubiera entrado en su momento únicamente Luis María Anson, los académicos no sólo habrían perdido la generosa cobertura informativa del diario generalista de mayor difusión y penetración en su día —ya no— en los sectores intelectuales de peso, sino que se habrían granjeado una hostilidad peligrosa para la propia RAE y para sus miembros. Como los académicos parece que son muy cultos, pero está muy claro que muy pocos en su historia han tenido mucha madera de héroes, llegaron a aquella salomónica decisión de dar entrada a Anson y a Cebrián. Que estos dos nombramientos en la RAE produjeran mucha perplejidad no es sorprendente. Pero cosas más raras se verían muy pronto en este país, y si entonces algunos pensaron que aquel listón se había puesto bajo para el acceso a tal dignidad, hoy ya nada puede sorprender cuando vemos la composición de un Consejo de Ministros que en ocasiones parece un aula de fríakis.

Los tiempos cambian, y hacía tiempo ya que no había que ser Menéndez Pidal, Pío Baroja o Pérez Galdós para entrar en el templo de los que pretenden dar esplendor a nuestra lengua. Lo cierto es que Cebrián era mucho más empresario y académico que periodista. Como mano derecha de Jesús Polanco se había erigido en el demiurgo de la permanente expansión de Prisa para hacer realidad el sueño febril del gran empresario cántabro de convertirse en el Rupert Murdoch del mundo mediático hispano. A la redacción, todos esos altos vuelos le eran perfectamente ajenos, pero sin duda agradecía que mantuvieran alejado de Miguel Yuste a aquel hombre tímido y hosco que nunca solía traer buenas noticias.

Aunque yo sí he recibido una gran noticia de Cebrián en mi vida: mi nombramiento como corresponsal en Bonn, lo que siempre le agradeceré por decepcionante que me pueda parecer su evolución posterior lejos del periodismo. Cada uno es muy libre de equivocarse como quiera, pero lo cierto es que la brillantísima trayectoria periodística de Cebrián ha quedado eclipsada por una gestión empresarial que resultó catastrófica para los propietarios. Y que está íntimamente relacionada con el declive del que fue durante mucho tiempo el mejor y más rentable periódico de España, y hoy es poco más que una gaceta de la militancia socialista, bien editada pero carente del más mínimo talento, y repleta de empleados, periodistas o no, condenados a pensar todos los días en cómo esquivar el paro.

Lo cierto es que con la salida de Ceberio y la llegada de Moreno y sus hombres de confianza se impuso en la redacción un miedo difuso en constante crecimiento. Cada vez eran más los redactores que cerraban las páginas web que leían cuando un mando pasaba por detrás de ellos y podía ver sus pantallas de ordenador. Cada vez eran más los convencidos de que todo su correo electrónico estaba intervenido. Cada vez se hablaba más bajo en aquella gran nave diáfana de la segunda planta de la «casa» de la calle de Miguel Yuste. Cada vez era más frecuente que algún interlocutor interrumpiera abruptamente una conversación tras un escueto «¡Cuidado!», al advertir la cercanía de algún oyente no deseado. Se fue imponiendo la norma no escrita de que nada fuera realmente debatido, ninguna decisión editorial, ningún cambio de tarea o destino y, fundamentalmente, ninguna opinión sobre la política nacional. Las reuniones de editoriales en la tercera planta, en las que participaban todos los martes unas veinticinco personas entre mandos de la redacción y académicos o intelectuales cercanos a la empresa, se convirtieron pronto en una caricatura de una reunión de cualquier partido bolchevique. Los supuestos debates eran tal mascarada que muchos asistentes que no eran miembros de la redacción comenzaron a ausentarse cada vez más asiduamente hasta dejar de asistir por completo. Estas reuniones tenían originariamente el sentido de debatir y establecer el previsible orden de aparición de los editoriales de la semana y el contenido de los mismos. Digo que tenían originariamente o tuvieron en el pasado, porque si con el fuerte carácter de Ceberio en ocasiones se sabía que discutir con él era inútil, con su sucesor allí dejó de discutirse nada. Los diferentes redactores jefe de sección cantaban sus temas previstos y el director pedía opiniones. Pronto se percataron todos de que, aunque las pidiera, no creía necesitarlas. Al principio hubo aún algún despistado que pensó que podía aportar una visión distinta a la expresada por los elementos cada vez más ortodoxos del izquierdismo sentados en aquella larga mesa de madera clara, en aquella sala alargada repleta de trofeos concedidos a *El País* por su incansable lucha en defensa de la libertad de expresión. Eran inmediatamente acallados por un bombardeo de opiniones que eran una y la misma y dejaban clara cuál era la posición que tenía que tomar el periódico en la cuestión supuestamente debatida. Allí sólo surgían aportaciones heroicas para ayudar a las tesis vencedoras. Y éstas se pueden resumir en la caricatura muy aproximada de que la oposición era culpable de todo y el gobierno hacía bien en buscar tan buenas soluciones y cosechar tan excelentes resultados.

Pronto me quedé solo. Como un Pepito Grillo que, supongo que por antigüedad en la casa, por mi manifiesto desinterés en promoverme ya para ningún cargo y por mi carácter, planteaba una y otra vez objeciones a una línea editorial cada vez más marcada por estos mensajes de la línea dura ideológica que surgía en el Partido Socialista y se simplificaba y tergiversaba de forma grotesca toda la realidad nacional. Una y otra vez planteaba perspectivas distintas o contrarias a la expuesta como la idea oficial. Muchos me han dicho desde entonces que allí, en aquella larga

mesa rectangular, consciente o inconscientemente, yo había ido creando las condiciones para que mi expulsión fuera inevitable. Puede que inconsciente mente. Pero en todo caso yo me limitaba en esas reuniones a expresar mi opinión, que era para lo que oficialmente se nos llamaba. Sabiendo, por supuesto, que ya importaba poco. Se me escuchaba con la displicencia con que se oye lo previsible de boca de alguien incorregible. Después, alguno de los cancerberos de la pureza descalificaba mi opinión como desviación derechista cercana al Partido Popular.

Para entonces el PP ya no era un adversario político con objetivos en conflicto con el ideario político del periódico: era un enemigo al que había que combatir sin darle cuartel. Y a ser posible expulsarlo del sistema. Ya era habitual hablar de liberales y conservadores como «derecha extrema» o «herederos del franquismo». Era el lenguaje de los recién llegados y de los trepas de oscuros puestos en la redacción, que de repente se expresaban con inmensa contundencia y un aplomo que no respondía en absoluto a un prestigio o trayectoria dentro del diario. Venía, estaba claro, delegado de fuera. Frente a esa rotundidad de los principios socialistas radicales, que se habían convertido de repente en «la línea editorial de siempre en este periódico», no había discusión ni debate posibles. Compartir alguna opinión con una oposición que se tachaba de miserable y poco menos que de quintacolumnista le hacía a uno sospechoso de inmediato. A mí me traía ya perfectamente al paio. Pero aquellos que tenían dudas optaban por un prudente silencio que me dejaba siempre solo.

Estaba claro que el relevo generacional se había producido y que traía consigo un profundo cambio ideológico. Mejor dicho, una radical abolición de los valores humanistas cuya defensa había sido, si no para todos, sí para muchos profesionales, el principal activo del periódico. Los históricos del periódico, cercanos o no al felipismo pero firmes defensores de la transición y la Constitución de 1978, habían perdido toda influencia real en la línea editorial y en el mensaje a transmitir por medio de una información, especialmente en su sección nacional o de política interior, cada vez más sesgada y obscenamente manipulada, desde su titulación hasta la última frase. Allí estaba la nueva generación del socialismo en ofensiva, con toda su subcultura del izquierdismo sectario e inculto de asamblea de barrio, para los que la verdad sólo tiene sentido si rema en el sentido apetecido y la realidad es perfectamente modificable para adecuarla a los intereses puntuales no ya del periódico, sino del movimiento socialista. Un término aberrante que demuestra cuán lejos se haya el zapaterismo de la socialdemocracia europea.

Los llamados «históricos» del periódico, muchos de ellos miembros de la plantilla fundadora que sacó aquel primer número mítico el 4 de mayo de 1976, seis meses después de la muerte de Franco, se dejaron desplazar sin presentar batalla. Muchos de ellos se esforzaron mucho —algunos incluso con éxito— en demostrar a los nuevos «dueños de la palabra y la idea» que ellos eran capaces de adaptarse a las nuevas circunstancias y asumir su papel de subalternos a cambio de un trato razonablemente

digno para los años que les quedaban para la jubilación. Otros se decidieron directamente por la jubilación anticipada, unos más dolidos que otros, pero creo que todos frustrados por la deriva del periódico y especialmente por el nivel de los miembros de la Dirección que habían tomado las riendas, intelectual y profesionalmente un desecho de tonta comparados con quienes habían ostentado estas responsabilidades los treinta años anteriores.

Los nuevos socialistas del zapaterismo, coordinados, hiperactivos y, ellos sí, sin dudas en su primaria lucha ideológica, habían logrado sus objetivos tanto en el periódico como en los órganos directivos del Partido Socialista, en el gobierno y las instituciones. Es un nuevo tipo de socialista sin complejos académicos ni pudo res intelectuales. Son los que creen firmemente que la transición fue una imposición más del ejército, de la Iglesia y la derecha para garantizar la continuidad parcial del franquismo y la impunidad del mismo. En ese sentido comparten la teoría que todo el ultraizquierdismo, incluido el movimiento *abertzale* y la propia ETA, han mantenido siempre. Tiempo habrá para que los historiadores investiguen cómo esta visión sectaria de la historia que parecía definitivamente marginada a grupúsculos residuales y antisistema fue rescatada para una nueva generación de socialistas y hacerla eje central del pensamiento político de su partido, primero, y razón de Estado después. Son los que se consideran, como Rodríguez Zapatero, depositarios del legado «liberador y transformador» de la Segunda República y con el deber ineludible de establecer un régimen inspirado en aquélla, no en la transición y la Constitución, que consideran contaminadas por la falta de ruptura tras la muerte de Franco.

Pero cuando hablan de la República, estos socialistas radicales no piensan en Gregorio Marañón, José Ortega y Gasset, Salvador de Madariaga o Francisco Ayala. Piensan en Negrín y en el Manuel Azaña de las amenazas a la burguesía, en el Largo Caballero sovietizante que despreciaba la democracia, en sus héroes frentepopulistas, en la Pasionaria y en Santiago Carrillo. Su república no es el esfuerzo humanista por la reconciliación nacional, porque si fuera así habrían aceptado que ese esfuerzo humanista fue la inspiración y también la conquista de la transición después del franquismo. Su república es en realidad aquella del frentepopulismo que se forjó cuando la democracia había muerto ya en España por culpa de todas las fuerzas extremas y los demócratas habían dejado de existir o se habían exiliado. Ahí radica en mi opinión uno de los errores más graves de las fuerzas liberales y conservadoras de este país, que siguen tratando al socialismo como si de una fuerza comprometida con la democracia que hemos disfrutado en los últimos treinta y cinco años se tratara, y ésta es una peligrosa ilusión. Los socialistas actuales quieren dar un paso más allá de la democracia para lograr un régimen en el que el Estado asuma el control general sobre todos los aspectos de la vida pública y privada. Porque considera que sólo el Estado es competente y garante de una sociedad igualitaria en la que el individuo goza de una protección que el Estado otorga. Más adelante hablaremos de esta perversión que supone la subordinación de la historiografía a ideas de combate

ideológico. Y del hundimiento total de la cultura de la reconciliación en este nuevo movimiento izquierdista que ha surgido en la última década bajo Zapatero.

En la redacción de *El País* todos entendieron que había que adaptarse a los nuevos tiempos si no se quería tener problemas serios o, al menos, incomodidades diversas. Todos lo entendieron. Yo también. Pero mi apego al puesto de trabajo resultó ser mucho más débil que el de los demás.

Una semana después de las palabras de Polanco ante la junta de accionistas, firmaba con una jefa de gerencia la disolución de mi contrato con el periódico para el que había hecho casi de todo en más de dos décadas. Debo reconocer que sí tuve un cierto arrebatado de melancolía. Y recordé la firma de mi primer contrato con Juan Luis Cebrián, entonces para todos los jóvenes periodistas aún un semidiós. Había vuelto de Viena, me había incorporado a la mesa de Internacional en la redacción y pocos meses después había aceptado entusiasmado la corresponsalia en Bonn, capital entonces de la República Federal de Alemania. Recuerdo perfectamente las palabras con las que me despidió Juan Luis, ya con el contrato en la mano y con orden de incorporación inmediata a mi flamante corresponsalía: «No nos dejes mal», me dijo. Creo que no lo hice. Corría por entonces la primavera del año 1985. Con veintisiete años recién cumplidos, estaba entusiasmado, pletórico de emoción y ambición profesional e inmensamente orgulloso de entrar por la puerta grande en un periódico que entonces sin duda era un lujo.

Diez años después de su fundación era el más vendido, el más leído, el más influyente y el más temido. Veintidós años más tarde, también en primavera, firmaba yo el finiquito del despido con tranquilidad insospechada y mucho alivio. Atrás quedaban muchos años de trabajo con magníficos profesionales y grandes amigos que me habían enseñado mucho de lo que sé. Años maravillosos como corresponsal en los que recorrí toda Europa y gran parte del mundo, presencié tragedias y momentos estelares y disfruté ejerciendo la profesión que amo y que para mí supone poder vivir de tu afición y del entusiasmo, la curiosidad y un medio para comunicar. Dedicado a lo que más me gusta, que no es sino ver cosas y hechos y contarlos.

Pero atrás quedaban también las insidias de los triunfadores de la «selección negativa» —el ascenso de los peores— que se producía en el periódico y que era paralela a la que se iba imponiendo en el Partido Socialista Obrero Español tras la llegada a la dirección socialista de José Luis Rodríguez Zapatero. El cambio generacional iba a representar mucho más que el paso del testigo a líderes más jóvenes. Muy pronto pudimos comprobar que el fracaso de Joaquín Almunia y la llegada del joven supuestamente tierno y soñador iba a tener serias implicaciones políticas e ideológicas en el Partido Socialista. En el diario *El País* también.

Las declaraciones públicas de Polanco en la junta de Accionistas, en las que se comprometía a demostrar que la «contradicción Tertsch» había quedado superada, me facilitaron mucho las negociaciones para mi partida. Hay todavía algunos conocedores de las interioridades de Miguel Yuste, 40, que creen que Polanco,

entonces ya gravemente enfermo y fuertemente medicado, habló así para hacerme un favor. Sin caer en especulaciones tan piadosas, lo cierto es que siempre tuve un gran respeto por Polanco y él siempre me trató con afecto. Y estoy convencido de que si la muerte no se hubiera cebado en la familia arrebatándole, antes de que se anunciara su propia enfermedad, a su hija Isabel, la familia Polanco no habría sufrido muchas de las desgracias habidas y que en gran parte son responsabilidad de otros.

Más adelante contaré mis conversaciones más intensas con Polanco, mantenidas cuando tuvo que sustituir a Joaquín Estefanía como director del periódico y Juan Luis Cebrián le presentó tres candidatos que éramos Jesús Ceberio, Javier Valenzuela y, supuestamente, yo. Aunque yo era un candidato falso presentado por Polanco para lograr convencerle de que el relevo generacional —corría el año 1993— debía encabezarlo Javier Valenzuela. Gracias a Dios —con mi modesta aportación— Polanco se decidió por el único que razonablemente podía dirigir el diario en aquel momento, que era Ceberio. Cualquier otra decisión, sobre todo el nombramiento de Javier Valenzuela, habría sido una catástrofe. Es un gran periodista de calle y un buen corresponsal, pero toda sensatez y profundidad le son ajenas, y es casi tan obsequioso con el poder como otros trovadores de empresa. No es extraño que el presidente Zapatero se lo pidiera prestado al periódico como director general para Relaciones Internacionales en la Secretaría General de Comunicación de su gobierno. En ese cargo estuvo algo más de dos años, con evidentes resultados. Gracias a la transparencia de Valenzuela, no de su dirección general, sino de su carácter, fueron muchos los periodistas extranjeros que no tuvieron que esperar a la presidencia española de la UE en el 2010 para comprobar el grado de ineptitud y sectarismo del gobierno Zapatero. Su legado sigue vigente.

Lo cierto es que con aquella firma del finiquito —sin despedida del director, por supuesto, no es la cortesía su fuerte— acababa una etapa de mi vida y comenzaba otra fuera de «la casa». «Fuera hace mucho frío». Esta frase la he oído mil veces a lo largo de los años entre trabajadores de *El País*. Las dieciséis pagas, el prestigio social que en el pasado confería el trabajar allí, y hasta hace unos años la solidez y la solvencia, mucho tiempo incuestionables, hacían del puesto de trabajo en el diario un sueño para un periodista. Un sueño que una vez alcanzado se consideraba parada y fonda segura hasta la jubilación. Irse voluntariamente de allí era considerado un suicidio o acto enajenado. Ser despedido una condena al abismo. Por eso se sorprendió tanto el director adjunto cuando días después de decirme que debería limitarme a escribir en el periódico si quería seguir allí, acudí a su despacho y le dije:

—Vicente, va a ser que no.

—¿Que va a ser que no, qué? —preguntó sin entender.

—Que no acepto vuestras condiciones, que además me parecen inconstitucionales, pero eso da igual. No voy a dejar de decir lo que pienso en todos los medios en los que colaboro y por tanto creo que me voy del periódico.

—Pero ¿cómo? ¡Pero qué me dices! Entonces habrá que hablar con el director.

—Por supuesto, tienes que hablar con el director, pero sobre todo con Cebrián y Polanco. No me dejáis otra salida.

Jiménez estaba estupefacto. Parecía que no se le había pasado por la cabeza que yo renunciara a mi sueldo de subdirector y a la protección de «la casa». Creía firmemente en que, ante el ultimátum que me había hecho días antes, yo me plegaría para continuar en el periódico hasta la jubilación, arropado por mi sueldo. Como tantos castrados entre los viejos periodistas y analistas intelectuales que aceptan todo tipo de humillaciones y ninguneos por parte de Cebrián y se han convertido en patéticos voceros de la corrección política del zapaterismo más sectario, como tristes caricaturas de lo que fueron.

Como aquel Eduardo Haro Tecglen que entró reptando en mi despacho nada más ser nombrado yo subdirector y jefe de opinión. Lívido me preguntó por su futuro y su columna «Visto y oído», que publicaba diariamente en las páginas de Televisión. Apenas hablaba de televisión y radio. Era más bien una atalaya para el izquierdismo bolchevique en el que Haro había encontrado su nicho de mercado y se había instalado con éxito entre los lectores en general, pero con auténtica devoción de sus seguidores, que no eran pocos. Haro me pidió que sopesara las consecuencias que tendría mi decisión para sus ingresos. Y que pensara en los muchos gastos familiares que tenía. Se le veía convencido de que entre mis primeras decisiones estaba expulsarle de su columna, que yo por supuesto consideraba tóxica por sus niveles insalubres de sectarismo, odio, resentimiento y bolchevismo impostado. En realidad Haro era tan comunista en sus últimos años como fascista cuando escribía panegíricos sobre Franco. Es decir, nada. Pero si era buen artesano con la palabra, era mucho mejor manipulador. Tenía unos lectores muy fieles y por lo demás todos sabían a lo que iban cuando lo leían en aquella estrecha columna junto a las programaciones en la última página impar. Su columna no habría tenido jamás sitio en un periódico liberal o socialdemócrata en el resto de Europa por razones obvias. Su tufo estalinista y su falta de piedad hacia las víctimas que no consideraba de su bando y eran por ello enemigos son absolutamente indefendibles en una publicación demócrata en el resto de Europa. Igual que un periódico que se precie no se puede permitir tener un colaborador regular que se precie de sus simpatías nazis, no es imaginable tampoco que conceda un espacio público a un apologista de otras tiranías. Supondría un desprestigio irreversible para aquella publicación que las publicase. En España, en este sentido, también somos una excepción. O si se quiere decir de otra forma, una anomalía.

Sigamos con Haro. Lo cierto es que a mí no se me había pasado por la cabeza quitarle la columna a Eduardo. Le dije que por supuesto bajo mi subdirección seguiría escribiéndola en las mismas condiciones que hasta la fecha. Se sorprendió mucho. Recuerdo aún hoy bien su gesto. Cambió por completo cuando le comuniqué que estaba a salvo. Me lo agradeció mucho y me ofreció toda la cooperación que necesitara en el nuevo cargo. Pero al despedirse y salir del despacho ya tenía otra vez

su cara de siempre. Se iba del despacho seguro de que yo no iba actuar como él lo habría hecho y que podía seguir llamándome «cachorro filonazi» a mis espaldas. Aunque me llegaran por diversos cauces las maldades que profería sobre mí, su columna nunca estuvo en cuestión, salvo en su mente calenturienta. Le conté la escena a Javier Pradera —hoy ya también un mero empleado aparcado en la tercera planta y resignado a su triste papel de agitador antiaznarista, tan sectario como previsible— y me confirmó mi impresión: «Haro estaba convencido de que lo echabas. No concibe que no hagas con él lo que él habría hecho contigo».

En realidad no sé si en algún momento tuve el poder necesario en aquella redacción como para despedir a una vaca sagrada tan sobrevalorada como Haro Tecglen. Probablemente no. Años más tarde he pensado que al menos tenía que haber simulado que lo intentaba. Aunque mis mandos bloquearan después una iniciativa en este sentido, podría haber sido gracioso prolongar algo las inquietudes del estalinista a las puertas del despacho del comisario censor.

Dicho esto, que no pasa de ser una broma, no me arrepiento en absoluto de haber hecho lo contrario de lo que él habría hecho. Creo que siempre he intentado hacer lo opuesto a lo que habrían hecho en similares circunstancias gentes como Haro, que no era sino un Emilio Romero de izquierdas. Probablemente la mayoría de los lectores no se acuerden de aquel buen periodista y malísima persona. Romero siempre fue célebre por su falta de medida en los elogios a todo aquel que asumía un poder que pudiera serle útil. Y por su total falta de pudor a la hora de olvidar aquellos elogios y denigrar al ensalzado, así como en su falta total de pudor una vez desposeído éste de su poder y caído en desgracia. De gentes así está llena mi profesión, pero supongo que también otras. Quizás en el caso de los periodistas sea más notorio y escandaloso este comportamiento indigno.

Volvamos a mi despedida de *El País*, de la que aún hoy me acuerdo con felicidad, convencido de que fue una de las mejores decisiones de mi vida. Me iba más tranquilo de lo que nunca habría podido pensar ante una decisión de estas características. Si en años anteriores me hubieran enfrentado a la mera posibilidad de ser expulsado públicamente de aquel supuesto paraíso profesional del Grupo Prisa, habría reaccionado con horror o por lo menos con mucha angustia ante mi futuro. Ya no era así. Ni mi relación con el periódico era la misma ni el periódico era ya lo que había sido para quienes lo hacíamos. Pronto se vería que tampoco para los que lo leían, que entonces comenzaron a ser cada vez menos. Me iba al paro aliviado. Y además seguro de que encontraría trabajo pronto.

Mi querida Ana Marchessi, —una maravillosa mujer, periodista también, que entonces trabajaba en Ediciones Condé Nast y que también sufriría en su día la agresión de la mediocridad sectaria—, me había animado antes a liberarme de aquel entorno de Miguel Yuste que se había convertido en angustioso: «Serás libre y sólo dependerás de ti mismo. Desengáñate, allí ahora, en estos momentos, no tienes amigos, ni nada que perder», me dijo durante un paseo por el Retiro en aquellos días.

«Podrás escribir libremente, pero sobre todo tendrás la independencia y la capacidad de elección de decidir para quién lo haces».

Cuando firmé mi salida de Prisa estaba convencido ya de que así sería. Inquieto ante una nueva etapa de mi vida profesional, pero feliz. Me iba de un periódico en el que ya no reconocía mi casa de tantos años. Y me liberaba del trato diario con personas, muchas recién llegadas o de fulminante ascensión, con las que jamás tuve nada en común. Y cuya hostilidad hacia mí era manifiesta. Fue como la ansiada desconexión de un televisor que emite desagradables programas de tensión y basura, el apagón en un canal temático volcado en la zozobra, la intriga y la vileza. Y aquí me refiero ya menos al producto en sí que podemos llamar el periódico diario y su contenido. Lo peor en aquella casa era el trato humano dominante en la redacción bajo los nuevos mandos. No era ya nada parecido a una labor de equipo, siempre convenientemente jerarquizada, con voluntad de generar un producto intelectual con los mejores mimbres de la capacidad de sus miembros. Era más bien un tenso, arduo y crispado ejercicio de disciplina y docilidad en el que las relaciones humanas y su calidad venían a ser las de estructuras de poder propias de un partido bolchevique. Con el respeto a la verdad, al debate sin miedo y a la independencia individual que pueda hoy existir en un Consejo de Ministros bajo Zapatero o en una reunión en Ferraz dirigida por José Blanco y Leire Pajín. Es decir, ninguno.

Aquel profundo alivio me permitió reconocer cuán incómodo y tenso me había sentido en aquellos últimos años en *El País*. Sigo sin saber si Jesús Polanco quiso o no hacerme un último favor con el anuncio de mi expulsión durante una junta de accionistas con miles de participantes y todos los medios de comunicación presentes. Lo cierto es que, quisiera o no, me lo hizo. Fue un inmenso favor que le agradezco aún hoy tanto como la confianza que veinte años antes habían depositado en mí tanto él y Cebrián cuando me contrataron.

La forma en que se rompía mi relación con Prisa tuvo por supuesto otras consecuencias menos gratificantes. Triste fue sin duda que con ella se rompieron mis contactos con muchos magníficos periodistas que aún trabajan allí y que a partir de entonces consideraron inoportuno, cuando no peligroso para su propia carrera profesional, el mantenerlos. De muchos de ellos fui amigo y a muchos aún les estoy profundamente agradecido por su amistad, aunque ésta no sobreviviera a todos aquellos virulentos avatares. Con algunos pocos mantengo aún una amistad que ha demostrado ser más fuerte que nuestros vínculos en la redacción y nuestras lealtades profesionales divergentes. Y lamento profundamente que la desdichada evolución de aquella empresa haya dejado en muy precaria situación, cuando no en el paro, a tantos magníficos periodistas y otros trabajadores que durante años, cuando no décadas, se dedicaron a Prisa con esfuerzo y una lealtad quizás excesivos. Muchos de ellos no entendieron mi situación de 2007 hasta que comenzó a pisarles a ellos ese rodillo sectario y arrogante de los nuevos camisas pardas.

Así me iba de aquella casa en la que había hecho prácticamente toda mi carrera

profesional hasta entonces. Había sido stringer —es decir, colaborador por piezas—, redactor en Internacional, corresponsal en Viena, Bonn y Varsovia, corresponsal especial para el este de Europa, corresponsal de guerra en los Balcanes, editorialista, columnista y subdirector. Muchos centenares de artículos, muchos años y muchísimas gratificaciones me unen a aquel periodo del diario *El País*. Sí, había sido subdirector de Opinión, jefe de las sacrosantas páginas de Opinión del diario de la mañana, el acorazado intelectual del periódico. En la tercera planta de Miguel Yuste, la planta de Dirección, a la que los redactores aún acuden con veneración, quizás hoy excesiva para lo que allí se cuece. Ocupé durante casi tres años el despacho anexo al del director, el siguiente despacho en tamaño —muchos metros cuadrados y luz solar, símbolos de poder tan importantes para algunos—. Allí editaba los comentarios editoriales y seleccionaba, pedía y rechazaba los artículos de nuestros colaboradores, y leía, controlaba y seleccionaba para la publicación las cartas al director.

Ese cargo, no parece ser necesario decirlo, viene a ser una auténtica fábrica de enemigos, ya que son centenares las solicitudes de favores o trato especial que se reciben y no pueden ser cumplidas. Además de inmensamente cansino por los muchos bodrios que hay que leer, las muchas llamadas aduladoras, simpáticas, amenazantes o incluso interesantes que se reciben. Los autores rechazados suelen considerar que la negativa a publicar sus artículos —que habitualmente consideran imprescindibles para el bien de la nación o una gloria literaria incomprensible— es parte de alguna conspiración contra su persona o la prueba de la fobia ideológica que les profesa el jefe de Opinión. Los autores dolidos más poderosos tienden a recurrir entonces al teléfono para pedir mejor criterio a gentes más poderosas que el subdirector. Debo decir que, en mi caso al menos, con poco éxito, porque son contadas las ocasiones en que, durante casi tres años de subdirector de opinión, recibí instrucciones directas de Cebrián o Polanco sobre el trato a algún autor.

Años después de mi traumática salida de aquel periódico veo con tristeza su deriva y su irrecuperable pérdida de credibilidad tras haber sido mero panfleto explicativo y divulgativo del zapaterismo, que sólo recurría a alguna crítica cuando quería forzar alguna reacción del gobierno en cuestiones empresariales. Instalado ya plenamente en el sectarismo izquierdista y con menguante profesionalidad, le estoy profundamente agradecido a Jesús Polanco por aquel último favor que me hizo al facilitar mi salida. Hoy estoy muy contento en lo que es mi hogar natural en la prensa española, el diario *ABC*. Sin la ayuda ni el favor del poder que han gozado otros, especialmente la prensa sectaria de izquierdas, que son hoy *El País* y *Público*, *ABC* ha capeado todas las dificultades y se ha erigido en el periódico de referencia para los españoles que creen en una sociedad abierta, libre y tolerante, pero firme en sus principios y convicciones y defensora de las instituciones tan baqueteadas hoy por la insensatez socialista. Es el periódico de la monarquía, de la España europea y moderna, del respeto a los valores de nuestros mayores y la cultura judeocristiana que hizo posible que Europa se convirtiera en la sociedad próspera, libre y generosa que

es hoy en día. En *ABC*, donde tengo el honor de escribir en compañía de las mejores firmas del pensamiento liberal y conservador, me siento cómodo y permanentemente animado a hacer mi reflexión sobre los avatares de la vida española con una libertad que es hoy impensable en otros periódicos españoles. Mi orgullo de haber escrito en mi anterior periódico no me impide en absoluto reconocer que no existe en España mayor gratificación para un analista político o columnista —o periodista literario si quieren llamarlo así— que firmar en la legendaria página tercera de *ABC*.

LA MEDIOCRIDAD COMO OBJETIVO

Una de las principales anomalías que se han impuesto en España con la llegada traumática de Zapatero y su secta al poder está en el nivel general de preparación de los dirigentes y el desprecio que han impuesto a valores que podríamos llamar clásicos o tradicionales en la selección de las personas destinadas a ejercer un poder delegado por los votantes. En el aparato del Partido Socialista y del gobierno se ha impuesto la clásica selección negativa que siempre imperó en los aparatos de los partidos bolcheviques, donde los líderes eligen siempre gente peor —más débil y menos capacitada— que ellos mismos, para evitar que surjan en el núcleo duro del poder individuos que puedan cuestionar su propio liderazgo. Si la cúspide de la pirámide del aparato está ocupada por un personaje como Zapatero, que no tiene otro campo de especialidad y trayectoria más allá de la intriga en el seno del partido y la retórica vacía, es lógico que una vez consolidado su poder el entorno tenga los niveles que revela la dirección del partido y el Consejo de Ministros. El cual, en dos legislaturas, no ha tenido nunca más de dos o tres ministros que pudiera uno imaginarse en un gobierno europeo. Y no hablo ya de los de Alemania, Francia o el Reino Unido, sino de los de Chipre o Letonia, con todos los respetos.

Nadie hoy en día espera que los primeros de sus promociones en las carreras universitarias, o personalidades de excelencia demostrada en su carrera profesional o artística, se comprometan con una triste disciplina partidaria o se sientan llamados a una carrera política por la vocación de servicio al Estado. Por un lado, es la en general muy parca remuneración de los políticos la que disuade a los mejores, pero también el creciente desprestigio de la política en sí y las servidumbres económicas, personales y familiares que conlleva. Sin embargo, nunca se ha visto en la Europa democrática un asalto a la política y a la toma de los cargos en las instituciones y en todo el entramado de empleo y responsabilidades del poder por parte de gentes tan faltas de formación, cuando no educación, de un mínimo de cualificación comprobada y de un bagaje profesional, técnico e intelectual. El único baremo utilizado para la contratación por parte del zapaterismo ha sido la lealtad al nuevo proyecto de transformación socialista. Por eso han sido marginados desde un principio todos los socialistas que, con unos niveles académicos y profesionales muy superiores, forman parte de generaciones anteriores y son vistos con suspicacia por su supuesta tibieza frente al enemigo político.

No hablamos por capricho de enemigo en vez de adversario. Una de las características de la tropa del zapaterismo es precisamente su voluntad de marginar primero y expulsar después del sistema político de nuevo cuño a quienes defienden el marco legal y constitucional forjado en la transición. Las razones son muchas ideológicas, pero otras extremadamente prosaicas. Las ideológicas son bien simples.

Según la nueva mitología izquierdista, la derecha ha estado en el poder en España poco menos que desde los romanos, y ya por entonces la izquierda sufría mucho pero tenía que mantenerse agazapada. Tan sólo durante los años de la Segunda República, de 1931 a 1936, y durante la Guerra Civil en las zonas republicanas, hubo un intento en España de aplicar políticas de izquierda, dicen. Después de la muerte de Franco la amenaza de los poderes fácticos —ejército, oligarquía e Iglesia— hizo imposible que la izquierda llevara a cabo su legítima aspiración de ruptura y hubo de conformarse con una reforma que, de hecho, supone la continuidad de la legitimidad franquista que nos impuso un rey nombrado por el propio dictador seis años antes de su muerte y, por tanto, prueba de la supuesta victoria de la impunidad que se garantizaba el régimen de los vencedores con la transición. Según esta lógica, ahora, en el siglo XXI, y con el acceso al poder de una izquierda libre de los condicionantes que maniataron a la anterior, que fue la felipista, este ciclo de manifiesta injusticia histórica habría tocado a su fin.

La llegada al poder de Zapatero y su generación de socialistas no contaminados por el pactismo de la transición abriría así esa oportunidad de reconducir la historia de España hacia la vía ya trazada en la República, la del frentepopulismo, que fue violentamente apartada por la Guerra Civil. De ahí que la izquierda deba verse liberada de los compromisos contraídos durante esa transición. Y aprovechar una mayoría de fuerzas aliadas por intereses comunes —es decir, los nacionalismos— para romper definitivamente esa hegemonía de la derecha en nuestra historia. Para ello es necesario arrancar de la memoria colectiva de los españoles la convicción de que la transición fue un éxito y la reconciliación nacional entre los bandos un hecho.

Pero también debe combatirse todo recuerdo de los avances en el bienestar que lograron los españoles durante los cuarenta años de dictadura. Hay que instaurar el mito de que «todo» lo sucedido durante cuarenta años fue intrínsecamente malo, y que «todos» los hombres y mujeres que tuvieron algún papel bajo aquel régimen eran unos fascistas de manual. Para esto hay que llegar a unos niveles de tergiversación de la realidad que no sólo llevan a la caricatura, sino que se hunden en la necesidad de una mentira continua cada vez más grotesca, alimentada por todas las anteriores. Con la dificultad añadida de que muchos de los dirigentes del izquierdismo actual son hijos de personas más o menos destacadas y desde luego beneficiadas por aquel régimen que debe ahora ser descalificado en su totalidad. De ahí vienen los patéticos equilibrios con sus biografías familiares que hacen tantos, incluidos ministros como Bermúdez, Fernández de la Vega o Trinidad Jiménez. Fácil les sería sencillamente aceptar que donde hubo una dictadura feroz tras una guerra civil que después evolucionó hacia un Estado autoritario y se prolongó nada menos que cuarenta años, la inmensa mayoría de los españoles tuvieron algún tipo de contacto con la administración. Pero eso iría contra su gran falacia histórica que presenta al franquismo como un régimen invariablemente criminal y fascista, que es antagonista radical de aquella república impoluta e impecablemente democrática, amable, culta y

armoniosa que se han inventado para justificar sus fines de acabar con la legitimidad de nuestra actual democracia surgida de aquella transición que condenan y quieren revisar.

La verdad incontrovertible es que en 1977 la inmensa mayoría de los españoles votó en sus primeras elecciones democráticas a un hombre que llegaba directamente a la democracia desde la Secretaría General del Movimiento, que representaba la legalidad del régimen franquista. Y la verdad es que aquel voto era tan legítimo como voluntad popular como todos los habidos después, y posiblemente mucho más que alguno realizado en situación de absoluta excepcionalidad, como fue la que llevó al poder al equipo socialista de Zapatero y Rubalcaba después de los atentados del 11 de marzo de 2004.

Las razones prosaicas para este órdago a nuestra democracia, y aun de forma larvada a nuestra constitución, también son muy simples. Como lo es el armazón conceptual que las sustenta. Para esta generación de izquierdistas de muy escasa formación y paupérrimos conocimientos del mundo exterior, nuestra sociedad y nuestra economía se basan en el primitivo concepto de la suma cero. Por decirlo de una forma tosca: tenemos un pastel a dividir entre todos, por lo que es obvio que lo que se pone en un sitio, y se otorga a una parte, ha de quitarse en otro. Aunque parezca mentira hoy en día, no es otra cosa ese continuo llamamiento a la justicia social que se entiende como el «quitar a los ricos para dar a los pobres», como si nos halláramos en una sociedad feudal o incluso previa. Los conceptos más simples de generación de riqueza o del valor añadido les son ajenos o sospechosos.

Con su llegada al poder, rápidamente desarrollaron sus rudimentarios argumentos para elaborar toda una teoría que permite la utilización del aparato del Estado para el enriquecimiento propio. Con el aparato redistributivo en sus manos, el socialismo izquierdista se ha arrogado una supuesta legitimidad —y por supuesto el poder— para acabar con esa quimérica hegemonía histórica de la derecha (sea lo que sea lo que entienden como tal). Y la fórmula más simple para reparar esta injusticia es una masiva desviación de fondos públicos hacia propiedades propias o dependientes del poder político propio. La conciencia está tranquila porque de lo que se trata al fin y al cabo es de reparar una gravísima injusticia histórica. Los socialistas izquierdistas en el poder se comportan por ello sin timidez ni complejos a la hora de disponer del dinero público. Porque el trasvase de propiedad y capacidad adquisitiva hacia su gran comunidad ideológica no tiene nada que ver con la malversación de fondos públicos, que sí se produciría si dicho trasvase fuera en otra dirección. Así, el dinero público —que no es de nadie, según reveladora expresión de la que fuera ministra de Cultura, Carmen Calvo— tiene un doble efecto dignificante que consiste en forjar lealtades en torno a la idea transformadora «progresista» y subsanar las injusticias pasadas. El enriquecimiento súbito y la utilización abierta y grotesca del dinero público en beneficio de los administradores —podemos hablar de José Bono como caso excepcional de lo primero y del irresistiblemente ascendido presidente del

Parlamento catalán, Ernest Benach, en lo segundo— no merece así reprobación social a ojos de la nueva clase dirigente socialista. Benach, que entró como jardinero en el parlamento que ahora dirige y al que no se conocen otros méritos para su insólita carrera más allá de su militancia en ERC, es todo un símbolo de este proceso de permeabilidad social por una elevación sólo basada en la lealtad ideológica. Como lo es también el caso de Pepe Blanco, aquel joven que cuando llegó a la política nacional vestía como el domador de leones Ángel Cristo y hoy luce los mejores trajes a medida de la clase política española y lleva camino de convertirse en el Beau Brummel de la izquierda nacional.

Son tan sólo dos casos entre miles los que destacamos aquí, pero muy significativos. Están además blindados contra toda crítica estos procesos dudosos o, al menos, poco ortodoxos de enriquecimiento o beneficio llamativo de los años de hegemonía socialista política y mediática. Porque quien ponga en duda la legitimidad del enriquecimiento de la izquierda en la política es tachado automáticamente de reaccionario que pretende que «la derecha» eternice sus privilegios y niegue perversamente el derecho a los españoles de izquierdas a la prosperidad. Toda la maquinaria mediática de la izquierda —que con contenidos del Ministerio del Interior ataca inagotablemente la corrupción real o inventada de la oposición— protege masivamente las «conquistas» personales en el bienestar individual de los actuales dirigentes políticos y ridiculiza a quienes la denuncian.

Así, toda la comunidad socialista sale beneficiada de este autoservicio honorable en las arcas del Estado. Que en muchos casos el atractivo indudable de esta operación continua de autoabastecimiento justiciero lleve a miembros de la derecha sociológica a emprender la «senda transformadora» es perfectamente lógico. Y tremendamente humano. No vamos a poner aquí ejemplos de esta redistribución con justificación ideológica, porque el texto adquiriría el volumen de toda la Enciclopedia Británica. Y no olvidemos tampoco que, paradójicamente, en la derecha asistimos a un fenómeno distinto que lleva a los mismos efectos. Con la desideologización de la derecha hemos visto cómo ésta se ha abierto a oportunistas de todo tipo que han entrado, nunca mejor dicho, a saco en las diversas administraciones, con un desprecio zafio a todos los que están en la política de oposición o gobierno con intención de servicio. Y han causado un terrible daño a la lucha política contra los proyectos de experimentación sociológica de la secta de Zapatero. La indolencia de la derecha ha tenido mucho que ver con esta utilización que del Partido Popular han hecho personajes perfectamente apolíticos y sin sentido ninguno del servicio público.

EL RESENTIMIENTO COMO BANDERA

La izquierda española ha tenido —y presumiblemente tiene aún ocultas— figuras que han compartido plenamente con el resto de los españoles los valores comunes del esfuerzo, del respeto y la razón. Y más allá, del valor fundamental de la compasión por encima de todas las diferencias que los conceptos divergentes de la política puedan crear. Hay muchos ejemplos. Muchos de ellos conmovedores. «Hay que tener un noble sentimiento de respeto para las víctimas, cualesquiera que sean, si procedieron con noble intención. Y ese sentimiento, en el hombre español libre de sectarismo político, de fanatismo ideológico y de egoístas ambiciones en las que antepone el propio bien al bien común, moralmente debe tener el mismo valor cualesquiera que sean las víctimas del crimen. [...] El hombre sólo tiene derecho a ser implacable en sus juicios y en sus actos cuando conoce plenamente la verdad. Y la verdad en el caso de los orígenes y las causas de la Guerra de España, ni siquiera de los crímenes cometidos en el periodo que examinamos, aún no se conocen». Estas preciosas palabras son del general Vicente Rojo, probablemente el militar de mayor prestigio del bando republicano. Salen a la luz en su interesante, y hasta ahora inédita, *Historia de la Guerra Civil española*, prologada por Jorge M. Reverte (RBA, 2010). ¿Por qué nos producirán últimamente sorpresa palabras semejantes, reflexiones como ésta, hechas desde la honestidad y la calidad humana? Sin duda por su rareza. Se oyen y leen muy pocas. Probablemente no se deba sólo a que las nuevas generaciones carecen ya de los elementos necesarios para semejante valoración, dada su poca y mala información. También debe de ser cierto que muchos que suscribirían las palabras del general Rojo consideren que no conviene hacerlo públicamente. Porque puede ser motivo de inclusión en una de esas listas de gentes bajo sospecha de no ser todo lo leal que se exige para optar a un cargo, a una subvención, a una publicación u otro favor. Y la calidad humana ni abriga ni alimenta ni da esplendor.

Ahí está una de las claves de ese triunfo de la mediocridad, la «reptocracia» (si me permiten la alusión a personajes reptantes), la sumisión y el miedo. Los potencialmente honrados en el pensar, lúcidos en el ver y cultos en el saber tienen muchos motivos en guardar silencio cómodo y refugiarse en la «prudencia» para ahorrarse incomodidades e inconveniencias, que es como ahora se llama a las represalias. Frente a su silencio retruena procaz y arrogante la verborrea chulesca de quienes son sin duda triunfadores en cualquier concurso rufián, como el que declararon abierto hace seis años los carentes de duda. Ahí está la irresistible ascensión de la verdulería política. Plagada de Leires, Bibianas y Zerolos, que crecieron entre muñecas que cantaban la Internacional, pobres almas mutiladas, para las que el mundo es una agrupación de barrio. Y sospechoso o despreciable es todo lo que no quepa en su universo enano.

Abolidos los valores universales, en su día comunes a toda clase y condición, nos quieren imponer su baremo, que no rige por prestigio, sino por desprecio y hostilidad. Para encontrar reflexiones como la del general Rojo dependemos cada vez más de los libros y menos de la actualidad. Y la ofensiva general del pensamiento débil se produce de forma permanente por todos los medios controlados por el poder socialista y las instituciones, en manos de funcionarios convencidos o doblegados a la obediencia en el mensaje de la secta. Es el código por el cual se quieren crear generaciones a imagen y semejanza de las Leires, Bibianas y Zerolos, de los presentadores de televisión que con su procacidad permanente nos intentan convencer diariamente de que la vida es inanidad y de que sólo el placer tiene algún sentido.

El continuo combate contra las formas tradicionales de expresión de la dignidad humana y por supuesto de todo sentido religioso ha creado ya masas que no creen en el carácter único y sagrado de la vida humana. Que consideran que una vida humana no tiene mayor valor que la de un toro o un visón de granja peletera.

El desprecio por el sentido de la trascendencia del individuo es una de las características más peligrosas de estas nuevas camadas de izquierdistas que han surgido en España. Son, con su simbología y retórica izquierdistas, lo más parecido a aquella generación de alemanes que tan bien describió el escritor austriaco Ödön von Horváth en su *Juventud sin Dios*. Eran los jóvenes que no tuvieron la suerte de caer en la escuela tradicional alemana y austriaca previa al nazismo. Bajo las nuevas leyes educativas impuestas después de 1933 en Alemania, y cinco años más tarde en Austria, estos jóvenes eran educados en el odio a personas infrahumanas, en la adoración al altar y a los santos laicos del nacionalsocialismo y en su glorificación de la fuerza y la violencia. Pero el principal elemento en aquella educación en la que estaban abolidas la compasión y el sentimentalismo, y que fomentaba ídolos románticos en la brutalidad del proyecto del superhombre, era la absoluta ausencia de Dios, la abolición del Dios que creó a los hombres a su imagen y semejanza y les dijo: «Amaos los unos a los otros». En la convicción de que la vida es sagrada porque proviene de Dios y es parte de Él está el mayor dique moral, la mayor fuerza de resistencia frente a cualquier totalitarismo que desprecie al individuo en aras de objetivos superiores como una sociedad ideal en el futuro, meta de nazismo y comunismo por igual.

SUMISIÓN E IMPOTENCIA

El respeto sagrado al individuo es un mecanismo infalible en la resistencia contra un Estado con ambiciones totalitarias. Por eso hay que insistir en que no es casualidad la obsesión de la secta socialista por ridiculizar y perseguir todos los sentimientos religiosos que elevan al ser humano al altar del máximo bien trascendente junto a Dios. Nada define mejor a estos socialistas radicales del zapaterismo que su aversión al cristianismo. Y no voy a enumerar aquí la infinidad de desprecios que ya desde el poder ha ido organizando el socialismo radical español contra la Iglesia católica. La financiación y difusión de toda la subcultura del anticlericalismo más primitivo — omnipresente en los medios de obediencia socialista— van acompañadas de otras reformas que condenan al niño procedente de una familia religiosa a un ambiente hostil. Y del constante ninguneo a la vida humana al rebajarla al nivel puramente animal. En la escuela pública, un ejército de maestros formados en la subcultura izquierdista del sesentayochismo y el resentimiento vierten continuamente su desprecio a la religión católica y a la Iglesia sobre los niños, a quienes se inoculan sobredosis de darwinismo cuyo fundamental objetivo es ridiculizar las enseñanzas religiosas desde un principio. Y «demostrar» que todas las creencias en un alma, una vida superior o la mera trascendencia son supersticiones ridículas. Y que cualquier niño que crea en ellas o quiera defenderlas porque su familia cree en ellas es merecedor de las burlas de sus compañeros. Así se crea un ambiente en el que los niños de familias religiosas acaban reprochando a sus padres sus enseñanzas.

En cuanto a las más zafias de las formas de ridiculizar la sacralidad de la vida humana, ahí están las declaraciones de los antitaurinos radicales considerando que existe una equivalencia moral entre el torero y el terrorista, y entre los taurinos y los partidarios de ETA. Si el ser humano no es sino un ser vivo más, intercambiable, no hay nada que objetar a que se extinga o mate una vida cuando ésta genera más gastos o molestias que beneficios a la sociedad y al Estado. Así se abre la vía a esa experimentación social que fuerza a los individuos a determinadas conductas o situaciones, con el objetivo de cumplir planes sociales de un Estado que subordina las personas a planes de efectividad o productividad. Y aquí es donde se abren de par en par las puertas hacia la experimentación que puede llevar a cualquier parte. Como la historia nos demuestra trágicamente en la Alemania nazi, nos puede llevar al genocidio. Pero no hay que ir tan lejos. Planes con este espíritu se elaboraron en todos los países europeos en la década de 1930, y los que tenían gobiernos socialdemócratas llevaron muy frecuentemente a cabo planes de esterilización de minusválidos físicos y psíquicos, de entrega forzosa de niños en adopción y de eutanasia activa. En este sentido los primeros experimentos sociales de los nazis con niños discapacitados no se diferenciaban en nada de los que hacían, por ejemplo, los

gobiernos socialdemócratas suecos. Y no queremos meterles miedo aquí, pero las reflexiones en voz alta del presidente Zapatero sobre lo idónea que es España como gran laboratorio para experimentar soluciones a la crisis del desempleo se inspira en las mismas tentaciones de forzar a la sociedad y a los individuos a una disciplina que convenga a los intereses de los experimentadores que actúan, omnipotentes, como representantes del Estado, a su vez todopoderoso. No es difícil adivinar que, metidos en estos mecanismos de experimentación, las libertades y la dignidad individual dejan de existir.

LA EDUCACIÓN PARA LA DOCILIDAD

Una de las cuestiones más alarmantes para cualquier ciudadano preocupado por el futuro de nuestras libertades individuales es sin duda la educación en nuestro país, campeón en fracaso escolar, campeón en desempleo y campeón en falta de preparación, en falta de idiomas y en falta de motivación. Simplemente el hecho de que cerca del 80 por ciento de los jóvenes españoles consideren que su máxima aspiración está en ser funcionario deja ya claro que en nuestro país están en peligro las libertades. Si el fracaso escolar es responsabilidad de todos los gobiernos habidos hasta ahora en democracia, es evidente que donde los socialistas gobiernan es mucho mayor y en algunos casos, como Andalucía, está en niveles del Tercer Mundo.

La educación socialista se basa en varios axiomas para la creación de ese individuo dócil ante la administración, dependiente en grado extremo de la misma y carente de recursos para conseguir un medio de vida fuera del paraguas protector del Estado. El individuo que surge de esta fábrica de seres obedientes y fuerza obrera de bajo precio es perfectamente inútil para un mercado laboral cada vez más restringido. Pero ante todo, cada vez más inasequible. Este mercado ha de cubrir sus necesidades de fuerzas procedentes del exterior o de colegios y universidades privadas.

La tragedia que se forja en la escuela pública para los niños sin recursos en toda España se agrava en las regiones en las que los nacionalismos han logrado añadir su dictadura lingüística y sus desvaríos ideológicos e historiográficos. Un libro muy clarificador al respecto es el titulado *Progresá adecuadamente*, de Xavier Pericay (Tentadero, 2007). No hay espacio aquí —ni en una biblioteca entera probablemente— para enumerar todos los disparates de nuestro sistema educativo. Pero sí podemos insistir en algunos de los elementos ideológicos de esta formación para el resentimiento, la docilidad y el fracaso.

El primero es sin duda la erradicación del sentimiento religioso. La ridiculización de todo lo sagrado es ya un ritual en la educación de los niños en manos de unos maestros en su inmensa mayoría de izquierda, altamente ideologizados y marcados por el anticlericalismo primitivo español. El desprecio a la religión no sólo supone odio a la Iglesia católica: supone también el desprecio a prácticamente todas las actividades humanas del pasado en las que la presencia de la fe y la religión son omnipresentes. Todo ello lleva al desdén por la creación del pasado, y fomenta así el desinterés y desafecto a todo lo que nos une al universo de valores de nuestros mayores y de la historia de la civilización, en la que el cristianismo desempeña un papel crucial.

Por ello, los niños que surgen de esa educación no entienden nada de lo que fueron las fuerzas que movieron al ser humano y los mimbres que tejieron el relato de la historia del mundo a lo largo de milenios. Así, los niños llegan a creer que todo lo

importante se ha inventado o hecho entre ayer y hoy. Todo ello beneficia las intenciones de los socialistas de crear generaciones cautivas del adanismo que les lleva a ignorar todo el pasado y romper con la continuidad histórica y cultural imprescindible para sentirnos individuos libres en el devenir de la historia y tener referentes culturales para la forja de una personalidad independiente. Esta personalidad independiente es la que los socialistas combaten porque es difícil de someter.

Otro elemento clave en la mutilación de la personalidad, que se pretende es la apología del igualitarismo y el culto al resentimiento social. Los adolescentes españoles salen de los colegios públicos creyendo que el mundo y el Estado les deben algo porque no tienen lo que tienen los ricos. Y convencidos de que la riqueza es una cualidad vergonzante porque sólo puede lograrse por medios torticeros, especulativos, ilegales o amorales. Para ellos toda desigualdad social es un escándalo y una injusticia, porque en el colegio les han enseñado que los empresarios son unos explotadores y los ricos jamás han merecido sus riquezas. Así entran en funcionamiento los mecanismos del resentimiento social y el victimismo que paralizan todas las posibles iniciativas individuales, que ya en sí resultan altamente sospechosas en la lógica del igualitarismo radical. Cabalgando en esta lógica cualquier desigualdad social es en sí perversa, injusta y debe combatirse. Y al ser condenable esta desigualdad social resultan lógicamente condenables las intenciones de cualquiera del grupo de individualizarse y destacar, porque pasa a generar una injusticia social respecto a los demás del grupo, que no quieren destacar y permanecen en el primer escalón de la escalera social. Por eso, toda búsqueda de un incremento de la calidad propia individual y de la oferta personal diferenciada del grupo se considera una traición a la igualdad sacrosanta. Mientras en los países más desarrollados se incentivan por todos los medios la individualidad y la iniciativa personal y se aplaude el logro, aquí es siempre sospechoso y digno de reprobación social. Así, la envidia, que es una de las características más propias de este país, se convierte en un deber ciudadano. Y por supuesto es una bandera del socialismo radical, que continuamente lanza el mensaje subliminal de que «los ricos» —término en el que se incluye a los empresarios y que se identifica con toda la derecha— tienen que disculparse por ello y, lo que es más grave, tienen unos derechos civiles mermados para compensar sus privilegios.

La lucha por el descrédito de todos los que traicionan al igualitarismo obligatorio permite la utilización de todos los medios disponibles. Hacer fracasar a quien intenta destacar se vuelve un deber para mantener la cohesión de lo que antes se llamaba «la clase» y hoy es esa masa indoctrinada, desinformada e inculta que los socialistas consideran su cuerpo electoral cautivo. El culto de la igualdad lleva así a las nuevas generaciones —a los que no tienen la suerte de poder permitirse una educación fuera de las garras socialistas— a la pasividad, a la falta de iniciativa y al miedo a la independencia que caracteriza a los sectores más amplios de la juventud española. El

disparate político de crear universidades en todas las capitales ha ampliado esta lacra del joven pasivo a la educación superior. Los estudiantes se quedan en su ciudad natal, junto a sus padres, y pasan así de la dependencia familiar a la estatal sin solución de continuidad.

El desastre educativo no es, por supuesto, explicable sin hablar de la terrorífica lacra del autoritarismo, otro de los mandamientos ideológicos del socialismo adobado con el sesentayochismo tan mal digerido por la izquierda española. La ridiculización y destrucción de toda autoridad forma parte de ese culto al igualitarismo. Todos somos iguales, todos igual de incultos, amorales, dependientes y conformistas en el mínimo denominador común, donde el peor individuo es el referente por el que regirse y al que adaptarse. No aceptamos, por tanto, que la cultura, la formación y el prestigio sean valores que otorgan un «derecho» de liderazgo. De ahí a la dictadura del peor no hay más que un paso, y éste se ha dado en el sistema educativo en España.

Como la búsqueda de la excelencia y la exigencia, además de la autoridad, «son de derechas», han de ser perseguidas desde las primeras edades. Para escenificar esta lucha por la igualdad a toda costa no basta con la discriminación positiva a favor de los peores o menos emprendedores: también hay que castigar de alguna forma a quienes se empeñan en destacar y abandonar la lógica igualitaria del grupo. Pero el problema está en que el afán redistributivo para imponer este igualitarismo no puede imponerse en su totalidad, porque la naturaleza no tiene afán igualitario. Como dice el filósofo austriaco Norbert Bolz en su magnífico libro *Discurso de la desigualdad*, hay cualidades como el espíritu, la belleza, la fuerza, la habilidad, el talento, la aplicación y el esmero que no pueden ser redistribuidos en el grupo. Las personas son distintas, y para intentar hacerlas iguales hay que utilizar inmensas presiones sobre los individuos. Eso es lo que hace la educación socialista en su afán igualitarista, que por necesidad tiene que limitar y finalmente acabar con la libertad del individuo. Como dice Bolz, el resentimiento es el odio al éxito ajeno. Y se ha creado una subcultura de apología del fracaso que procede de lejos en la historia —desde el Romanticismo a través después de la bohemia—, pero que se popularizó en el sesentayochismo. Allí radica también ese odio contra la burguesía y sus valores de ahorro, creación, rigor, disciplina, autoridad, respeto a la jerarquía y prestigio del éxito. El odio al éxito radica también en la creencia primitiva de que siempre que alguien tenga algún beneficio se le está quitando a otro al menos parte del mismo.

Éstas son sólo algunas reflexiones sobre una cuestión muy compleja, pero que en todo caso es un drama que se refleja en la competitividad de los individuos y, finalmente, en la de España. Desde que llegó Zapatero al poder, España está en caída libre en la lista de competitividad internacional que elabora el Foro de Davos. Si en 2004 estábamos en el puesto 23, en 2010 estamos en el 42, junto a Barbados e Indonesia. Tan sólo en el año 2009 perdimos nueve puestos en esta lista. Es un dato revelador a añadir al balance de nuestro Atila de principios de siglo.

EL RESURGIR DEL IZQUIERDISMO SECTARIO

Si bien siempre lastrado por cierto izquierdismo infantil —y por un entusiasmo hacia Felipe González que en la primera mitad de la década de 1990 era ya perfectamente desmedido— el diario *El País* había defendido desde sus comienzos una línea de izquierda liberal, muy sensibilizada hacia el respeto a la ley y la Constitución de 1978, en la que yo me sentía perfectamente cómodo. Aunque muchos miembros de la redacción siempre me consideraran sospechoso, mi cultura centroeuropea me había alejado muy prematuramente de los dogmas del izquierdismo español. Ya en la época de la transición, pero con enorme peso a partir de principios de la década de 1980, la hegemonía moral de la izquierda se convirtió en un fenómeno aplastante en España que pocos se atrevían a desafiar, cuando en el resto de la Europa libre estaba ya en plena marcha la revisión de la actitud de la izquierda ante el totalitarismo, con la crítica a Sartre, la rehabilitación de Camus y la publicación de toda la bibliografía sobre el Gulag, y contra el oprobioso silencio de la izquierda occidental frente a los crímenes de Stalin y sus sucesores. Ya se había consumado en Europa el salto intelectual tanto tiempo esperado que llevaba a la conclusión de que el comunismo es criminal en esencia y no son desviaciones del mismo las que condujeron a la apoteosis del crimen.

Desde las hambrunas de Ucrania provocadas por la guerra contra los kulaks (campesinos propietarios) a los juicios-farsa de dirigentes bolcheviques en los años treinta, la conspiración de los médicos poco después, las campañas contra el sabotaje, la depuración de combatientes de la Gran Guerra Patria o la lucha contra el cisma titoísta del líder yugoslavo Josip Broz, toda la historia del comunismo desde sus primeros pasos revelaba una continuidad que ya era imposible de ignorar desde una mínima honestidad. Por entonces se rompió también el manto de silencio que se había extendido sobre otras mil atrocidades del comunismo fuera de la Unión Soviética. La suerte corrida por los demócratas primero y los comunistas nacionales después en los países satélites europeos, la infiltración poscolonial en África y Asia, el desmán maoísta en China y la dantesca realidad de la Camboya de los Jmer Rojos eran capítulos de la historia reciente ya de plena actualidad y centro del debate político europeo.

No podían ser reprimidos ya tachando las informaciones y la cada vez mayor proliferación de datos y testimonios como «propaganda anticomunista». La guerra del Vietnam se alejaba en el tiempo y ya no era suficiente para anestesiar conciencias ni para movilizar suficiente «vigor anti-imperialista» como para negar o minimizar los hechos y desacreditar y desprestigiar a sus víctimas, a las víctimas del terrorismo. Fueron años de intenso debate, en los que la democracia liberal tomó por primera vez la iniciativa frente a la propaganda comunista y los apaciguadores de la izquierda.

Los libros de Aleksandr Solzhenitsyn y otros disidentes, las revelaciones sobre los vínculos entre los regímenes comunistas y el terrorismo en la Europa democrática de Sterling y del jefe de la Securitate de Ceaucescu, el superespía rumano Ion Mihai Pacepa, huido a Estados Unidos, son algunos de los hitos editoriales que impulsaron el anticomunismo democrático en todo Occidente.

Especialmente en Europa, donde hasta entonces la hegemonía del pensamiento instaurada después de la Segunda Guerra Mundial, cuyo bastión era Francia, había logrado mantener vigente la falacia de la equiparación de anticomunismo con ultraderechismo. Así, todo aquel que osaba hacer una crítica abierta a los fundamentos, crímenes o políticas del comunismo era fácilmente tachado de filofascista o nazi. Y el temor a ser estigmatizado así imponía una autocensura que, en la mayor parte de Europa, sólo logró comenzar a romperse en las décadas de 1970 y 1980. La pugna ideológica más dura se produjo por supuesto en Francia, donde la victoria del anticomunismo democrático de Raymond Aron, Jean-François Revel y también de Albert Camus se produjo cuando habían muerto todos salvo Revel. En Francia, esta lucha ideológica quedó simbolizada por el enfrentamiento entre Jean-Paul Sartre y Camus, hasta la muerte de éste. Pero después surgieron con valentía los nuevos filósofos, con Bernard-Henri Lévy y André Glucksmann a la cabeza. Desde sus reflexiones sobre el totalitarismo nazi dieron el salto al análisis del comunismo y establecieron su carácter esencialmente perverso como la otra cara de la barbarie totalitaria. Intelectuales de peso tomaban el relevo de Raymond Aron, que tanto tiempo había luchado en solitario frente a una avasalladora supremacía editorial y mediática de la izquierda, que sólo aceptaba «errores» —que no crímenes— en la construcción del comunismo y consideraba que esta propuesta de transformación social era, en principio, moralmente aceptable e incluso loable. Mucho más tarde llegaría la publicación del célebre Libro negro del comunismo: crímenes, terror y represión, de 1997, escrito por profesores universitarios e investigadores europeos, editado por Stéphane Courtois, director del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) de París.

Preguntará el lector qué tiene que ver aquel debate ideológico con nuestra política española actual y, en especial, con la política del gobierno socialista de Rodríguez Zapatero. Por desgracia, mucho. Muchas razones hay por las que este debate antes descrito y la maduración europea hacia posiciones de enfrentamiento sin complejos frente a todo totalitarismo, el nacionalsocialista y el comunista por igual, no se produjera en España. Y una de las peores consecuencias de que así fuera ha sido precisamente el surgimiento dentro de la izquierda española —que creímos definitivamente anclada en la socialdemocracia después de la llegada a su dirección de Felipe González— de una generación que alimenta todo su discurso ideológico en el frentepopulismo de los años treinta del siglo xx, auspiciado entonces por Stalin. Este frentepopulismo instaurado en el PSOE bajo Zapatero es el que lleva a este partido a alejarse cada vez más de las socialdemocracias europeas, que mantienen su

firme rechazo al comunismo y su pleno respaldo a la libre sociedad de mercado. Es también la causa de que los límites entre la izquierda democrática y la izquierda revolucionaria o antidemocrática se hagan cada vez más difusos hasta finalmente desaparecer, como ha ido sucediendo en los últimos años en nuestro país.

Este retorno al frentepopulismo supone, de hecho, la bolchevización ideológica de la cúpula, pero también del aparato del Partido Socialista en España. Queda muy claramente simbolizada por la apología que el zapaterismo hace de Largo Caballero, el más destacado frentepopulista del socialismo español, para el que la democracia no era sino una vía o un medio más para llegar al poder, pero perfectamente intercambiable con otros como el golpe de Estado o la guerra revolucionaria. Otro de los fenómenos más sintomáticos de esta deriva del socialismo español hacia la utopía transformadora que rompe el pacto de lealtad de la socialdemocracia con la sociedad libre es el trato que se ha pasado a otorgar a Santiago Carrillo. Líder de las juventudes Socialistas antes de la Guerra Civil, Carrillo representa, al igual que Largo Caballero, esa unión revolucionaria entre socialistas y comunistas en la década de 1930 para acabar con la «otra España», que sería la de la burguesía, la Iglesia y el ejército. Carrillo dirigió, de hecho, el proceso de unificación de juventudes Socialistas y Comunistas en 1936. Después la vida dio muchas vueltas, como se suele decir, y Carrillo se convirtió en el experto depurador del Partido Comunista en el exilio. Muerto Stalin, Carrillo y Dolores Ibarruri, la Pasionaria, se mantuvieron con éxito en el poder con el pleno control del aparato, mientras en el resto de los partidos comunistas europeos, a ambos lados del Telón de Acero, cúpulas tan comprometidas con el estalinismo como la de Carrillo eran depuradas sin compasión.

Para sobrevivir en 1956 al XX Congreso del PCUS con su denuncia de toda la política estalinista, Carrillo maniobró una vez más con habilidad, y su propuesta de reconciliación nacional en España, coincidiendo con el vigésimo aniversario del principio de la Guerra Civil, no es extraña a su propia capacidad de supervivencia. Muerto Franco en 1975, los políticos españoles y el propio Rey de España se encontraron con que su principal interlocutor en la izquierda para negociar las bases para la transición era Carrillo, un protagonista de la Guerra Civil, destacado dirigente de la represión en la retaguardia en Madrid y, además, acusado de dirigir una de las mayores matanzas de inocentes civiles de la contienda, en el pueblo de Paracuellos, en las cercanías de Madrid. Por entonces les vino bien a todos que su implicación fuera sólo una acusación del otro bando. Hoy, sin embargo, gracias a la apertura de los archivos soviéticos tras la disolución de la Unión Soviética, está probado que Carrillo organizó y dirigió aquella liquidación de miles de presos sacados de las cárceles madrileñas, y que lo hizo para asestar un golpe ejemplar y efectivo a la quinta columna, como se dio en llamar entonces a los conspiradores favorables al levantamiento militar en la retaguardia republicana.

Paradojas de la vida, Carrillo se convirtió en un muy leal colaborador de todas las fuerzas partidarias de una transición democrática. Aceptando la bandera rojigualda, al

igual que la monarquía, e incorporando al proceso de reforma a casi toda la izquierda entonces organizada y movilizada, prestó un servicio impagable a la naciente democracia española. Por supuesto, la amnistía general del año 1977 le benefició a él, como a todos los implicados en cualquier acto punible antes de su promulgación. Y Carrillo pasó a ser una de las figuras aceptadas y reconocidas por toda España — salvo para sectores muy marginales de la extrema derecha y supervivientes del bando franquista.

¿Qué ha sucedido desde entonces? Lo evidente es que Carrillo ha abandonado su papel como uno de los padres de la transición y de la Constitución de 1978 para erigirse en el nuevo santo de la izquierda frentepopulista. Desde la llegada al poder de Zapatero, Carrillo ha ido modificando su discurso. Ya no presume de su protagonismo constitucional, sino de su pasado antifascista. Sin duda, este viejo zorro fumador ha visto el signo de los tiempos y llegado a la muy cierta conclusión de que es mucho más gratificante y lucrativo en el zapaterismo defender su «pasado antifascista» que su papel en la reconciliación durante una transición sistemáticamente devaluada por los nuevos gobernantes. Carrillo se ha hecho así omnipresente en el debate político español y ha sido erigido por los medios socialistas en santo laico de esta nueva España que Zapatero quiere erigir tras una nueva transición.

El proyecto político de Zapatero arraiga su supuesta legitimidad en la Segunda República, en su última fase de enfrentamiento irreconciliable ya entre las dos Españas. Por eso Carrillo, como último gran protagonista vivo de aquellos tiempos y combatiente en el lado «de los buenos» es, aunque sea abracadabrante, un referente moral para estos jóvenes Turcos del izquierdismo español. Un ejecutor estalinista ha pasado en la última década a convertirse en icono de la nueva España.

Cierto es que todo el zapaterismo es en sí una perfecta anomalía. O si prefieren, un disparate continuado. Pero sin duda una de las anomalías más graves con que se ha topado el desarrollo del debate político en España ha sido la permanente descalificación, cuando no demonización, del anticomunismo. Aunque sea absurdo, es un hecho que mientras el término antifascista siempre está cargado de un sentido positivo cuando no directamente heroico, el de anticomunista siga siendo denigratorio e insultante. Para cualquier demócrata moderno debería estar meridianamente claro que, por su perversión ideológica, su falta de compasión, su vocación totalitaria y, quizás lo más incontestable, por su historia, el comunismo tiene la misma carga criminal que el nazismo. Por muchas diferencias que se puedan trazar entre los orígenes de estas dos ideologías redentoras que buscan asumir el papel de Iglesia total en el Primer Mundo sin Dios. De ahí que cualquier amante de la libertad y de la dignidad humanas deba tener un firme compromiso asumido en la lucha contra estas dos ideologías de las que sólo se puede esperar dolor, represión y mentira.

En España ha sido imposible que se impusiera esta evidencia, que debiera ser un axioma para todo demócrata después de las experiencias del siglo xx. Tiene

obviamente mucho que ver con el papel del Partido Comunista de España durante la transición y durante el antifranquismo, cuando ya en 1956 fue precisamente Carrillo, que sabía ya que la dictadura había llegado a España para quedarse, quien lanzó la propuesta para la reconciliación nacional. Los socialistas españoles, desaparecidos por completo durante los cuarenta años de dictadura del general Franco, tuvieron que adaptarse al discurso de la única fuerza que existió permanentemente durante aquellas décadas, que era el PCE. Aquel papel moderador de los comunistas españoles, después ratificado durante la transición, les hizo ganarse un sólido prestigio en sectores no comunistas de la sociedad española. Y reafirmaron así un desprestigio del anticomunismo en sectores burgueses españoles que sigue existiendo hoy, cuando en el resto de Europa el debate está más que cerrado y el comunismo es una ideología tan criminal y repudiable como el nacionalsocialismo.

Este retraso del debate ideológico en España tiene, por supuesto mucho que ver con el complejo de la derecha española, cuyos principales líderes aún sufren un especial síndrome por el cual se creen obligados a pedir perdón por el franquismo. La apabullante apisonadora de la supuesta hegemonía moral de la izquierda y de su supremacía mediática ha desempeñado aquí un papel fundamental. La interiorización por parte de la derecha democrática del discurso izquierdista, por el cual se erige en autoridad moral un bando en la Guerra Civil, el frentepopulista, y asume el papel de villano absoluto el otro, el franquista, es uno de los lastres que han impedido una mirada al pasado con sosiego y veracidad.

Más que una paradoja es un sarcasmo que la tropa del radicalismo izquierdista movilizada bajo Zapatero, cuyo liderazgo está cuajado de hijos de prohombres de la dictadura, haya tenido éxito en prolongar e intensificar ese mensaje mentiroso que proyecta la división política de la contienda civil sobre el espectro político de la sociedad actual, que nada tiene que ver con la de entonces. Después habrá más espacio para hablar de la mentirosa memoria histórica de este gobierno como un instrumento más para dividir a los españoles. En todo caso, la ausencia de este debate ideológico en su debido tiempo, y la falta de músculo moral de la derecha para asumir sin complejos su voluntad de combatir todos los totalitarismos por igual, ha dejado en manos de la izquierda unos instrumentos muy eficaces con los que decide quién es demócrata y quién no. Y de ese supuesto paraíso de la corrección política bajo la vigilante mirada de la izquierda quedamos en principio excluidos todos los que consideramos que el comunismo es un enemigo tan irreconciliable de la democracia como el nazismo. Ellos, la izquierda zapaterista, por su carácter frentepopulista, considera a los comunistas sus aliados naturales. Y a todos sus enemigos los tacha de caverna, fascistas o ultraderechistas.

Recuerdo lo que me dolió, en la década de 1980, el comentario de un periodista al que yo ya admiraba por entonces y he ido admirando más según han pasado los años. Paradójicamente, es uno de los profesionales del periodismo que ha demostrado, a la postre, una extraordinaria calidad humana, una magnífica independencia de criterio y

una irreductible vocación de libertad. Su exabrupto de entonces es muy característico de la fosilización impuesta por la hegemonía izquierdista en el debate ideológico y moral sobre el totalitarismo en España. Y cuyas consecuencias pagamos ahora muy caras con su elevación a razón de Estado bajo el zapaterismo. Supongo que él, uno de los pocos miembros de la plantilla de *El País* que saben guardar la digna distancia respecto a la tropa sectaria, de acordarse, lamentaría hoy el comentario. Yo sigo acordándome aunque han pasado más de veinte años de aquello.

Acababa de transmitir, no recuerdo si fue desde Viena o Bucarest, un artículo muy virulento sobre la destrucción de parte de la capital rumana para la construcción del Palacio del Pueblo, la obsesión faraónica de Nicolae Ceaucescu en su última década de vida. Al recibirse en la redacción, Enric González, así se me dijo, anunció su llegada con un escueto: «Aquí está la crónica del nazi éste». El anticomunista era y es, por principio, un extremista de derechas cuando no un nazi. Enric González sabe que no es así, y hoy está muy lejos de este tipo de posiciones. Pero es significativo que una de las más brillantes cabezas políticas del periódico, que se define de «izquierda liberal», dijera una barbaridad de tal calibre.

Hubo un tiempo en el que Stalin y Beria decoraban la Puerta de Alcalá. Stalin y Beria no eran gallegos ni extremeños ni madrileños. Tampoco eran personajes del género chico, la zarzuela, inmensamente populares en la capital de la gran república impoluta que es el modelo que nos evoca el Gran Timonel. Aunque sí eran ambos, Stalin y Beria, patronos, amos y pagadores de algunos de los que por aquí imponían su lógica. Eran dos de los peores asesinos, propagadores del terror en el terrible siglo xx. Lo cierto es que sus seguidores entusiastas, que a la postre eran ínfima minoría, pusieron sus imágenes en la Puerta de Alcalá. Como es cierto que nadie fue a quitarlas, aunque a muchos ofendieran. Como en San Sebastián, sesenta años después, el pasado día del santo, el 20 de enero. Se pedía amnistía, es decir impunidad, para quienes asesinan con la misma vocación, aunque afortunadamente con menos medios.

En el barrio de Salamanca, sus habitantes estuvieron bien quietos entonces, en 1937. Más o menos como los de la Parte Vieja de San Sebastián ahora. Nadie se levantó a protestar contra el insulto que supone ensalzar a asesinos. Stalin y Beria eran dos georgianos que sabían cómo tratar a la gente. Hicieron un tándem magnífico en la generalización del terror. Supieron generar una desconfianza entre la ciudadanía que quebró todos los recursos de la buena voluntad y la decencia en contra de su política criminal.

Yo, como podrán ustedes suponer, no estaba allí. Como no estaba la mayoría de los españoles que hoy viven y que desconoce que estos hechos se produjeran. Muy poco después de colgar esos retratos —un par de años son una siesta— muchos españoles iban a la Puerta de Alcalá a clamar a favor de que triunfara Hitler en su intento de tomar Moscú. Algunos eran otros. Otros eran los mismos. Nos quedan pocos supervivientes de aquellas hazañas. De las odas a Stalin y los coros a Hitler. De

quienes celebraban los éxitos de exterminio de los enemigos de la URSS o los que aplaudían las ofensivas del genocidio nazi en todo el este de Europa como gesta cristiana. Queda por aquí alguno, muy protagonista, y hoy convertido en santo laico por el gobierno que los españoles han elegido.

Eso es lo que nos debiera preocupar. Llegan momentos de emergencia en los que muchos no podrán permitirse el lujo de planteamientos morales a la hora de sobrevivir. Hablo de millones de parados que tarde o temprano perderán todo soporte y saldrán a defender su muy legítimo derecho a la supervivencia con modos y métodos que muchas veces no serán ni legítimos ni legales ni morales. Pero ya dijo Bertolt Brecht en los años treinta del siglo pasado, que cada vez son más actuales: «*Zuerst das Fressen, dann die Moral*» («Lo primero comer, después la moral»). Curiosamente, trágicamente, los primeros en este dilema serán los que desde el poder intentan rescatar o pretender una legitimidad que sus continuas estafas han puesto en duda. Y parecen ser ellos, que jamás han leído a Brecht, los que nos van a dar una lección de supervivencia. Propia. No van a ponernos una imagen de Stalin en Alcalá. Ni en la antigua checa de Fomento. Pero esperemos que todos los desesperados que ha generado el fracaso de una política insensata de izquierdas no haga surgir unas fuerzas coléricas que desprecien tanto la moral como la democracia y acaben apoyando proyectos totalitarios en los que los discrepantes sobramos.

ENTRE LA IDEOLOGÍA Y LA INEPTITUD

La política exterior de España bajo el zapaterismo tiene por supuesto la misma carga de ineptitud de su política general. Raro habría sido lo contrario. Miguel Ángel Moratinos, un funcionario en su día con fama de trabajador, logró generar inicialmente cierta confianza en el exterior durante los arranques de la disparatada aventura zapateril por este mundo. Al fin y al cabo, era un diplomático relativamente conocido en el exterior, muchísimo mejor educado que sus compañeros del Consejo de Ministros y no se le conocían grandes debacles en la diplomacia, en la que las meteduras de pata se perciben de forma mucho más inmediata que, por ejemplo, en la economía o la política de infraestructuras. Sólo el hecho de que Moratinos hable dos idiomas aparte del suyo ya le convertía en una especie de Henry Kissinger o Klemens Lothar von Metternich —el legendario canciller del Imperio austrohúngaro durante el Congreso de Viena— en un gabinete en el que apenas había alguien que hablara algo más que español, y esto con serias imperfecciones, por no decir agresiones. Sin embargo, Moratinos ha logrado convertirse en uno de los más destacados genios del disparate de los gobiernos del zapaterismo. De la mano de su jefe ha conseguido que España haga el ridículo allá a donde va, que haya perdido toda posición de fuerza y prestigio en sus alianzas y en sus relaciones bilaterales, y que su credibilidad hoy en el exterior sea la que puede gozar alguna república tercermundista con la que nadie quiere hacer negocios ni tratarse demasiado. Ha conseguido crearse fama de desertor en cuestiones de defensa, de poco fiable en el terreno de la seguridad jurídica, de cómplice de países violadores de los derechos humanos y de inepto a la hora de defender sus intereses en cuestiones comunitarias. ¿Cómo, se preguntarán, se ha logrado tanto en tan poco tiempo? Con diletantismo, ideología trasnochada, falta de preparación y formación, indolencia insensata y arrogancia de nuevo rico en grandes dosis. Nunca desde la implantación de la democracia se había contado menos con España en las capitales de nuestros principales socios europeos. Nunca se habían fiado menos de nosotros.

Este gobierno lleva ya más de seis años jugando con el prestigio, con el respeto, la autoestima, la economía y la seguridad interna y externa de nuestro país. Por eso no debieran ya de extrañar a nadie los exabruptos continuados y demoledores para nuestros intereses a largo y corto plazo. Hemos seguido durante todos estos años en la senda ignominiosa comenzada con la retirada inmediata y sin previo aviso de Irak de unas tropas que se hallaban allí para fortalecer la paz tras la guerra. Y hoy nos hallamos en una guerra real en Afganistán en la que nuestro ejército carece de órdenes, objetivos, personal, armamento y material para combatir.

Los desmanes son muchos y aquí podemos citar sin duda otra retirada absurda, la que se realizó en Kosovo, poco antes de que España perdiera estrepitosamente su

batalla en contra de la independencia de esta antigua provincia serbia. Como siempre con escaso honor y nula gloria, anunció la ministra de Defensa, Carmen Chacón, que España volvía a desertar, sin aviso previo, como suelen hacer los desertores, de una campaña militar común con sus aliados. Esta vez es de Kosovo. El ejército español dejaba otra vez en la estacada a todos sus aliados presentes en aquel territorio. El gobierno de España decidió pirarse —como diría un recluta en el frente— de una de las regiones en la que Europa entera se juega su estabilidad, la seguridad y la paz. Lo hizo después de una larga retahíla de manifestaciones de incompetencia, necedad y falta de criterio e información sobre la región. Dan ganas de llorar una vez más, sin apenas consuelo, por los magníficos soldados españoles que se dejaron la vida en los Balcanes. Y por todos los hombres y las mujeres de nuestro ejército que estuvieron allí más de década y media dejando una huella indeleble de valor, gallardía y honor, ellos sí muy conscientes de su papel en la defensa de la seguridad y los intereses de su patria, que muchas veces se dirimen tan lejos de sus fronteras.

La grotesca estampida cayó como una bomba en el Cuartel General de la OTAN y en los gobiernos y mandos de los otros ejércitos allí presentes, que se creían aliados nuestros. Tenía, como la deserción de Irak tiene, unos antecedentes políticos. La majadería de nuestros gobernantes de izquierda y derecha había llevado a interpretar la tragedia de Kosovo en clave interna española. Nuestros políticos ignaros habían llegado a la conclusión de que defender el espanto consumado de la soberanía de Serbia sobre Kosovo venía a ser parte de la defensa de una cohesión española que, por otra parte, dinamitan ellos un día sí y al otro también. Nuestro gobierno, cautivo de su primitivo universo sentimental izquierdista, se nos convirtió en defensor de un país que ya no existía y en firme opositor a una independencia de Kosovo que habían dictado las armas, las vidas y las muertes.

Está claro que la historia, para Zapatero y su gente, es una casa de muñecas. Después de lo sucedido en Kosovo, nadie mínimamente informado podía abogar por su permanencia bajo ningún tipo de soberanía serbia. Y los veintidós países de la Unión Europea y los cincuenta y dos de todo el mundo que han reconocido la independencia irreversible de Kosovo se lo podían haber explicado muy bien a toda la tropa que niega por intereses claros u oscuras consideraciones ideológicas que la historia haya existido de forma para ellos no apetecida. También les podían haber aclarado a los disparatados algunas cosas sobre la absurda interiorización de los mensajes simplistas de los nacionalismos periféricos españoles, que creen adivinar paralelismos entre Prístina y Vitoria.

El ridículo auguraba daños. La deserción como rasgo fundamental del carácter, la traición como método, la mentira y la impostura como utillaje. Así estábamos una vez más, haciendo que no notamos que otros sí lo notan. Irak, Kosovo, nuestra meliflua presencia no combatiente en Afganistán, nuestros idilios con Cuba, Venezuela y el indigenismo totalitario boliviano, nuestra debilidad obsequiosa en África... Son tantos los disparates en nuestra política exterior que tardaremos al menos una

generación, en el mejor de los supuestos, en reconquistar un prestigio, un respeto, la presunción de decencia que España se había labrado en las tres pasadas generaciones políticas.

Pero más allá de las falacias históricas y mentiras con que nuestros gobernantes han tejido el mensaje que emiten a diario para explicarse a sí mismos y reinventar el mundo, más allá de la basura semiculta con la que quieren promocionarse, están los daños objetivos que los españoles quizás habremos de comprobar, por desgracia, en un futuro no lejano que nos atañe a nosotros, a nuestros hijos y nietos. La Alianza Atlántica ha tenido siempre debates internos, como a toda asociación voluntaria de naciones libres corresponde. No pasaba en el Pacto de Varsovia, pero la OTAN nunca había tenido a un miembro que manifestara de esta forma su tendencia a traicionar la confianza interna y la labor común. La desertión está muy mal vista no sólo entre militares o entre caballeros: también entre ciudadanos que creen tener un proyecto de vida en libertad común. La confianza truncada una vez es difícil de recobrar.

Es posible que el escándalo del anuncio de la retirada unilateral de nuestras tropas en Kosovo no tuviera mayor repercusión en la opinión pública española. Estamos a lo que estamos y todos piensan que en estos momentos todo el mundo tiene licencia para buscarse la vida como pueda. Mucho cuidado con eso. Porque si los países bálticos, la región de los Balcanes y la propia Centroeuropa tienen motivos para estar preocupados por su seguridad y su entorno, los españoles deberíamos ser también conscientes de quiénes son nuestros vecinos. Nosotros tenemos más necesidad que muchos otros de una Alianza Atlántica que disuada de apetitos ideológicos, fanáticos religiosos y territoriales a unos Estados realmente fallidos que en estos tiempos de inestabilidad y zozobra bien pueden verse tentados a la aventura. Cuando se genere una situación de este tipo, y puede producirse pronto, nosotros pediremos a nuestros aliados una lealtad que cada vez será más difícil de exigir. Porque nosotros la hemos dinamitado.

En Kosovo no estallará la guerra. La independencia es irreversible por mucho que esto enfade a Moratinos. El voto favorable de Serbia a una resolución de la ONU que no cuestiona la legalidad del proceso de independencia de Kosovo dejó en septiembre de 2010 en un absoluto ridículo, una vez más, al gobierno español y a su obcecación en defender unos postulados cuando es Belgrado quien los abandona. Pero más allá de las ridiculeces de Moratinos está el daño a la credibilidad de nuestras fuerzas militares en su compromiso con los aliados. Los españoles abandonaron el terreno que defendían con otros a los que dejaron en situación precaria, obligados a cubrir todos los espacios que la desertión española había generado.

El mapa de Europa y sus vecinos más cercanos, en el Cáucaso, en Oriente Medio, en el Magreb, en el Sahel y también en Rusia, es complicado y nada indica que el futuro en los escenarios en los que se dirime nuestra seguridad vaya a ser sosegado. Si tuviéramos a algún dirigente con sensibilidad para la historia y los mapas, quizás denunciara el alarmante hecho de que las decisiones faldicortas que aquí se están

tomando son torpedos dirigidos hacia la línea de flotación del buque trasatlántico de la democracia. Casi es lo de menos que el entonces secretario general de la OTAN, Jaap de Hoop Scheffer, protestara por las formas en que España escenificó la espantada kosovar. Está claro que en Europa, y en general en el Occidente democrático y civilizado, rigen unas formas de trato, información y cortesía que estos socialistas que forman el gobierno de España, apenas duchos en la convivencia en la agrupación de barrio, no entienden ni conocen ni respetan. Y también es evidente que estamos ante un nuevo síntoma del deterioro clamoroso de la posición de España en el mundo.

Las majaderías, mentiras y presuntuosidades del presidente del gobierno ya no causan ninguna sorpresa en Europa ni en el resto del mundo. Al principio sí. Todo comenzó siendo sorpresa chocante y después estupor entre quienes observaban la España zapaterista desde fuera. Ahora ya es desde hace tiempo una certeza en los círculos relevantes en Europa y Estados Unidos que los españoles somos gobernados por unos personajes que ni siquiera nosotros, pese a nuestra desesperante indolencia y tantos otros defectos, nos merecemos.

Otros hechos dicen mucho de la brújula moral del zapaterismo. El presidente del gobierno recibe como amigo del alma al presidente de Siria, Bashar al-Assad, quien más allá de su constante apoyo al terrorismo en Oriente Medio ha formado con el venezolano Hugo Chávez una alianza con el objetivo declarado de combatir a Estados antioccidental del presidente de Irán, Ahmadineyad. Como ven, buena compañía. Nuestros servicios secretos se quejan de que Israel ha dejado de suministrar a España datos para la lucha contra el terrorismo islámico. Cabe pensar que Israel no tiene excesivo interés en compartir los datos con esos amigos íntimos de la España de Zapatero, que son dictaduras enemigas de su existencia.

En este contexto siempre surgen de nuevo las nada transparentes relaciones que tenemos con Cuba, más allá de los entusiasmos que entre los socialistas españoles genera el sátrapa del Caribe. En su vergonzoso papel de abogado de la dictadura, nuestro ministro de Exteriores logró en su día que la UE le diera tres meses de plazo antes de renovar la política de sanciones —leves— cuyo único objetivo es recordar que Europa diferencia en sus relaciones exteriores entre dictadura y democracia. Que tiene brújula moral. Zapatero y Moratinos han estado siempre en contra. Moratinos, Leire Pajín, Elena Valenciano y todos los socialistas que pasan por Cuba dejan claro su desprecio a los disidentes, con quienes rompieron contacto nada más llegar al poder en Madrid. Moratinos dice que no visitó ni visitará al preso Guillermo Fariñas, por ejemplo, que agonizó en una huelga de hambre, para evitar «fotografías oportunistas». Náuseas produce tal excusa. Cada vez está más claro que peor que la incompetencia de este gobierno es que no tiene brújula moral. Y quiere romper la de todos nosotros.

Sé que hay mil pruebas de esta indigencia ética de nuestra tropa de gobernantes sectarios socialistas. Pero Cuba es un ejemplo de traca. Escribía yo el 24 de agosto de

1994, hace casi dieciséis años, en un artículo en *El País* titulado «Los obcecados», que «en España siguen aún algunos empeñados en defender su último laboratorio social, su terrarium caribeño para experimentos con seres vivos». Hablaba sobre el doloroso hecho de que en Cuba, el régimen de Fidel Castro, ese triste Ceaucescu de las Antillas, se había convertido en trágica excepción, pura astracanada, cuando en Europa el comunismo caía al basurero de la historia bajo la ofensiva de una revolución democrática. El muro de Berlín era escombros y los tenebrosos *aparatchiks*, líderes del Pacto de Varsovia, cuya única legitimidad era el miedo, eran ya caterva liquidada, unos depuestos y otros muertos.

Lamentaba entonces que en el seno de las democracias campen sin ninguna vergüenza los defensores de aquella ideología totalitaria redentora, la que más víctimas ha generado en la historia, aún más que el totalitarismo único que siempre será el nazismo. Algo no funciona moralmente en quien ve en Josef Mengele un monstruo y en Lavrenti Beria un simple amigo de Santiago Carrillo. La experimentación social izquierdista nunca ha sido tan condenada como la nazi, por lo que siempre se corre el riesgo de que sea rehabilitada. Como en Cuba. Cuando los comunistas defienden la experimentación en Cuba, no sólo defienden a Castro; también exoneran a Mengele. Nunca derrotados en guerra, los comunistas acabaron viendo la caída del muro de Berlín como un accidente. Eso salvó al régimen de Castro. Y hundió a Cuba por dos décadas más al menos. Eso, y todo ese ejército de colaboracionistas con las dictaduras comunistas que nunca fueron juzgados por las democracias como los que se vendieron al nazismo o al fascismo. Son legión los que perseguirían a Pinochet o a Stroessner, sus hijos o nietos, más allá de la tumba, pero jalean a Castro, un déspota que acumula crímenes cuyas víctimas multiplican en mucho a las caídas bajo las dos dictaduras mencionadas. Los antifascistas defensores del último gran totalitario, del único calificable como fascista de toda la América Latina.

Ralph Giordano, escritor, guionista, intelectual judío alemán, víctima del nazismo, comunista emancipado de su ideología liberticida, gustaba de llamar a los obcecados la «Internacional de los tuertos». Se refería a quienes viven cómodos en democracias pero jalean con impudicia méritos de regímenes comunistas, como el de impedir la huida a sus súbditos, perseguir con pena de muerte a quienes desafían sus órdenes absurdas y, ante todo, producir miseria. Estos «tuertos obcecados» son los defensores a ultranza de sistemas que no soportarían para sí mismos, pero con los que colaboran y trafican visados y favores, coches, bonos y boletos, contactos, puros habanos y souvenirs. Forofos de la libertad en su casa, están siempre dispuestos a medrar de la necesidad, la humillación y la falta de libertad de los cubanos y sus hijos.

Entonces creíamos que la pesadilla acababa también en Cuba. No. Hay menos resignados y más irredentos. Con dinero venezolano, apoyo en La Paz, en Caracas, en Buenos Aires, Quito y Madrid, tienen un lema revitalizado: «El mal es Occidente».

El relativismo moral del izquierdismo europeo actual hace del criminal agonizante Castro un estadista decente; del fanático muerto Che Guevara, un mito; y de los etarras muy vivos Otegi y De Juana, «hombres de paz». Si en su día Sajarov era un saboteador, hoy es el demócrata cubano Carlos Alberto Montaner un «terrorista», y todos los que no digieren el mencionado relativismo, unos «fascistas con aguiluchos».

EL ISLAM, ALIADO CONTRA OCCIDENTE

La actitud del socialismo radical español hacia el islam genera infinitas perplejidades. Los dirigentes, autoproclamados grandes adalides de la modernidad y de la lucha contra el oscurantismo que para ellos es la religión en general, pero el cristianismo católico en particular, muestran una enorme condescendencia cuando no simpatía por un islamismo que sin duda se ha convertido en el mayor reto cultural y de seguridad para la sociedad occidental. Podemos también llamarlo amenaza, porque es sin duda de lo que se trata. El problema, muy grave pese a la ocultación sistemática del mismo que hacen nuestros gobernantes, no es por supuesto sólo español. Afecta a todo el mundo occidental. Y de su regulación aceptable para todos dependerá en gran parte el tipo de convivencia urbana que vayamos a tener las sociedades libres en un futuro. Y que puede decidir y sentenciar la supervivencia o el ocaso de nuestra sociedad libre y democrática tal como la conocemos.

Tenemos varios hechos incuestionables que convierten la regulación de nuestra coexistencia con el islam, dentro y fuera de nuestras fronteras, en una prioridad máxima si queremos defender nuestro modo de vida, el que ha generado la comunidad de seres humanos más libre, próspera y compasiva que jamás se ha visto en la historia de la humanidad. Vaya por delante este hecho, que todos los defensores de la libertad y la democracia deberían tener mucho más asumido y grabado en sus conciencias de lo que lo está. Nuestra sociedad libre occidental, nuestro Estado de Derecho aconfesional, nuestra libertad de pensamiento, de opinión, de búsqueda de la felicidad y prosperidad, son nuestra mayor y principal conquista en la organización de la vida de los seres humanos controvertidos. Tenemos la mejor de las sociedades jamás habida en el mundo. Pese a todas las imperfecciones e injusticias, nunca hubo una organización humana capaz de autorregularse y corregir sus propios errores e insuficiencias de forma pacífica y garantizar al mismo tiempo seguridad, libertad y protección a sus cientos de millones de ciudadanos privilegiados que viven en las democracias occidentales. Ahora, como en su día con las ideologías redentoras y totalitarias que fueron el nazismo y el comunismo, tenemos enfrente una fuerza religiosa expansiva cuyos principios chocan en parte, pero de forma radical, con los nuestros.

En ciertos sectores de la izquierda europea, y desde luego en la izquierda radical que gobierna España en la actualidad, existe una fuerte corriente de pensamiento que considera que el islam es un aliado político contra los verdaderos enemigos de las transformaciones que anhelan para crear un régimen más allá de la democracia. Estos enemigos suyos son, sin duda, la Iglesia católica —el bastión más firme en la defensa de los valores cristianos que son la base de nuestro mundo de libertades y de defensa a ultranza del individuo humano—; los Estados Unidos de América, con Obama y sin

Obama, que consideran como una fuerza imperial firme en sus convicciones hegemónicas aun en estos momentos de dejación y creciente aislacionismo; Israel — otro bastión de principios y memoria que es ejemplo en su capacidad y voluntad de autodefensa—; y las fuerzas políticas y culturales que representan a la sociedad dispuesta a conservar nuestros valores.

En España es realmente llamativo comprobar cómo el mundo relativista, pero ante todo los medios del socialismo radical, han encontrado en el ex presidente del gobierno, José María Aznar, su bestia negra favorita. Cada vez que éste expresa su opinión sobre uno u otro tema le cae encima un aluvión de improperios y descalificaciones y la permanente exigencia de que se calle. Probablemente tenga que pasar todavía algún tiempo antes de que se pueda estudiar en profundidad y con detalle la capacidad de Aznar para generar un odio tan intenso y tan apasionado entre sus adversarios. Sus éxitos políticos indudables, su reconocimiento en el exterior, el hecho de que sus enemigos —que no adversarios, digamos las cosas claras— no pudieran expulsarle del poder, son sin duda factores contribuyentes. Sin embargo, no explican toda esa animadversión que despierta, incluso entre quienes han sido sus votantes y comparten su terreno ideológico. Hace ya muchos años que Aznar dejó el poder, pero pocos días hay en los que no surja alguno de esos odiadores —como les llamo— que tanto le necesitan. A veces parece que Aznar se apiada de ellos y les da algo de carnaza. Y parece gozar conociendo de antemano la reacción de todos los que le lanzaran mil improperios por haber expresado su opinión. Estremecedor fue la reacción de todos estos incondicionales del odio a Aznar cuando éste decidió ir a Melilla a mostrar su solidaridad con esta ciudad acosada por Marruecos e ignorada por el gobierno. Siempre es así, hable en Washington o Londres, Berlín o Pekín. La firmeza del criterio del ex presidente les lleva hasta la desesperación. Por mil razones, pero ante todo porque ha demostrado no poder ser intimidado por los violentos coros del socialismo radical. Porque defiende los valores de Occidente, de la sociedad libre, y porque defiende el derecho de defensa y la necesidad de una cultura de defensa de esta sociedad a todos los niveles. Como muy significativamente defiende a Israel como parte imprescindible de nuestro mundo hoy amenazado.

También porque expresa serias dudas sobre una política norteamericana marcada por el diletantismo y la falta de lealtad. Las críticas de Aznar a esa vaca sagrada del llamado progresismo que es el presidente Barack Obama producen auténtica histeria entre los vigilantes del pensamiento correcto. Aznar ha ignorado todos estos ataques, que a estas alturas muy poco deben afectarle. Y, desde luego, ha seguido desde su retiro empeñado en librar la batalla de las ideas. Probablemente en contra de los criterios de la actual cúpula del PP, que parece siempre mucho más partidaria de no entrar en cuestiones de envergadura intelectual y prefiere las batallitas de intercambio de golpes de declaraciones con el poder socialista. Al parecer resulta más fácil odiar que querer a Aznar. Pero como muy pocos otros líderes políticos y, probablemente como ningún otro, sabe subrayar los problemas estratégicos en la lucha de las

democracias occidentales por defenderse de sus enemigos.

Cuanto más se conoce a la clase política española —desinteresada e ignorante respecto a los grandes problemas de política internacional e indolente en la citada batalla de las ideas— más necesaria parece la llamada de Aznar contra la desidia política y la pereza mental, y a favor de una conciencia política que dispute la iniciativa al izquierdismo en el debate político. En toda Europa están surgiendo voces de peso que exigen un rearme cultural ante retos como la inmigración no integrada, la amenaza a las libertades en el malogrado proyecto multicultural, y la dejación de los valores de la sociedad libre y los derechos del individuo. Cada vez son más los que consideran que los partidos conservadores no logran articular esta defensa. Y que paradójicamente, al tiempo que se hundan electoralmente los partidos socialistas —hasta ahora con la excepción o anomalía española— sigue vigente esa hegemonía izquierdista en el mundo cultural y mediático que insiste en las soluciones falsas, en la intromisión del Estado en todas las esferas de la vida privada del ciudadano, en el buenismo y relativismo y en el sacrificio de los derechos individuales a favor de experimentos sociales con peligrosas consecuencias.

Para sus intentos de «superar» esta democracia burguesa, en terminología de la izquierda revolucionaria, sus principales obstáculos son estos valores, nuestras tradiciones y el respeto al legado de nuestros mayores, la herencia que hizo posible este largo periodo de libertad y bienestar en nuestras sociedades. Bien, pero la voluntad de conservar ya no es suficiente ante las amenazas claras que se ciernen sobre nuestra sociedad y nuestros valores. Es necesaria una voluntad de defenderla.

La voluntad de defender lo propio, de defender los valores de la sociedad abierta occidental frente a todos sus enemigos, requiere firmeza y valentía. Porque hay que hacer frente a los que, desde dentro de nuestra cultura y desde el descreimiento y el relativismo más absolutos, ponen en duda todo. Y frente a adversarios expansionistas que no conocen la duda y que tienen tras ellos una comunidad mucho más compacta en sus creencias, mucho más homogénea en su voluntad expansiva y mucho más dispuesta al sacrificio. Dicho de forma contundente, esa comunidad tiene todo lo que nos falta a nosotros. En el ejercicio propio de la autocrítica y el cuestionamiento permanente de nuestra sociedad hemos llegado a un punto en el que gran parte de la ciudadanía occidental ha perdido todos los referentes necesarios para reafirmar su voluntad de dicha defensa de nuestro mundo. Nosotros adolecemos de exceso de duda y desapego a nuestra sociedad de valores, mientras que el islam adolece de falta de dudas; el islam —no me refiero aquí a los musulmanes occidentalizados, siempre una minoría incluso en Occidente— cuenta con la fuerza que da la falta de duda y la vocación de defensa ofensiva y expansionista de su fe y sus leyes.

En esta situación general de confusión la izquierda radical vuelve a equivocarse de enemigo. Tal sería la conclusión más benevolente: que una vez más, ante el dilema de aliarse con quienes quieren una sociedad abierta y plural o con sus enemigos, la izquierda elige a los enemigos de la libertad. Como hizo en su día en su alianza

frentepopulista con el estalinismo, hoy son continuos los síntomas que nos indican que la izquierda cree tener más coincidencias con fuerzas totalitarias internas o externas que con sus adversarios en el arco parlamentario.

El fin de las guerras de religión europeas que se alcanzó con la Paz de Westfalia en 1648 trajo consigo las bases de una convivencia pacífica definitiva entre católicos y protestantes. A este acuerdo se unieron a lo largo de los siglos, y no sin terribles reveses, los judíos. Se trata de un pacto que establece que todas las religiones expresarán su fe y la propagarán con medios pacíficos y que lo harán en libertad y en respeto a la libertad de todos los individuos. Desde entonces, con la Ilustración, la creación de los Estados laicos a partir de la Revolución Francesa y la formación del Estado de Derecho, Occidente creó las bases para esta sociedad actual democrática y respetuosa de unas leyes emanadas de la voluntad popular y no de religión alguna.

Ahora, por primera vez en la historia después de las amenazas de invasión y de la ocupación parcial islámica que se produjo durante casi mil años —desde la invasión de España en 711 hasta el último asedio a Viena en 1683—, Europa vuelve a estar amenazada por el islam. Por supuesto que muchos biempensantes verán en este diagnóstico un caso de lo que llaman islamofobia, para ellos una peligrosísima enfermedad que utiliza la «derecha extrema» para movilizar a sus huestes en la sociedad, que serían todos los que no comulgan con la teoría izquierdista de que hoy el islam es en Occidente un aliado de las fuerzas del progreso. ¡Vayan ustedes a saber por qué!

Es un hecho que Europa y su sistema de convivencia en libertad se enfrentan de nuevo a una religión expansiva que se arroga el derecho a utilizar otros métodos para su expansión y la imposición de sus preceptos distintos a los acordados por las otras religiones monoteístas a partir de la Paz de Westfalia. Y que la corrección política se revela, cada vez más en Occidente, como un instrumento inquisitorial para la represión del debate público sobre todos los problemas reales de la ciudadanía en la sociedad moderna occidental, hasta ahora bastión del libre pensamiento. Lo estamos viendo en todas las democracias occidentales. Lo vimos cuando el papa Benedicto XVI, desde la mejor voluntad posible y el máximo espíritu conciliador, pronunció su célebre discurso de Ratisbona.

El Papa no había elegido aquella ciudad milenaria por casualidad para su reflexión sobre las religiones, la razón y el diálogo entre ellas. En esta ciudad, durante siglos sede permanente de la asamblea de príncipes del Sacro Imperio Romano de la nación alemana, se celebraron en presencia del emperador Carlos I de España y V de Alemania las célebres conversaciones religiosas de 1531, en las que convocados por el propio emperador, los más célebres teólogos católicos y protestantes intentaron dirimir sus diferencias, generadas con la reforma luterana. Hubo momentos en los que existió en aquellas conversaciones, que duraron meses, la convicción de que las diferencias podrían ser superadas y restablecida una unidad de la cristiandad que el emperador deseaba tanto para restablecer la unidad de sus territorios, como para

levantar un frente común contra el enemigo turco que amenazaba sus fronteras. No pudo ser, y el Libro de Regensburg, que constata el fracaso, supuso el fin de los intentos de reunificación cristiana y el comienzo de la escalada de hostilidades que un siglo después culminó en la Guerra de los Treinta Años, que asoló toda Europa central y no concluyó hasta que en 1648, con todas las partes agotadas, se firmó la referida Paz de Westfalia que regulaba la convivencia entre las dos religiones cristianas. Ratisbona era, por ello, un escenario ideal para evocar la cultura del diálogo entre religiones en buena fe, pero también las catástrofes que son posibles cuando esta buena fe fracasa.

Benedicto XVI pronunció su conferencia cargada toda ella de buena fe. Pero dijo más verdades de las que parecen dispuestos a tolerar no ya los fanáticos, sino los guardianes del pensamiento débil y la inquisición de la corrección política. Como fieras se lanzaron contra él algunos profetas laicos en Occidente, compitiendo con los más fanáticos imanes en países islámicos. Por supuesto que volvió a destacar la izquierda española en su agresividad hacia un discurso que presumiblemente muy pocos de sus virulentos críticos habían leído.

Porque fueron previsibles y poco conmovedoras las reacciones de angustia y estupor de intelectuales, políticos y observadores occidentales ante la furia del mundo islámico por un comentario y una cita que el papa Benedicto XVI hizo en aquella ciudad bávara, en referencia a la incuestionable vocación del islam de imponerse por la fuerza. Nadie rebate al Papa, pero todos curiosamente lo consideraron culpable de un conflicto provocado por las algaradas, manifestaciones de odio y expresiones de indignación real o simulada. En el mundo islámico tampoco hay mayor sorpresa. El habitual celo de los moderados por dar la razón a los radicales se ve bien combinado con los insultos y maldiciones al Papa y a Occidente por favorecer, supuestamente, a los radicales. Ni una voz surge entre los musulmanes con el coraje de decirles a los suyos que su indignación es gratuita, inducida o hipócrita. Ni un llamamiento a la calma de los supuestos moderados. De la escuela coránica más fanática de Karachi o los miserables suburbios de Indonesia a las mansiones de los funcionarios de la Organización de la Conferencia Islámica (OCI) —de impecable educación occidental y con los niños en internados de lujo en Suiza—, todos dicen saber que la culpa de que el islamismo genere sociedades fracasadas, jamás libres, y sea incapaz de afrontar la modernidad, la tienen los demás, los «cruzados», y ahora el Papa.

Resulta casi gracioso cómo el mundo musulmán, en gran parte tan fanático, se parece a los relativistas de la izquierda occidental, y en especial a la española bajo Zapatero, de hacer responsable de todo lo malo o inconveniente a los demás. La absoluta incapacidad para la autocrítica une en extraña alianza a estos dos aliados tan hostiles a los fundamentos de la razón occidental.

En su discurso de Ratisbona, el pontífice se refirió al rechazo que cualquier adoración a Dios ha de tener a los intentos de sus fieles de forzar su expansión por la violencia. Incluida la fe cristiana, que durante tanto tiempo lo hizo. Había mucho de

autocrítica de la Iglesia de Roma cuando así se expresaba el Papa en su patria bávara, bastión de la contrarreforma. Pero estas consideraciones carecen de sentido. Primero porque, como ya hemos dicho, los ofendidos no conciben la autocrítica. Y sobre todo porque no estamos ante una reacción de genuina ofensa o buena fe traicionada, sino ante una nueva operación de la vanguardia radical del islamismo para reafirmar el secuestro de la comunidad religiosa islámica mundial y elevar un grado más la amenaza a las sociedades libres.

Pagamos hoy también la muy indigna reacción de la mayor parte del mundo occidental en la crisis de las caricaturas de Mahoma, cuando quedaron en evidencia las fisuras y dudas sobre nuestros principios en Occidente. Se probó que algunas de las viñetas habían sido falsificadas por los propios líderes religiosos que las denunciaron. Pero a pesar de esto, a pesar de todas las disculpas pronunciadas por el gobierno de Copenhague, a pesar de todas las intervenciones que prácticamente daban la razón a las hordas que salieron a manifestarse en el mundo musulmán, a pesar de que fueron muy pocos los que salieron en defensa del caricaturista y de la libertad de expresión, no se produjo en el mundo musulmán fisura alguna, mientras en Occidente cada vez eran más los que culpaban de todo el conflicto al ciudadano que había ejercitado su libertad y no a quienes le amenazaban de muerte. El ejército de caricaturistas, cómicos, intelectuales y políticos que se prodigan en guasear sobre Cristo o el Papa se abstuvieron de solidarizarse con los daneses y de paso los tacharon de ultraderechistas.

Las comunidades islámicas en Europa saben ya cómo callar bocas. No necesitan siquiera a asesinos como los que acabaron con el director de cine Van Gogh o con el líder populista Pim Fortuyn. Con la mera amenaza basta para que sean los biempensantes occidentales los que hagan su tarea de desacreditar a quienes piden un debate sobre la expansión musulmana en ciudades europeas o sobre la falta de voluntad de integración de amplios sectores de esta inmigración.

En todo caso, sería ahora conveniente que nos diéramos cuenta de que la reacción habida demuestra brutalmente la profunda verdad que ha expresado el Papa. Y desvela la falacia de la teoría de que un cambio nuestro de conducta puede llevar al islam a adecuarse y a renunciar a un Dios total en la vida diaria y política de los individuos y los pueblos. Ese viejo dilema entre lo de Dios y lo del César. Desde la buena o la mala fe, el islam ha de saber que nuestro César es el Estado de Derecho, y las libertades, la de expresión la primera, no negociable con Dios alguno.

El islam que se dice moderado debería movilizarse para hacer frente a quienes se atribuyen el monopolio de su fe. Y no podemos ayudarle. Sería muy útil que se revolviere contra la manipulación, sacara a la gente a la calle cada vez que desde televisiones como Al-Yazira o Al-Manar se utiliza a Alá para llamar al crimen, a mutilar a mujeres, celebrar asesinatos, demandar la reconquista de Andalucía, Sicilia o los Balcanes, o aplaudir al presidente iraní cuando promete exterminar a los judíos. En caso contrario, esos ejercicios de moderación de reyes, ulemas, generales o

intelectuales se antojan un cálculo cínico o indiferente que compra seguridad al fanático a cambio de manos libres para atacar a Occidente. Los sabios templados del mundo islámico son hoy tan irrelevantes como la leyenda del idílico Al-Ándalus, ese producto ideológico turístico sevillano.

Es el islam el que debe dejar de amenazar, quemar y matar por el hecho de que alguien hable, escriba o dibuje. Muchos creen que el intelectual Benedicto XVI no era consciente de los efectos posibles de su discurso. Puede que sí y pensara que reprimir verdades urgentes sólo favorece a quienes se mecen en la mentira o el miedo. Lamentar los dolores que la verdad produce no significa pedir perdón por expresarla. Ratisbona fue el primer gran favor que Benedicto XVI nos hace desde su pontificado a todos, al islam y a Occidente. Durante mucho tiempo este debate ha sido reprimido por la corrección biempensante de izquierdas y derechas.

Ahora ya se ha desatado definitivamente el debate sobre el islamismo en toda Europa. Veamos en Alemania, donde la corrección política tiene carácter específico debido a su historia. De detonante ha servido la publicación de un libro de un socialdemócrata que lleva años en abierta revuelta contra dicha corrección política en cuestiones como la revisión del Estado de Bienestar y problemas relacionados, como es la integración de la comunidad islámica, que en Alemania cuenta con unos cuatro millones de miembros. El debate sobre la capacidad de la sociedad libre para integrar a la comunidad islámica sin perder sus propias señas de identidad estalló en Alemania en el verano de 2010 con una virulencia insólita. Por primera vez democristianos y socialdemócratas se vieron obligados a abandonar su resistencia a abordar esta espinosa cuestión. Coincidieron en que estamos ante el principal debate político y cultural de nuestro futuro próximo en Alemania y en Europa. El responsable de esta súbita y virulenta controversia es Theo Sarrazin, autor de un libro titulado *Alemania renuncia a sí misma*. Consejero del todopoderoso Bundesbank, destacado miembro del SPD, ex ministro de Hacienda de la ciudad de Berlín, Sarrazin —descendiente de hugonotes franceses huidos a Prusia en el siglo XVIII— ha ocupado multitud de cargos en empresas públicas y privadas que han buscado asesoría de este hombre tan brillante y lúcido como provocador. A partir de la publicación de su libro y del escándalo provocado se le echó de todas partes. El mismísimo presidente de la República, Christian Wulff, tuvo que tomar la decisión de aprobar el cese de Sarrazin como consejero del Bundesbank, que había sido acordado, con inmensa presión de la clase política, por la dirección del Banco Central alemán.

El libro *Deutschland gibt sich selbst auf* está tan lejos de la corrección política con que se tratan en Alemania las cuestiones de inmigración e integración que, ya antes de publicarse, había generado una masiva respuesta de desaprobación e indignación. Sarrazin considera que la integración de la comunidad islámica es un rotundo fracaso por la incapacidad y falta de voluntad de la misma. Y denuncia que dicha comunidad musulmana se ha convertido en un cuerpo extraño en la sociedad alemana, que apenas produce nada, y que es un lastre inmenso para la sociedad de

bienestar. Sarrazin advierte en su libro que sin medidas correctoras urgentes la sociedad alemana está en peligro de perder sus señas de identidad.

Es cierto que el autor se metió en camisa de once varas al desatarse la controversia cuando atribuyó a razones genéticas la buena integración y gran aportación a la sociedad moderna de la comunidad judía, en contraposición abierta a una comunidad islámica que ejerce un papel mayoritariamente parasitario. Alegar argumentos genéticos o biológicos en una posición filosemita resulta tan disparatado como utilizarlos en una postura antisemita, que es lo que hizo el nacionalsocialismo. Sarrazin debería de haber tenido siempre claro que los enemigos de todo debate se lanzarían sobre este error suyo para tachar sus tesis en la totalidad. Sarrazin se disculpó por su metedura de pata y consiguió que, aunque sus adversarios le tacharan como peligroso racista y ultraderechista, su propuesta de debate sobre la integración de la comunidad islámica en Alemania adquiriera una dinámica propia e imparable.

Frente a las invectivas masivas de todos los grupos de presión de biempensantes, izquierdistas, cristianos y partidos políticos, Sarrazin ha recibido pocos apoyos públicos pero muy selectos. Así, han salido en su defensa y en la necesidad del debate propuesto por su libro personalidades independientes, tales como el excanciller socialdemócrata Helmut Schmidt, los filósofos Hans-Olaf Henkel, Ralph Giordano, Peter Sloterdijk, el escritor Henryk Broder, y la socióloga turca Necla Kelek. En todo caso, claro está que los partidos políticos —siempre temerosos de afrontar este problema— no podrán demorar más este debate en Alemania. Y no puede demorarse en Occidente si subsiste un mínimo de sentido común en la clase política del mundo democrático, lo que de momento no parece ser el caso, pero habrá de serlo en un futuro no muy lejano. Si la postura radical de Oriana Fallaci les parece demasiado descarnada a algunos, lo cierto es que su escrito *La rabia y el orgullo*, su panfleto publicado después del ataque a las Torres Gemelas, uno de los últimos textos escritos antes de morir, toca todos los puntos de esta debilidad occidental, de lo que llama abiertamente cobardía, que supone la peor amenaza para nuestra seguridad y convivencia. En realidad, con diferente lenguaje, coinciden los grandes pensadores libres hoy en Occidente en que la eterna concesión acomodaticia a las comunidades musulmanas es un suicidio a plazos para las democracias occidentales. Desde Zygmunt Bauman a Tzvetan Todorov, desde Giovanni Sartori a Bolz, Broder o el citado Sloterdijk, todos llaman a este debate que se ha hecho ya inaplazable.

Son muchos los ejemplos de cómo las sociedades occidentales tienen dificultades para afrontar este reto de la integración —siempre necesaria— de sus comunidades islámicas. Los complejos surgen siempre. Y siempre se exige a la sociedad una tolerancia y una represión de sus propios sentimientos y sensibilidades que no se le pide nunca a la comunidad minoritaria a ser integrada. En Estados Unidos hemos tenido un caso muy evidente con el proyecto de construcción de una inmensa mezquita y un complejo cultural islámico en Manhattan, junto a la Zona Cero, donde se hallaban las Torres Gemelas destruidas en un atentado contra Occidente perpetrado

por unos terroristas que decían actuar en nombre del islam. La petición de las familias de las víctimas y gran parte de la sociedad neoyorquina y norteamericana, la gran mayoría según sondeos, de que no se construyera allí la mezquita porque hería su sensibilidad, fue ignorada. Y la comunidad islámica, como un solo hombre, se unió para exigir esta mezquita pese a la oposición de sus conciudadanos. No hubo ni una voz del llamado islamismo moderado que pidiera comprensión para las reservas y la sensibilidad de quienes se oponían al proyecto. Así se puso en marcha un proceso que dice mucho sobre la forma de tratar este tipo de conflictos por parte de la administración políticamente correcta.

Suele hacernos mucha gracia a los europeos el concepto de lo antiguo que tienen en Estados Unidos. En muchos pueblos y ciudades tienen allí en alta estima y veneran como antigüedades, o incluso monumentos históricos, unas casas viejas, chamizos o ruinas del siglo XIX que, en nuestro continente, tan repleto de monumentos centenarios cuando no milenarios, serían demolidos sin el menor atisbo de mala conciencia urbanística. En un país con historia propia tan corta como Estados Unidos todo lo que ha cumplido cien años se antoja venerable. Por eso llamará a muchos la atención la facilidad con que la Comisión de Protección de Monumentos de Nueva York se pronunció en julio de 2010 a favor de la demolición de una antigua fábrica de tejidos, de 1858, en pleno centro de Manhattan. La razón está clara. La vieja fábrica, cuya protección como monumento histórico habría frenado otro proyecto urbanístico en cualquier lugar de Estados Unidos, estorbaba para la construcción de esta gigantesca mezquita en el corazón de la isla. Tendrá una altura de más de quince pisos, salas de oración, aulas, cines, gimnasios y polideportivos, y será el centro islámico urbano mayor de todo el territorio norteamericano. La polémica en torno a esta mezquita ha desatado pasiones y hace correr ríos de tinta. Pero no por la demolición de la fábrica, sino por el hecho de que se ubicará en parte en la Zona Cero. Recordemos de nuevo que la Zona Cero es el inmenso solar abierto el 7 de noviembre de 2001, tras la demolición de los restos de las Torres Gemelas, destruidas por el mayor ataque terrorista jamás habido en el mundo. En aquel lugar murieron asesinados cerca de tres mil seres humanos, ciudadanos de más de cien países y de todas las creencias. Y murieron a causa de un acto terrorista perpetrado por fanáticos suicidas que explicaron su acción con creencias aprendidas en mezquitas de todo el mundo. Y que decían actuar en nombre del islam.

En este punto de la exposición de este complejo caso hay que dejar claro y subrayar bien la absoluta evidencia de que el hecho de que esta salvajada fuera cometida en nombre del islam no hace en lo más mínimo culpables a esta religión ni a sus más de mil millones de fieles. Se siente uno ridículo al tener que repetir esta obviedad una y otra vez, pero es imprescindible hacerlo para evitar lecturas tramposas de la argumentación posterior. Porque también es un hecho incontestable que los terroristas surgieron de un movimiento islamista mucho más amplio y extendido por todo el mundo islámico, cuyo objetivo declarado es la destrucción de

nuestra civilización y sistema de vida. Como es un hecho lamentable pero inolvidado —especialmente por las víctimas— que aquel terrible atentado fue celebrado como un fantástico triunfo no sólo por islamistas radicales de Hamás en Gaza, sino por enardecidas multitudes en muchos países islámicos. Dicho esto se plantea una pregunta sencilla, que es la que han hecho gran parte de los familiares de víctimas y los adversarios del proyecto: ¿por qué es necesario que la mezquita esté precisamente ahí? Hay decenas de ubicaciones alternativas posibles en Manhattan, cientos en Nueva York y miles en Estados Unidos. ¿Por qué hay que construir una mezquita precisamente en el epicentro de un infinito dolor causado en nombre de la religión que allí se propagará? Precisamente por eso, dice el alcalde de Nueva York, Michael Bloomberg: para crear puentes entre Oriente y Occidente y entre las religiones, asegura. Y añade que los derechos constitucionales y la libertad religiosa abogan por este proyecto, pese a que más de la mitad de los neoyorquinos y bastante más de la mitad de los norteamericanos lo rechacen. En realidad nadie ha dicho que sea inconstitucional —sólo faltaría—, sino que es inadecuado, hiriente para millones de personas, y que está, nunca mejor dicho, fuera de lugar.

Que muchas víctimas lo consideren ofensivo debería bastar para replantearse este proyecto. El anuncio de la construcción de un monasterio carmelita en el terreno del campo de concentración de Auschwitz en la década de 1980 generó tal rechazo en la comunidad judía internacional que Juan Pablo II ordenó su suspensión precisamente para no herir susceptibilidades, para evitar un dolor gratuito. Bloomberg, judío él, seguramente consideraría adecuado dicho gesto en aquel entonces. Ahora, sin embargo, con el islam implicado, parece decidido a utilizar otro baremo.

Otra cuestión que se plantea en Manhattan, como en la construcción de centenares de mezquitas en todo el mundo occidental, es el de la financiación y la consiguiente obediencia religiosa y política de sus responsables. En Manhattan los promotores son oscuros personajes relacionados en su día con grupos radicales islamistas, y nadie duda de que el dinero, nada menos que cien millones de dólares, llegará de los países que promueven un islam radical y nada dispuesto a compromisos en la enseñanza doctrinaria que impartirán a los jóvenes musulmanes norteamericanos. La cabeza visible del proyecto, el imam Feisal Abdul Rauf, es uno de esos personajes tan característicos entre los islamistas llamados moderados, de formación occidental, que utilizan hábilmente un doble lenguaje dependiendo de la audiencia del momento.

Sin embargo, más allá de la polémica localización, se plantean serios interrogantes sobre la utilización posterior del complejo que albergará la mezquita. ¿Se respetará en los gimnasios, piscinas y centros culturales la igualdad de géneros, esa sí precepto constitucional? ¿Se permitirán arengas a favor de la destrucción de Israel en la mezquita y las aulas anejas? ¿Habrá sitio para reuniones de jóvenes en las que se promueva el alistamiento para grupos terroristas en Pakistán o Cachemira, como ha sucedido una vez más en la mezquita cerrada en Hamburgo no hace mucho? ¿Quién vigilará las clases y oraciones para que no se haga allí apología de quienes

son innegablemente los que hicieron posible la existencia de esa mezquita, que no son otros que los terroristas del 11-S?

Nadie podrá evitar que muchos norteamericanos, pero también muchos musulmanes en todo el mundo, radicales o no, vean en la mezquita de Manhattan un símbolo del avance del islam por Occidente. Este avance, se quiera ver o no, lo hicieron posible unos jóvenes islamistas que estrellaron los aviones y sacrificaron sus vidas y las de casi tres mil inocentes. Y nadie podrá evitar que muchos entiendan la mezquita como un monumento, en el campo de batalla mismo, a los terroristas islámicos que humillaron allí a Estados Unidos y a todo Occidente. Será para ellos un monumento de conquista, una simbólica pica en Flandes que hicieron posible unos asesinos —o unos mártires—. Porque en el vínculo inevitablemente imperecedero entre el ataque terrorista del 11 de septiembre y la gran mezquita se verá, lo quieran Bloomberg y los biempensantes o no, el triunfo póstumo de los pilotos de los aviones asesinos. Nadie podrá evitar que esta inmensa mezquita en aquel lugar sea para muchos occidentales más un símbolo de avasallamiento que de encuentro. Hasta la Liga Antidifamación, que lucha desde hace muchas décadas contra todo tipo de discriminación religiosa, ha advertido de que el proyecto puede romper más puentes de los que pretende construir.

Sin embargo, la corrección política se ha impuesto de nuevo y el proyecto ha sido definitivamente aceptado. Los que se sientan ofendidos han sido condenados a mostrar esa inmensa tolerancia que siempre se exige a los ciudadanos occidentales cuando han de aceptar en su entorno la práctica y la promulgación de mensajes muy lejanos a su concepto de tolerancia. Mientras algunas sensibilidades son intocables y merecen toda protección, otras —siempre las mismas— han de sacrificarse en aras de una tolerancia que nunca goza de reciprocidad cuando del islam se trata. En todos los países de Occidente reclaman los musulmanes un trato especial y en todos acaban recibéndolo. En todos plantean retos a los límites de nuestras leyes y en todos arrancan concesiones de los poderes públicos. En una dinámica general de expansión geográfica y cultural que es, con la supremacía total como objetivo final, el deber de todo musulmán comprometido con su fe y su libro sagrado. No es sólo un problema de la sensibilidad de los neoyorquinos: lo es de todos los que cada vez se sienten más preocupados ante el aún larvado, pero inevitable, conflicto entre el mensaje islámico y los sistemas constitucionales occidentales y los valores y principios que reflejan.

También es muy nuestro el problema. Porque se me olvidaba: ¿saben cómo se proyecta llamar a la mezquita de Manhattan, todo el inmenso complejo proyectado en el corazón de la península más tolerante del mundo que es la Gran Manzana? La mezquita, construida como todas para la mayor gloria del islam y su triunfo final sobre los infieles como fe única en el único dios, que se erigirá en lo que el radicalismo islamista considera el campo de batalla más glorioso de su guerra santa moderna contra Occidente, no puede extrañar a nadie, va a llamarse «Cordoba House».

Por Dios, que nadie entienda esto ni como islamofobia, ese palabro que se oye en cuanto se expresan reticencias a esa especie de intangibilidad del musulmán en Occidente. Pocas ciudades me emocionan tanto como Damasco y su mezquita omeya. Me es difícil en Estambul reprimir el nudo en la garganta cuando cruzo la plaza desde la Hagia Sofia, que fue catedral y mezquita, hacia la gran Mezquita Azul, y oigo allí a los muecines al caer la tarde. Aun a sabiendas de que fue una plaza cristiana hasta el siglo xv, Constantinopla, la segunda Roma. Nunca olvidaré a mis viejos sabios musulmanes en la espléndida mezquita de Edirne, que recibían con toda su maravillosa generosidad a los pamukos expulsados por la limpieza étnica del régimen comunista búlgaro de Todor Yivkov de la región de los Rodopos, en la que vivieron durante siglos. Pocos sitios me tienen aún hoy tan profundamente conmovido como la Travnik de Bihac en Bosnia, cantada maravillosamente por Ivo Andric en *Un puente sobre el Drina*. O Prizren, la ciudad misteriosa en las montañas de Kosovo, con mi querido limpiabotas Ramadan Laros, que había estado dos veces en La Meca evocando su vida repleta de guerras, invasores y demás sobresaltos. Minaretes por doquier. Y belleza sin igual. Nunca he despreciado tanto a combatientes en cualquier guerra como cuando han dinamitado esas torres del recuerdo de la fe y volado mezquitas, o quemado iglesias llenas de gente, católicas u ortodoxas, y reprimido el mayor privilegio humano, que es querer, buscar y adorar a un Dios bueno y justo. Simplemente por ser otro. La maldita otredad, el odio al otro.

Y, sin embargo, estoy perfectamente de acuerdo con la decisión tomada por el pueblo suizo en referéndum en el año 2009, que prohíbe la construcción de minaretes en las mezquitas en su país. Supongo que a muchos les parece abominable. Ya sé que salieron y saldrán nuestros aliados de civilizaciones diciendo que los suizos —y por supuesto yo y quienes como yo piensan— somos unos fascistas abyectos o Torquemadas siniestros. O judionazis, que es otro insulto de moda, por grotesco que resulte, y que yo ya he disfrutado en esta España que tanto cultiva el odio y la revancha, ese proyecto de división de los españoles que es uno de los pocos en los que el zapaterismo ha demostrado una eficacia casi mefistofélica.

Bajo el Imperio otomano la escasa tolerancia que había hacia los cristianos imponía que las pocas iglesias y capillas que se permitía construir tenían que partir de una profunda fosa para que sus techos nunca llegaran en altura a las casas turcas circundantes, por no hablar de las mezquitas. Hoy esa mínima tolerancia otomana no existe en casi ningún país de los que formó parte de ese último gran califato en Oriente Próximo. Los cristianos son perseguidos en decenas de países, forzados a emigrar y asediados continuamente. En los países que financian y exportan a sus clérigos a Occidente, Pakistán o Arabia Saudí, por ejemplo, resulta prácticamente imposible celebrar una misa siquiera en privado. Lo de proponer construir una pequeña iglesia sería una afrenta que pagarían muy cara sus impulsores. Aquí es diferente. En Colonia, en Alemania, los musulmanes pretenden hacer una mezquita mayor que la catedral. Y muy cerca. Nadie piense que es por necesidad de estar más

cerca de Dios. Eso se puede hacer en casa o en una mezquita que nadie les impide construir, ni en Suiza ni en ningún país europeo. Se trata del poder. En muchos colegios de suburbios europeos se empezó dejando que una niña llevara el pañuelo, el *hiyab*, al colegio, y hoy ningún musulmán, por laico que sea, se atreve a que sus hijas vayan sin pañuelo porque las consecuencias son imprevisibles, pero siempre peligrosas.

En Suiza la población tiene derecho a temer que, cuando estén las ciudades llenas de minaretes, el muecín les dé a todos los ciudadanos cinco veces al día la buena nueva de que Alá es el único Dios y que los que creen otras cosas son perros, cerdos e infieles que deben ser engañados y combatidos. Los suizos tienen miedo a que la presión de los fanáticos islamistas que tenemos en Europa adquiera aún mayor fuerza, no sobre los suizos nativos, sino sobre los musulmanes que quieran ser sencillos ciudadanos europeos y creyentes o cumplidores de las leyes nuestras y no de la sharia.

No hay ninguna esperanza de que esta Europa débil, dubitativa, relativista e ignorante pida algún día a los países musulmanes, desde Indonesia a Marruecos o Dubai, un mínimo de reciprocidad en el respeto a la fe de los demás. Ellos, con su fe, se sienten superiores a todas estas sociedades que ya no creen en casi nada y no están dispuestas a sacrificio alguno. Gobernadas por personajillos que no entienden casi nunca las reacciones de gentes que tienen tanto derecho a que se respete su sensibilidad y sus temores como el que más. Especialmente en su patria. Y sin recibir consejos de otros que desprecian sus temores y que, desde la peor arrogancia, les conminan a ignorar esos temores y plegarse a exigencias de forasteros que cambiarían profundamente la forma de vivir que ellos quieren mantener y proteger para sus hijos y sus nietos.

Ése es el profundo sentido común de la decisión popular suiza tomada en el año 2009. No tiene nada que ver con hostilidad a los musulmanes ni a su fe. Los suizos quieren seguir siendo dueños de su destino. Tan sólo eso. Por mucho invitado que tengan. Porque no quieren, por mucho que se lo recomienden desde fuera, invitar al invitado a ser invasor. Pero Suiza siempre ha sido, como siempre, muy suya. Y ha estado bastante sola en esta postura de defender sin complejos ciertas condiciones de su convivencia.

La mayoría de las democracias occidentales están sometidas a esta implacable corrección política que niega la realidad, impide el debate y desprecia la sensibilidad de la ciudadanía. Y en España el socialismo radical ha creado un frente común con el islamismo que tacha inmediatamente de condenable y ultraderechista cualquier reserva razonable a las continuas exigencias de estas comunidades a que sean los autóctonos quienes se adapten a sus necesidades. Cualquiera que denuncie los desastrosos efectos sociales de su falta de esfuerzo e interés en integrarse pasa en España a ser algo así como la quintaesencia de la perversión derechista y, lo que es peor, ultracatólico. Aunque, por supuesto, sea totalmente falso. La alianza es curiosa

porque hace una excepción en la furibunda militancia antirreligiosa del socialismo español. Que parece considerar al islam como un aliado muy útil para diluir y neutralizar la identidad nacional y sus valores, que emanan fundamentalmente del cristianismo. La Alianza de Civilizaciones organizada por Zapatero, y que tanto dinero le ha costado a nuestro maltrecho erario público, no es sino un proyecto de frente común de las fuerzas que quieren hacer de Occidente una sociedad radicalmente relativista. La izquierda radical lo quiere hacer porque es el camino seguro hacia la sociedad lacaya, obediente y dependiente del Estado. Ahí está el sentido de esa Alianza de Civilizaciones y de gran parte de la política exterior española en los últimos años. Las fuerzas exteriores, representadas tanto por izquierdismos dictatoriales tercermundistas como por fuerzas representadas por islamistas, como el primer ministro turco Tayyip Erdogan, o los líderes de la teocracia iraní, intentan romper la trayectoria de expansión de las democracias y libertades en el último medio siglo en casi todo el mundo. En la relativización de todas las categorías morales y políticas está la clave para la propuesta y formación de estas alianzas antinaturales de democracias con regímenes hostiles. Si todos tenemos que respetar todo, es que el valor moral de la dictadura de Cuba o del feroz régimen de Teherán puede equipararse al de las democracias europeas.

La consecuencia de ello es que deje de ser pertinente criticar a los regímenes no democráticos de esa alianza y defender a sus poblaciones aplastadas por la represión, como también deja de tener sentido defender nuestros valores de las democracias occidentales. Una vez más, las víctimas, en este caso de los regímenes dictatoriales o teocráticos, pasan a pagar la factura de esta política cuya razón última está en el odio a la cultura occidental del pluralismo y el debate y la discrepancia. Paradójicamente, el izquierdismo confirma así un hecho incontestable que siempre intenta desmentir, que es la identidad judeocristiana de nuestra cultura de libertades occidental, la única que tiene el respeto al individuo, a la persona, como origen y fin de todo.

En España, esa alianza entre socialismo radical e islamismo ha adquirido características grotescas. Véase por ejemplo la defensa del *burka* por parte de las ministras feministas del PSOE. Pero también muchos silencios cómplices. En muchos países del mundo surgieron en el pasado reciente iniciativas solidarias y se convocaron concentraciones ante las embajadas de Irán para protestar contra las últimas víctimas femeninas de la crueldad y la represión del régimen islamista de Mahmud Ahmadineyad. Hasta en Venezuela, y pese a las «fraternales» relaciones entre Hugo Chávez y el presidente iraní, hubo mujeres con coraje para manifestarse ante la embajada de Irán para expresar su solidaridad con Sakineh Mohammadi Ashtiani, una mujer condenada a morir lapidada y sometida a torturas continuas en los cinco años que lleva en prisión. También surgieron nuevas iniciativas para impedir que se amplíe la larguísima lista de homosexuales ahorcados por el régimen iraní. Mientras proliferan las protestas en el exterior, silencio en España. Frente a la embajada de Irán en Madrid, en la calle de Jerez, entre el paseo de La Habana y la

avenida de Pío XII, la calma es completa. No hay atisbo de colectivos de gays y lesbianas, ni de asociaciones feministas, todos tan hiperactivos e indignados cuando descubren un comentario supuestamente homófobo o machista de algún político de provincias de derechas. Entonces brotan las condenas indignadas de Zero y Aído, las condenas rotundas de una legión de secretarías de Estado, y comunicados de mil siglas amamantadas por la ubre ministerial socialista. Que en Irán a los homosexuales acusados de sodomía los torturen y sodomícen hasta la agonía antes de colgarlos de grúas, y las mujeres pasen un calvario de dolor y terror antes de ser ejecutadas, no parece irritar a nuestro homosexual orgánico de cabecera ni a las ministras. ¿Dónde están todos ellos? ¿Por qué no hablan sobre Irán? ¿Qué íntimos lazos de simpatía — más allá de la Alianza de Civilizaciones de su líder Zapatero— unen a Zero y Aído a un régimen que los ahorcaría a ambos si fueran ciudadanos suyos? Nadie crea que es sólo dejadez por parte de estos profesionales del acoso a la derecha. Se trata de una prueba más de la complicidad de los socialistas radicales con ciertas dictaduras, ésta islamista, que consideran aliados en su lucha de desgaste contra la sociedad libre occidental.

LA PALABRA Y LA MENTIRA

Me quedé estupefacto, helado, aquella mañana en la calle de Serrano, junto a la Puerta de Alcalá. Un señor ya entrado en años se me acercó y me espetó: «Judionazi», para seguir a continuación su rumbo hacia la Puerta de Alcalá como si nada hubiera ocurrido y sin mirar atrás. No es plato de buen gusto ser insultado en la calle. Lo sé desde hace años, aunque por supuesto fue coincidiendo con mi trabajo diario en televisión cuando estas cosas se convirtieron en frecuentes. Durante algunas temporadas ha sido difícil que pasara un día sin escuchar un «hijo de puta nazi» o un «fascista de mierda». Lo dicho, nada agradable. Como no lo fue entrar por primera vez a un retrete en Telemadrid y ver un «Tertsch nazi», que estuvo allí en la puerta durante más de un año, saludándome durante toda la semana laboral. Pero el «judionazi» me desconcertó. Al fin y al cabo se requiere una cierta destreza o imaginación para unir estas dos palabras con el ánimo de reforzar el insulto. Supuse que el insultador aquel había considerado que llamarme nazi era poco. Y que llamándome judío corría el riesgo de que yo no lo considerara un insulto. Para dar salida al odio acumulado en aquel hombre hacia mí hacía falta algo contundente. Lo encontró. Me afectó más que las invectivas habituales. Que también lo hacen, porque los elogios o parabienes en la calle se agradecen pero se olvidan, pero los insultos no, al menos yo.

La verdad es que sentí cierta curiosidad por saber algo de aquel hombre que tanto me detestaba sin conocerme. Su insulto combinado me dio qué pensar. Al fin y al cabo había hecho un cierto esfuerzo para herirme de forma especial, lo que de alguna forma venía a ser una muestra de atención. No volví a ver a este hombre, pero me volvieron a llamar «judionazi». Y no en dos ni tres ni cuatro ocasiones. A la quinta ya no me sorprendió, por supuesto, y ya me convencí de que en algún oscuro *blog*, en algún programa o en alguna emisora alguien difundió esta ocurrencia. Nunca sabré si el que primero me agredió verbalmente así fue quien forjó el insulto. Lo que sí sé es que no hay tantos insultadores imaginativos en Madrid para coincidir en tan miserable palabro.

Lo cierto es que la agresión verbal al discrepante se ha convertido en un fenómeno ya muy extendido, desde que unos españoles progresistas decidieron que los otros españoles no tenían derecho a criticarles a ellos ni a poner objeciones a la política del gobierno de turno, que era a la sazón el socialista de Rodríguez Zapatero. Y que si lo hacían demostraban que eran unos fachas y, como tales, eran individuos de libre albedrío a los que era legítimo insultar y agredir. Ciertamente es preferible que te ataquen con una palabra a que lo hagan con el gato del coche, con un bate de béisbol o una pistola. Pero lo cierto es que en este país no se insultaba antes como se hace ahora, y que ello tiene sin duda que ver con la voluntad de

intimidación que con tanta efectividad han introducido los socialistas de Zapatero en el debate político. El hombre del talante siempre ha delegado estas tareas a sus escuderos, y éstos a sus coros cacofónicos en todos los medios de los que disponen, que son muchos.

Todo comenzó con mucha contundencia. Desde antes de la llegada al poder de los socialistas, sus seguidores comenzaron en sus manifestaciones contra la guerra de Irak a llamar asesinos a los miembros de la mayoría parlamentaria y a los miembros del gobierno. Era la primera vez desde la Guerra Civil que se lanzaban palabras de este voltaje desde uno de los dos grandes partidos nacionales hacia el otro. Jamás desde el otro bando se respondió en parecidos términos. En las grandes manifestaciones contra la negociación de Zapatero con ETA, los participantes acallaron siempre de forma contundente las voces de los inevitables exaltados que surgen en las concentraciones multitudinarias. A lo largo de estos años hemos visto cómo el debate de las ideas dejaba de existir. Cualquier propuesta contraria a la política del gobierno o cualquier crítica a la misma recibía invariablemente una descalificación como respuesta. Quien la hacía era tachado de belicista o cómplice de Aznar y George Bush en la guerra de Irak. Quien se atrevía a criticar desde la oposición o los medios conservadores cualquier iniciativa del gobierno recibía invariablemente la respuesta de que se preocupara del *Prestige* o del Yak 69, dos accidentes a los que la izquierda logró sacar una inmensa rentabilidad. Y los que, con gran parte de la sociedad española, condenaron las negociaciones secretas y los continuos engaños de Zapatero y Rubalcaba respecto a sus acuerdos con ETA, fueron atacados virulentamente y tachados de desleales a la patria porque preferían que los terroristas siguieran matando antes de apoyar los esfuerzos por la paz de Zapatero.

Lentamente al principio, con implacable contundencia después, la izquierda socialista logró ir callando bocas de periodistas, pero también de políticos que no querían que su nombre acabara en la trituradora de prestigios personales en los que se ha convertido la prensa izquierdista. Y la cautela y la prudencia, esos dos eufemismos para hablar del miedo, se fueron adueñando de la prensa, de las ondas radiofónicas y televisivas.

Después llegó la ofensiva para acallar a todos los que advertían que la economía iba de mal en peor y que los electores debían ser conscientes de ello antes de los comicios de 2008. Entonces se puso en plena marcha la máquina de difamar a todos aquellos «antipatriotas» que hablaban mal de la excelente situación de la economía española y que en realidad buscaban su perjuicio y el sabotaje de nuestro bienestar con infames intenciones electorales. Los agoreros y los catastrofistas son sistemáticamente ridiculizados, atacados e insultados incluso cuando sus peores pronósticos ya han sido superados en gravedad por la realidad certificada fuera de nuestras fronteras. Por supuesto que esta maquinaria, una vez en marcha, no se ha parado. La imposibilidad de la crítica pública sin ser reprendido y descalificado por los medios afines al gobierno ha llevado a muchos a la resignación y al silencio. Los

sabuesos del socialismo radical, en sus diversas jaurías especializadas, atacan implacables a todos los que dudan de la disparatada política económica y sus desastrosos resultados.

Los ataques personales contra políticos de la oposición y periodistas han sido masivos. No voy a abundar aquí en mi caso. Ni hablar mucho de los ataques que recibí de las televisiones directamente vinculadas con el zapaterismo cuando dije algo que creo suscribiría cualquier ciudadano, experto o no, en cuestiones antiterroristas, pero conocedor de los lógicos efectos antagónicos de represión y castigo, por un lado, y recompensa o rescate por el otro. Dije que es perfectamente legítimo causar bajas al enemigo para rescatar a conciudadanos inocentes hechos rehenes por aquél. El montaje televisivo que hicieron con mi imagen me presentaba como un asesino sediento de matar a todo tipo de víctimas. Pero además me ponía en el punto de mira de todos los grupos islamistas violentos que buscaran objetivos en España. Y me generaba un problema muy grave de seguridad. Que días más tarde un energúmeno me agrediera en un bar cercano a mi casa pudo o no tener que ver con todo aquel miserable e insensato montaje. Serán los tribunales quienes lo juzguen. Pero en todo caso, el perjuicio para mi seguridad estaba ya hecho.

La masiva campaña de insultos que después se desató contra mí y que tuvo visos de operación de linchamiento para mi liquidación profesional y social partió de los medios socialistas, y se multiplicó y prolongó con una violencia increíble en la red. Siempre alimentada por los medios cercanos al hombre del talante y del buenismo. Pero de linchamientos saben mucho, en general, los medios afectos al socialismo radical, especialmente algunos que no dudan en utilizar los métodos de mayor vileza. Hasta dónde habrán llegado algunos para que hasta el diario *El País*, en su día celoso de su estilo de elegancia, tenga un especialista ya para atacar a los colegas que osan discrepar de la gran marcha socialista hacia la felicidad. Y que este verano de 2010 dedicó páginas enteras a atacar personalmente a periodistas críticos con el gobierno. Si los otrora caballeros ya ejercen abiertamente de rufianes, los otrora rufianes podrían estar ya cultivando la redacción de cuestionarios para futuras checas.

Ahí está la palabra como arma para destruir voluntades y la palabra para acabar con la carrera o la reputación de los enemigos. También está la palabra para confundir realidades, para crear espacios falsos de debate y para combatir la verdad. Ahí está la célebre frase de Rodríguez Zapatero de «la palabra debe estar al servicio de la política». La frase es, ante todo, un lema totalitario como hay muy pocos que encontrar en boca de un político con pretensiones demócratas y humanistas. Frases así se esperan de Castro o de Mugabe, de Idi Amín, de Stalin o de cualquier déspota cínico en el comunismo o el Tercer Mundo. Pero quien la dijo es este hombre amable del talante y de León. Y con esta frase deberían haber quedado avisados todos. Por desgracia no fue así. Algunos se quejan aún hoy de que Zapatero no quiso decir con una palabra lo mismo en una situación que en otra. Muchos otros lamentan que Zapatero elija sus palabras en sus discursos poco menos que al azar para ir llenando

huecos de silencio. Y los más ilusos son los que se quejan de que Zapatero no cumplió con su palabra dada. Todos deberían saber que estaban avisados. En esto sí que son almas gemelas de Zapatero todos los dictadores comunistas del siglo xx.

La palabra significa en cada momento lo que uno quiera y pretenda. El vaciado del sentido de la palabra, que con tanta habilidad practica siempre Zapatero, es una violación de la palabra, de su dignidad, como el vaciado de un útero es una intervención que arranca de forma traumática e irreversible la fertilidad a una mujer. Eso es precisamente lo que practica Zapatero cada vez que abre la boca. La perversión de la palabra con la alteración o el secuestro de sus significados es una práctica totalitaria que comunistas y nacionalsocialistas practicaron con diabólica maestría.

Es sabido que no hay nada más pedagógico que la información sobre los mecanismos del odio y el desprecio hacia el crimen absoluto, cierto, hecho, consumado, habido e incontestable. No por capricho es delito en muchas democracias occidentales cuestionar el Holocausto, como tampoco es casual que fanatismos y totalitarismos de todo tipo lo hagan, como el presidente iraní, un tal Ahmadineyad, que asegura querer concluir el genocidio nazi borrando a Israel del mapa, al tiempo que acusa a los judíos de haberse inventado el Holocausto. Bien decía la socióloga y filósofa Hannah Arendt, en un comentario de su Viaje a Alemania:

El aspecto probablemente más destacado, y también más terrible, de la huida de los alemanes ante la realidad sea la actitud de tratar los hechos como si fueran meras opiniones. [...] La conversión de los hechos en opiniones no se limita únicamente a la cuestión de la guerra; se da en todos los ámbitos con el pretexto de que todo el mundo tiene derecho a tener su propia opinión. [...]

De hecho, éste es un problema serio. Pero resulta curioso que las primeras generaciones de demócratas en el poder eran, en gran medida, inmunes a esta ponzoña intelectual. No éstas. Desde que aquella gran mujer que fue Violeta Friedman calló al criminal de León Degrelle, ya nadie puede pretender públicamente que el Holocausto no existió. Pero todo lo demás parecen ser opiniones y palabras tan moldeables como los intereses de los prestidigitadores requieran. El relativismo de valores deviene indigencia moral, como vemos. Aplicado a la palabra es violencia, porque es mentira y, por ello, agresión totalitaria.

Ferdinand Peroutka, el maestro máximo del periodismo checoslovaco, escribió sus primeros artículos aún bajo el emperador Francisco José. Fue el gran amigo y aliado —aunque no acrítico— del presidente Tomas Garrigue Masaryk, y pasó preso seis años en Pankrác, Dachau y Buchenwald y, como buen antinazi, pronto una víctima de la represión comunista en Checoslovaquia, y después el más ilustre exiliado y más odiado enemigo del régimen estalinista de Praga. Peroutka había dirigido los diarios Protomnost, con la Milena Jesenska adorada de Kafka, y Lidove Noviny. Fue en el exilio el alma de Radio Free Europe en checo, la radio que infundía esperanzas en un futuro en libertad, dignidad y democracia. Su cuartel fue la verdad y

su arma la palabra. Murió en 1978, en Nueva York, antes de que un discípulo suyo, Václav Havel, hiciera realidad su sueño de reinstaurar en Checoslovaquia el valor de la palabra, de devolverle la dignidad al verbo y dar contenido y verdad así a la gesta política de la transición de su patria, desde el lodazal mentiroso y amoral del comunismo hacia la democracia de la probidad y dignidad.

Hasta que esto sucedió Peroutka siguió luchando después de muerto. Su gran Manifiesto democrático se convirtió en una auténtica pesadilla del régimen comunista. Una y otra vez se escuchaba en los hogares checoslovacos este canto al humanismo retransmitido por las ondas desde la Europa libre más allá del telón de acero: «La lucha de la democracia por devolver a las palabras su significado decente, de darle de nuevo su clara definición a los términos, es más que una lucha política. Es una lucha en defensa de la gran herencia de pasadas generaciones que unen a la gente con las palabras que corresponden a la realidad».

Estas frases de Ferdinand Peroutka deberíamos recordarlas todos los españoles, porque también nosotros tendremos, en este sentido, una labor que hacer para revocar los inmensos daños que esta secta socialista ha causado a nuestro lenguaje, a nuestra forma de utilizarlo en el debate y en la vida. Debemos recuperar el significado decente de la palabra que nos quieren arrebatar y unirnos con nuestras generaciones pasadas, de las que nos quieren separar desesperadamente quienes buscan súbditos sin pasado, sin memoria auténtica, sin identidad ni voluntad.

Mientras estén en el poder seguirán mintiendo y pervirtiendo la palabra. Pero ya está claro que en la última fase de la segunda legislatura de Zapatero los grandes planes que con soberbia desbocada anunciaban para España están haciendo aguas y amenazan con sucumbir en el fracaso estrepitoso que ya envuelve toda la gestión socialista. Por eso están de los nervios. Y ya no saben más que insultar a los adversarios, desposeídos como están de cualquier argumento en esta realidad tan desagradecida con sus buenas intenciones. E inventarse teorías peregrinas que producen hilaridad vistas en letra impresa. Su pelea cotidiana con la realidad los ha llevado ya a la mentira superlativa que es la mentira inverosímil. Se trata de un arma arrojadiza que ni siquiera alberga pretensiones de engañar, por lo absurdo de sus postulados. Si nunca existió la veracidad en el discurso socialista ante la crisis —la económica, la institucional, la política y todas las que sufrimos tras seis años de zapaterismo—, ahora ya llega despojado de toda verosimilitud. Sus soflamas ni son verdad ni pretenden ya serlo.

Quizás el ejemplo más claro de esa impotencia agresiva se dio cuando la vicepresidenta Fernández de la Vega acusó al principal partido de la oposición de querer que España perdiera en el Campeonato Mundial de Fútbol. Todos los ciudadanos españoles saben que tal afirmación es mentira. Y la vicepresidenta sabe que lo saben. Sabe que la mentira sólo engaña si es verosímil. Da igual. Porque el titular es el ataque, no el argumento. Ante el deterioro de la situación en todos los frentes de gobierno, la proximidad de diversas elecciones y el cada vez más probable

hundimiento del inmenso chiringuito cientelista socialista —tanto en Madrid como en varias autonomías—, se extiende el pánico de todo un aparato que tiene miedo. Pero no ya al futuro de sus astracanadas ideológicas y su experimentación social, sino al de sus lentejas o su Audi-8, su sueldo y la lealtad de benefactores y beneficiados. ¿Dónde buscarán cobijo cuando se les echen encima la precariedad y la angustia que tanto han ayudado a generar? ¿En la iniciativa privada? Habrán de tener mucha suerte en lo que para la mayoría de los socialistas con cargo, empezando por el presidente, es territorio ignoto.

Ante semejantes perspectivas muchos de los damnificados se muestran dispuestos a todo. Y es casi lógico que los titulares de los boletines de la feligresía socialista también hayan renunciado a la verosimilitud. No les ruborizaba denunciar una conspiración del PP contra la selección española o su supuesta satisfacción ante la penuria económica. Ahora intentan presentar la crisis melillense, provocada por el régimen marroquí con el que tan íntimas y excelentes relaciones dicen tener, como resultado de insidias de la oposición. Y presentan las visitas a Melilla de dirigentes del PP y del ex presidente Aznar como generadoras de la tensión. Saben que es mentira. Saben que todos saben que es mentira. Pero da lo mismo. Sólo la pretensión de presentar a la oposición como fuerza traidora y antiespañola mantiene vivo el ánimo de quienes han fracasado en todos sus objetivos políticos y ofrecen un balance que pronto juzgarán los españoles. Algo se le puede criticar al PP: que no hayan estado ya todos sus dirigentes, Rajoy a la cabeza, en una Melilla que sufre un nuevo ensayo general de sitio. Para compensar la infinita vergüenza de que aún no haya puesto allí pie ningún ministro español. Parecen ya tan exhaustos que no tienen fuerzas ni para su especialidad del engaño.

EL ESTADO BONDADOSO

¿Por qué gustará tanto a nuestros gobernantes socialistas erigirse en abogados defensores de las peores causas? ¿Qué fallo tienen en su brújula moral todos los que, desde el gobierno, siempre están dispuestos a defender tiranías frente a las exigencias de las democracias normales? Más aún: ¿tienen siquiera brújula moral quienes, más allá de su fracaso económico y gestor, de sus baladas mentirosas y su relativismo general en todas las facetas de la convivencia, sólo parecen tener ideas ciertas en la agenda respecto a lo que parece una cultura de la muerte, de exaltación del aborto y la eutanasia, de la agitación de la revancha y el odio de unos españoles contra otros? ¿Por qué parecen contentos cultivando las únicas amistades a las que son devotos con las peores dictaduras de la tierra? ¿Qué brújula moral pueden tener quienes creen que con la mentira, la imposición y el miedo pueden llevar a nuestro país a un nuevo sistema que, pese a dichos medios utilizables, pueda ser deseable para ellos sabiendo que es impuesto a los demás? O una vez más, la pregunta que desde hace años se hacen tantos españoles que asisten atónitos y asustados al desmantelamiento de todas las conquistas de esta sociedad, no ya de la democracia, sino de todo el pasado siglo XX: ¿cómo es posible que nuestro país haya caído, ya en el siglo XXI, en las manos de un grupo de políticos tan incapaces por un lado y tan increíblemente hábiles para la trampa y el engaño por otro?

Son todas, por desgracia, preguntas pertinentes que surgen a la vista del bombardeo ideológico a que nos tienen sometidos estos adalides del progreso y adoradores del Estado bondadoso omnipresente. La cultura de la muerte quiere imponer a la sociedad un desprecio a la trascendencia del ser humano que nos despoje a todos de la percepción de nuestro carácter único como personas, de nuestro entender de nosotros mismos como criaturas sagradas a los ojos de Dios y de los hombres. La aceptación de esta sacralización de la persona no tiene necesariamente que surgir de la fe, pero sí ha sido forjada por el concepto cristiano del ser humano como creación a imagen y semejanza de Dios creador. Es por este concepto del ser humano, por la destrucción o preservación del mismo, por el que se dirime la gran batalla entre los grandes apologistas del Estado omnipotente y omnipresente, y los defensores del individuo como valor básico e insustituible, como único referente absoluto en la organización social de la convivencia. Lo demás son batallas colaterales, sobre los crucifijos aquí o allá, sobre la presencia más o menos intensa de la religión en la vida pública. A lo que estamos asistiendo en España es al enésimo intento, desde la muer te filosófica de Dios hace dos siglos, de erradicar en la idea del hombre, de sí mismo, su carácter de bien supremo. Todo este proyecto, cuyo objetivo es convertir al hombre en un ser fácilmente manipulable y convencido de la lógica de

su sumisión al Estado, choca con los principios religiosos y culturales del cristianismo y del judaísmo. Y éstos son los que este proyecto radical socialista nos quieren extirpar de las conciencias.

Una sociedad que cree prescindible a todo ser humano que pueda causar una molestia —y lo liquida— es una sociedad de cerviz quebrada. Y los seres humanos que aceptan esta lógica acaban considerándose a sí mismos como piezas sustituibles de un organigrama cuya renovación, control y dirección corresponde al Estado. El Estado regala derechos para matar a los más débiles, nonatos o ancianos. Y despoja a sus súbditos de la fuerza moral para exigir el respeto al individuo por su carácter único y sagrado. Así todos otorgamos al Estado un poder absoluto sobre nuestras conciencias y nuestras vidas. El aborto puede ser admisible en situaciones extremas para evitar un drama humano, al elegirse un mal inmenso para evitar otro mayor. Pero la implantación del mismo como método anticonceptivo y como derecho es, en realidad, la cesión al Estado de una potestad sobre la vida, ya que es el Estado quien otorga este derecho a interrumpir el embarazo. Y un Estado con potestad para decidir sobre la interrupción de la vida puede en cualquier momento decretar una ampliación de este derecho más allá del nonato. La mayoría indiferente de la ciudadanía que ha sido convencida de que el aborto es poco menos que un asunto particular, no es consciente del inmenso poder que sobre nuestras vidas está otorgando a los gobernantes y a una maquinaria anónima del Estado. En este sentido toda esta cultura de la muerte no es sino un instrumento más de dominación.

Muchos dirán que estos gobernantes nuestros, ineptos hasta cotas insospechadas, son incapaces de pensar y organizar un proyecto semejante. Es cierto: la inmensa mayoría de los soldados de esta tropa ciega e insensata cabalga sobre asnos que sólo obedecen a dos o tres consignas, además del mantra de la bondad universal del Estado protector. Pero cabalgan en ese sentido pese a no haber elegido dirección ni conocerla tras haberla tomado.

EXPLICACIONES Y EVIDENCIAS

Nuestro presidente Zapatero anunciaba en su día que su gobierno se había puesto muy serio en la exigencia de explicaciones a Venezuela por la colaboración del régimen de Chávez con ETA y la banda narcoterrorista de las FARC en el entrenamiento y preparación de atentados conjuntos. Todo se debe a un incómodo auto de la Audiencia Nacional sobre lo que era un secreto a voces: que los regímenes mimados y jaleados por el gobierno y el PSOE como el «progresismo» y el «nuevo socialismo» en Latinoamérica colaboran tanto con grupos terroristas como lo puedan hacer en Oriente Medio, Irán o Siria. Era un secreto tan público y documentado ya casi como las condiciones de los presos políticos en Cuba y la persecución que sufrió Orlando Zapata en sus cárceles hasta la muerte.

¿Tampoco sabía Zapatero lo que es la tortura carcelaria en Cuba? Lo sabía perfectamente, pero él es de los que realmente creen que la disidencia cubana es parte de la «gusanada» que quiere reventar la revolución en alianza con los aviesos «fascistas» de la emigración cubana. Aquí debiéramos preguntarnos si nuestra protección a esos «regímenes progresistas», como los llaman el gobierno socialista y sus embajadores en Caracas y Cuba, que parecen funcionarios de aquellas dictaduras, no forma parte también, por extensión, de la colaboración general con las FARC y por extensión con ETA.

El presidente del gobierno debe pedir explicaciones a Caracas, por supuesto. Por mucho que su mantenida indignación nos parezca un ejercicio más de hipocresía. La cooperación de Venezuela —y también Ecuador y por supuesto Cuba— con el narcoterrorismo de las FARC ha sido una política general desde que el chavismo se extendió por la región norte del subcontinente. Pero si la política exterior del gobierno socialista español no ha hecho sino apoyar los excesos de Chávez, la política parasoviética de Correa y el racismo indigenista y liberticida de Morales, ahora el que tendría que dar muchas explicaciones es el propio presidente Zapatero. No las dará, no les quepa duda. Como tampoco las dará sobre el constante ninguneo al ex presidente colombiano Álvaro Uribe, al que se ha despreciado como un «aliado de los yanquis» y al que siempre se ha negado el apoyo político que necesita la democracia colombiana en su guerra con la contundencia necesaria, precisamente contra los asesinos de las FARC, que han colaborado con ETA.

Porque sobre colaboración con ETA, que al milico Hugo Chávez se le presupone, tiene el señor Zapatero que dar aún muchas explicaciones respecto a la que prestaron algunos miembros de su gobierno y, desde luego, mandos policiales. No es muy congruente pedir a Chávez que cuente sus conversaciones y su cooperación con grupos terroristas y negar aquí en España toda explicación sobre el escándalo del bar Faisán y los graves indicios de colaboración con banda armada del gobierno durante

sus negociaciones con ETA. Malo es ya que sepamos que cuadros de la policía trabajan con especial dedicación para juntar pruebas sobre casos reales o supuestos de corrupción del Partido Popular u otros partidos y los pongan a disposición de miembros del gobierno para su mejor administración y dosificación en la filtración a los medios de comunicación amigos. Malo es que el señor Rubalcaba disponga de medios para vigilarnos a todos y que se pueda hacer ya sin control real de los jueces. Pero que el gobierno obligue a sus policías políticos a colaborar con los asesinos de sus subordinados sería ya un terrible salto cualitativo que nos podría llevar a cualquier parte. Pero lo cierto es que comienza a despreciarse la legalidad en una confidencia o escucha, se sigue con los negocios con criminales, y se acaba atentando contra la seguridad, la integridad y la libertad de los propios ciudadanos.

Cuando Zapatero y Rubalcaba revelen todo lo que realmente sucedió en el caso del bar Faisán, y pongan a los mandos responsables de todo aquello a disposición de la justicia, tendrán alguna autoridad moral para preguntar a otros qué relación tienen con los terroristas. Entonces podrá pedir explicaciones a esos supuestos amigos y aliados ideológicos. En realidad, Zapatero nunca ha tenido problemas en aliarse con estos regímenes que considera «transformadores», como el suyo propio, y por tanto progresistas. Igual que éstos jamás tuvieron problemas en manifestar sus alianzas con los peores asesinos con tal de atacar los intereses de las democracias y los demócratas en su entorno. Por eso, y desde prácticamente iniciarse su primera legislatura, era obvio que la política de seguridad de nuestro país había caído en unas manos que se regían por afinidades ideológicas. Con todo el peligro que ello ha supuesto y supone para los españoles.

Tiene sentido que hasta ahora nuestro Gran Timonel haya visto sin mayor preocupación los efectos negativos que para la seguridad de España —y también para nuestra cooperación con los aliados occidentales— ha tenido esa alianza de socialistas, comunistas e indigenistas totalitarios en América Latina. Y que los haya apoyado en una actuación que ha dejado por los suelos el prestigio de España tanto entre las víctimas de estos regímenes como en la comunidad civilizada de democracias. Porque en el fondo, y al margen de coyunturas políticas como la actual, nuestro presidente tiene esa visión pedestre de los que aún creen que el Che Guevara era un santo laico, que Castro es una figura que inspira a las izquierdas, y que sus enemigos reales son eso que se conoce como «la reacción», «la derecha», «el imperialismo», la Iglesia católica, etc. Es decir, todos los españoles que no comulgan con ruedas de molino.

Si se ponen ustedes a revisar sus reacciones ante cualquier iniciativa medianamente razonable que anunciara Zapatero en los últimos tiempos, comprobarán que la primera fue no creérsela por considerarla demasiado lógica para ser suya. La segunda reacción más habitual es la de satisfacción al comprobar que se tenía razón desde un principio con la desconfianza, y que Zapatero había querido confundir o mentir una vez más. Nuestro Atila leonés ha logrado habituarnos tanto a

la fatuidad de sus decisiones y juicios, que la única posibilidad que le queda ya para sorprendernos estaría en una demostración de decencia intelectual o política. A estas alturas, yo me aventuro a pronosticarles que Zapatero dejará su cargo, quién sabe cuándo, sin haberles logrado sorprender.

LA ANOMALÍA COMO SISTEMA

No fuimos pocos los españoles, civiles y militares, que reaccionamos con perplejidad ante el nombramiento en su día como ministra de Defensa de una política socialista, Carmen Chacón, que sólo había destacado por su sectarismo, su pacifismo antimilitarista y el nacionalismo catalán que con tanto celo practican los charnegos. Ese celo —tan propio del también charnego y presidente de la Generalitat José Montilla—, fue el que la llevó a solidarizarse con el actor Pepe Rubianes cuando éste entonó su célebre «Put a España», que tanta solidaridad despertó entre independentistas catalanes y que llevó a la proliferación de camisetas con la célebre frase de aquel actor. Mas de 1.700.000 citas tiene el «Put a España» en Google gracias al talento y la popularidad del fallecido Rubianes. Pero más de 21.000 de dichas citas relacionan el «Put a España» directamente con Carmen Chacón. Que la ministra de Defensa haya logrado vincularse tanto a un insulto a la patria que sus subordinados han jurado defender hasta la muerte es sólo una paradoja más que queda en lo anecdótico. Porque mucho más grave es esa subcultura política del izquierdismo nacionalista en la que ha crecido esta ministra y que es radicalmente hostil a los valores y principios de la cultura de defensa imprescindible para un ejército y unos cuerpos y fuerzas de seguridad como los nuestros. Da cierta impresión de que se eligió al animal equivocado para cuidar a las gallinas.

Ahora parece que existe un inmenso interés por quitar a las fuerzas armadas el lema de «Todo por la patria». Debe de molestar a alguien este lema tradicional tan querido y tan lógico para unas fuerzas armadas dedicadas precisamente a eso, a darlo todo, incluida la vida, por la patria. «Todo por la patria» parece un lema ofensivo para algunos. Y «Put a España» un lema al que adherirse. Reconocerán aquí una cierta anomalía, pero la anomalía se ha convertido ya en sistema y parece ser el objetivo y lema de toda la actividad gubernamental patrocinada y dirigida por Zapatero, que es en sí el mayor símbolo y producto de la anomalía generalizada que sufre este país: la que nos aleja cada vez más de la normalidad de los países desarrollados de nuestro entorno. Países que se alejan en las estadísticas como si hubieran de nuestra proximidad, como demuestra la que elabora el Foro de Davos sobre la competitividad. Desde que llegó Zapatero a La Moncloa hemos pasado del puesto ya muy deficiente que era el 23, hasta el 42 en el año 2010. Nada menos que diecinueve puestos hemos caído en competitividad desde que, en aquel fatídico mes de marzo de 2004, comenzara esta hasta hoy inacabada carrera hacia el disparate total.

Curiosa anomalía también la que supone que nuestro Parlamento celebre una solemne ceremonia, bajo presidencia del Rey, en honor de las víctimas —que por supuesto aplaudimos—, pero siga sin revocar el permiso que dio a Zapatero para negociar con la banda. ¿Cuánto hemos de esperar para que se revoque esa vergonzosa

resolución? Quizás tanto como para saber quiénes fueron los altos mandos policiales que colaboraron con ETA en el escándalo Faisán y quién les dio la orden. El hecho de que mandos policiales colaboren con los asesinos de sus subordinados resulta una anomalía tan macabra que sólo se puede explicar como acto de suprema obediencia. Por eso nos preguntamos a quién debían obediencia. A las víctimas no se las honra sólo con sentidos homenajes, sino persiguiendo a sus verdugos y a quienes colaboran con ellos.

La anomalía que suponemos ya en Europa es la que habíamos logrado superar durante la transición y que precisamente los enemigos de la transición se han ocupado de reimplantar. Hasta en Estados Unidos se han dado cuenta. El secretario del Tesoro cita expresamente a España como excepción. Junto a Grecia. Anomalía son sin duda ciertos personajes en el gobierno que producen vergüenza ajena cuando hablan aquí y vergüenza nacional cuando lo hacen fuera. En fin, el catálogo es ya infinito, porque lo ha generado la subcultura ideológica y el desprecio a la cultura, a la tradición intelectual, a la verdad y al valor de la palabra de ZP y su tropa.

EL GOBIERNO ANTISISTEMA

Pero los efectos desastrosos del zapaterismo sobre nuestro prestigio, posición e influencia en el exterior han ido más allá. Y han generado un peligro real e inmediato para todos los españoles. Véase la situación de nuestros soldados en Afganistán, de nuestros pescadores en la costa de Somalia o de nuestros cooperantes o trabajadores en el exterior, incluso de nuestros policías en una frontera nuestra tan sensible como es la de Marruecos en Ceuta y Melilla. La falta de autoridad, el discurso sistemáticamente mendicante y apaciguador, la condescendencia y obsequiosidad hacia quienes ejercen violencia o presión contra nosotros, ha llevado a España y a los españoles a una situación de máxima exposición y riesgo en el exterior. La debilidad que nos ha impuesto este gobierno es culpable. Y será durante mucho tiempo una fuente inagotable de problemas de seguridad para nuestros compatriotas en todo el mundo. ¡Cuántos lamentos ahora que los talibanes son ya quienes establecen la agenda en Afganistán! ¡Cuando las tropas occidentales no saben ya por qué, cómo y hasta cuándo combaten!

Ya nos contará qué va a pasar ahora ese presidente Obama, tan jaleado aquí, que cambia de planes y jefes militares en Afganistán según conviene a sus asesores electorales. Llegó a la Casa Blanca diciendo que esta guerra no se podía perder. Menos de dos años después parece claro que, tal como la dirige, no se puede ganar. Resulta terrorífico pensar que quizás decía la verdad -por una vez- nuestro Zapatero cuando hablaba de sus similitudes con Obama. Queda como esperanza el probado funcionamiento del sistema norteamericano. Han tenido presidentes incapaces, pero nunca les han dado tiempo ni margen para hacer tanto daño a su país como Zapatero ha hecho al suyo.

Para los españoles lo evidente es que Zapatero ha logrado convertirnos en el eslabón más débil de la defensa occidental. Y como tal, en objetivo lógico de los esfuerzos del enemigo por romper dicha defensa. Somos un enemigo ideal. Desmotivado por su dirección política, inerme por falta de tropas y medios, y confundido por falta de órdenes y objetivos. Débil, fácil de chantajear e intimidar, con una retaguardia lejana dividida y desmoralizada. Ahora pagamos el precio de tantas mentiras y tanto pensamiento débil para embotar conciencias. Zapatero ya no puede asistir a un funeral ni a Rodiezno. Vano consuelo con tanto daño irremediable. Con nuestros guardias civiles, soldados, turistas y cooperantes, españoles en general, convertidos en los rehenes que todo terrorista aspira a tener. Ahora quisiera yo ver al anterior ministro de Defensa —o a la actual— diciéndole a las madres y mujeres de nuestros guardias lo de que es mejor morir que matar.

No pasa un día sin que nuestro gobierno nos haga alguna demostración de su juvenil desparpajo en su relación con las instituciones, con las leyes y con las reglas

generales de conducta que se esperan del gobierno de un país democrático desarrollado en el Primer Mundo, que es en el que —al menos al publicarse este libro— estamos aún oficialmente. En realidad, los ministros socialistas y su presidente a la cabeza nos han demostrado tal desenfado a la hora de afrontar sus deberes que recuerdan a una tropa de adolescentes empeñados en atacar las formas y todos los protocolos de conducta que en principio deberían seguir. En este sentido, parecen unos okupas empeñados en demostrar su rebeldía violando en cada instante las reglas de urbanidad. Con una mezcla de chulería y soberbia infantil parecen a veces esos ciudadanos de los comités de la Francia revolucionaria, que quieren romper por un lado todos los códigos de conducta previos, mientras aplican otros propios que son aparentemente más simples pero en todo caso más necios, y al final sólo tienen el efecto de transgredir las normas que ellos consideran del pasado.

Anatole France describía muy bien aquella meticulosidad en el desprecio a los protocolos y tradiciones del *Ancien Régime*. Aquí, entre nosotros, hoy son sistemáticamente objeto del desprecio las normas lógicas y habituales de trato entre las instituciones del Estado heredadas de los anteriores gobiernos democráticos que, fueran del signo que fueran, las respetaron desde que entraron en vigor con el advenimiento de la democracia. Y que por supuesto no divergen de las vigentes en otros países de nuestro entorno, en los que ningún gobierno, por radicales que fueran sus divergencias con su antecesor, se atrevería a ignorar o dinamitar las reglas que establecen las relaciones entre los poderes del Estado y las administraciones.

Aquí hemos llegado a situaciones grotescas, como las que suponen tener al jardinero anarquista Ernest Benach convertido en presidente del parlamento catalán y en parásito ostentoso del sistema que condena. O la de tener en Cataluña también a un consejero de Interior, ministro de la Generalitat, el comunista Joan Saura, un antisistema declarado que ha convertido a Barcelona en la capital del radicalismo enemigo de las instituciones de toda Europa, a la que fluyen los vándalos de todo el continente a sabiendas de la inmensa comprensión y tolerancia que allí les espera.

Estos socialistas radicales demuestran así un desprecio hacia el Estado que nada tiene que envidiar al de esos «okupas antisistema» que se ciscan en nuestras leyes. Y que lo hacen sin mayores consecuencias por lo general, ya que suelen gozar de una impunidad que para sí querría el ciudadano común respetuoso con las leyes. Los ministros del gobierno de España consideraban, por ejemplo, del todo insoportable que la justicia pusiera en el banquillo al juez Baltasar Garzón por indicios razonables de prevaricación. Los ministros se pusieron a descalificar o cuestionar a los jueces y a transmitir abiertamente, a través de la prensa y la televisión, sus presiones sobre ellos. No todas, por supuesto, porque sólo podemos adivinar el tipo de presiones que los jueces han comenzado a sufrir bajo estos *sans culottes* de nuevo cuño que, sin conocer la historia que llevó a forjar los instrumentos del Estado de Derecho y los mecanismos de división de poderes, sí saben que éstos son un obstáculo para sus objetivos de control total del Estado y la ciudadanía.

Los ministros compitieron en sus intervenciones públicas para intentar dictar a los jueces las formas de comportamiento que esperaban de ellos. Conducta. En el caso del tristemente célebre Estatuto de Cataluña no sucedió otra cosa. Las broncas públicas de María Teresa Fernández de la Vega a la pobre presidenta del Tribunal Constitucional habrían sido un escándalo de proporciones mayúsculas en cualquier país. Y no se habría zanjado sin dimisiones, ya fuera la de la agresora, que era la vicepresidenta, ya la de la agredida, una presidenta del tribunal máximo del Estado que había hecho tan lamentable demostración de sumisión. Hay que remontarse mucho en el tiempo para recordar tanta osadía, tanto desparpajo del poder en sus maniobras por imponer sus intenciones y saltarse los controles y los mecanismos de funcionamiento de la administración del Estado.

Quizás nuestro inefable don José Solís, ministro eterno de Franco —¿se acuerdan?— habría dicho eso de que los jueces se dejaran de chorradas de indicios razonables y cumplieran con lo que se esperaba de ellos en El Pardo. Pero el disparate se ha extendido sin cesar. El fiscal del Estado de este maltratado país —que es a la justicia lo que el patético bufón Chikilicuatre al arte— se convierte de repente en un agitador que parece surgido de ese pozo de la subcultura que es hoy la Universidad Complutense bajo el espesísimo dogmático izquierdista que es su rector, Carlos Berzosa. Hablan de una ofensiva de la extrema derecha y la Falange contra Garzón, cuando de lo que se trata es de casos de prevaricación de un juez que muchos ven como uno de los principales responsables de la percepción generalizada de inseguridad jurídica. En este caso, como en tantos otros, la vanguardia de mentirosos del gobierno se ha dedicado a extender la sospecha sobre los jueces que no le son obedientes o no comparten, en general, sus fines. En este caso, como en otros, el gobierno actúa como fuerza antisistema y enemigo declarado de las instituciones que no se quieren doblegar a sus demandas y, por supuesto, de la mitad de los gobernados.

Muchos con responsabilidades públicas llegan a apoyar a los más extremistas que mezclan todo para crear un caos supremo en su defensa de Garzón, y que llegan a llamar cómplices de tortura a los miembros del Tribunal Supremo por su supuesta negativa a ayudar a desvelar los crímenes del franquismo bajo la fantasmal Ley de Memoria Histórica. Son los que ahora consideran que el juez Garzón es un Robin Hood de la justicia. No lo es ahora ni lo era cuando desveló parte de la trama de los GAL y envió a la cárcel a parte de sus responsables, entre ellos un ex ministro, José Barrionuevo. Aquello lo hizo por venganza al no recibir de Felipe González el puesto deseado en el gobierno. Se vengó con el GAL por no haber sido califa en lugar del califa, no por ningún impulso tardío de moralidad y mucho menos por amor a la verdad y a la justicia. Garzón se presentó a unas elecciones generales con el Partido Socialista siendo plenamente consciente de que lo hacía con un partido y una dirección que había cometido crímenes de Estado.

Él lo sabía. Y el GAL, probablemente, seguiría hoy siendo un asunto oscuro si

Garzón hubiera sido ministro. Muchos sospechan que aquel grueso dossier estaría aún en uno de sus cajones en la Audiencia Nacional. O quizás en fotocopias depositadas fuera del alcance de otros jueces y a buen recaudo. En este país no se habría movido nadie al margen de los caprichos, fobias, filias e intereses de nuestro ilustre jienense, tan vanidoso como viajero, convertido en superministro y con la voluntad de intimidación implacable que muchos le atribuyen.

Ahora Garzón vuelve a tener cogido al gobierno y éste le tiene que tener terror. No puede extrañar nada, porque allí está el caso GAL para demostrar lo que es capaz de hacer Garzón con sus sumarios. Faisanes diversos y cacerías. Acuerdos, acuerdos y contraprestaciones. Le creemos tan capaz de cualquier cosa como, ya lo hemos dicho, por cierto, a muchos ministros de este gobierno que pueden utilizar papel timbrado y documentos secretos en beneficio propio con la naturalidad del que es experto.

Y no pensamos sólo en nuestro Fouché, que es Rubalcaba, el hombre que mejor maneja los miedos y las sombras, que tiene organizado un perfecto alcantarillado por el que mover información e intereses para ganar lealtades y forzar silencios o demás docilidades. Pero, además, tenemos la impresión de que como la protección masiva del gobierno al juez famoso y el asalto intimidatorio y amenazador al Tribunal Supremo no surtan el efecto deseado por la secta —y no parecían ir por ahí las cosas en el otoño de 2010—, las sorpresas podrían ser mayúsculas. Aún son coincidentes los intereses de Garzón y Rubalcaba, aún conviene a ambos dejar correr cuestiones espinosas que se diluyen en esa mala memoria de la ciudadanía española.

Respecto a las camarillas policiales al servicio del Partido Socialista no hay nada que decir hasta que estalle realmente el caso Faisán. Que sería el que nos daría muchas claves sobre el presente de esos mandos policiales que, coordinados desde la era felipista, nunca dejaron de funcionar en red. Y que prestaron servicios capitales a los socialistas en las horas y los días decisivos que siguieron a los atentados a los trenes de Atocha en el 11-M. Somos muchos los españoles, también muchos policías y guardias civiles, los que tenemos la convicción de que existe una organización de policía política ideologizada que trabaja para proteger a su poder político y perseguir a la oposición, y no en la defensa del Estado de Derecho que debiera ser su obligación máxima.

No resulta nada tranquilizador saber que estos mandos policiales con acceso a toda la tecnología de vigilancia tienen como máxima labor el mantenimiento del poder socialista y, si esto no fuera posible, la preservación de los secretos sobre su propia organización y las operaciones y tareas realizadas en este sentido. Así está el patio.

Dice don Jaime Mayor Oreja, ese hombre que ha visto morir a casi todos sus compañeros de la UCD en la década de 1980, que vio cómo se liquidó a su partido en aquellos años en nuestras provincias Vascongadas y morían uno tras otro los miembros de la Guardia Civil y la Policía, que el gobierno español vuelve a

embarcarse en una negociación que dejará libre a casi un millar de asesinos de compatriotas nuestros. Volvemos a las andadas. Nuestro gobierno, angustiado por las miserias que ha causado, busca árnica. Y la busca entre nosotros. Quiere, una vez más, buscar en la solución pactada con los asesinos una carta política que le sirva como baza electoral ahora que su catastrófico balance en la política económica, territorial e institucional ha quedado en evidencia. Mal asunto.

La depravación moral que bajo Zapatero iniciaron los socialistas nada tiene que ver con la miseria encauzada por Felipe González. Es peor porque tiene menos inteligencia. Matar es casi menos malo al final que engañar siempre. Porque es menos sofisticada la solución frente al enemigo. Porque es, en realidad, mucho más paleta. Y con la seguridad, lo dicen todos los que saben de ello, de que lo peor que se puede ser no es malo, sino ignaro, no perverso, sino idiota. Menos malo es ser canalla que imbécil. Nadie ha podido ser en nuestra historia moderna como Zapatero porque, lo di cho, la falta de escrúpulos y la maldad tienen límite, a no ser que combinados con la estulticia, como es el caso, se conviertan en infinitas. Peor casi que el crimen es la complicidad. Y la complicidad existe. Nadie que se haya acercado a este eterno adolescente, o haya dependido de él, ha salido impune ni decente. Si hubiéramos tenido a un Churchill y no al vallisoletano leonés, habríamos tenido una salida digna de nuestras cuitas, aunque muchas veces soltara lastre moral en pos de la efectividad. Porque aquel británico enorgullecía a todo aquel que con él trabajara, y tenía la norma de elegir para ello a gentes aún mejores que él mismo. Mientras éste hombre que nos ha tocado sufrir emponzoña todo lo que toca.

Nadie que haya compartido el proyecto general y las trampas e imposturas de este presidente del gobierno ha vuelto a ser una persona con mediana probidad. El veneno de la mentira está tan perfectamente inoculado en todo lo que atraviesa su camino que cabe sospechar que pierde dignidad hasta quien acepta un almuerzo en la actual Moncloa. De sus estrechos colaboradores no hay mucho que decir más allá del perfil típico de individuos obedientes con el jefe y soberbios y déspotas hacia los subordinados. En Alemania oriental, a los más destacados lacayos en los ministerios los llamaban «los ciclistas» por la postura de bajar la cerviz ante el superior y dar patadas hacia abajo.

Este hombre que nos ha caído en la cúpula del gobierno de la nación española por una gracia que no puede ser de Dios, sino de algún genio gracioso de la historia — que además es un enemigo muy cabrito de los intereses de nuestro país — es fruto de una constelación maldita que se dio en nuestro país el 14 de marzo y que se ha prolongado en el tiempo contra toda lógica. En un principio coinciden actos de terror, confusión general de la población, reacciones de odio y de soberbia, errores y engaños en la cúpula del gobierno, con inexistencia de líderes con fuerza para poner orden o, al menos, reconducir una crisis inicialmente sin control. Así, todo ha desembocado en lo que ha resultado ser una maldición. Pero además una maldición perfectamente ridícula. Quien en el año 2010 revise la campaña política de 2008, en

la que los españoles le dieron al tontiloquismo redentor socialista otros cuatro años para continuar unos desmanes, culminar otros y proyectar muchos más, queda absolutamente perplejo por la inanidad del mensaje triunfador, la obscenidad de sus mentiras y, ante todo, la efectividad de las mismas.

Resultaría hilarante, si las consecuencias no fueran tan serias, el enumerar los éxitos que se atribuyó la maquinaria de confundir que la secta socialista tiene montada sobre los pilares de su hegemonía mediática, su Boletín Oficial del Estado y su inmensa capacidad de persuasión por el método boca a boca, que se deriva de la dependencia de millones de empleos de su voluntad discrecional.

Precisamente es esta combinación entre farsa grotesca y peligro existencial lo que hace tan peligrosa la situación de los españoles bajo el zapaterismo. Probablemente radica ahí la enorme capacidad demostrada por sus medios para convencer a los españoles de que no pasa nada, de que todo es casi una inmensa broma. Pero sí pasan cosas. Y los españoles han ido descubriendo que, como decía Jaime Gil de Biedma en su célebre poema, creíamos que no pero «la vida va en serio». En realidad el único éxito, pero éste sí que definitivo a la hora de renovar el poder, fue la creación de ese ambiente de inexistencia de alternativa pese a los desastres habidos y los que ya claramente se anunciaban, mucho mayores. Y la presentación del líder máximo como la figura del padre cursi y muy bueno, responsable de todo lo que beneficia al español y ajeno a cualquier causa de tribulación. Forjada fue esta figura por un culto a la personalidad desconocido en España desde la primera fase del franquismo. El niño leonés que pesca con papá y conoce el siniestro ambiente del franquismo en conversaciones sobre el hule de la mesa de la cocina y se emociona con la vida (falsa de toda falsedad) de su abuelo, el capitán Lozano, son algunas de las monsergas que tanto efecto tuvieron sobre muchos votantes.

No nos vamos a ensañar ahora con el abuelito del Gran Timonel, porque su historia, como tantas otras mentiras de la vida del presidente, es ya harto conocida para todo el que la quiera saber. Su abuelo -el ausente, porque el presente pero escondido era un médico franquista hasta las cachas, que era el que le compraba las choches a quien habría de ser nuestro caudillo- fue un militar que participó y destacó en la represión de la Revolución en Asturias. Al parecer muy ambicioso socialmente, ingresó en la masonería y filtró información confidencial del ejército tanto a su logia como a organizaciones socialistas. Cuando se produjo el alzamiento militar en León, Lozano estaba fuera de la ciudad y podía elegir a qué bando unirse. Tenía razones para temer a ambos, pero parece que pensó que tenía menos posibilidades de ser ejecutado en el banco franquista que en el otro. Es evidente que se equivocó. La maquinaria propagandística del socialismo de nuevo cuño logró convertir en leyenda heroica lo que era el final de una vida poco ejemplar.

Las leyendas, mentiras enteras y medias verdades empalagosas de la vida terriblemente vulgar de nuestro líder leonés se publicitaron después con considerable difusión en algunos libros de grandes aduladores, como Juan José Millás, el inefable

Suso de Toro y otros. En estos y otros libros sobre el personaje se podían adivinar características que eran perfectamente aterradoras y que sugerían ya de por sí, y pese a las intenciones propagandísticas de sus autores, unos rasgos personales peligrosos. El narcisismo del jovencito daba mucho que pensar, y todos estos libros dedicados a su mayor gloria confirmaban que nuestro hombre vivía realidades paralelas. Su relación con la realidad había sido extraña desde un principio. Después nos ha demostrado que para él la realidad es perfectamente irrelevante. Y la verdad no tiene ninguna importancia, porque es eternamente variable al capricho del momento.

En realidad, volvemos a ello, la biografía y la personalidad de Zapatero tienen ante todo, como característica principal, una ausencia total del sentido del honor, una carencia de honor absoluta. Esa falta de necesidad del sentido del honor es, para mí, una de las mayores incógnitas y a un tiempo una de las explicaciones de mucho de lo observado en este hombre. Quizás en ello radiquen las causas más profundas de lo que nos ha pasado en los últimos años a todos.

PACTOS CON ENEMIGOS

Muchos han hablado desde hace tiempo de esa característica clave de Zapatero, sus muchachos y muchachas, que es el adanismo. Ignorantes por completo de todo lo sucedido antes de que ellos tuvieran uso de razón —por decirlo de algún modo—, estos personajes tienden a pensar que el mundo es nuevo. Dicho con simpleza, que todo es nuevo por el mero hecho de que ellos no tienen noticia de su previa existencia. Para ellos la historia ha sido poco más que diversos capítulos enaltecedores de una Segunda República arcangélica, paradigma de la democracia buena, pura y progresista, y un franquismo tenebroso en el que nada bueno era posible salvo que se fuera exiliado, preso político o una persona de izquierdas en la clandestinidad.

Como el Partido Socialista dejó de existir en la práctica en España pocos años después de la guerra y no resurgió hasta después de muerto Franco, la memoria de la clandestinidad es patrimonio comunista. Al asumirla en su totalidad, estos izquierdistas radicales de la secta zapateril cultivan una memoria histórica que está basada en el discurso comunista, estalinista en gran parte, de la contienda civil y la posterior historia de España. De ahí viene el complejo profundo de los socialistas españoles frente a los comunistas, y de ahí viene ese concepto frentepopulista del pasado que se ha querido actualizar bajo Zapatero trasladando la división de los españoles de los años treinta a nuestra sociedad actual. Que tal traslación es absurda y tiene resultados grotescos está más que claro. Y lo estamos sufriendo todos desde que el socialismo zapateril triunfante impuso la reinterpretación o la reedición de la historia para que el Estado la convierta en única visión tolerada de la misma.

En el sentido más clásico de la historiografía estalinista difundida por los historiadores oficiales de plantilla a través de toda la batería de medios y del sistema educativo, la «nueva historia» habla de buenos —los leales, los republicanos y demócratas— y malos —los golpistas, los traidores, los fascistas, la caverna reaccionaria y la Iglesia— como dos grupos perfectamente definidos. Estos dos grupos se hacen dividiendo a los españoles actuales en progresistas y reaccionarios. Los primeros son los socialistas, los comunistas, las gentes «progresistas» que son compañeros de viaje, y los nacionalistas periféricos. Los segundos son, por supuesto, el Partido Popular, la Iglesia católica, todo lo que pueda pasar por derecha y no sea nacionalista y antiespañol.

Tales son los enemigos a batir, y no hablo de adversarios conscientemente, porque este término tan correcto podrán utilizarlo cuando les conviene, pero en absoluto corresponde al trato que el primer grupo otorga al segundo bajo el espíritu de la revancha que Zapatero trajo consigo e instauró como razón de Estado. Desde el primer momento, Zapatero ha querido combatir a quienes considera herederos del

franquismo en un desprecio abismal por la actual realidad española.

Éste es el peor de los muchos atentados cometidos por el zapaterismo contra el bienestar, la libertad y la convivencia de los españoles. La división de la nación, conscientemente provocada por considerandos políticos partidistas, es con diferencia la apuesta más canalla de las muchas sufridas en los años zapateristas por la sociedad española.

Desde el Pacto del Tinell en Cataluña a toda la política posterior en las legislaturas nacionales, la consigna ha sido la búsqueda de una nueva realidad que dejara a los españoles conservadores y liberales, a todo el espectro político no izquierdista o antiespañol, fuera del juego político democrático. En esta perspectiva, el nuevo/viejo izquierdismo vislumbró con la llegada de Zapatero una posibilidad histórica de reactivar la Guerra Civil para cambiar el signo de su resultado. Si el felipismo aún mantuvo ciertas afinidades con el prietismo de Indalecio Prieto —el socialdemócrata anticomunista que se enfrentó a Largo Caballero y a Negrín—, el zapaterismo está plenamente identificado con estos dos, partidarios de una acción convergente entre socialistas y comunistas para el establecimiento de un nuevo régimen más allá de lo que consideraban ellos y consideran sus discípulos una democracia burguesa. Prieto ha sido totalmente olvidado por el PSOE, mientras Largo Caballero y Negrín son objeto de homenajes y continuas referencias. En Madrid, el soviético Largo Caballero —cuyo desprecio por la democracia es comparable al de Stalin o por buscar nombres de antidemócratas de signo opuesto, de Millán Astray o cualquier ideólogo falangista—, tiene una estatua en Nuevos Ministerios, no lejos de donde se quitó la estatua ecuestre del general Franco.

Esta puja por alianzas con fuerzas antidemocráticas y totalitarias que pudieran garantizar una mayoría a los socialistas para crear otro régimen que excluyera la posibilidad de la alternancia con la derecha fue la opción clara de Largo Caballero y Negrín, y hoy lo es de Zapatero y sus jóvenes Turcos, que van desde Leire Pajín a Bibiana Aído, pasando por sus huestes mediáticas, en las que, por supuesto, hay que incluir a quienes ostentan hoy el poder dentro del diario *El País*. Para ellos esa «democracia avanzada» o «nuevo socialismo» sería ese régimen que impidiera lo que ellos califican como un triunfo de la reacción o, lo que es lo mismo, un triunfo electoral de la derecha. Para garantizar que esta situación no pueda producirse habría que introducir cambios legislativos de diverso signo. Pero como ha sucedido en democracias latinoamericanas aliadas en ese proyecto del nuevo socialismo, y como también este año en Turquía bajo Erdogan, el íntimo socio de Zapatero en la Alianza de Civilizaciones, con ciertos cambios forzados por una mayoría pasajera se pueden conseguir garantías para cambios que hagan imposibles mayorías de signo contrario.

En el marco de esta ofensiva para un cambio de régimen que buscaban y buscan las fuerzas radicales del socialismo se inscribe, por supuesto, la negociación con ETA, tanto las pasadas como las que puedan estarse realizando cuando escribimos estas líneas. La inclusión de ETA y la izquierda *abertzale* en este proyecto viene

desde lejos, y tiene un hito en el viaje a Perpiñán del dirigente de Izquierda Republicana de Cataluña y su pacto con ETA, extensible a todo el pacto tripartito dirigido por los socialistas catalanes. Por eso las negociaciones secretas del socialismo español nunca han dejado de existir en una forma u otra y nunca se han visto seriamente afectadas por las detenciones, por un lado, ni por los atentados, por el otro. Los negociadores de ambas partes saben que su negociación tiene un objetivo común, que responde a intereses comunes a largo plazo y va mucho más allá de la política cotidiana, incluso de las próximas legislaturas. Aunque por supuesto sea cierto que la definitiva entrada de ETA a través de Batasuna en la lucha exclusivamente política supondría un éxito propagandístico para Zapatero que podría ayudarle a ganar las próximas elecciones. Pero a largo plazo se trata de acabar oficialmente con una lucha armada que ya está agotada en la práctica, aunque se pretenda mantener la legitimidad de la misma más allá de los acuerdos.

Con el éxito de esta política podrían garantizarse transformaciones territoriales en España y la implantación de unos regímenes en el País Vasco y en Cataluña en los que la Constitución española no tuviera vigencia. El Estatuto catalán era un paso claro en este sentido. Con esas alianzas el socialismo frentepopulista podría garantizarse continuas mayorías que impidieran que en toda España pudiera volver a gobernar jamás la derecha. Con esta liquidación de la posibilidad de la alternancia todo el panorama político daría un vuelco definitivo y las fuerzas conservadoras y liberales, despojadas de la expectativa de gobernar, quedarían condenadas al ostracismo o la marginalidad, en una especie de reedición de los partidos satélites que existían en regímenes comunistas como Hungría, la RDA o Polonia.

Que esta apuesta acabe triunfando depende de la oposición que encuentre y de muchos condicionantes políticos. Hoy parece más cercana al fracaso que al éxito, pero hace tres o cuatro años el diagnóstico era el contrario. La debilidad de Zapatero en la segunda parte de su segundo mandato y la resistencia de partes de su partido en el País Vasco bajo Patxi López, pero también en otras regiones, puede hacer fracasar esta primera gran ofensiva hacia otro régimen que este caudillo lanzó nada más llegar al poder. Lo que es evidente es que este proyecto está en la agenda del socialismo radical, que es hoy, más allá de Zapatero, la fuerza dominante en el PSOE.

Mayor Oreja lo ha advertido. Y Mayor Oreja sabe tanto del terrorismo de ETA como de los pulsos históricos que mueven a estos socialistas radicales que desprecian la democracia como un sistema capitalista de compromiso. Mayor Oreja ha visto muchos muertos. Sabe quién es el amigo, sabe quién es el enemigo, y sabe muy bien quiénes son los cómplices. Sabe perfectamente de las tentaciones del poder en buscarse unas ventajas políticas, de seguridad o electorales en la complicidad con quienes han matado a lo mejor de los servidores de una democracia, primero emergente, después consolidada, pero siempre herida. Sabe además que la alianza con ETA forma parte de los planes estratégicos del socialismo de Zapatero y su gente de confianza. Mayor Oreja es uno de esos testigos que quedan de los primeros

tiempos de la transición, de una sociedad que «quería quererse», que tuvo los líderes adecuados y desplegó la generosidad necesaria para hacerlo pese al continuo y cruel zarpazo del terrorismo y todos los enemigos de un proyecto democrático que se convirtió en realidad. Para aquellos políticos, incluidos los socialistas y los comunistas, estaba claro que ETA era el enemigo mortal de la democracia. Y también estaba claro que era la democracia el máximo objetivo y la máxima conquista que había que defender a toda costa. También con el sacrificio máximo de la muerte si era necesario.

Era aquélla una sociedad distinta a la actual y en muchos sentidos más ingenua y mejor. La de hoy ha perdido en gran parte aquella ingenua ilusión que tenían entonces los españoles con una memoria muy clara de su pasado. Hemos perdido la voluntad común de forjar una comunidad de seres honestos y dispuestos, enhiestos y emocionados por los logros propios, agradecidos con sus mejores servidores. Lucharon por la democracia como el régimen a preservar para siempre, siempre mejorable pero definitivo, nunca un estado transitorio hacia un régimen supuestamente mejor, como pretendían los socialistas y comunistas en la Segunda República, y como pretende hoy el izquierdismo radical bajo el zapaterismo. Por eso Mayor Oreja se ha convertido en una persona a abatir. Porque es de los que denuncian una y otra vez los planes que se esconden tras las negociaciones secretas de socialistas y terroristas, que van mucho más allá de un final de la actividad terrorista y son el intento de una alianza general.

ETA es ya, sin duda, una basura asesina residual. Pero ETA tiene un plan. Sigue siendo el mismo de siempre. Y quienes en el País Vasco viven de ETA no son sólo ETA en sí misma. No son pocos. Y no son sólo muchos nacionalistas que han sabido coger esas famosas nueces mientras otros movían el árbol a tiros. Tenemos grandes empresas que pagan regularmente a cambio de su tranquilidad, y son las principales responsables de que aún hoy, cuando en España muchos dan a ETA por muerta, desde Francia se nos diga que tiene más dinero del que puede gastar. Tenemos una fuerza terrorista y un potencial electoral de la misma que es objeto de ambición para los socialistas radicales en su proyecto de transformación de la democracia española, una transformación que muchos equiparamos a su liquidación. Los demócratas sabemos que cualquier acuerdo de este gobierno —o cualquier otro— con ETA supondría una infamia y un insulto a nuestros muertos que emponzoñaría desde un principio la supuesta paz alcanzada y el régimen resultante de tan vil alianza. Pero también supondría una gravísima amenaza para todos los que defendemos la democracia parlamentaria con alternancia que defendimos desde la transición y que queremos preservar.

Sabemos de la profunda inmoralidad del gentucismo nacional, de la secta de Zapatero. Y sabemos que de una alianza entre la voluntad de imposición e intimidación de los socialistas y la vocación de extorsión y chantaje de la subcultura etarra emergería un mecanismo de presión contra toda disidencia que pondría fin a la

democracia y a la libertad no ya en el País Vasco, sino en toda España. Por eso los tratos clandestinos van más allá. No sólo ponen en peligro la victoria sobre el terrorismo que la democracia española exige y merece: nos exigen además un precio muy alto que pagamos para darle al poder socialista mayorías que le permitan mantenerse en el poder. Y ponen la democracia a disposición de quienes, desde la atalaya ideológica del llamado antifascismo disfrazado de «nuevo socialismo», sólo buscan una reedición de un régimen totalitario de izquierdas en el mismo sentido de la dictadura y la experimentación social de los habidos en el siglo xx.

Algunos que hemos vivido entera la larga tragedia nacional del terrorismo, pero también desde muy cerca el drama de los pueblos oprimidos por el comunismo soviético, sabemos que Mayor Oreja tiene razón. Los asesinos están en ETA. Pero sus cómplices necesarios están en todas partes, han empapado el paisaje a lo largo de décadas. Por desgracia, también están en nuestro gobierno. Y no son sólo tontos útiles y biempensantes que buscan la paz, sino ideólogos del cambio que quieren un régimen muy distinto a nuestra democracia basada en la Constitución de 1978. Por eso creemos que todas estas alianzas posibles no son sólo miserables intentos de reeditar mayorías, sino parte integrante de un proyecto de mucho mayor calado y que pone directamente en peligro nuestras libertades. En este sentido, sí creemos que el proyecto zapaterista es en sí un golpe de Estado en fases contra la Constitución democrática española. Que ha sufrido muchos reveses, pero que continua con sus objetivos, que son la perpetuación de un poder izquierdista en alianza con fuerzas antiespañolas para dejar sin efecto los mecanismos de alternancia. Y la transformación de nuestra democracia emanada de aquella Constitución en un régimen cuyas señas de identidad inamovibles sean las del propio socialismo. Las negociaciones con ETA no han perdido en este sentido ni continuidad ni sentido. Continúan con objeto de buscar una fórmula que pueda ser presentada a la sociedad española sin el rechazo que provocó la anterior. Pero Zapatero ya ha dicho en 2010 que sus dos grandes logros políticos fueron la retirada de las tropas de Irak y las negociaciones con ETA. Tiene razón en considerar ambas señas de identidad de su paso por el gobierno de España. Serán recordadas.

Pero lo más grave de esta manifestación es la sinceridad involuntaria de que hace gala. Su proyecto de llevar a ETA a abandonar el terrorismo sin romper su legitimación basada en mil muertos y cincuenta años de terrorismo contra España no es otra cosa que el intento de llevar a ETA y sus organizaciones políticas a esa mayoría política de izquierdas y nacionalista que imponga el régimen antes descrito. Y que convierta en un gran Pacto del Tinell, definitivo y para toda España, esa gran alianza izquierdista que dejaría permanentemente fuera del sistema a la media España que considera los herederos de Franco. Aquí se consumaría esa «victoria final» de la Guerra Civil española, que convertiría el franquismo y la democracia española actual en un periodo de tránsito entre la Segunda y la Tercera República. Sería el regalo final a su abuelo Lozano, en el marco de esa mitología mentirosa en la que vive

Zapatero.

NOSOTROS, EL PASADO Y LA IGUALDAD

Muchos de ustedes serán demasiado jóvenes para recordar la visita, creo que la única, que hizo Aleksandr Solzhenitsyn a este país. Fue entrevistado en televisión y dijo algo que más que una verdad era una evidencia. Que la España del posfranquismo nada tenía que ver con la Unión Soviética, ni con la de Stalin ni con la posterior al XX Congreso en el año 1956. Dijo aquella frase famosa de las fotocopias. Cito de memoria: «Este país, España, está lleno de fotocopias accesibles a todos los ciudadanos. Eso no pasa en un régimen totalitario». Por supuesto le llovieron los insultos y el escritor Juan Benet dijo entonces lo de que personajes como Solzhenitsyn justificaban plenamente la existencia de campos de concentración en la URSS.

Entonces éramos los españoles una absoluta anomalía en Europa. Hoy volvemos a serlo. No sé si algunos de ustedes oyeron las declaraciones de Santiago Carrillo dándonos lecciones sobre las amenazas a la democracia. El primer experimentador en Europa, en Paracu ellos, junto a Madrid, de lo que después serían las fosas de Katyn, es decir, la liquidación de las élites para someter a un pueblo y sus posibilidades de pensamiento libre. Aquí se produjo el primer Katyn de la historia del siglo xx. Pero lo malo no es que un asesino, un criminal de guerra amnistiado en 1977 por la generosidad y ansias de reconciliación de todos los españoles, nos dé lecciones; lo grave es que tenemos un gobierno que ha erigido las tesis de este criminal y lacayo del estalinismo en razón de Estado. Recordemos que fue precisamente el Partido Comunista en 1956 el que presentó el proyecto de reconciliación nacional. El Partido Socialista no existía en la práctica. Hoy, los socialistas en el poder, secuestrados por una secta ideologizada que no conoció la transición ni la generosidad y el entendimiento que entonces hubo, gobiernan en la revancha y, por tanto, en la mentira.

Aquí vuelvo a Solzhenitsyn, que como Victor Klemperer, Primo Levi o Anna Ajmátova vieron y denunciaron cómo la mentira y la impostura corroen toda la sociedad hasta sus cimientos y devoran a quienes no quieren plegarse. Para no plegarse hace falta algo más que instinto de supervivencia, mucho más. Hace falta tener un concepto de trascendencia del hombre, del carácter sagrado que todas las vidas humanas tienen. De la sacralidad de todos nosotros desde el primer momento de la vida hasta el último instante. Sólo quienes entienden, como Solzhenitsyn, ese profundo concepto de la espiritualidad, de nuestra vida trascendente, tienen la capacidad de resistir hasta el final las torturas y privaciones que son capaces de imponer todos los totalitarismos, de cualquier signo. Todos ellos se sostienen en la mentira. Por eso Solzhenitsyn es, desde *El primer círculo*, *Un día en la vida de Ivan*

Denisovích y Archipiélago Gulag, el inmortal abogado de la verdad, de la vida en la verdad. Fue el mensajero infatigable de esa verdad que irrita a los tibios y cómodos, pero dinamita tarde o temprano todos los intentos totalitarios. «Mientras viva el hombre», como él decía. Es exactamente la verdad que necesitamos en este país que tanto se ha acostumbrado a transigir con la mentira.

Esta reflexión podría llamarse también «el éxito y la justicia de la desigualdad», si me dejan proponerles otro título que a tantos parecerá aún más provocador. Se lo parece a casi todo el mundo, ya que, salvo una minoría de irredentos, todo el espectro político ha asumido casi por igual la sacralidad incuestionable de la igualdad entre los individuos y las culturas. A quienes discuten esta religión del igualitarismo —con todos sus muchos dogmas— lo convierten directamente en paria o enemigo del bien, nada menos. Y cualquier medio es bueno para combatirlo. La finalidad del igualitarismo es tan sagrada que todos los medios contra los herejes gozan automáticamente de justificación y eximente plena. Esto no es nuevo. La pérdida de la libertad a través de la dictadura de la igualdad preocupaba ya a Tocqueville. Pero ya sabemos que éste era un puñetero aristócrata francés que merece estar más olvidado aún que Montesquieu, aquel maniático defensor de la separación de poderes. ¡Cuántas veces se ha hecho ya a lo largo de la historia! Acabar con la libertad en nombre de la igualdad. Volvemos a las andadas. Es una lacra intelectual con hondas raíces en la cultura occidental. Pero mientras las sociedades más sólidas cuentan con resistencias claras a esta imposición forzosa del mínimo denominador común, otras más débiles —claramente la nuestra— se revelan inermes ante la ofensiva de este igualitarismo que quiere convertir nuestra sociedad en una inmensa granja de experimentación avícola, en la que se recorta las alas a todas las aves de la fauna para que tengan el vuelo de las gallinas, y después convencerlas de que todas son aves de corral.

Pocos lo explican mejor que el filósofo alemán Norbert Bolz en su gran libro titulado *El discurso de la desigualdad*, que ha pasado desapercibido a las editoriales españolas. Quizás alguna se haya despistado a propósito, porque parece un tratado sobre el origen de la miseria moral, intelectual y política de la España de Zapatero. Tampoco se ha traducido el éxito de ventas del escritor judío polaco-alemán-austriaco, Henryk M. Broder, con su explícito título *¡Hurra, nos rendimos!* Ni su último libro, *Crítica de la tolerancia pura*. En este principio de siglo nos caracterizan paradójicamente la igualdad impuesta y la tolerancia total. Esa tolerancia que, como dice Broder, no hace sino aumentar la osadía y la falta de escrúpulos de los enemigos de nuestra sociedad. Esa tolerancia que parte de la equiparación de todos los sistemas de vida, buenos, peores y fatales. Y que siempre es una cesión unidireccional hacia los peores, hacia delincuentes, fanáticos y terroristas. «Esa tolerancia —dice Broder— que pacta con los agresores contra las víctimas». ¿Les recuerda a los españoles algo todo esto? ¿Quizás al pacto del gobierno del PSOE con ETA? ¿Al caso Faisán? ¿A la simpatía hacia el terrorismo islamista que siempre asoma la patita tras los

comentarios y análisis del izquierdismo español? ¿A su antisemitismo patológico?

Todo parte del secuestro del principio de que todos los seres humanos nacemos iguales en derechos ante la ley, fundamento de la democracia y la sociedad libre que nadie discute. Nacemos iguales ante la ley y lo somos. Pero eso es todo. Lo cierto es que todos nacemos distintos. Y que las diferencias entre los individuos no dejan de aumentar con el tiempo, según las circunstancias, el talento y la biografía. En este sentido, Bolz y Broder nos advierten ambos sobre la profunda injusticia y las terribles consecuencias que tiene esa imposición del pensamiento débil, que considera que debemos ser forzados a la igualdad por el bien de una sociedad supuestamente homogénea y sentimentalmente satisfecha con los dogmas de la religión del igualitarismo. Y que todas las culturas o civilizaciones son iguales y merecen igual trato. Del mismo modo que no pueden ser tratados de igual forma un niño que obedece a sus padres y otro que les pega, ni un delincuente habitual y un ciudadano honrado, ni un trabajador esmerado y cumplidor y otro haragán y traicionero, ni un héroe y un traidor, no puede equipararse a la cultura democrática occidental, que surge de la idea cristiana de que toda vida humana es un valor supremo, con las culturas medievales en las que el individuo no vale nada. Las que no buscan la felicidad del individuo, sino imponer por la fuerza y la muerte sus designios fanáticos. ¡Ay, la tolerancia esa! ¡Ay de esa idea de la igualdad! Es la misma hipocresía que subyace a la promesa zapateril de que «de la crisis saldremos todos juntos». Como si todos fuéramos o estuviéramos igual en la crisis.

Como la igualdad es imposible, sólo se puede simular con la mentira. Después se sorprenden muchos biempensantes de que surjan movimientos y líderes que aprovechen la rabia popular ante la sangrante injusticia que es la imposición de la tolerancia ante lo intolerable. Y se sorprenderán cuando ese acatamiento del dogma haga volcarse al péndulo hacia posiciones radicales de otro tipo. Esa política del pensamiento débil y dócil conlleva tanto peligro en su aplicación como en la reacción que puede provocar. Ironía es que esta política de la tolerancia sólo se pueda imponer mutilando la libertad, amedrentando a quienes se rebelan contra el bombardeo ideológico y sentimental del poder y la mayoría de los medios de comunicación. Es el páramo de la docilidad. Por convicción, dependencia o miedo a la hegemonía cultural y política del guttensch, del buenismo. Y por miedo a ser castigado por destacar. No recuerdo si fue Schiller, Goethe o Lenz —alguno del «Sturm und Drang»— quien exclamó que no hay mayor envidioso que el que se cree igual a todos. Y la envidia genera odio hacia quienes no quieren ser iguales. La igualdad se convierte así en la peor amenaza para la libertad de los individuos y de las sociedades.

La sociedad que obliga a sus miembros desde la infancia a adaptarse al nivel del peor es una sociedad abocada al fracaso, porque estrangula la formación de élites y así la movilización de la sociedad en el progreso real. Que está en la creación de riqueza y mayores posibilidades para cada vez mayor número de individuos, no en la repartición de las existencias confiscadas por el Estado para comprar voluntades y

obediencia. No hay mecanismo eficaz de progreso sino el reconocimiento de la justicia de la desigualdad y la voluntad de los individuos y colectivos de superarse y superar a los competidores. «El proceso de civilización depende de que cada uno pueda utilizar libremente las circunstancias que la vida le otorga», dice Bolz. El ser humano tiene el derecho inalienable a buscar la felicidad, dice la Constitución americana. Nadie tiene derecho a impedírselo igualándolo por la fuerza a quien fracasa en ello. Es la cultura de la excelencia y la competencia, de la emulación y ejemplaridad, la que hizo de las sociedades occidentales las más ricas, pacíficas, abiertas y compasivas de la historia.

Ahora volvemos a estar en manos de experimentadores sociales que necesitan que olvidemos principios y valores, nuestra identidad. Bolz y Broder hacen la llamada de atención más lúcida habida en años sobre las consecuencias de un pensamiento único que reprime el debate en todos los problemas reales. Con éste, la selección negativa —tan evidente en la clase política española— está asegurada. Los nuevos dogmas serán triste consuelo para una sociedad postrada moralmente. Es el fruto de esa corrección política que dicta que la verdad es relativa, la libertad un valor secundario y la palabra un instrumento al servicio de la política. Que combate implacablemente a sus enemigos por todos los medios a su alcance, las leyes, los aparatos del Estado, la intimidación y, por supuesto, la mentira. Y llegado el caso, no lo dudo, por cualquier otro.

LA IGNORANCIA INSENSATA

El señor de la silla de ruedas hablaba más bien bajito. En su intervención insistía en que hay cosas que sólo se dicen bien a media voz cuando se habla de cuestión tan peliaguda y que tantas irritaciones produce como la inmigración y la integración del inmigrante. Alguien podría pensar que era el entorno el que impresionaba al orador, que no se atrevía a irritar al auditorio. Al fin y al cabo, nos hallábamos en una villa junto al Wannsee, un bellissimo lago en los alrededores de Berlín cuyo nombre quedó cargado de oprobio en 1942, cuando, en la conferencia allí celebrada, la *Wannseekonferenz*, la cúpula nazi se reunió para acordar el comienzo de la *endlösung* —la solución final— que supuso la puesta en marcha del programa de exterminio total del pueblo judío en Europa.

Nada más lejos de la realidad. El marco era el mejor posible y la ocasión también: se abría junto al lago, espléndido paraje junto a la capital de la otra vez pujante Alemania democrática, en la magnífica sede de la Fundación Würth —coorganizadora con la Fundación Rafael del Pino—, la primera jornada del Foro Hispano Alemán, en el que políticos, empresarios, científicos y gentes de la cultura hablaban de las relaciones entre los dos países, sobre problemas comunes y visiones diversas de afrontarlos. En pocas salas se concentra tanta tolerancia, buena fe, competencia y madurez democrática.

Y, sin embargo, el hombre de la silla de ruedas, que no era otro que el ministro del Interior alemán, Wolfgang Schäuble, subrayaba que quizás algunas cosas se prefirieran decir a media voz, aunque eso sí, insistía en que tenían que ser claras. Hubo claridad en algunas cosas, y quizás la principal era que el gobierno de Berlín y el de Madrid hablaban dos idiomas absolutamente distintos cuando sus principales responsables en materia de inmigración, ambos presentes en Villa Würth, hablaban de lo mismo. Schäuble anunció aquel día de 2006 que su país, Alemania, la mayor potencia económica de Europa, en plena recuperación, de nuevo con un crecimiento del 2 por ciento, había dejado de tener inmigración. Así de concluyente. Ni legal ni ilegal. Y, sin embargo, advirtió de que los problemas de integración eran de enorme gravedad y suponían un auténtico riesgo para la salud democrática y la estabilidad de la sociedad. Schäuble dejó claro que habría que tomar medidas duras para impedir que la inmigración y el fracaso evidente en la integración de gran parte de la misma generaran problemas serios al tejido social.

El ministro de Trabajo y Asuntos Sociales de España, Jesús Caldera, sin embargo, se sentía en aquel foro feliz y relajado. Y desde luego no le preocupaba la inmigración en absoluto. Al contrario, todo le parecía poco. Y se congratulaba de que los españoles estuvieran tan felices con la llegada de la inmigración que tantos problemas le solucionaba. Con una inmigración que había cuadruplicado ya entonces

su presencia en España en cuatro años, aseguró que las medidas de regularización masiva tomadas por su gobierno, criticadas en su día severamente por Schäuble, fueron necesarias y adecuadas. Proclamó modélica la integración que se está produciendo en España y ejemplar el programa que con tal objetivo se iba a aprobar en Consejo de Ministros. El ministro de la regularización masiva, el señor Caldera, estaba pletórico en su visión solidaria e internacionalista, que parecía convencido de compartir con todos los españoles. Todos los inmigrantes le parecían pocos, dados los efectos inmensamente saludables que para nuestra sociedad ofrecían.

El ministro del Interior alemán ha estado siempre dispuesto a que se responda a sus advertencias contra la fractura social y los guetos con acusaciones de xenófobo o, últimamente, islamófobo. De facherío puro o lacayo de Huntington calificarían muchos en España al ministro alemán, donde socialistas cultos han oído con estupor a compañeros de partido tachar de fascista hasta al sociólogo Giovanni Sartori, que advierte desde hace más de una década sobre el peligro de ignorar los problemas de la integración, especialmente de la inmigración musulmana. Sartori había advertido, en un explosivo libro sobre la sociedad multicultural, acerca de los peligros que suponen para las democracias europeas la inmigración sin control y la generación de guetos en las ciudades. Sartori ya ha sido definitivamente demonizado, pese a sus orígenes izquierdistas, como un peligroso agitador xenófobo fascista por los comisarios políticos del socialismo español.

A la inmigración musulmana se refería el ministro alemán junto al Wannsee, a una parte de la misma que, ya en su tercera generación, produce muchas más amenazas a la convivencia pacífica ahora que cuando llegaron sus abuelos. No se cansó tampoco de advertir que uno de los primeros deberes del Estado es garantizar una base común de derechos civiles a todos los inmigrantes, por lo que la labor de integración pasa por una ilustración que rompa el poder de los líderes religiosos de las comunidades y evite la creación de espacios a los que no lleguen las leyes nacionales. Dijo Schäuble que era ilusorio pedir reciprocidad a los países islámicos, pero no exigir a los que llegan que acaten los principios fundamentales de la civilización europea, que tienen una base cristiana. «Es un inmenso reto y urge. Porque existe una seria amenaza a la convivencia». El ministro de la silla de ruedas quedó como un pobre miedoso porque Caldera, entonces responsable directo de la gestión de una inmigración en España otra vez fuera de cálculos y estimaciones, no veía problema alguno en lontananza. Si acaso veía mala fe de quienes quieren inventar estos problemas que en España no existen ni existirán, porque nuestra inmigración enriquece a la sociedad y a las arcas del Estado, como insistía Caldera lleno de entusiasmo por el éxito de la política de su gobierno socialista. El ministro del interior alemán, un viejo zorro de la política, salió de aquella conferencia entre divertido y asustado. Divertido por el grado de incompetencia del ministro español, y por la candidez con la que la demostraba. Asustado porque había comprobado el grado de insensatez de este ministro de los socialistas españoles en un gobierno

dirigido por un personaje del que aún no tendría informes completos entonces. Hoy sí los tiene, porque Schäuble ya no es ministro del Interior, sino de Hacienda. Por tanto es un ministro alemán que, al ver la política económica del gobierno de Zapatero en los últimos años, se habrá acordado del tontiloco insensato que le acompañó en aquella conferencia junto al lago berlinés.

EL RESPETO JIBARIZADO

Vamos a ponernos ahora un poco nostálgicos. Recordemos los que podemos las enseñanzas que recibíamos antes de los catorce o dieciséis años, con más o menos conciencia de que quienes nos los daban, maestros, curas, monjas, padres, libros y películas, sólo eran transmisores de unos mensajes que nos llegaban desde un pasado común. En ese pasado común y los valores compartidos por nuestros ancestros y legados de generación en generación forjábamos ese sentido de pertenencia a una idea que consideramos buena y digna de ser protegida, con unas características determinadas de conducta que apreciamos en la persona. En los primeros esbozos de este universo cultural y sentimental que se dibujan en el libro en blanco que son los niños están los mitos, las leyendas y los relatos históricos que hablan de la continuidad de unos valores y una lealtad en el grupo y en el tiempo. Ese esbozo inicial va adquiriendo complejidad con el tiempo, las lecturas y el mensaje oral. Incorpora después de los trazos limpios iniciales también las sombras de nuestro pasado común, los incontables claroscuros y esos momentos brillantes que claman por el respeto a la ejemplaridad. Se produce la formación de una imagen veraz de nuestra historia común que resalta esos momentos estelares, como habría dicho Stefan Zweig. Tal sería la historia de todos nosotros, un pasado nuestro vivido a través del relato, primero, y, después, a lo largo del tiempo, por todos los que accedieron, accedemos y accederán mediante la palabra. De ahí la importancia de la palabra y de su sentido, de la protección de ese sentido de la palabra frente a quienes quieren pervertirla o vaciarla porque quieren quebrar nuestra relación íntima con la realidad, con el pasado y con el lenguaje que estructura nuestra individualidad.

La incesante pujanza del izquierdismo y los nacionalismos —con su hegemonía cultural y mediática— contra nuestros puntos de referencia comunes en el pasado ha sido enormemente efectiva. Las nuevas generaciones no saben de capítulos clave en nuestra historia o nuestro universo sentimental nacional, como Numancia, Bailén, el 2 de Mayo, las gestas de los conquistadores por tierras americanas, nuestros ilustrados o las Cortes de Cádiz. No tienen capítulos de la historia conocidos por todos de los que sentirse genuinamente orgullosos. No han tenido noticia de ellos o sólo han visto caricaturas ridiculizadas. Da genuina envidia la riqueza de norteamericanos y británicos en fechas para la emoción común. Nada impediría en principio, más allá de nuestra afición a destruir lo propio, que los españoles tuviéramos desde pequeños conocimiento y orgullo de nuestras gestas en la historia y de los hombres que las protagonizaron. Es fácil explicar por qué todos los niños norteamericanos saben quiénes son Washington o Jefferson, mientras aquí nadie sabe ya quién fue Jovellanos. Es triste ver cómo los británicos conmemoran sus guerras y recuerdan a sus caídos en la *Remembrance Week* (semana del recuerdo) con sus

amapolas evocando los campos de batalla de Verdún y el Somme en Francia, mientras nosotros recordamos a duras penas Bailén o, mucho antes, la creación del reino de España. Y no perdemos ocasión de tirarnos a la cabeza nuestros muertos en las diversas guerras fratricidas.

Con el lenguaje ha ocurrido otro tanto en las pasadas décadas, pero bajo la secta zapaterista el ritmo de deterioro y alejamiento intencionado del lenguaje común para la adopción de uno impostado e inventado con el corsé de la corrección política y la vacuidad ha alcanzado ya niveles grotescos. No quieren que subsista más lengua que la imprescindible para una triste mensajería entre el poder y los gobernados, por lo que la simplificación y regresión no dejan de intensificarse. Ellos, la secta cuyo caudillo aún es Zapatero, no necesitan más que un vocabulario de unos pocos cientos de palabras. Y en absoluto van a fomentar un lenguaje más rico que sirva para montar una estructura de pensamiento sofisticada, que para nada les beneficia y puede suponer un riesgo para sus planes de creación de una masa maleable de votantes sumisos y acríticos. En pleno periodo totalitario en Europa Central, Ferdinand Peroutka, el ya citado gran periodista checo, huido del régimen comunista en el poder en su patria, llamaba a sus conciudadanos a la resistencia. Pero no pedía en aquellos momentos ni manifestaciones ni huelgas ni revueltas, que habrían sido inútiles y con consecuencias sangrientas seguras. Pedía a los checos y a los eslovacos que preservaran para sus hijos y nietos el sentido verdadero de las palabras, para que después del largo desierto de corrupción de su sentido, de la violación sistemática de la verdad por ese rapto del verbo común a todos los regímenes totalitarios, pudieran recuperar el sentido de las palabras del que surgiría de nuevo el nexo a los valores compartidos por sus mayores en el pasado. Pedía que padres y abuelos enseñaran a sus hijos y nietos para que éstos no fueran corrompidos por una escuela, en manos de los comunistas, que negaba y ridiculizaba a Dios, a la familia y a la tradición, que formaba a los niños como piezas obedientes de una superestructura, el partido, que era la única autoridad —eso sí, omnipresente y omnipotente.

Se trataba entonces, pero también ahora, de rescatar a los niños de los planes socialistas de formar individuos planos, sumisos y acríticos, carentes de historia y fundamentalmente solos, incapaces de socializar más que por los cauces impuestos por el partido y el régimen. Como en su día los monjes europeos preservaron sus códices y libros en los monasterios, para salvarlos de la barbarie circundante en el Medioevo, en la esperanza de que en tiempos mejores volvieran a resurgir y retomar su vigencia sobre el pensamiento y el destino de los hombres libres, de las comunidades de seres humanos que, compartiendo herencia, comparten también código de honor y voluntad de destino en libertad y en la verdad. Necesitamos más que nunca un esfuerzo colectivo por defender el lenguaje y el sentido de la palabra frente a ese inmenso alud de lodo que todo lo invade y contamina.

Este atentado continuo contra la palabra y su sentido, contra su valor, forma parte de ese proceso de desestructuración general de la sociedad que se ha puesto en

marcha y amenaza con crear la masa inane perfecta para que personajes y personajillos dominen los mecanismos del poder y del control de la voluntad y los apetitos de los individuos. A quien todo esto parezca ciencia-ficción hay que recomendarle que vea qué tipo de individuos dominan hoy el paisaje entre la juventud de las clases baja y media-baja. Verá lo que hay donde pocas décadas antes había unos padres y, por supuesto, unos abuelos que tenían muy claros sus objetivos de superación y sus proyectos de futuro con objeto de conseguir un ascenso social para los hijos. Había un sano sentido de la emulación.

Hoy hay una masa amorfa que apenas sabe articular un pensamiento o un mero concepto en su única lengua, totalmente entregada al zafio discurso de la gratificación inmediata y del desprecio a lo que se ignora, que es prácticamente todo. Triste ejemplo es Andalucía después de treinta años de socialismo —aunque no es el único lugar así—, donde se ha destruido todo lo que en educación se hizo antes. Sí, durante la oprobiosa dictadura, que es cuando se pusieron los cimientos para una educación sólida que aún gozaron incluso muchos adultos en la educación pública o privada. Con todas las limitaciones políticas e ideológicas que la dictadura imponía, la cultura y la palabra la mimaron en las últimas décadas de la misma con gentes en la administración que estaban genuinamente dedicadas a mejorar las condiciones y los resultados de dicha educación. De ella salieron gentes independientes, nada ideologizadas —a no ser que lo estuvieran por el marxismo— y muy capaces, que formaron esas capas profesionales excelentes de las que gozó España en las décadas de 1960, 1970 y 1980, y que fueron los auténticos artífices del acoplamiento de España a Europa y del despegue de nuestro país tras la llegada de la democracia. Sin embargo, el mensaje general de la secta socialista radica en que nada bueno hubo en lo que llaman «la noche oscura del franquismo», mientras la Segunda República fue quintaesencia de libertad, cultura y democracia impoluta. Esta cantinela mentirosa entra por supuesto en abierta contradicción con la realidad vivida por varias generaciones de españoles aún vivos. Por eso la única forma de imponer su mensaje está en demonizar las realidades vividas por los españoles o al menos su expresión. Y eso lo consiguen amenazando con la picota a todo aquel que no acepte la versión de la historia de nuestro siglo xx, que a ellos conviene y que propagan por todos los altavoces de la mentira histórica en que han convertido los medios que les son afines por convicción, conveniencia o miedo.

EL ESTUPRO DE LA PALABRA

La pregunta permanente, quizás el leitmotiv de todo este libro, viene a ser: ¿qué nos ha pasado, qué ha sucedido para que esta gente mediocre y mezquina pudiera hacerse con las riendas del gobierno y ser, además, ratificada en el poder en unas segundas elecciones generales? Olvidemos por un momento como una fatalidad las primeras elecciones en las que venció Zapatero, las bombas de tres días antes que lo hicieron posible y todas las dudas que lo sucedido aún despierta en muchos españoles. ¿Cómo es posible que cuatro años después los españoles aún no fueran conscientes del peligro que suponía para el futuro de todos nosotros aquel presidente de gobierno y su camarilla? Tanto entonces cómo ahora habrá quienes aludan a la falta de atractivo de su rival. Sin embargo, lo cierto es que más allá de que Mariano Rajoy sea posiblemente un nefasto candidato —lo que no excluye que llegue a ser un buen presidente—, una sociedad democrática madura debería haber visto ya en 2008 que, más allá del atractivo de la alternativa, se daba una prioridad máxima, que era la desaparición política de Zapatero y su secta.

Las razones entonces eran las mismas que las actuales, aunque por desgracia hoy son tan terriblemente sangrantes que parece ocioso enumerarlas. ¿Por qué esta sociedad española fue tan fácil de embaucar y estafar por quienes negaban lo obvio y mentían escandalosamente? ¿Por qué quienes decían la verdad y advertían del peligro fueron difamados con éxito, descalificados como Casandras y agoreros? ¿Por qué creyeron los españoles a un funcionario anímicamente jubilado como Pedro Solbes, que mentía más por inercia que por convicción y despreciaba a un empresario de éxito, luchador y veraz, como Manuel Pizarro, cuyo único interés era transmitir la realidad económica a los españoles y prestar un servicio impagable a sus compatriotas? Aquel debate preelectoral fue el espejo de la situación general, como lo fue trágicamente también su resultado. Ciertamente es que ellos —Zapatero y su tropa— contaban para la gran estafa con infinidad de medios y con la supremacía total en los audiovisuales. Y también que la campaña de la oposición no tuvo garra ni poder de convicción.

Pero había algo más. Algo más serio y más grave que probablemente radique en ese miedo al riesgo que se ha impuesto entre los españoles y que conlleva un rechazo a la excelencia. No hay síntoma peor en una sociedad que esa explicación del voto por el hecho de que el elegido es «como tú y como yo». Ése es el voto cobarde que siempre recae a favor del mediocre. Una de las grandes bazas de Zapatero ha sido sin duda su habilidad, rayana en el virtuosismo, de despertar los peores instintos pero también hábitos que se han implantado en la sociedad española, que van desde el igualitarismo del resentimiento al miedo provinciano, el culto a la ordinariez en el sentido tradicional del término, el pensamiento romo y fácil, y la falta de todo sentido

de la solemnidad, de profundidad, en el compromiso del individuo con la sociedad y su momento.

Desde su exilio inicial en Suiza, y después desde su casa en California, el escritor Thomas Mann, entonces el venerado gran padre de las letras alemanas, considerado como una institución en la estela del filósofo Lessing y de los clásicos alemanes Schiller y Goethe, se dirigía regularmente a sus compatriotas por radio a finales de la década de los treinta del siglo xx y durante la guerra. Y les rogaba encarecidamente que resistieran a la peste parda del nacionalsocialismo evocando a los clásicos, clamando por la vigencia del legado de la verdadera Alemania, del que eran portadores. Ellos eran los más eficaces adversarios de la zafiedad, la miseria moral, la mezquindad, el desprecio y la ignorancia que los nazis habían impuesto en su patria. Thomas Mann pedía resistencia con la fuerza y la belleza —con la fuerza de la belleza— de la lengua alemana de los clásicos frente al lenguaje pervertido y vacuo que el nazismo quería imponer, la lengua del III Reich que tan brillantemente diseccionó el escritor judío Victor Klemperer. El autor de *Los Buddenbrooks* conminaba a los alemanes a cultivar la lengua y el sentido auténtico de las palabras para que el pueblo alemán pudiera superar la travesía por el triste y terrible desierto moral del nacionalsocialismo sin daños irreversibles.

No es necesario un sentimiento trascendental para tener en estima suprema al hombre (espero que no haya nadie que lea este libro que eche de menos que diga aquí también «mujer», porque me niego a hacerlo: me refiero a ambos, por supuesto) y a la palabra. Y para considerar el servicio público y la vocación política como ejercicios de compromiso con el hombre y la sociedad. Un compromiso forjado por la palabra, en el que la persona que se dedica voluntariamente a las actividades públicas empeña a diario su palabra. Y con su palabra su dignidad, el respeto a sí mismo y el respeto de los demás. Eso que podríamos llamar, si aún lo entendieran todos en su profundo significado, el honor. El honor en la vocación política puede tener diversos grados de enfoque, desde el casi religioso de héroes y mártires en dictaduras, al muy sobrio concepto del compromiso electoral con los votantes. Aquí, Zapatero y su secta son el producto más acabado de quienes crecen y medran sin el menor sentido de trascendencia personal de su compromiso. Y por supuesto carecen del más mínimo sentido del honor cuando, protegidos en un aparato que los cobija, se dedican a una labor política en la que los ejes son el beneficio personal y los intentos de persuasión o la imposición de un proyecto izquierdista de control de la sociedad, también en beneficio propio y de los suyos.

El poeta Danilo Kis, judío, húngaro, montenegrino, urbanita de Belgrado, bohemio de París, poeta cósmico y tantas cosas más, murió justo cuando iba hacia la tumba el régimen que lo había torturado de por vida. Se hundía el mundo que él tanto había despreciado y combatido —la miseria del socialismo real que sucedió al nazismo y nacionalismo en Europa central y los Balcanes—, cuando le pudieron finalmente las fuerzas de un cáncer, que quebraban así a sus cincuenta y cuatro años

una obra literaria tan profunda como valiente, tan aguda y tan limpia. Siempre dedicada a la batalla por la limpieza del arma, la limpieza de la palabra que hace posible la victoria sobre la mentira. Con toda la autenticidad de quienes vencen al miedo desde la experiencia del terror, es muy posible que Kis estuviera más que deprimido ante lo que ha sucedido en el mundo que le importaba. A menudo pienso que muchos de los que resistieron al horror del nazismo y el comunismo hoy podrían morir de asco ante la santificación general de la mentira y la mediocridad y ante el envilecimiento abisal de la palabra hablada y escrita, con lo que pocos parecen sufrir. El cuerpo social ha alcanzado la indolencia perfecta para no plantearse el coraje para dar respuesta a este generalato de los peores. Si en toda Europa es así, en España, como siempre, tendemos a luchar por el liderazgo en la carrera de los defectos.

Pocos de los grandes contemporáneos de Kis —y de las generaciones anteriores que vivieron las primeras grandes oleadas del terror total— habrían entendido cómo ha sido posible que, en unas sociedades que llegaron a extremos máximos de libertad y prosperidad, la brújula moral de gobernantes y gobernados haya saltado hecha añicos. Cuando no hay profundidad ni honor, cuando la palabra ha perdido su valor, mil veces violentada, se mueren los músculos del pensamiento, pero también de la acción, se marchita el amor por la verdad y se agota la pulsión que requiere una sociedad a través de sus élites para avanzar en el progreso real del bienestar en libertad. Los que observaron la violencia totalitaria desde dentro saben que las sociedades necesitan a sus mejores a la cabeza de la gran marcha para emprender un camino hacia los espacios abiertos —sin vallas ni rejas ni guardianes ni amenazas—, un camino que permita a los individuos buscar su felicidad en libertad y seguridad. Hay algo religioso, por no creyente que uno sea, en esa vocación de líderes políticos y morales de buscar para los individuos en la sociedad ese terreno amplio de juego, ese valle grande para galopar, que ofrezca gratificaciones a las personas en su devenir por la vida. Son los hombres y mujeres que no dudan en volcar unos talentos que les habrían garantizado una vida personal cómoda en las tareas de gobierno o en las del pensamiento político que persiguen la solución de los problemas que aquejan a su entorno, que van desde la falta de libertades a la falta de alcantarillas. Es el servicio público o la política en el sentido mejor del término.

Los seres humanos que piensan a través de una generosidad excesiva para una vida común son los llamados a ejercer esa influencia sobre los demás que es poder para mejorarlos a ellos y las circunstancias. Ahí están los políticos y los intelectuales, más acá del sacerdocio, más allá de la gente cuyos intereses se ciñen a su privacidad. El intelectual Kis, con su Enciclopedia de la muerte o su Reloj de arena, pensaba —como aquel duro y tierno poeta que fue el ruso Ósip Mandelshtam— mucho más en la muerte que los demás. Era en este sentido un poeta absoluto, porque personalmente había asumido su destino a cantar los bienes y males del pensamiento para morir en un mundo que consideraba condenado a estar sujeto por cadenas. Pero su visión de la libertad era la misma que la de los luchadores esperanzados por la vida y el

testimonio, como Solzhenitsyn, Joseph Brodsky, Mijail Bulgakov, Anna Ajmátova, u otros miles, más o menos conocidos o totalmente ignorados, y por supuesto los enamorados de la vida como los Nobel Jaroslav Seifert o Czeslaw Milosz. Aquí se juntan algunos de los más insignes nombres del compromiso político por amor a la libertad y por sentido del honor, de compromiso con el pasado y el presente. Sin miedo al futuro. Ellos son los que nos transmiten con su vida y su obra las armas invencibles contra el encanallamiento. Son el extremo brillante y ejemplar de la dedicación, el riesgo y la entrega, y se hallan exactamente en las antípodas de los posibilistas impostores que, escondidos tras una ideología, son los adalides de la corrupción material y moral, los grandes campeones de la miseria de nuestra política y del relativismo que aquejan a toda la clase política actual. En esta clase de políticos, cuyas principales características son la irresponsabilidad y la permanente impostura, tenemos que reconocer que Rodríguez Zapatero es probablemente el ejemplar más consumado que podemos encontrar, no ya en la política española sino en la europea. Y paradójicamente, su principal instrumento es precisamente la palabra, aunque sea sistemáticamente prostituida.

Cuenta Alexander Wat en su gran libro *Mi siglo* (editado en España por Acantilado) que en la cárcel ucraniana —entonces soviética— de Lvov (Aviv o también Lemberg) vio cómo se portaban mucho peor, con mayor brutalidad y falta de humanidad, los intelectuales degradados por la obediencia ciega, la miseria y el trato brutal, que los niños de la calle, que huérfanos o separados de sus padres presos por orden del régimen soviético, por decenas o centenares de miles, estaban internados en campos de «reeducación». Los hombres de la buena vida quebraban en sus mejores instintos mucho antes que los niños de la barbarie, que en aquel abismo aún tenían un ápice de ingenuidad por el que asomaban muy de vez en cuando brotes de humanidad, en forma de compasión o esperanza. Y es porque aquéllos habían perdido los elementos de referencia de la palabra y el honor. Hoy vemos que se cumple lo que Wat vio llegar cuando hablaba de «la dimensión nueva, sutil y opresiva del estupro del habla humana». Como Klemperer lo observó y relató bajo el otro totalitarismo, que fue el nacionalsocialismo. Ese nacionalsocialismo que, aunque surgido en respuesta al bolchevismo, mama de las mismas fuentes del mesianismo social que podríamos llamar redentorismo asesino. Todos los totalitarismos surgen del proyecto de transformación que subordina al individuo al objetivo común impuesto por la ideología. El socialista Benito Mussolini antes de su marcha sobre Roma, o Hitler y su primera fase ideológica —con la escritura de su libro *Mein Kampf*— y su estancia en la cárcel de Landsberg, en Baviera, después de su intento de golpe de Estado en noviembre de 1923, son productos de la visión socialista de transformación del mundo por medio de la imposición y la disciplina de las masas. El elemento nacionalista que ambos introdujeron posteriormente en su mensaje les dio la fuerza que los elementos internacionalistas no alcanzaron a tener nunca, por cierto tampoco en la Unión Soviética. La socialdemocracia y los partidos conservadores, liberales y

cristianos fueron las únicas fuerzas que se opusieron a aquellos vendavales totalitarios. Pero la socialdemocracia entendida como fuerza tan anticomunista como antifascista, plenamente comprometida con la democracia pluralista. No el socialismo frentepopulista que hizo causa común en el delirio revolucionario del comunismo. En aquellos tiempos feroces fueron los partidos democráticos, pero ante todo los individuos que en las élites no se dejaron corromper, quienes se convirtieron en los guardianes de la palabra como el cáliz que contiene todas las claves de la sabiduría, el valor y la compasión. La palabra es la portadora de todos los valores que hacen posible la vida con honor y libertad a los hombres y a todas las comunidades humanas, incluida, por supuesto, la sociedad moderna.

De ahí que sea imposible sobrevalorar la gravedad del atentado contra la libertad misma que supone el desprecio a la palabra de la secta socialista que asumió el poder. Frente al lema del honor que es «la palabra es sagrada», impuso y quiere perpetuar el siniestro lema opuesto de «la palabra al servicio de la política» que forjó aquí Zapatero, el máximo adalid de este estupro continuado de la palabra que vivimos en España como razón de Estado desde los trágicos días de marzo de 2004. Buceando entre artículos míos de más de veinticinco años, encontré una referencia muy pertinente en una crónica enviada a *El País* desde Viena en 1984. Se celebraba el «año orwelliano» y en la capital austriaca se reunieron filósofos, escritores, lingüistas y profesores de literatura para debatir sobre la obra del escritor George Orwell, su célebre novela 1984, el totalitarismo y la lengua. Aquí hay un párrafo de mi crónica —tenía yo veintiséis años— en la que ya hablaba de esto que nos ocupa: «Una importancia fundamental en esta vía emprendida hacia la deshumanización recae sobre el empobrecimiento del lenguaje en las sociedades modernas, como se encargaron de destacar el catedrático de la universidad de Columbia, Erwin Chargaff, y el filólogo austriaco Oswald Panagl. El primero achacó este grave fenómeno a tres culpables, que serían los políticos, los medios informativos y la publicidad. El objetivo de esta depauperación sería la creación de un nuevo lenguaje —*newspeak*—, necesario para la manipulación total. Panagl expuso con claridad la absoluta evidencia de la interdependencia de lenguaje y pensamiento. El empobrecimiento del lenguaje provoca necesariamente una reducción de la capacidad de pensar, de criticar y, por tanto, de rebelarse. Unido a la falsificación del sentido de la palabra, es un arma absolutamente indispensable para un Ministerio de la Verdad». Empobrecimiento y falsificación del lenguaje, dos elementos clave para entender lo que nos ha sucedido bajo el zapaterismo. Si bien el empobrecimiento no es, por supuesto, achacable únicamente a los años negros de este socialismo paleta y primitivo de la secta que nos ocupa, lo cierto es que en ellos se ha agravado drásticamente. En cuanto a la falsificación de la palabra y del mensaje sí podemos decir que ningún gobierno democrático, ni antes la República ni la dictadura franquista, han hecho tanto por extenderla y convertirla en ejercicio permanente como esta marabunta anticultural que nos gobierna desde aquellos días aciagos de

marzo de 2004.

LA MENTIRA TÓXICA

El historiador francés Georges Bensoussan, autor de la exhaustiva y excepcional Historia intelectual y política del sionismo (1860-1940), ha escrito una brevísima Historia de la *shoah* (Holocausto judío) que convendría fuera lectura obligada en nuestras escuelas. Es sabido que no hay nada más pedagógico que la información sobre los mecanismos del odio y el desprecio hacia el crimen absoluto, cierto, hecho, consumado, habido e incontestable. Quizás sea posible si alguna vez nuestra escuela se reforma por una vez hacia bien y deja de ser un centro de niños maltratados por el antiautoritarismo de profesores sin autoridad, decididos a impartir todo el catecismo de la simpleza socialista en contra de la religión, de la familia, de la literatura que no inspire a la secta, de la verdad histórica y hasta del sentido común. Y por supuesto cuando España tenga unos responsables políticos que no tengan unos instintos tan hostiles a la cultura occidental judeocristiana que tan fácilmente los hace caer en el antisemitismo. Un antisemitismo que comparten con gran parte de sus aliados en Teherán, en Gaza o Damasco, pero también en el chavismo venezolano y otros regímenes con vocación totalitaria. En general, todas las corrientes totalitarias siempre han considerado al pueblo judío como un enemigo. Eso tiene mucho que ver con la forma en que este pueblo ha formado, desde hace milenios, a sus hijos en la cultura de la pregunta, siempre letal para quien odia la duda, la interrogante que da alas al pensamiento. Como también tiene que ver con la dificultad de imponer una visión total y cerrada de la vida a quien siempre se considera en diálogo trascendente, por laico o agnóstico que sea.

De hecho, éste es un problema serio, no sólo porque de él se derive que las discusiones sean a menudo tan desesperanzadas sino, sobre todo, porque el alemán corriente cree con toda seriedad que esta competición general, este relativismo nihilista frente a los hechos, es la esencia de la democracia. De hecho se trata, naturalmente, de una herencia del régimen nazi.

Aquí, en España, lo lógico sería deducir que el relativismo nihilista como reacción contestataria es una herencia del franquismo, pero eso se contradice con el hecho de que las primeras generaciones de demócratas en el poder —crecidas y educadas en el franquismo— eran en gran medida inmunes a esta ponzoña intelectual. No lo son las actuales, crecidas en democracia, como bien nos demuestran los socialistas jóvenes. Son éstos los que no dejan pasar una oportunidad para hacer comparaciones repugnantes y obscenas equiparando el Holocausto a cualquier crimen o incluso a accidentes como el del *Prestige*. Desde que aquella gran mujer que fue Violeta Friedman, superviviente de Auschwitz, calló al criminal nazi León Degrelle en un memorable juicio en el que de la mano del abogado Jorge Trías impuso jurisprudencia en España, tampoco aquí puede ya nadie pretender públicamente que

el Holocausto no existió. Pero todo lo demás parecen ser opiniones y palabras tan moldeables como los intereses que los prestidigitadores requieran. Todo son opiniones para el zapaterismo, y los hechos siempre pueden ser vistos, dicen ellos y sus bardos mediáticos, desde muchos ángulos. Dice Zapatero que la nación española es discutida y discutible. Pero no sólo la nación. En realidad todo es discutido y discutible para quienes consideran que los objetivos han de alcanzarse «como sea», otro latiguillo revelador del andamiaje moral del caudillo de León nacido en Valladolid. El relativismo deviene en indigencia moral, porque cuando no hay jerarquía de valores ni de cualidades, y la palabra es un mecanismo de argucia o engaño, todo deviene mentira. El relativismo aplicado a la palabra es ya violencia, porque impone al prójimo el capricho de los intereses ajenos. Es mentira en esencia y, por ello, agresión totalitaria.

Ferdinand Peroutka, el maestro máximo del periodismo checoslovaco, ya ha sido citado antes, pero viene de nuevo al caso este europeo excelso porque su lucha contra todos los totalitarismos que fueron a marcar su vida se basó, precisamente, en combatir la capacidad de intimidación que tienen sobre el individuo al apropiarse de los sentidos de las palabras. Es esta capacidad de generar vacío en el ser humano, de romper sus vínculos con los demás, los vivos y los antepasados, la que permite a los regímenes totalitarios imponer la resignación y la convicción en todos sus súbditos de que están solos. Y que sólo pueden esperar ayuda y clemencia del poder. No es distinta la fórmula que, sin articularla, por supuesto, nos quiere imponer la secta del zapaterismo, que al fin y al cabo es sólo una versión más, adecuada a los tiempos y el entorno, de esa vocación totalitaria que quiere crear un régimen nuevo, un ecosistema apropiado para sus experimentos sociales de transformación. Y este ecosistema no puede nunca ser la democracia, ni puede darse en ningún sistema en el que impere la razón y los individuos sean dueños conscientes de la lengua que los comunica entre sí en el espacio y en el tiempo.

Peroutka escribió sus primeros artículos aún bajo el emperador Francisco José. Fue el gran amigo y aliado —aunque no acrítico— del presidente y fundador del Estado checoslovaco, Tomas Garrigue Masaryk, a su vez filósofo y gran autoridad en los abismos del pensamiento y la literatura rusos. Estuvo Peroutka seis años preso en la cárcel de Pankrác y los campos de Dachau y Buchenwald y, como buen demócrata antinazi, pronto se convirtió en una víctima más de la represión comunista en Checoslovaquia. Llegó a ser el más ilustre exiliado y más odiado enemigo del régimen estalinista de Praga. Peroutka había dirigido los diarios Protomnost, con la colaboración de Milena Jesenska, la adorada de Kafka, y también Lidoné Noviny. Fue en el exilio el alma de Radio Free Europe en checo, la radio que infundía esperanzas en un futuro en libertad, dignidad y democracia a sus maltratados compatriotas. Su cuartel fue la verdad y su arma la palabra. Murió en 1978 en Nueva York antes de que un discípulo suyo, Václav Havel, hiciera realidad, tan sólo once años más tarde, su sueño de ver liberada su patria. Pero dejó su gran Manifiesto

democrático, tortura del régimen comunista al saberlo escuchado en los hogares de Praga, un canto al humanismo. «La lucha de la democracia por devolver a las palabras su significado decente, de darle de nuevo su clara definición a los términos, es más que una lucha política. Es una lucha en defensa de la gran herencia de pasadas generaciones que unen a la gente con las palabras que corresponden a la realidad». Este cántico de guerra contra el relativismo y el fariseísmo debería escucharse en las escuelas para vacunar a las nuevas generaciones contra los venenos de quienes quieren vaciar su pensamiento y su voluntad arrebatándoles los sentidos con los que interpretamos al mundo y nos interpretamos a nosotros mismos.

El premio Nobel en Economía Amartya Sen ha publicado un libro llamado *Identity and Violence: the Illusion of Destiny*. Estudia y lamenta lo que cree la peor depravación cultural y mayor amenaza para las libertades individuales y las sociedades abiertas, esas que tantas veces triunfaron frente a los totalitarismos, la última vez con la victoria en la Guerra Fría, y que, sin embargo, muchos consideran hoy más amenazada que nunca. Es la hegemonía de lo que Amartya Sen llama el proceso de miniaturización de los individuos y colectivos, que supone su reducción cultural a una única dimensión, y el sometimiento de su voluntad, acción y vocación a esa identidad unidimensional.

Esta deriva, que debiera ser exclusiva de los fanáticos, según Sen, la agravan los que, desde las sociedades occidentales bienaventuradas y biempensantes, apoyan con su defensa del multiculturalismo y el relativismo total de valores entre sistemas y culturas, una supuesta homogeneidad y capacidad de representación de los individuos por parte de dichas «civilizaciones» o, peor, sus autoproclamados representantes. Está el laureado bengalí de acuerdo con el premio Príncipe de Asturias Giovanni Sartori en que el multiculturalismo es una bomba de relojería para la democracia y los derechos. Pone por ejemplo al Reino Unido, donde el «monoculturalismo plural» condena de por vida. Habrá conflictos a partir de esto en todas las urbes del globo en donde eres musulmán, hindú o chino. Conflictos de tribu en tribu, de banda en banda y de secta en secta, que nos servirán como necesarios cuando no históricos, y en todos se buscará un mínimo denominador común que nunca podrá estar a la ya inalcanzable altura de la ley y la justicia, sino en las sentinas del acuerdo de conveniencias.

Sen describe ese reduccionismo identitario como el siniestro nicho del alma que lleva a los individuos a odiar, matar y morir. Las causas de esta trágica deriva son muchas. Yo creo intuir las, pero es imposible describirlas con mayor belleza que la desplegada por estas palabras del gran poeta anglo-americano W. H. Auden. Brigadista en nuestra Guerra Civil, es de suponer que se le menciona poco en los libros tan de moda que cantan las gestas de las Brigadas y los intelectuales de las mismas, por el hecho de que era cristiano practicante y, probablemente también, porque su poesía de profundidad inmensa es poco asequible para los guardianes de la ortodoxia del izquierdismo cultural. El poeta Borsky, ferviente admirador de Auden,

a quien tradujo y trató tras su emigración de la URSS, dice estremecerse con la inmensa profundidad de la verdad que porta cada verso del poeta.

Dice así Auden^[1]:

La Razón se verá suplantada por la Revelación. El saber degenerará en un caos de visiones subjetivas [...]. Se crearán cosmogonías enteras a partir de cualquier olvidado resentimiento personal, se escribirán dramas épicos en lenguajes de ámbito doméstico y los esbozos de los párvulos se impondrán a las grandes obras de arte.

El Idealismo cederá al Materialismo... Alejada de su habitual salida en torno al patriotismo o al orgullo cívico y familiar, la necesidad de masas de un ídolo accesible en el que confiar las llevará a elegir caminos irreconciliables en los que la educación no tendrá nada que hacer. Depresiones superficiales del terreno, animales domésticos, molinos destrozados o tumores malignos serán tratados con rango de divinidades.

La justicia será reemplazada por la Piedad como virtud humana cardinal, y el miedo al castigo desaparecerá. Cualquier mozalbete se felicitará a sí mismo: «Soy tan pecador que Dios en persona ha venido a salvarme». Cualquier mangante argumentará: «Me gusta cometer crímenes. A Dios le gusta perdonarlos. Realmente, el mundo está perfectamente organizado». La nueva aristocracia se nutrirá exclusivamente de ermitaños, vagabundos e inválidos permanentes. El diamante en bruto, la puta escrofulosa, el bandido al que su madre adora y la chica epiléptica que se lleva bien con los animales serán los héroes de la Nueva Tragedia, mientras el general, el estadista, y el filósofo se habrán convertido en el objeto de la rechifla de toda farsa y toda sátira.

Y aquí quiero hacerles otro regalo gracias a Auden, al que me une mucho más que sus profundos vínculos con Viena y su mirada preocupada sobre el devenir del hombre europeo. Muchas de las claves de nuestras miserias y preocupaciones cotidianas están contenidas en la interpretación de los momentos más trágicos y trascendentes. W. H. Auden tiene también un par de memorables poemas escritos en España, donde pronto se alejó de la línea general de los intelectuales antifascistas, que le parecieron meros títeres de los comunistas soviéticos, de Stalin en particular. La repugnancia que le produjeron las quemaduras de iglesias y conventos lo distanciaron definitivamente de los defensores de la causa republicana. Pero es quizás este poema, uno de los más célebres de Auden, el mejor ejemplo de la mirada interpretativa del amor sobre el devenir nuestro. Es el legendario poema *1 de septiembre*, escrito días después del asalto nazi sobre Polonia acordado entre los grandes caudillos de las dos ideologías del crimen que gobernaban en Europa, Hitler y Stalin:

1 de septiembre de 1939

*Me siento en un lupanar
de la calle cincuenta y dos,
incierto y asustado
mientras mueren las grandes esperanzas
de una década baja y deshonestas:
olas de rencor y de miedo
corren sobre las iluminadas
y oscuras tierras del planeta*

*oprimiendo nuestras vidas privadas;
el inmencionable olor de la muerte
ofende a la noche de septiembre.*

*La escolaridad debida puede
desenterrar toda la grosería que,
desde Lutero hasta ahora,
ha enloquecido esta cultura,
averigua lo ocurrido en Linz,
qué gran imagen hizo
un dios sicópata:
yo y el público sabemos
lo que aprenden los escolares:
aquellos a quienes se les hace mal
hacen mal a cambio.*

*Tucídides en el exilio sabía
todo lo que un discurso puede decir
acerca de la democracia,
y lo que hacen los dictadores,
la añeja porquería que dicen
a las tumbas apáticas;
todo lo analizó en su libro,
la ilustración ignorada,
el dolor que forma hábito,
pena y mala administración:
todo hemos de sufrirlo nuevamente.*

*Hacia este aire neutral
donde usan los ciegos rascacielos
toda su altura para proclamar
la fuerza del Hombre Colectivo,
derrama cada lengua su vana
competencia de disculpas;
pero quién puede vivir tanto tiempo
en un sueño eufórico;
se asoman fuera del espejo*

*la cara del Imperialismo
y el error internacional.*

*Los rostros en la barra
se aferran a lo cotidiano:
nunca deben apagarse las luces,
la música debe siempre oírse,
conspiran todas las convenciones
para que este fuerte asuma
los modos del hogar;
a menos de que veamos lo que somos:
perdidos en un bosque hechizado,
niños temerosos de la noche
que jamás han sido buenos ni felices.*

*La más ventosa basura militante
que gritan las Personas Importantes
no es tan vulgar como nuestro deseo:
lo que el loco de Nijinsky escribió
sobre Diaghilev
es cierto del corazón común;
pues el error creado en el hueso
de cada mujer y de cada hombre
ansía lo que no puede tener,
no el amor universal
sino ser en soledad amado.*

*De la oscuridad conservadora
hasta la vida ética
los trenes atestados vienen
repitiendo su voto matinal:
«Seré fiel a mi mujer,
me concentraré más en mi trabajo»,
se despiertan los desvalidos gobernantes
y reasumen su juego compulsivo:
¿quién puede liberarlos ahora?
¿quién puede alcanzar al sordo?*

¿quién puede hablar por el mudo?

*Lo único que tengo es una voz
para deshacer la mentira y sus dobleces,
la mentira romántica en los sesos
del sensual hombre-de-la-calle
y la mentira de la autoridad
cuyos edificios tentalean el cielo:
no hay tal cosa como el Estado
y nadie existe solo;
el hambre no deja escoger
ni al ciudadano ni al policía;
debemos amarnos unos a otros o morir.*

*Indefenso en la noche
nuestro mundo yace en estupor
y con todo, punteado en todas partes,
irónicos puntos de luz
relampaguean donde sea que los Justos
intercambian mensajes;
pueda yo, compuesto como ellos
de Eros y de polvo,
sitiado por la misma
negación y desesperanza,
mostrar una llama afirmativa.^[2]*

El de Auden es, probablemente, el compromiso más excelso del poeta con el mundo exterior. Nada tiene que ver con el compromiso militante del intelectual fanático o vendido, del acomodaticio o cobarde que tan bien han quedado descritos desde que Anatole France caracterizó al primero en su *Los dioses tienen sed*. Fue Julien Benda quien escribió *La traición de los intelectuales* para denunciar la deriva moral de quienes estaban llamados a ser la élite moral de la sociedad en la primera mitad del siglo XX y que acabaron siendo punta de lanza o justificadores de los movimientos totalitarios de la redención por el odio que fueron los nacionalismos, el nazismo, el fascismo y el comunismo. Los valores del intelectual debían ser la justicia, la verdad y la razón. Libres de todo interés más allá de los valores citados. Y con vocación de permanencia y mensaje de trascendencia. Platón, San Agustín, Dante, Galileo, Descartes, Malebranche, Leibniz, Montaigne, Lessing, Pascal,

Spinoza, Erasmo, Kant, Montesquieu, Voltaire, Schiller, Goethe... son nombres que cumplen estos requisitos, por distintos que fueran ellos y sus posiciones. Intentaron llevar a su nivel más noble el ejercicio de la inteligencia en servicio de la humanidad, y sin dejarse comprar por el poder o el dinero. Y no honraban sino al bien. Nada que ver, denuncia Benda, con los intelectuales que en el siglo xx se adhieren a las causas peores de los totalitarismos o formas grotescas y zafias de dominación y lo hacen por conveniencia propia e interés. Quizás los menos culpables, merecedores al menos de pena, son los que lo hicieron por miedo. Pero éstos son los menos en los países occidentales.

Quizás el máximo exponente del intelectual miserable fue Jean-Paul Sartre, tan inexplicablemente sobrevalorado durante tanto tiempo. Pero hay muchos más, por supuesto. Y si nos venimos a la actualidad, en esta España donde los intelectuales auténticos son muy pocos y están casi todos al margen de la vida pública, su papel ha sido usurpado por unos artistas, novelistas y periodistas de medio pelo que en su mayoría cayeron subyugados ante el encanto mentiroso del talante de Zapatero. Estos impostores son los que han servido al poder de la secta para impresionar a un país fácilmente impresionable con el mensaje de que «el mundo de la cultura» se unía a la aventura transformadora de la sociedad iniciada por Zapatero. La mayor parte de estos personajes, dedicados ante todo al entretenimiento de uno u otro tipo, son elementos parasitarios que han gozado del fácil acceso a la hucha pública desde los tiempos de Felipe González, y no dejaron en absoluto de tenerlo durante la era Aznar. Aunque, por supuesto, sus años más felices son los actuales, en los que a las subvenciones se suma esa especie de alianza cateta y falsaria que tienen con el presidente Zapatero, un presidente que les dedica dinero, publicidad y tiempo, el tiempo que no dedica a las víctimas del terrorismo, a los guardias civiles caídos en Afganistán o, simplemente, a cumplir sus compromisos internacionales, lo que jamás ha hecho plenamente desde que llegó al poder.

Los intelectuales que admiraba Benda, remontándose a tiempos pretéritos, existen aún. Aunque no son tantos como los que son iguales a los que denuncia por sumisos al poder y a sus mezquinos intereses inmediatos, por delatores de críticos y opositores, por cobardes y cínicos. Me preguntaba hace meses un diplomático extranjero que a qué se debía el hecho de que en nuestro país no exista hoy una revista satírica de gran difusión, con lo populares que fueron en su día la legendaria La Codorniz o Hermano Lobo. Yo le respondí que se debía a que en nuestro país, de un tiempo a esta parte, nadie se atreve a hacer humor «en serio» contra el poder. Y que resulta más fácil hacer chascarrillos o chistes soeces a costa de la religión, la monarquía y, ante todo, la oposición. En este país la mayor parte de los humoristas, pero también los caricaturistas e ilustradores, se han dedicado con valentía a ayudar al fuerte, a quien manda, para atacar a quien osa alzar la voz en contra del poder. Con el poder, para el poder y por el poder bajo el gobierno socialista, es la consigna de tantos supuestos intelectuales y tantos impostores en el humor y en la crítica. Entre

los humoristas y dibujantes hay, por supuesto, excepciones, algunas espléndidas, como la que supone el genial Antonio Mingote o el querido Martinmorales.

Entre los intelectuales que en España han hecho notar la importancia del hombre libre hay que destacar siempre a Mario Vargas Llosa, tantas veces difamado por toda la tropa de enanos intelectuales que componen el coro de la secta. Vargas Llosa ha demostrado la valentía necesaria para no dejarse siquiera inmutar por los quejidos sectarios y actuar como ciudadano con la misma soberanía y seguridad con la que ha forjado el universo de su narrativa. Con su exquisita elegancia, Vargas Llosa siempre ha dejado claro cuáles son sus preferencias en esta España intimidada y miedosa, sin que jamás le preocupara si el hacerlo podría perjudicarlo. Vargas Llosa defendió a José María Aznar cuando se convirtió en el objeto del odio masivo de sus enemigos, de sus adversarios y de tantos a los que había favorecido y que se lo querían hacer perdonar erigiéndose en cabecillas de la turbamulta que aún quiere linchar al ex presidente un día sí y otro también. Vargas Llosa ha defendido la grandeza del sistema político norteamericano frente a la hostilidad acomplejada del izquierdismo español. Y ha sido con la presidenta de la Comunidad de Madrid, Esperanza Aguirre, la gran voz del liberalismo en un país repleto de antiliberales y de resentidos que no soportan ni el éxito ni la libertad.

Con este libro ya terminado nos llegaba la noticia de la concesión a Vargas Llosa del Premio Nobel de Literatura. La hemos recibido con alborozo y convencidos de que es el premiado quien honra a un premio que muchos años nos ha parecido prisionero de prejuicios antiliberales. Un día después le concedieron el Premio Nobel de la Paz al disidente chino Liu Xiaobo, en otro gesto de la mejor rebeldía por parte del jurado del premio. Primero premió al gran hombre de letras que todos los días del año hace añicos con su obra y sus opiniones la hegemonía mediática izquierdista y su supuesta supremacía cultural, y después se enfrenta al gigante totalitario chino, que a diario nos chantajea para que abandonemos nuestros principios, intimidados ante su poderío económico. El mensaje de estos dos Nobel no podía ser mejor, más complementario y coherente. Son dos premios a la libertad del ser humano frente al acoso, a la grandeza del espíritu frente a la mezquindad del poder y de sus lacayos.

Cuando pienso en Vargas Llosa siempre me viene a la mente otro grandísimo personaje de nuestras letras y nuestra vida pública, otro gran referente moral que mejora a todo aquel que se acerca a su legado —hoy injustamente olvidado por una España oficial mezquina y sectaria—. Porque es una vergüenza que Salvador de Madariaga esté prácticamente olvidado en una universidad española que le da a sus salas los nombres de intelectuales de medio pelo, cuyo único mérito conocido es su militancia socialista o comunista. Fíjense a qué niveles tan grotescos hemos llegado en la administración de la información en nuestros días que en la Wikipedia, quien quiera saber algo en inglés de Salvador de Madariaga se encuentra con que nació en «A Corunna, Galiza», y que «su lengua materna era el gallego». El pobre don Salvador no habría sabido de quién hablan en su supuesta biografía, en la que nace en

un sitio fantasmal en el que para nada aparece España, su pasión y obsesión de por vida.

Salvador de Madariaga es —con Isaiah Berlin— el intelectual liberal total. Juntos marcaron el siglo xx con su sabiduría, su ingente cultura y su vocación de tolerancia y generosidad. Madariaga creía firmemente en esa civilización europea única en su diversidad, forjada por la duda socrática y la fe cristiana, que es la misma que hoy defiende el papa Benedicto XVI. Y la misma que ponen en cuestión quienes, desde el relativismo destructor, nos quieren hacer pensar que da lo mismo una civilización que otra o que ninguna; quienes a base de considerar todo cultura acaban por destruir la cultura auténtica; quienes a base de profanar la palabra quieren conseguir que acabemos siendo incapaces de articularnos como individuos, como cultura y como civilización. Vargas Llosa y Madariaga son dos gigantes de la palabra y de la verdad que, como tales, inquietan a quienes no saben vivir más que desde la mentira y para la mentira. No quiero olvidar en esta reflexión, en la proclama de mi admiración a estos grandes hombres y mi abrazo imaginario a W. H. Auden, a otros grandes intelectuales españoles, plenos en su autenticidad y profundidad, que son Gustavo Bueno y el admirado y admirable Eugenio Trías.

DE LA ESPERANZA Y LA TRAICIÓN

No está todo perdido. Nunca está todo perdido. No lo estaba para el poeta cuando el mundo se hundía en el marasmo de la guerra. Y no lo está para nosotros aunque la catástrofe que ha sufrido España bajo el zapaterismo será una losa que cargaremos durante mucho tiempo. El daño es ingente en todos los sentidos. Y los zapateristas, con o sin su líder, serán siempre una amenaza para el bienestar, la seguridad y la libertad de España. Estén o no en el poder central. Pero la resistencia existe y ya hay signos de que podemos estar en el principio del fin de la indolencia. Por fin en los últimos años, después de una larga travesía por el páramo de los eufemismos, las palabras huera, los conceptos tontilocos, las mentiras descaradas y la baba semántica, nos empezamos a topar ya con palabras con contenido. Por ejemplo, hay un concepto muy claro que no es otro que el pronunciado por fin por algunos españoles en alta voz como

Sería maravilloso que estas palabras tan fuertes fueran el comienzo del retorno a la utilización de la lengua, de la palabra, como ellas y nosotros merecemos. Es posible que ya a estas alturas, tras casi siete años de zapaterismo, sean más y mayores de lo que a veces creemos las reacciones de los españoles en contra de la infantilización política y la mentira sentimental. Es posible que finalmente sea cierto que vamos a alcanzar una masa crítica de españoles que se van a negar al juego impuesto por esa tropa de tramposos que llegó al poder bajo Zapatero. Desde luego, el primer paso para romper este maleficio del eufemismo continuo y la mentira tiene que estar en romper el miedo a decir la verdad. Que es a un tiempo el perder el miedo a ser calumniado y perseguido por quienes tienen la necesidad de mantener intimidada a la sociedad. Nunca me cupo la menor duda de que «traición» era el término a utilizar para definir el escándalo del bar Faisán de Irún, en el que mandos policiales supuestamente informaron a ETA de que se preparaba una operación para detenerles. Se trataba de impedir esta detención por parte de la policía francesa para que pudiera continuar la negociación del gobierno de Zapatero con la organización terrorista. Ya hemos hablado de la máxima prioridad que tiene en la agenda política de Zapatero y en la hoja de ruta del socialismo sectario la consecución de una paz negociada con el separatismo izquierdista. Porque es una pieza imprescindible para la creación de esa mayoría frentepopulista con la que el nuevo izquierdismo quiere imponer un nuevo régimen que margine a quienes Zapatero y los suyos identifican como las fuerzas herederas del franquismo: el Partido Popular y las fuerzas conservadoras y liberales identificadas con la Constitución de 1978.

Traición. Cuando unos gobernantes tienen en guerra a miles de policías, guardias civiles y otros miembros de la seguridad del Estado jugándose la vida contra los terroristas y se dedican a ayudar a éstos en contra de aquéllos, difícilmente hay otro

término que utilizar. Cuando unos personajes que han jurado defender la Constitución se dedican, por conveniencia política o de cualquier otra índole, a colaborar con los enemigos de la misma, armados y asesinos, con los que la sociedad española está en guerra desde hace cuarenta años, no cabe otro calificativo que el de traidores. Es bueno y saludable que volvamos a llamar a las cosas por su nombre. Porque nos ayudará a todos a entender que es posible una ofensiva contra la manipulación semántica, ese instrumento clave en la lucha de quienes nos quieren hacer súbditos, arrebatarlos la individualidad y la ciudadanía e imponer su pensamiento único con la palabra vacía y prostituida y la mentira amenazante omnipresente.

Alta traición. Eso es lo que cometió en su día el coronel Alfred Redl, en principio brillante oficial del servicio de información del ejército austro-húngaro, jefe del Estado Mayor del VIII Mando con sede en Praga. Trabajó para el enemigo hasta que, sabiéndose delatado, se pegó un tiro en Viena. En caso de no haberlo hecho habría sufrido más. Primero el oprobio y después un fusilamiento. Tranquilos todos, que nos vamos conociendo. Nadie interprete esto como una llamada a utilizar los métodos expeditivos de antaño. Ni siquiera es una llamada al respeto a un cierto código de honor que los personajes implicados en el caso que nos ocupa probablemente no conozcan. Y de conocerlo les importaría un bledo. En realidad, lo que ha sucedido es que al código del honor o de la fe lo ha sustituido ese código implacable de la conveniencia.

Tiene razón Jaime Mayor Oreja cuando dice que el caso Faisán sólo es una parte de la gran operación lanzada por los socialistas y nacionalistas para despojar de derechos y libertades a media España, aliándose con la banda terrorista. Así empezó todo en aquel Pacto del Tinell, en el que el frentepopulismo hizo el ensayo general en Cataluña para la liquidación de la alternancia política en España, y siguió en Perpiñán, donde se escenificó el pacto de las fuerzas del Tinell con el terrorismo izquierdista de ETA. Y ahora estamos aquí, con la certeza de que altos mandos policiales y políticos traicionaron a sus subordinados, sabiendo que así tendrían el beneficio propio que sería pagado por el gobierno socialista de Madrid. Como de hecho sucedió: obtuvieron condecoraciones, favores, reconocimiento profesional, primas y sobresueldos. Ayudaron a los asesinos de cientos de policías y guardias civiles, de trabajadores y empresarios, también de algún niño, para lucrarse en su carrera o promocionar su poder. ¿Verdad que dicho así suena bastante tremendo lo sucedido? Pues realmente no hay otra forma de decirlo. No tenemos versión más verosímil, como dice el gran Santiago González, uno de los periodistas españoles que, primero desde El Correo Español y después desde El Mundo, pero ante todo desde su blog lucha incansablemente contra esta peste de la descomposición inducida de la palabra que se extiende por la España de Zapatero. Todo lo anterior se hizo en aras de ese proceso de paz con hombres de paz, como Arnaldo Otegi, para aunar voluntades en la superación definitiva del conflicto vasco. No hay en esta frase más que mentiras alumbradas por palabras intoxicadas por la nada.

Como ven, la ponzoña del pensamiento débil y de la mentira tiene también efectos devastadores sobre el funcionamiento de nuestro sistema de seguridad nacional. En realidad se ha extendido por toda la geografía física, moral e intelectual de nuestra patria. Produce infinita tristeza ver cómo la resistencia real, la que brota de la razón, el sentido común y las convicciones, de la indignación justa ante tanto desafuero, se ha limitado durante estos negros años del zapaterismo a unas cuantas manifestaciones, silbidos a Zapatero y al gobierno en sus apariciones públicas, y protestas airadas pero poco efectivas de ciertos sectores minoritarios de la prensa. Los complejos de los intelectuales, que se reflejan en sus grandes reticencias a apoyar razones defendidas por la derecha, aunque las compartan, es un lastre histórico más. Es un drama en el que también se da la grave responsabilidad de una derecha indolente, acomodaticia, carente de músculo intelectual y pujanza.

Además, nadie puede negar al gobierno y sus fuerzas mediáticas su eficacia en la tarea de destrucción de los movimientos sociales que le fueran críticos. Las campañas de difamación contra las asociaciones de defensa y representación de las víctimas del terrorismo es sólo un ejemplo. El desmantelamiento de estas asociaciones cívicas ha sido siempre un objetivo —finalmente logrado en gran parte— del aparato socialista, que veía en ellas un enemigo potencialmente peligroso y, en todo caso, un foco continuo de irritación. Pero además de las asociaciones de víctimas, que en general han sido ejemplares en su argumentación en la lucha —y por desgracia muy vulnerables y caóticas en su organización—, existen otros grupos que intentan enfrentarse a la poderosa maquinaria de la secta socialista y también a las castas del poder que se han formado en regiones como Cataluña o Andalucía.

Voy a exponer aquí un ejemplo que infunde a la esperanza, una maravillosa iniciativa de un grupo de jovencísimos españoles que piensan en todos nosotros y nuestro futuro, en nuestra cultura, lengua y libertad. Su manifiesto fundacional es posiblemente uno de los textos más esperanzadores hechos públicos por una organización independiente en los últimos años. Se trata de la tarjeta de bienvenida que la Asociación Nacional por la Libertad Lingüística nos presentó a todos los españoles en 2009:

A lo largo de la última década en España, fruto de momentos de auge y presencia del movimiento cívico en la sociedad española, se han configurado en diferentes comunidades autónomas, asociaciones cuyos objetivos principales son los de ejercer de oposición a las prácticas que gobiernos nacionalistas ponen en marcha, y que suponen la vulneración de la libertad lingüística y la imposición de la lengua autonómica en detrimento del castellano, dentro de sus respectivos ámbitos regionales de actuación. La Asociación Nacional por la Libertad Lingüística, desde el preciso momento de su nacimiento, ha mantenido como seña de identidad el reconocimiento constante a la labor de estas entidades en Galicia, País Vasco, Cataluña, Aragón y Baleares, como ejemplo de dignidad y perseverancia por las libertades individuales de los ciudadanos españoles residentes en estos territorios. Por todo ello, nuestro nacimiento supone un doble mensaje a todos estos colectivos.

1. Autocrítica por el abandono que estos colectivos han sufrido de parte de quienes fuera de esos territorios, considerándonos demócratas y defensores de la libertad, hemos mantenido una actitud pasiva hacia su reivindicación desentendiéndonos de la misma por no considerarnos parte del sector

discriminado de la sociedad.

2. Compromiso de que dicha situación no se volverá a repetir. Actitud activa en la defensa de las libertades individuales y del derecho del ciudadano español, sea cual sea su territorio de origen o residencia, a elegir libremente la lengua, entre las oficiales, en la que desarrolla su vida. Nuestro compromiso responde al entendimiento del problema lingüístico que afecta a nuestro país como un asunto de índole nacional que debe situarse en la primera plana del debate político.

Las prácticas nacionalistas llevadas a cabo por determinados gobiernos autonómicos en los últimos años en materia de política lingüística han dado lugar, a través de la imposición de lenguas autonómicas, a espacios de cada vez menos libertad individual. Galicia, País Vasco, Cataluña y Baleares son las comunidades autónomas donde más directamente se han puesto en marcha mecanismos de persecución de la lengua oficial en todo el Estado, el castellano, relegándola a un plano inferior respecto a la lengua cooficial de cada uno de estos territorios. La imposición lingüística ha sido llevada a su máximo extremo en el campo educativo, donde se ha convertido en una verdadera quimera escolarizar a los hijos en castellano en la educación pública, a través de procesos, primero de inmersión de la lengua autonómica, después de incentivos para ésta, y finalmente de desaparición del castellano de la oferta educativa. Sin embargo, esta dinámica se ha seguido en otros ámbitos como la administración, la legislación comercial, el mundo laboral, la cultura, el cine, la señalización en las calles... hasta adentrarse en los espacios privados del ciudadano convirtiéndose en una verdadera amenaza para su libertad individual.

Paralelamente se ha desarrollado un fenómeno de mimetismo consistente en la creación de similares estructuras de discriminación lingüística en otros territorios como la Comunidad Valenciana, Aragón, Asturias o León. El resultado de este proceso es un mapa nacional lingüísticamente fracturado en el que se han levantado fronteras idiomáticas que atentan contra la igualdad entre españoles. El derecho a usar el castellano, la libertad de circulación y establecimiento, la libertad de empresa, o la libre elección de puesto de trabajo son preceptos constitucionales vulnerados.

Es la descripción de una tragedia provocada por la estulticia, la insensatez y el fanatismo. Es sólo parte de una declaración magnífica de principios de la primera organización de toda España, de jóvenes de diversa ideología, que lanzan una plataforma de regeneración política y cultural. Es una de las primeras reacciones organizadas contra un proyecto tan totalitario como es la persecución de nuestra lengua común, el español o castellano, en ciertas regiones de nuestra patria.

Bajo el zapaterismo esta política liberticida ha gozado de pleno apoyo desde La Moncloa. El totalitarismo tiene su germen en una combinación de la mentira y la represión. Frente a la tentación del mismo, la resistencia ha sido menor en gran parte debido a la eficacia —ya antes referida— del gobierno socialista en combatir las asociaciones potencialmente peligrosas para sus fines y, en parte, por la trágica debilidad secular de la sociedad civil española. La mentira y la represión, esa combinación siniestra, puede producir resistencia entre los mejores, pero sobre todo fomenta conductas acomodaticias, dóciles por miedo o simplemente por falta de pulsión moral y mediocridad. Y junto a los pasivos, miedosos o indiferentes, ahí están siempre los ambiciosos faltos de escrúpulos que ven en el sistema de obediencia el trampolín para sus objetivos personales, enriquecimiento rápido o poder, que al fin y al cabo hoy en día en la triste España zapaterista vienen a ser lo mismo. Esa combinación ha sido la que ha llevado a la ciudadanía española a una actitud indolente, desentendida o resignada ante capítulos increíbles de desmanes y abusos del poder.

La selección negativa, la promoción de los peores hacia la cúpula jerárquica del

poder, se va consumando inexorablemente en esa especie de aparato amorfo, desestructurado y ayuno de poder que es el partido socialista. También dentro del partido ha sido escandalosa la falta de reacción ante medidas tomadas por este gobierno en materias como la concesión de amplias parcelas de soberanía a las comunidades autónomas, especialmente a Cataluña, la negociación secreta con la banda terrorista ETA o todos los disparates económicos que han jalonado ambas legislaturas, tomadas por el interés inmediato del presidente. Éste ha tenido en su mano más poder que nadie nunca como líder del PSOE, precisamente por la elevación a la cúpula de mandos a personas cuyo único mérito era la lealtad perruna al caudillo. Esta selección negativa es la que, aplicada primero al partido y después a las estructuras del poder democrático, genera estructuras en las que resultan imposibles la autocrítica y la crítica al líder.

Donde mejor se puede estudiar el proceso referido de la selección negativa, que ha llevado al gabinete a gentes sin otro mérito que gozar del capricho de Zapatero, es en el proceso generalizado en los regímenes bolcheviques del este de Europa en la segunda mitad del siglo xx. Desde el máximo líder hacia abajo, todos los responsables políticos se rodean de gente peor que ellos por miedo a acercarse a rivales con criterio para criticar a sus superiores y disputarles el puesto, para el que unos y otros se saben no legitimados. Así se forma el reino de la impostura. Así, aceptando este proceso, se abre la puerta a la servidumbre. Y a la dependencia del capricho de gentes que se saben en cargos a los que jamás habrían accedido por méritos propios y que sólo tienen dos objetivos, que son garantizarse el favor del superior y aprovechar al máximo su poder e influencia en beneficio propio.

Esos compatriotas nuestros, llegados al poder por caprichos o cabriolas de la historia, son capaces de absolutamente todo, desde la mayor genuflexión a la alta traición, por montarse en el tren de los poderosos. Tenemos ejemplos absolutamente pestilentes. Son todos los que obedecen a un código de conveniencia que bajo el socialismo sectario se ha convertido en una especie de código napoleónico de las prácticas en beneficio propio. Este código de la conveniencia, que en este país nadie simboliza mejor que el juez Baltasar Garzón y su gemelo moral que es el presidente del gobierno, todo lo hace factible y explicable desde un escudo hipócrita de buena voluntad. Está extendido por todo el aparato del Estado y por desgracia en el maltrecho tejido social, y afecta por igual a las prácticas políticas, económicas y administrativas, a la política antiterrorista, a las relaciones internacionales o a la política cultural.

Nuestro Fouché carpetovetónico, por ejemplo, el ministro del interior Alfredo Pérez Rubalcaba, tendría inmensas dificultades en explicar toda la «normalidad» de la, dicen que supuesta, colaboración entre la policía española y el terrorismo. Muy difícil es explicar a la ciudadanía la conducta de sus mandos policiales socialistas desde el momento en el que su ministerio hizo un pacto, una alianza, con quienes mataban y matan a quienes están a sus órdenes. Suena fatal esto último, ¿verdad? Ahí

radica el sentido de las palabras. Lo que debiera preocuparnos es que en los cuarteles de la Guardia Civil y las comisarías existe una auténtica ansiedad por saber quiénes han sido los responsables directos de una traición a nuestras fuerzas de seguridad que hace crujir los cimientos del Estado.

Volvemos a hablar de lo que debiéramos hablar todos hasta que se nos diga la verdad al respecto: del escándalo Faisán. Muchos intuimos quién ha sido aquí quien dio las órdenes, y volvemos al célebre «Mister X». Muchos tenemos la íntima convicción de que los traidores son aquéllos a los que pagamos como máximos representantes de la defensa de la Constitución. Aquí no hablamos de chapuzas, de robos ni minucias. Hablamos de un espanto absoluto. Todo nos hace sospechar que los que juraron defender esta Constitución cuando asumieron sus cargos de gobierno son quienes han preferido traicionar a todos los suyos a cambio de favores del poder. Es difícil imaginar una acusación más grave. Y parece que no pasa nada. Parece mentira que la principal fuerza de la oposición, dirigida por esa mano tan excesivamente tranquila por no decir indolente de su máximo líder, no se dé cuenta de que el caso Faisán es la peor traición a la democracia que se ha cometido en España desde el golpe de Estado del 23-F. Y que todos los sectores conscientes de esta sociedad, tan poco consciente en general, exigen que los responsables de esta suprema vileza, la colaboración con la banda armada ETA por parte de dirigentes políticos de la policía, sean llevados a los tribunales y carguen con todas las responsabilidades políticas y penales que correspondan.

Dudo mucho, personalmente, de que nuestro querido Fouché Rubalcaba, el pico de oro sobrevalorado en un gobierno en general bastante patán en su expresión, pueda darnos una explicación más piadosa y verosímil de este capítulo de la tregua y las negociaciones secretas. Que es el capítulo que condensa toda la miseria moral de aquella empresa de Zapatero que muchos consideramos una traición en toda regla del gobierno a sus fuerzas de seguridad. Si yo, en mi querida Ondarroa, donde la torre de Lecona recuerda a nuestra lejanísima antepasada, la madre de San Ignacio; en Motrico, cuna de los Churruca, o en el pueblo de mi madre, en Deva, hubiera sentido la necesidad de hacerle favores a ETA, habría sabido cómo hacerlos. Y desde luego habría añadido mucha seguridad y tranquilidad a las vidas de los míos y a la mía propia. No lo hice ni lo haré nunca. Como todo mi entorno familiar y amistades jamás lo hicieron. Si algún miembro de nuestro círculo de amistades lo hizo, dejó automáticamente de pertenecer al mismo. Sabemos de muchos que por cobardía o conveniencia han cultivado a sectores de la llamada izquierda *abertzale* para evitar estar en el punto de mira de los terroristas. Pero lo que jamás habríamos creído posible es que miembros de nuestro gobierno, que jamás han pisado Ondarroa, Motrico o Deva, hicieran favores al terrorismo a través de su policía política para buscarse favores a corto, medio o largo plazo. Traicionando a miles de guardias civiles, policías y ciudadanos de bien que viven en la dignidad y en la lucha permanente contra la miseria de la violencia terrorista y del odio nacionalista.

Algo nos habrán de explicar quienes durante todos estos años se están haciendo los locos, de momento, y que son como un muro frente a todas las preguntas y exigencias de explicaciones sobre aquel caso del bar Faisán. Los ladrones de la corrupción han de ir, por supuesto, a la cárcel. Los terroristas también. Pero aún más encerrados, condenados y repudiados por la sociedad española habrán de estar en el futuro quienes nos han traicionado cuando se han hecho cómplices de quienes nos asesinan y aterrorizan desde hace medio siglo.

Como sucedió cuando el gobierno socialista de Felipe González recurrió al crimen con los GAL —aquel gobierno cuyo portavoz era precisamente nuestro Fouché—, los responsables de esta traición a España, a las víctimas y a las fuerzas de seguridad han de ir a la cárcel para que este país recupere cierta pulsión moral. Cuando el código de la conveniencia lleva a la colaboración con una banda armada, hemos pasado la línea roja de la traición al Estado. Algo que cualquier Estado que se precie ha de perseguir con toda la rotundidad que le exigen los que se juegan la vida en su defensa y todas las víctimas del terrorismo.

LA PALABRA PROSCRITA

Por muy anticuado que les parezca a ya tantos esta palabra, que muchos creen definitiva y justamente desterrada a la retórica de la película histórica o de los textos de nuestros clásicos, yo voy a reclamar aquí la vigencia de una palabra y su pleno sentido. Es más, la absoluta necesidad de que ese pleno sentido recupere vigencia, como arma para la reconstrucción moral y política de esta sociedad. Me refiere a la palabra «honor». Como todos saben bien, hace ya mucho tiempo que al parecer no resulta pertinente en nuestro vocabulario. Cuando hoy se habla de algo cercano a lo que es el respeto a uno mismo se suele recurrir al término «dignidad». Pero no es lo mismo. Y la palabra honor ha ido cayendo en desuso hace tiempo, castigada por el desprestigio social debido probablemente al abuso que se hizo en el pasado. Dignidad significa mucho, tanto que hasta este término mucho más generoso y complaciente es escasamente aplicable o pertinente en una descripción de nuestra realidad social. Pero vivir con dignidad viene a significar poco más que vivir con decencia y sin las carencias y necesidades urgentes que pudieran obligar a forzar o torcer la recta conducta.

El honor, lo intuyen también quienes lo combaten porque lo temen, es mucho más que eso. El honor es el respeto implacable, incondicional e inquebrantable a uno mismo. Para que los individuos crezcan con ese sentido del honor han de ser educados en la máxima de que hay pasos que, por muchas ventajas que nos puedan granjear, son incompatibles con el respeto que nos debemos a nosotros mismos. Y que ese respeto es el bastión de la fuerza moral del individuo para enfrentarse a todas las dificultades en la vida, las particulares y las políticas.

Quienes han sido educados en la máxima de nuestro presidente Zapatero que es, como tantas veces ha demostrado, el que las cosas hay que hacerlas como sea, son incapaces de tener ese sentido del honor y harán cualquier cosa para ir perseverando en sus ambiciones sin reconocer nunca errores pasados. Que esas personas son unos incapacitados morales es evidente. Que su instinto de supervivencia, su principal guía, los convierte en miembros nocivos de la sociedad, también lo es. Cuando estos individuos se han hecho con el poder del Estado y abren las puertas de las instituciones y los órganos del Estado a personas de su misma calaña, se convierten en un peligro para todos los ciudadanos y en una amenaza para la democracia misma. Este tipo de personas sin sentido del honor van socavando los principios de la democracia y el Estado de Derecho, que son obstáculos para la consecución de sus fines. Y así se va destruyendo la democracia y la libertad poco a poco pero de forma inexorable.

David Hume, el filósofo ilustrado escocés que es uno de los gigantes de la filosofía política europea, ya advirtió con una frase breve pero tremenda sobre lo fácil

que es que el totalitarismo se haga con los mecanismos necesarios para destruir de forma subrepticia la libertad en beneficio propio si no encuentra la resistencia de una ciudadanía avisada y consciente: «Es infrecuente que una libertad de cualquier tipo se pierda de golpe». Las libertades se pierden poco a poco, muchas veces sin que perciban el proceso quienes están llamados a sufrirlo. No es tampoco una casualidad que esta frase de David Hume fuera elegida por Friedrich Hayek para abrir su celeberrimo libro *El camino de la servidumbre*, publicado en plena Segunda Guerra Mundial. En este libro, que es clave en el pensamiento de economía política — probablemente el libro más influyente en el mundo de la segunda mitad del siglo—, Hayek elabora la absoluta vinculación de libertades políticas y libertades económicas. Fue escrito como una seria advertencia contra las tentaciones que surgían en Occidente de implantar una economía dirigista y planificada en la Europa que habría de surgir tras la derrota del nazismo, que entonces ya se veía como inminente. Hayek advertía sobre los peligros de que los gobiernos de las democracias triunfantes estuvieran tentados a mantener la planificación y la intervención que se había impuesto bajo una economía de guerra. El filósofo economista venía a decir que la victoria sobre el totalitarismo podría llegar a convertirse en efímera si las democracias estrangulaban las libertades económicas, ya que sin ellas el camino hacia el totalitarismo y la servidumbre quedaba abierto de par en par. Y Hayek advertía sobre el hecho de que la inmensa mayoría de los protagonistas del ascenso del fascismo y el comunismo procedían del socialismo.

Está claro que mientras fascismo y comunismo tenían inmensas similitudes y eran capaces de aliarse, como se demostró con el pacto entre Hitler y Stalin, tanto Hitler como Stalin y Mussolini siempre consideraron al liberalismo su mayor y peor enemigo. En este sentido, haciendo un salto a la actualidad, podemos ver este lazo entre el socialismo y el totalitarismo, también el ultraderechista, en las fluctuaciones electorales y el corrimiento de votos. En Francia fueron comunistas y socialistas los que siguieron en masa a la llamada xenófoba de Le Pen a finales del siglo pasado. Como son votantes socialistas los que han dado a la ultraderecha sueca los votos necesarios para entrar en su parlamento. El socialismo tiene profundos vínculos con los movimientos totalitarios, más allá de los grandes éxitos de moderación, compromiso democrático y profundas convicciones occidentales de los grandes ilustrados de la socialdemocracia europea, como Bruno Kreisky, Willy Brandt, Helmut Schmidt o el ahora denostado Tony Blair. El gran salto a la aceptación total de la democracia por parte de los socialistas no se produjo hasta el congreso de Bad Godesberg del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) en 1959. Allí se renunció a la lucha de clases y al marxismo como guía de evolución hacia una nueva sociedad, con lo que se aceptaba lo que hasta entonces se había llamado la democracia burguesa, que no es otra cosa que la democracia a secas.

En España fue Felipe González el que, con dimisión por medio, impuso este paso al PSOE en el XXVIII Congreso. Pero desde entonces han sucedido muchas cosas.

La izquierda en general ha tenido que asistir a la victoria del capitalismo y la democracia «burguesa» en todo el mundo. Y con la nueva crisis económica han surgido rápidamente los irredentos del dirigismo izquierdista a descalificar al libre mercado como responsable. La nueva izquierda se promete nuevos éxitos y apoyos en sociedades maltratadas por la crisis que buscan certezas y protección y pueden caer seducidos por los cantos de la planificación económica. Pero es ésta, con el intervencionismo, el germen de la sociedad maniatada y el final garantizado para las libertades individuales y colectivas, como bien denunció Hayek. Es en este marco en el que líderes como Zapatero, que son la perfecta antítesis de los citados grandes socialdemócratas del centro, los socialistas entran rápidamente en la deriva hacia una supuesta protección que no supone sino recortes de libertades económicas y políticas. Y tras estas acciones contra las libertades, que muchas veces llegan lentamente y de forma escalonada, está la tentación de la experimentación social. Que inevitablemente lleva al sacrificio de la libertad del individuo.

Primo Levi, el escritor judío italiano que sobrevivió a los campos de concentración nazis, ya advirtió de que nadie debería mecerse en la ilusión de que las libertades y los regímenes democráticos y compasivos iban a ser los sistemas que un futuro predeterminado nos ofrecía. «Ha sucedido y por tanto puede volver a suceder». Y el filósofo francés de origen búlgaro, Tzvetan Todorov, uno de los grandes pensadores vivos, ha descrito en innumerables libros las debilidades de nuestras democracias y las posibilidades muy ciertas de que algunas o todas deriven hacia regímenes totalitarios. Si décadas antes, en plena Guerra Fría, era el maestro de Todorov, el pensador Raymond Aron, quien clamaba contra los peligros de la tentación totalitaria comunista, ahora es Todorov quien escribe alarmado sobre las nuevas tentaciones que son el nacionalismo y la xenofobia que genera una inmigración fuera de control. Cuando Todorov o Glucksmann describen el Estado totalitario con sus vigilantes y vigilados, que son toda la población, con un poder de los astutos, los arribistas y los corruptos, y una mayoría que ha interiorizado el miedo y se limita a vivir en su nicho, con la máxima aspiración de pasar inadvertidos, hablan de situaciones que comienzan a no ser muy diferentes a las que sufrimos en algunos países occidentales.

Porque es un hecho que, en parte como resultado de las campañas socialistas bajo Zapatero para reabrir la herida de la Guerra Civil, pero sobre todo por la profunda vocación intimidatoria que ha demostrado el poder, en España ya se habla más bajo en público. Si situaciones de excepción como la vivida en el último medio siglo en el País Vasco las explicaba el miedo al terrorismo, el miedo que se ha impuesto en Cataluña se deriva de la propaganda generadora de odio hacia todo lo que no se someta a la religión nacionalista. Ha tenido terribles efectos y no se explica más que por la voluntad de intimidación mostrada por el régimen que se ha impuesto en Cataluña y que, mucho nos tememos, no cambiaría sustancialmente con una vuelta de los nacionalistas burgueses al poder. Pero ahora es ya en toda España donde se habla

bajo, donde la gente tiene miedo a expresar sus sentimientos reales por miedo a la descalificación por parte de los guardianes de la moral y la corrección política que el socialismo zapaterista quiere imponer. Y por miedo a la represalia inmediata de toda una generación de *aparatchiks* socialistas con vocación de comisarios políticos.

EL SOMATÉN SOCIALISTA

Por muy anticuado que les parezca a ya tantos esta palabra, que muchos creen definitiva y justamente desterrada a la retórica de la película histórica o de los textos de nuestros clásicos, yo voy a reclamar aquí la vigencia de una palabra y su pleno sentido. Es más, la absoluta necesidad de que ese pleno sentido recupere vigencia, como arma para la reconstrucción moral y política de esta sociedad. Me refiere a la palabra «honor». Como todos saben bien, hace ya mucho tiempo que al parecer no resulta pertinente en nuestro vocabulario. Cuando hoy se habla de algo cercano a lo que es el respeto a uno mismo se suele recurrir al término «dignidad». Pero no es lo mismo. Y la palabra honor ha ido cayendo en desuso hace tiempo, castigada por el desprestigio social debido probablemente al abuso que se hizo en el pasado. Dignidad significa mucho, tanto que hasta este término mucho más generoso y complaciente es escasamente aplicable o pertinente en una descripción de nuestra realidad social. Pero vivir con dignidad viene a significar poco más que vivir con decencia y sin las carencias y necesidades urgentes que pudieran obligar a forzar o torcer la recta conducta.

El honor, lo intuyen también quienes lo combaten porque lo temen, es mucho más que eso. El honor es el respeto implacable, incondicional e inquebrantable a uno mismo. Para que los individuos crezcan con ese sentido del honor han de ser educados en la máxima de que hay pasos que, por muchas ventajas que nos puedan granjear, son incompatibles con el respeto que nos debemos a nosotros mismos. Y que ese respeto es el bastión de la fuerza moral del individuo para enfrentarse a todas las dificultades en la vida, las particulares y las políticas.

Quienes han sido educados en la máxima de nuestro presidente Zapatero que es, como tantas veces ha demostrado, el que las cosas hay que hacerlas como sea, son incapaces de tener ese sentido del honor y harán cualquier cosa para ir perseverando en sus ambiciones sin reconocer nunca errores pasados. Que esas personas son unos incapacitados morales es evidente. Que su instinto de supervivencia, su principal guía, los convierte en miembros nocivos de la sociedad, también lo es. Cuando estos individuos se han hecho con el poder del Estado y abren las puertas de las instituciones y los órganos del Estado a personas de su misma calaña, se convierten en un peligro para todos los ciudadanos y en una amenaza para la democracia misma. Este tipo de personas sin sentido del honor van socavando los principios de la democracia y el Estado de Derecho, que son obstáculos para la consecución de sus fines. Y así se va destruyendo la democracia y la libertad poco a poco pero de forma inexorable.

David Hume, el filósofo ilustrado escocés que es uno de los gigantes de la filosofía política europea, ya advirtió con una frase breve pero tremenda sobre lo fácil

que es que el totalitarismo se haga con los mecanismos necesarios para destruir de forma subrepticia la libertad en beneficio propio si no encuentra la resistencia de una ciudadanía avisada y consciente: «Es infrecuente que una libertad de cualquier tipo se pierda de golpe». Las libertades se pierden poco a poco, muchas veces sin que perciban el proceso quienes están llamados a sufrirlo. No es tampoco una casualidad que esta frase de David Hume fuera elegida por Friedrich Hayek para abrir su celeberrimo libro *El camino de la servidumbre*, publicado en plena Segunda Guerra Mundial. En este libro, que es clave en el pensamiento de economía política — probablemente el libro más influyente en el mundo de la segunda mitad del siglo—, Hayek elabora la absoluta vinculación de libertades políticas y libertades económicas. Fue escrito como una seria advertencia contra las tentaciones que surgían en Occidente de implantar una economía dirigista y planificada en la Europa que habría de surgir tras la derrota del nazismo, que entonces ya se veía como inminente. Hayek advertía sobre los peligros de que los gobiernos de las democracias triunfantes estuvieran tentados a mantener la planificación y la intervención que se había impuesto bajo una economía de guerra. El filósofo economista venía a decir que la victoria sobre el totalitarismo podría llegar a convertirse en efímera si las democracias estrangulaban las libertades económicas, ya que sin ellas el camino hacia el totalitarismo y la servidumbre quedaba abierto de par en par. Y Hayek advertía sobre el hecho de que la inmensa mayoría de los protagonistas del ascenso del fascismo y el comunismo procedían del socialismo.

Está claro que mientras fascismo y comunismo tenían inmensas similitudes y eran capaces de aliarse, como se demostró con el pacto entre Hitler y Stalin, tanto Hitler como Stalin y Mussolini siempre consideraron al liberalismo su mayor y peor enemigo. En este sentido, haciendo un salto a la actualidad, podemos ver este lazo entre el socialismo y el totalitarismo, también el ultraderechista, en las fluctuaciones electorales y el corrimiento de votos. En Francia fueron comunistas y socialistas los que siguieron en masa a la llamada xenófoba de Le Pen a finales del siglo pasado. Como son votantes socialistas los que han dado a la ultraderecha sueca los votos necesarios para entrar en su parlamento. El socialismo tiene profundos vínculos con los movimientos totalitarios, más allá de los grandes éxitos de moderación, compromiso democrático y profundas convicciones occidentales de los grandes ilustrados de la socialdemocracia europea, como Bruno Kreisky, Willy Brandt, Helmut Schmidt o el ahora denostado Tony Blair. El gran salto a la aceptación total de la democracia por parte de los socialistas no se produjo hasta el congreso de Bad Godesberg del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) en 1959. Allí se renunció a la lucha de clases y al marxismo como guía de evolución hacia una nueva sociedad, con lo que se aceptaba lo que hasta entonces se había llamado la democracia burguesa, que no es otra cosa que la democracia a secas.

En España fue Felipe González el que, con dimisión por medio, impuso este paso al PSOE en el XXVIII Congreso. Pero desde entonces han sucedido muchas cosas.

La izquierda en general ha tenido que asistir a la victoria del capitalismo y la democracia «burguesa» en todo el mundo. Y con la nueva crisis económica han surgido rápidamente los irredentos del dirigismo izquierdista a descalificar al libre mercado como responsable. La nueva izquierda se promete nuevos éxitos y apoyos en sociedades maltratadas por la crisis que buscan certezas y protección y pueden caer seducidos por los cantos de la planificación económica. Pero es ésta, con el intervencionismo, el germen de la sociedad maniatada y el final garantizado para las libertades individuales y colectivas, como bien denunció Hayek. Es en este marco en el que líderes como Zapatero, que son la perfecta antítesis de los citados grandes socialdemócratas del centro, los socialistas entran rápidamente en la deriva hacia una supuesta protección que no supone sino recortes de libertades económicas y políticas. Y tras estas acciones contra las libertades, que muchas veces llegan lentamente y de forma escalonada, está la tentación de la experimentación social. Que inevitablemente lleva al sacrificio de la libertad del individuo.

Primo Levi, el escritor judío italiano que sobrevivió a los campos de concentración nazis, ya advirtió de que nadie debería mecerse en la ilusión de que las libertades y los regímenes democráticos y compasivos iban a ser los sistemas que un futuro predeterminado nos ofrecía. «Ha sucedido y por tanto puede volver a suceder». Y el filósofo francés de origen búlgaro, Tzvetan Todorov, uno de los grandes pensadores vivos, ha descrito en innumerables libros las debilidades de nuestras democracias y las posibilidades muy ciertas de que algunas o todas deriven hacia regímenes totalitarios. Si décadas antes, en plena Guerra Fría, era el maestro de Todorov, el pensador Raymond Aron, quien clamaba contra los peligros de la tentación totalitaria comunista, ahora es Todorov quien escribe alarmado sobre las nuevas tentaciones que son el nacionalismo y la xenofobia que genera una inmigración fuera de control. Cuando Todorov o Glucksmann describen el Estado totalitario con sus vigilantes y vigilados, que son toda la población, con un poder de los astutos, los arribistas y los corruptos, y una mayoría que ha interiorizado el miedo y se limita a vivir en su nicho, con la máxima aspiración de pasar inadvertidos, hablan de situaciones que comienzan a no ser muy diferentes a las que sufrimos en algunos países occidentales.

Porque es un hecho que, en parte como resultado de las campañas socialistas bajo Zapatero para reabrir la herida de la Guerra Civil, pero sobre todo por la profunda vocación intimidatoria que ha demostrado el poder, en España ya se habla más bajo en público. Si situaciones de excepción como la vivida en el último medio siglo en el País Vasco las explicaba el miedo al terrorismo, el miedo que se ha impuesto en Cataluña se deriva de la propaganda generadora de odio hacia todo lo que no se someta a la religión nacionalista. Ha tenido terribles efectos y no se explica más que por la voluntad de intimidación mostrada por el régimen que se ha impuesto en Cataluña y que, mucho nos tememos, no cambiaría sustancialmente con una vuelta de los nacionalistas burgueses al poder. Pero ahora es ya en toda España donde se habla

bajo, donde la gente tiene miedo a expresar sus sentimientos reales por miedo a la descalificación por parte de los guardianes de la moral y la corrección política que el socialismo zapaterista quiere imponer. Y por miedo a la represalia inmediata de toda una generación de *aparatchiks* socialistas con vocación de comisarios políticos.

EL OLVIDO Y LA NEGACIÓN

Para imponer el régimen que Zapatero y los suyos imaginan como la democracia socialista ideal, igualitaria, protectora y sentimental, resulta imprescindible forzar en la sociedad una ruptura con el pasado. La verdad es que han encontrado menos dificultades que sus predecesores bolcheviques o maoístas, que tuvieron que destruir físicamente libros, monumentos y demás testimonios del pasado. Además de liquidar a todos aquellos que se negaron a acatar sus órdenes de rescribir u olvidar todo lo sucedido antes del gran amanecer de ese tiempo nuevo que coincidía con la llegada al poder de la tiranía. Es así porque todas las sociedades modernas han dejado fenecer las humanidades, que eran los transmisores del legado de nuestros mayores remontándose hasta la antigüedad. El sesentayochismo fue, eso sí, en su manera incruenta, otro inmenso tsunami cultural cargado de un mensaje adanista, dispuesto a enseñarnos que todo lo habido antes era desechable, cuando no condenable y despreciable. Y la revolución audiovisual y de la red, que habría ofrecido en otras condiciones inmensas posibilidades para la difusión de dicho legado histórico, cultural y filosófico, llegó cuando varias generaciones, las encargadas de aplicarla, ya habían dado la espalda a estos tesoros del conocimiento y de la sabiduría en la vida, de las artes de defensa de códigos de conducta y goce de lo que los clásicos definían como lo bonito, lo bueno y lo auténtico. En España se ha unido a este olvido generalizado una masiva e intensa voluntad política de la izquierda por tergiversar la historia hasta el día de ayer, en una adicional cruzada adanista que poco ha dejado sin viciar.

Recordemos en serio durante unos momentos un hecho que las jóvenes generaciones ya no conocen, y que los que lo conocen descalificarán en su mayoría como la obcecación bárbara de unos primitivos fanáticos. Estoy hablando de Numancia y lo numantino. Dando por hecho que para muchos españoles lo numantino es ya exclusivamente un término futbolístico, que explica lo bien que ante las ofensivas de los delanteros contrarios cierran la defensa los equipos entrenados por italianos. Numancia ha sido una referencia desde hace casi dos mil años en los territorios ibéricos. Se convirtió en mito casi paralelamente al desarrollo de los acontecimientos en aquel rincón soriano, ya que fueron los propios escritores grecorromanos los que engrandecieron desde el primer momento la historia de la ciudad celtibérica y su heroico final. Esto llevó a que Numancia alcanzase el reconocimiento y la admiración universal. Se creó una historia en la que se destacó no sólo lo trágico y lo heroico de su hazaña, o la resistencia y el amor a la libertad de los numantinos. También ciertos valores espirituales que se extraían de esta gesta, como la indoblegable fe en la propia razón, la victoria en el final trágico, la épica del sacrificio, la lucha del débil contra el fuerte y otras cualidades e intenciones

patrióticas que pasaron a ser características y definidoras del espíritu español.

A comienzos del siglo XIX, con la invasión napoleónica de España y el consiguiente levantamiento nacional contra tropas francesas, Numancia volvió por supuesto a la actualidad como ejemplo que se seguía en todos los rincones contra la ocupación francesa. Los mensajes que hasta ese momento había aportado Numancia de heroísmo, resistencia y amor a la libertad, ya tratados durante la Ilustración española, se verán ahora incrementados con otros de tintes nacionalistas, sobre todo a nivel popular. Como nos recuerda el profesor de la Universidad Complutense, José Ignacio de la Torre Echávarri, podemos rastrear el conocimiento que la población tenía de Numancia gracias a las coplillas y pintadas que en los pueblos españoles aparecían contra los franceses, y que fueron recogidas a mediados del siglo XIX por el conde de Clonard:

Escucha, Napoleón,
Si como fiel aliado,
tus tropas has enviado,
hallarás en la nación
amistad y buena unión.
Si otro objeto te guió,
Humando no se rindió,
Numantinos hallarás.
En España reinarás,
pero sobre españoles, no.

Numancia va a suponer una identificación por parte de toda la población española, y los numantinos van a pasar a ser vistos como modelo paradigmático de heroísmo y resistencia. El numantinismo se convierte así en el espíritu nacional, en el carácter propio de los españoles, lo que definía a una raza, y esto es lo que se va a transmitir durante generaciones en las escuelas. Numancia es sólo un ejemplo del proceso de olvido de esas referencias comunes en nuestro pasado que ayudan a la cohesión y al entendimiento de una patria común de todos los españoles. El lento olvido de todas esas fechas de identificación nacional viene de lejos, pero es la educación socialista la que entierra deliberadamente estos hitos comunes, al tiempo que colabora en el fortalecimiento de la mitología nacionalista en las regiones españolas en las que el nacionalismo es una fuerza decisiva. No hay aquí contradicción ni paradoja. Se trata de un paso más en el fortalecimiento de ese proyecto frentepopulista que los socialistas quieren formar con fuerzas extremistas de izquierda y nacionalistas. Todo para alcanzar sus objetivos, que no son otros que el cambio de régimen por medio de la exclusión del sistema de la alternativa liberal y

conservadora.

Otra anécdota significativa, esta vez con nuestra maltratada bandera que en algunas regiones de España sigue proscrita. Jorge Lorenzo es un extraordinario piloto de motociclismo que gana con abrumadora frecuencia casi todo en el mundial de Moto-GP. Nos emociona continuamente con el «caballito» que levanta su rueda delantera en señal de triunfo cuando se acerca a la meta en la última vuelta. Nos ha alegrado mucho con sus victorias y con sus vueltas a los circuitos con la bandera española. Lo cierto es que en el año 2010 nos dio una muestra más de su espíritu nacional, pero en el peor sentido de la palabra. La polémica saltó tras la victoria de Lorenzo en el circuito barcelonés de Montmeló, donde Lorenzo se negó a ponerse la camiseta de la selección española que le ofrecían para celebrar su triunfo. El cantante Alejandro Sanz fue uno de los que reprochó a Lorenzo esta negativa suya a identificarse en Cataluña con los mismos colores con los que se identifica abiertamente en otros circuitos, por ejemplo en Jerez. Se lo echó en cara en la polémica que se desató en Internet al respecto. Sanz es uno de esos cantantes inteligentes y de pensamiento articulado que tanto extrañan en ese gremio, en el que la respuesta más común a cualquier pregunta mínimamente comprometedora es el sempiterno: «Yo de eso no entiendo». En el foro social de Twitter, Sanz le advirtió: «Lo peor es que cree [Lorenzo] que va a quedar bien con los catalanes y no va a ser así. Yo respeto a tod@s 1@s catalanes, 1@s que se sienten españoles y 1@s que no... Pero la cobardía... Eso es una cuestión de actitud». Más allá de la grotesca arroba para adaptar nuestro alfabeto a la tiranía de lo políticamente correcto, Sanz da en el clavo. Es cobardía, ni más ni menos. Porque las palabras de Lorenzo cuando rechazó la camiseta roja no dejaban lugar a dudas: «En Cataluña es complicado salir con la camiseta de la selección española. No quiero problemas».

No quiere problemas el campeón. Es explicable que un jovencísimo Lorenzo, en su mejor momento deportivo, perfectamente apolítico como la mayoría de los españoles de su edad, no quiera problemas con nadie, sino ser querido por todos. Se dará cuenta algún día de que eso no es posible. Porque sus intentos de quedar bien con una supuesta hinchada antiespañola entre los espectadores de Montmeló han sido asumidos como afrenta por muchos españoles. Y peor probablemente que su actitud en aquel momento después del triunfo, sea su explicación a Alejandro Sanz por medio de Twitter. Muchos lamentamos entonces las palabras de Lorenzo, porque mermaron el respeto que se le tenía, pero también por la certeza que albergamos algunos de que su actitud está más o menos generalizada entre la gente de su edad. Y por desgracia entre la mayoría de los españoles, como los últimos años han demostrado. Es una patología nacional la creencia de que se evitan problemas con la mera decisión de no quererlos. Es la cara opuesta a la gallardía y nobleza. El miedo a gente peor que uno mismo, la necesidad angustiosa de huir siempre del conflicto y esconder la identidad para apaciguar a un agresor potencial es la jibarización del pensamiento libre, la pérdida del respeto a uno mismo y la renuncia al respeto ajeno.

Hay que reconocer que nuestros actuales gobernantes tienen unas habilidades y un desparpajo que convierten las torpezas de sus rivales casi en pecados cuando no en supuestos delitos. El desprecio del presidente Zapatero hacia todos los españoles que pidieron su dimisión durante los desfiles del Día de las Fuerzas Armadas y los insultos a todos esos ciudadanos que profirieron la vicepresidenta y ese otro personaje incalificable, pero quizás clave para entender el zapaterismo, que es Leire Pajín, descalificándolos como contubernio fascista, son parte de la subcultura política de este país, pero perfectamente asumida y oficializada. El mismo que utilizó un desfile para, en presencia del Rey, insultar a una nación y cultivar ese antiamericanismo entonces tan productivo; las mismas que convocaron a manifestaciones para calificar de asesina a la mayoría parlamentaria de este país, consideraban después que cualquier signo de descontento contra su gobierno sólo puede ser muestra de desagradecimiento o una conspiración de esa nueva anti-España que ven en todos los discrepantes y críticos. Con lo bien que nos va, parecen decir siempre los miembros de la secta zapaterista cuando se enfrentan a críticas a su gestión. Todos los que se quejan y protestan contra esos grandes benefactores del poder son una tropa de ingratos. Y por supuesto unos fascistas.

Con el caso Gürtel pasa igual. Aunque pueda haber sorpresas y según se tire de la manta resulte que el señor Gürtel tiene también muchos amigos entre los socialistas, incluida una íntima fontanera de La Moncloa. La corrupción es sin duda una lacra gravísima para la democracia, porque la pervierte sistemáticamente. Pocas amenazas peores tiene la democracia moderna. Pero una de ellas es, sin duda, la vocación de los gobernantes de utilizar los poderes del Estado para destruir al adversario. Y es evidente que eso está sucediendo en la España del inefable ministro del Interior, Alfredo «Fouché» Rubalcaba. El señor Rubalcaba tiene mandos policiales como asesores áulicos desde la época del felipismo. Muchos creen que es precisamente eso lo que le permitió estar mejor informado que el ministro del Interior del gobierno de Aznar durante las trágicas jornadas que siguieron al atentado de Atocha. Lo que es evidente es que Rubalcaba se ha servido de la lealtad —bien retribuida— de ciertos mandos policiales para su política de oscurantismo y desinformación en diversos frentes, que van desde acontecimientos en Afganistán a todos los extraños sucesos durante las fases intensas de negociación con ETA —otras fases, estoy convencido, están en marcha en estos momentos—, siendo el más escandaloso el caso Faisán. Pero ya parece también claro que se utiliza esta simbiosis entre políticos y policías para que policías políticos administren los casos de corrupción y sus investigaciones en la forma que más pueda beneficiar al gobierno y más pueda perjudicar a la oposición. Todo hace pensar que tenemos una policía política que actúa contra la oposición, con amplia cobertura mediática, cuando le interesa al gobierno quitarle actualidad a cualquier resultado catastrófico de su gestión, a sus innumerables fiascos o a cualquier problema interno propio. Y que muchos casos de corrupción permanecen en la agenda policial a la espera de que mandos políticos les indiquen

cuándo es el momento oportuno de realizar detenciones y airear el caso.

Es de suponer que ante próximas citas electorales los casos de corrupción reales o supuestos de miembros de la oposición irán saliendo a la luz al ritmo que interese más al Partido Socialista, mientras los casos de corrupción de los propios socialistas duermen el sueño de los justos y no reciben apenas atención mediática. Y me refiero a los que sepamos, porque asumiendo el hecho de que el Ministerio del Interior administra estos casos, surgen dudas considerables sobre las dimensiones de la corrupción socialista detectada por la policía y que la opinión pública desconoce.

Resulta que los inmensos lodazales de corrupción que son Andalucía y Cataluña, gobernadas por socialistas, son poco menos que impolutas administraciones que funcionan con rigor de comunidades calvinistas. Así es para la prensa y los medios socialistas en general. Y Madrid y Valencia son para ellos poco menos que la cueva de Luis Candelas. La procacidad de los medios zapateristas en la distorsión de la realidad resulta muchas veces increíble. Y difícilmente digerible incluso para estómagos tan maltratados como el que hemos desarrollado muchos observadores. Nunca ha tenido un gobierno de España tantos periodistas directamente en nómina para defender lo indefendible. Los hay de diferente calaña. Algunos destacan por haber sido leales propagandistas de todos los gobiernos, independientemente de su ideología. Algún protegido de Mayor Oreja, perrito faldero suyo hasta despertar vergüenza ajena por su obsequiosidad, es hoy el máximo fustigador de las campañas contra el Partido Popular. Otros son los eternos sinuosos, especialistas en colocar el argumentarlo socialista de descalificación de la oposición. También los hay, por supuesto, fanatizados, muchos de ellos procedentes de otros fanatismos. Todos concentran su labor en destruir la alternativa de poder y no en defender una gestión zapaterista, que según han pasado los años, se ha hecho imposible defender.

DE LACAYOS Y TRAIADORES

La mentira ha demostrado ser la especialidad de estos gobernantes y hay que reconocer que la forma en presentarla es, por su rotundidad, enormemente efectiva. Los españoles no han sabido tomarle la medida a gentes tan dispuestas a decir mentiras de forma tan absolutamente descarada. Recordemos por ejemplo a nuestro Gran Timonel Zapatero, en sede parlamentaria, donde se suele decir que es al menos de mala educación mentir, que nuestra economía iba mejor que seis meses antes. Lo ha hecho en varias ocasiones. La cosa tendría coña si no hubiera tantos millones de compatriotas que sufren, muchos desde hace mucho más de seis meses y muchos desde hace menos. Y cada vez más. Nos ha dicho Zapatero una y otra vez que los que no le creemos cuando dice mentiras tan obvias somos unos antipatriotas. Así ha descalificado una y otra vez a esa media España que nunca le ha creído —y que ha sido obviamente más lúcida que el resto—. Nos ha dicho una y otra vez que todos los españoles vivimos en bienestar y bajo su protección, erigiéndose él en demiurgo que maneja el Estado para mayor felicidad nuestra. Pronto, nos ha asegurado una y otra vez, el crecimiento de los brotes verdes hará olvidar rápidamente las escaseces que sufren algunos y nuestro país volverá a la senda de la prosperidad. Lo dice una y otra vez, despreciando todos los datos, pronósticos y advertencias de organismos internos y externos que dicen lo contrario.

Nos miente una y otra vez en la seguridad de que su éxito próximo convertirá en un mal sueño lejano la dramática situación en la que ha hundido a España. Nos miente convencido de que un milagro justiciero devolverá las loas perdidas al nieto heroico del supuesto héroe capitán Lozano de cara a unas elecciones triunfales en 2012. Todo indica que Zapatero ha entrado ya en una situación psicológica de grave inestabilidad que le lleva a creerse muchas de sus mentiras y, como un tahúr desesperado en huida hacia delante, a apostar con todos nuestros bienes en una apuesta que tiene perdida.

Tendrían inmensa gracia todas las mendacidades del presidente si no fuera cierto —esto sí es cierto— que los robos en los supermercados se han multiplicado. Y que los ladrones son gente muy decente que le dice a las cajeras que les da igual lo que les pase, porque lo que esconden bajo el abrigo es comida para sus hijos o nietos. Y las cajeras, también todas más decentes que todo el gabinete de ministros zapaterista, dejan a sus conciudadanos pasar la caja con los productos ocultos porque su valor y dignidad les impiden denunciar a todos estos españoles que no notan para nada esa recuperación que anuncia el Timonel iluminado. Resulta que en los seis meses que nos dice —una y otra vez— que la economía española se recupera, se nos han ido a la cola del paro otros cuantos centenares de miles de padres y madres de familia, y no sólo antipatriotas —que quizás según Zapatero lo merezcan—, sino también esos

votantes del PSOE que no veían la crisis por ninguna parte cuando acudieron a las urnas en el año 2008. Hay que reprimir muchas veces las tentaciones de no pensar que quienes creyeron la farsa casi tienen merecida la tragedia. Y se reprimen. Pero lo que está claro es que este país, por indolente, absentista, perezoso y poco perspicaz que pueda ser, no se merece la calamidad que lo ha hundido en este retroceso vertiginoso de su bienestar y seguridad.

Los lacayos de este poder, que pasea a los jefes de los periódicos y pastorea a casi todas las televisiones, llevan años tachando de responsables de la crisis a quienes la denuncian. Intentan con frecuencia incluso lograr la liquidación civil de los que destacan en su denuncia de que el Rey no sólo está desnudo, sino que su soberbia ignara nos va a dejar desnudos a todos nosotros y a nuestros hijos y nietos.

Según algunos amigos escritores del Gran Timonel, son esas Casandras —en definitiva los que han dicho la verdad en estos pasados años— los que hunden el país. Los antipatriotas y los saboteadores son los culpables, nos anuncian con terminología estalinista. Y la conspiración internacional, por supuesto, ni más ni menos. No hay duda ya. La tropa de cursis, paletos y aprovechateguis que culpan del hundimiento a quienes no están en el poder puede obtener réditos a corto plazo. Pueden esos lacayos pasearse con este presidente y maldecir y condenar toda crítica como antipatriótica, como si este personaje nefasto en nuestra historia fuera realmente España. Pero la realidad demuestra claramente que aquí nadie va a sacar réditos a largo plazo de lo que supone el retorno de España a la anomalía histórica de la que había salido con honra y orgullo en la transición. Una anomalía que creíamos felizmente superada y que ha vuelto de la mano del resentimiento guerracivilista y la soberbia de los ignorantes. Muchos tememos que el daño es de tal envergadura que estaremos durante años, lustros o quién sabe si otra vez décadas, instalados en esta anomalía que nos vuelve a alejar de Europa y de todas las democracias de nuestro entorno geográfico y cultural.

Hemos hablado antes de la alta traición que supondría el hecho de que mandos políticos de la policía colaboren con terroristas para proteger un proyecto político del presidente, pero los daños infligidos a un país por irresponsabilidad y ambición de omnipotencia, la tragedia nacional que ha supuesto para España este negro periodo de poder socialista zapaterista, llevan a pensar que no serán suficiente compensación la responsabilidad política y el ostracismo.

LA VILEZA DE LA NADA

Nuestro presidente apura y calcula sus tiempos. Se los toma para charlar complacido con los chicos del cine, pero no tiene tiempo para ir a ver a los familiares de nuestras víctimas del terrorismo y la guerra. Nuestros muertos, los cientos de guardias civiles y policías caídos en acto de servicio en defensa de nuestra democracia y nuestro Estado, y los cientos de civiles asesinados sólo por ser decentes, españoles y demócratas. Viva la fiesta goyesca y que le den dos duros a los hombres y mujeres de bien que han perdido a sus seres queridos por el terrorismo nazi vasco y sus secuaces en toda nuestra geografía. Viva la juerga del glamour, la tropa almodovariana y los bardos de la secta, y que se mueran de asco todos los que en defensa de nuestro Estado han dejado la vida, su salud, su felicidad o su futuro. Doña Sonsoles siempre estará cómoda con todos los titiriteros de lo peor del cine español, de la baba sectaria subvencionada —de la que excluyo muy claramente a Álex de la Iglesia, por fin un hombre digno en la tropa—, pero qué pena que la señora del coro no tenga tiempo para Irene Villa, para los miles de familiares de los muertos por el terrorismo, para los lisiados física y espiritualmente por las garras del mesianismo nacionalista asesino. Está claro que tanto el señor de la Zeja como su señora comparten más la fiesta que la tragedia, más la juerga que el dolor de los españoles. Pero ya da casi igual. No hay motivo de escándalo. Todos deberíamos saberlo porque por activa y por pasiva, saltándose muchas veces no ya el buen estilo, siempre inexistente, sino el protocolo y las formas más elementales, los Zapatero saben cuál es su media España, porque siempre han sabido dividir a esta nación. Y puede decirse que es una de las pocas gestas tristes de este presidente. Un logro maldito éste de habernos logrado dividir una vez más en la España de los buenos —ellos— y la España de los malos: los demás, los fascistas, a quienes hay que ganar ahora, en el siglo XXI, aquella guerra caricaturizada en la mente simple y torva del Gran Timonel.

Nuestra pareja de La Moncloa tiene, de hecho, sus afectos tan bien distribuidos como sus tiempos. Nuestros muertos, a manos por cierto de etarras e islamistas, siempre potenciales aliados estratégicos de nuestra secta gobernante, no importan tanto como los chicos y chicas del cuento. Nuestros héroes, soldados en lucha contra el terror en territorio enemigo, nuestras fuerzas de seguridad, no merecen lo que por supuesto hay que dar a nuestros comediantes. Nuestras víctimas, todos los españoles mutilados por la pérdida de sus padres, hijos, hermanos y familiares en general, no tienen la categoría de nuestros chicos de la alfombra roja, el moño, el vestido estupendo y la sonrisa floja. Pobres muertos nuestros. Pobres nosotros que no saltamos indignados ante el monstruoso agravio comparativo de la parejita de La Moncloa.

Quizás Zapatero sea simplemente un cobarde, aparte de un insensato que ha conseguido hundir a este gran país al nivel de Letonia en poco más de seis años. Puede que sea cierto que es tan cobarde que sólo va a donde se le sonríe, a donde le sonríen aquéllos a los que él paga, subvenciona y privilegia con el dinero de todos los españoles. Quizás sea también verdad que este país está repleto de cobardes y que Zapatero es, en este sentido, el más fiel representante de una ciudadanía que ha ido perdiendo toda relación con conceptos antes omnipresentes, como son la honradez y la dignidad, o esos hoy considerados valores del paleolítico que son el honor y la gallardía.

Quizá sea normal que nuestra sociedad entienda y acepte con tranquilidad la cobardía de su presidente electo y considere normal lo que para algunos es y seguirá siendo siempre sencillamente intolerable, y que asuma con naturalidad la vergüenza de lo que está sucediendo. Pero como español debo decir que no todos somos así, y que el desprecio hacia algunas actitudes nos produce náuseas todavía a muchos. Gracias a Dios somos muchos, aunque por desgracia quizás no mayoría. Pero da igual cuántos seamos, porque la náusea es auténtica. Mucho más que los elogios falsos e interesados y esa repugnante equidistancia de tantos que quieren calcular riesgos en carrera y cartera antes de definirse. Ahí lo tenemos, ofendiendo siempre que puede a los españoles que considera sus enemigos. Con esa retórica vacía e inepta con que nos obsequia una y otra vez esta pesadilla de caudillo menor que ha destruido su partido, ha humillado a su país y lastrará la vida de nuestros hijos. Si económicamente nos ha hundido, moralmente supone un desastre tan mentiroso, tonto y cruel como nunca lo tuvimos desde la dictadura.

ANTIFRANQUISTAS E IMPOSTORES

En un ayuntamiento de Cataluña de cuyo nombre no tengo el menor interés en acordarme se organizó hace un par de años un acto de valiente resistencia antifranquista. El alcalde ordenó colocar en la sala principal un busto de Franco y los vecinos fueron invitados a acudir para mostrar su hostilidad y repulsa al personaje. Allí estuvieron, cuentan, valientes ciudadanos abofeteando o insultando al general, que por cierto aguantó impasible el ademán. Cierto es que en Cataluña la impostura y esa falta de pudor del ciudadano estabulado tiene niveles aún no alcanzados en otras partes de España. Pero lo cierto es que la mitología antifranquista es una de las ridiculeces que con Zapatero como sumo sacerdote se ha convertido en plaga y negocio a un tiempo. Aquí son ya antifranquistas no sólo lo que nacieron después de la muerte de Franco, sino también, y sobre todo, los que durante el franquismo supieron esconder tan hábilmente su militancia contra el régimen que fueron condecorados por éste en agradecimiento a los servicios prestados. Al parecer eran legión los antifranquistas tan clandestinos que apenas ellos mismos conocían su condición. Desde luego nos despistaron a todos en aquellos tiempos. Quién iba a pensar que tantos directores generales, subsecretarios, diplomáticos y otros altos cargos de la administración eran enemigos acérrimos del régimen para el que trabajaban y del que recibían tantos premios y prebendas. Con Zapatero llegó el absoluto frenesí de la impostura. Como en Alemania, donde tres días después de morir Hitler no quedaba nadie que reconociera haber sido nazi, igual que en Italia, por no hablar de Francia, campeona en la mentira histórica antes de que supiéramos de la existencia de Zapatero, que es imbatible en estas lides.

¡Cuántas veces se habrá reído mi amigo el escritor y periodista Adam Michnik de los valientes anticomunistas que surgieron por doquier en Polonia cuando el régimen comunista era ya historia! ¡Cuántos individuos prudentes, satisfechos, indiferentes o miedosos, que vivieron sin el menor roce con el régimen comunista durante todos o parte de sus cuarenta años de existencia en Polonia, descubrieron su odio al comunismo cuando éste había dejado de existir! A Michnik esto ya dejó de hacerle gracia cuando vio las consecuencias políticas y morales de esta impostura. Porque cuando la mentira se expande sin que nadie la desautorice, se va multiplicando, porque requiere de nuevas mentiras para sostenerse. Lo que podía haber sido una grotesca y efímera pantomima urdida para pulir y ennoblecer biografías se había revelado en Polonia como un perverso instrumento de lucha política que, utilizado desde el poder y las alcantarillas del Estado, envenenaba en la década de 1990 y después todo el discurso político, crispaba el diálogo y rompía el tejido social amenazando a la convivencia. La cual, en Polonia, gracias a estadistas como el propio Michnik, siempre protagonista en las negociaciones para la instauración de la

democracia, estaba inspirada en la transición española.

Es esa transición que la secta zapaterista desprecia porque considera se produjo bajo la presión y vigilancia de los militares franquistas. Quienes juzgan conductas ajenas bajo el totalitarismo desde la comodidad y la libertad de la Europa actual, son simples frívolos, ignorantes o rufianes que quieren sacar beneficio a lo que no puede ser sino impostura propia. Porque quienes más lucharon contra el comunismo en Polonia y los que lo hicieron contra el franquismo aquí han sido en general gentes volcadas a favor de la transición, sin rencor y con espíritu de reconciliación.

EQUIPARACIONES ENVENENADAS

«El cambio climático ha provocado ya más víctimas que el terrorismo internacional y su potencial de destrucción es también muy superior», dice Zapatero. Manuel Rivas, escritor gallego, se tortura aún más: «¿Cómo escribir poesía después de Auschwitz?», parafrasea a Celan y Adorno, a Arendt y a Amery, para añadir de inmediato: «Después del *Prestige*, ¿cómo mirar el mar y no ver su dolor?». Nadie se avergüenza ya ante comparaciones tan obscenas. Nuestros príncipes de la política y las letras — tan osados— no temen ya por las cuitas de familiares de los muertos de luchas razonables. Temen mareas, calores o sofocos. Son graves las amenazas que las próximas generaciones han de afrontar, pero es un poco duro que la víctima del terrorista sea equiparada al ahogado en la riada. Y lo es más que el lamento por la pérdida de nécoras y percebes se evoque a un tiempo con el luto infinito por el desfile de un pueblo hacia las cámaras de gas construidas por ideas nacionalistas muy europeas e ideologías de experimentación social muy actuales.

«¿Por qué conmemorar la muerte de diez millones de soldados entre 1914 y 1918 si en cien años de accidentes de tráfico entre 1898 y 1998 han muerto veinte millones, y más de treinta millones murieron durante la pandemia de gripe de 1918-1919?». Así comienza la introducción del gran libro de David Stevenson, *Cataclismo. La I Guerra Mundial como tragedia política*. Y expone razones de peso. «Generó experiencias terroríficas a los combatientes y una movilización sin precedentes en sus frentes internos [y] obligó a la creación de mecanismos sociales para afrontar la muerte, la mutilación y la aflicción en masa». Pero sobre todo «fue un cataclismo de tipo especial, una catástrofe provocada por el hombre por medio de actos políticos». Esta diferencia entre la Primera Guerra Mundial y la gripe española no parece entenderla Zapatero cuando minimiza el fenómeno del terrorismo frente al hipotético Armagedón con que supuestamente nos amenaza el calentamiento del planeta, esa nueva verdad revelada de la nueva religión del ecologismo, tan perfectamente incorporada ya al catecismo del izquierdismo carpetovetónico.

Las víctimas del terrorismo tienen nombres y patria y son mucho más cuantificables que las del cambio climático. Tienen calidad distinta, como dice Stevenson. La humanidad puede sufrir muchos avatares, hasta su propia extinción si no tienen conciencia de su vulnerabilidad y de las amenazas. Pero quizás algunos piensen que peor aún que esa opción es la que nos quiere confundir a judíos y percebes, a humanos con moluscos. Mejor compañía entonces los que no tuvieran la suerte de elegir. Esto no es un malentendido: es una trampa más del relativismo que la secta de Zapatero agita para explicar el mundo. Quizás alguno recuerde que Zapatero le dijo a Irene Villa que entendía bien su situación, ya que su abuelo militar había sido fusilado en la guerra. Comparaba a la niña mutilada por ETA con un

militar ejecutado durante una guerra tras juicio sumarísimo. Esta ceguera moral absoluta del presidente del gobierno explica muchas de las perversiones que se han introducido en el discurso socialista. Los resistentes inventados pululan por doquier en todos los países que sufrieron una dictadura. Y en un país donde el presidente del gobierno ha hecho alarde de inventarse el anecdotario de su biografía y la historia de su familia es casi lógico que todos sus ministros, los miembros de su partido y otros sedientos de prestigio y favores, hagan otro tanto. A la vanidad se unen otros intereses concretos.

Aquí les voy a contar la historia real de un resistente real. Joachim Fest, el historiador y publicista que se aventuró en territorio ignoto al osar escribir una biografía de Adolfo Hitler en 1973. Un texto que supuso un hito sin igual en la historiografía alemana de la posguerra. Murió hace ya unos años en su casa de Kronberg, en el estado de Hesse, tan sólo semanas después de anunciar la publicación de unas memorias profundamente atípicas para un alemán de su época, en radical contraste con otras. Con el título de *Yo no*, hace un relato conmovedor de la resistencia al nazismo de su familia. No desde posiciones ideológicas, sino desde la profunda convicción cristiana y ciudadana de su padre, que asumió la pérdida de privilegios y una intensa precariedad por resistirse —y obligar a su mujer y a sus hijos a otro tanto— a las presiones de unirse al Partido Nazi y a las estructuras del régimen. Nada parecido a la trayectoria de los supuestos antifranquistas condecorados por Franco, como el padre de nuestra vicepresidenta del gobierno, María Teresa Fernández de la Vega, por poner un ejemplo especialmente ridículo.

En estas memorias Fest revela cómo era posible desde la humildad, la firmeza de principios, la cohesión familiar, y en el caso de su familia de la fe religiosa y la dignidad que de ella emana, hacer frente al agobiante acoso de la soldadesca ideológica del régimen. Para Joachim Fest —que cosechó un muy considerable éxito en España ante un público más amplio que no conocía su biografía de Hitler con su libro *El hundimiento*, después llevado al cine—, la profunda tragedia cultural alemana estuvo en la incapacidad de las élites culturales para hacer frente al nazismo.

Con la clase trabajadora movilizada por comunistas y nazis, enfrentados o aliados contra los pocos demócratas, Fest describe cómo esa gran burguesía de la cultura de preguerra, tan bien descrita por Thomas Mann, se encanalla y deprime tras la Gran Guerra (la Primera Guerra Mundial), que es para muchos el hundimiento total de la cultura estructurada. Fest tuvo que sufrir mucho bajo los ataques de quienes le acusaban de trivializar el nazismo por compararlo al comunismo y de ser quien provocó la llamada «lucha de historiadores». Sin embargo, tuvo el inmenso coraje de buscar matices en la escenografía de la sociedad del nacionalsocialismo. Contradecía así el mito de que bajo Hitler no había otra forma de existir que seguirle, adorarle o pretender hacerlo. Aquella falacia era aceptada como verdad común en las dos Alemanias. Fest demostró que no era así. Durante décadas desafió continuas descalificaciones de los que le tachaban de promover un aristocratismo tibiamente

antinazi. Sus críticos más feroces llegaron desde la izquierda alemana, incluidos los comunistas de Alemania oriental, en cuyo Partido Comunista se habían integrado decenas de miles de nazis después de la guerra.

Fest siempre fue un buceador en los matices, de esos que ahora tantos piden, por ejemplo los incondicionales de Günter Grass —con más fama pero menos carácter que Fest—. Fest siempre buscó, sin éxito, la explicación para el terrible e incontrovertible hecho de que la gran cultura alemana no se rebelara contra la miseria moral y cultural del marcialismo nazi. Cuando quienes aún se creían parte de esas élites, mucho después de Stalingrado, con la guerra ya decidida, quisieron reaccionar con el atentado del 20 de julio de 1944, era demasiado tarde. La nación alemana, tan dependiente de sus modelos de excelencia, estaba condenada. La publicación del libro de Fest y el consiguiente escándalo del ya celeberrimo de Günter Grass, en el que éste reconocía haber ocultado durante décadas que perteneció a una unidad de las SS, expusieron claramente dos calidades distintas a la hora de entenderse a uno mismo y asumir el pasado. Con el gran Sebastian Hafner, Fest ha sido probablemente el más sabio y brillante analista del nacionalsocialismo desde una óptica alemana. Un intelectual conservador con la firmeza que su apellido (Fest, «firme») delataba. Era un rigorista moral e intelectual al que le habría sido del todo imposible soportar un solo discurso de Zapatero con esa salsa suya de la nada.

Probablemente sean gentes como este periodista y escritor alemán las que deban inspirarnos ahora que buscamos vías para salir de una crisis económica y moral. Quizás sean estos grandes ejemplos de rigor, austeridad, fortaleza moral y cultura los que ofrecen las claves para una restauración de valores que han sido despreciados cuando no destruidos en un siglo xx que pasó de los devastadores totalitarismos al relativismo y al nihilismo apático, las dos enfermedades del pensamiento y la conducta de las que Zapatero es máximo portador y transmisor.

VVERDADES SECUESTRADAS

Saben ustedes que muchas verdades tardan mucho tiempo en saberse y algunas se pierden para siempre. Algunas veces, la revelación de verdades largo tiempo ocultas demuestran los sistemas de mentiras y ocultación que fueron utilizados. No sé si algún día sabremos toda la verdad sobre el 11 de marzo del año 2004. Lo que sí sé es que aún no la conocemos toda. Como también sé yo y sabemos todos que el poder que surgió de las elecciones celebradas inmediatamente después del atentado que causó 191 muertos en Madrid ha dado por zanjado el caso con una insistencia desconcertante. Y desde luego todos sabemos que el gobierno socialista y los medios afines han machacado sin piedad a todo aquel que planteara dudas respecto a la investigación o sus resultados.

Yo de eso sé mucho. Así salí yo del periódico *El País*, como ya les he contado al principio de este libro. Mi delito había sido de clarar en televisión, en Telemadrid, que tenía un mar de dudas sobre el trasfondo del atentado del 11-M. No esboqué una tesis propia ni me adherí a ninguna otra con o sin conspiraciones que me podían parecer más o menos disparatadas. Sólo dije que dudaba. Mi puñetera manía de albergar dudas sobre la verdad decretada. Pero la duda está proscrita en los manuales de la secta que ya ocupaba todos los puestos de responsabilidad en mi antiguo periódico. Que yo no fuera un firme convencido de las verdades oficiales sobre el mayor atentado de la historia de España, el que catapultó al poder a Rodríguez Zapatero, era imperdonable. Y que cada día me expresara con más vehemencia en mis denuncias de lo que consideraba disparates y traiciones del gobierno surgido tras aquella tragedia no lo era menos. Tres años después de su llegada al poder, y a un año de tener que renovarlo en unas elecciones normales —sin el electorado conmocionado que le dio el gobierno en 2004—, el izquierdismo sectario no toleraba ya fisuras ni discrepancias en sus territorios. Y el diario *El País* era ya para ellos territorio conquistado.

Estoy seguro de que algún día se tendrá que volver a hablar en España del 11-M, y no desde la marginalidad o el interés por un titular forzado. Porque las consecuencias de aquellos atentados han sido inmensas y dramáticas en muchos más sentidos que en el que aplicamos entonces a la tragedia de los muertos y heridos. El daño que han causado a España los directamente beneficiados por aquel baño de sangre es ya incalculable. El proceso de deterioro de las instituciones, la disolución de los cimientos democráticos y el empobrecimiento general de la sociedad son trágicas consecuencias que habrán de sufrir generaciones que no vivían siquiera cuando estallaron aquellas bombas. Habrá que volver a hablar de aquello para que se nos aclaren las dudas a quienes nos negamos a creer que aquel atentado lo pensaran y organizaran una cuadrilla de pequeños delincuentes, cuya única característica común

era estar fichados por la policía española. Para ello habrá que romper, mejor antes que después, ese tabú que ha impuesto la secta socialista sobre los poco convincentes resultados del juicio de este atentado que la catapultó al poder.

Porque hay casos en los que verdades estipuladas saltan tarde o temprano hechas añicos cuando surgen nuevos datos. Quizás no haya que esperar más de cuatro décadas, lo que ha tardado en llegar el espectacular giro en el caso de la muerte del estudiante izquierdista Benno Ohnesorg, abatido a tiros por el policía Karl Heinz Kurras en Alemania Occidental. Quizás también aquí nos llevemos una sorpresa como la que ha supuesto la revelación del trasfondo de aquel caso, durante muchos años utilizado por la izquierda radical para agitar contra el Estado de Derecho de la RFA. Fue durante una manifestación el 2 de junio de 1967. El asesinato de Ohnesorg —a manos de la policía «capitalista y fascista»— fue el detonante del movimiento violento de protesta que sacudiría a Alemania, y generó las bases para el terrorismo alemán, tanto del llamado significativamente 2 Juni, como de la Fracción del Ejército Rojo (RAF), que durante muchos años mantuvo en estado de excepción —en algún momento contra las cuerdas— a la República Federal de Alemania. La muerte de Ohnesorg dividió a la sociedad, puso en riesgo la democracia y causó la muerte de decenas de inocentes. Ahora, cuarenta y dos años después —como resultado del análisis de los archivos de la policía política (Stasi) de la Alemania comunista (RDA) — se ha sabido que Kurras, el policía que disparó a matar a Ohnesorg, era un miembro de la Stasi infiltrado en la policía de Berlín oeste. Kurras, de ochenta y un años, ha confesado. Al izquierdista Ohnesorg lo mató la izquierda comunista para desestabilizar a la RFA, sembrar el odio y cambiar su historia.

Me van a dejar que deje abierta la puerta a un paralelismo. Lo cierto es que la verdad existe, aunque no se sepa. Y que siempre estará ahí esperando a que alguien pueda rescatarla. Quienes tanto han hecho por cerrar cuanto antes el caso del 11-M, quienes tanta diligencia han demostrado en presentar un proceso que proclaman cerrado e incuestionable, todos ellos desaparecerán de la escena pública. Pero la verdad no tiene fecha de caducidad y espera a que quizás en tiempos mejores no esté prohibido cuestionar la versión oficial de los hechos. Este gobierno, que nos llegó con aquel triste suceso, ha inundado de tristezas nuestra patria. Y suceda lo que suceda, pasará a la historia como un capítulo negro y nefasto que nunca debió ocurrir. Zapatero muestra ya en los mítines la mirada trastornada y el rictus descompuesto de los líderes bolcheviques de provincias cuando amenazaban al enemigo y acusaban al traidor de impedirle cumplir con brillantez su plan quinquenal. Impotente, vierte odio y discordia por doquier. Es peligroso, en esto no tengan duda alguna. Dicen que Zapatero ya sólo escucha las voces que oye en su interior. Pero su agonía puede ser larga, y cuando escribo estas líneas está claro que el enfermo de La Moncloa quiere aferrarse a sus sueños de hacer historia.

GOLPISTAS

Nuestro presidente, ese leonés de Valladolid, tiene un amigo del alma en la escena internacional, en la que por lo demás tan mal se mueve y tan solo se siente. Es el islamista Tayyip Erdogan, que en 2010 hizo una gran redada de militares supuestamente golpistas en Turquía. En Turquía tenemos una gran tradición de golpes de Estado, es cierto. Y muchos habría que decir, con la historia en la mano, que para bien. Para muy bien. Ya sé que no es muy popular hoy decir que son mejores unos golpistas que otros, aunque lo hagan continuamente los socialistas, que piensan que la Revolución Bolchevique fue chachi —y superguay, que diría Leire Pajín— y los militares que frenaron procesos de usurpación por el izquierdismo totalitario y devolvieron a sus países a una senda civilizada de democracia occidental son unos canallas que han de ser perseguidos hasta después de la muerte por nuestro juez y genial conferenciante Baltasar Garzón. Pero la historia de Europa, sobre todo, pero no sólo, demuestra que hubo golpes muy rentables para la calidad de vida de sus ciudadanos. Ciertamente que muchos no salieron bien, y muchos tuvieron incluso más víctimas que las que habrían provocado los regímenes que frustraron.

La miseria moral y la violencia que los golpistas son capaces de imponer, su ristra de crímenes y represión, son fácilmente reconocibles. Muchas veces hacen irreconocibles la represión y la miseria moral de los regímenes que querían derrocar o derrocaron. En Chile la dictadura de Pinochet duró unos quince años. Y lo que comenzó como una dictadura brutal fue lentamente cogiendo formas de un Estado de Derecho. Dejó un país que hoy es modélico en Latinoamérica tras una transición que emuló a la española, la que elogiamos todos los que la vivimos hasta que llegaron para descalificarla los niños socialistas que no la vivieron. En Cuba, en cambio, la dictadura aún existe. Con toda la brutalidad del primer día. Va ya por encima del medio siglo y sigue implacable y brutal, humillando a todos y cada uno de los cubanos, y sólo halaga a nuestros turistas del ideal —artistas, niños de la zefa zapaterista, negociantes del glamour izquierdista y buitres del turismo sexual—, a los españoles que se van de putas jinetas o a otras actuaciones quizás más lujuriosas en complicidad con el miserable régimen que tan bien los acoge. Y que sigue matando, reprimiendo a todos y tiene las cárceles llenas.

Hace unos días, aquí, en la España oficial de Rodríguez Zapatero, le dieron un homenaje a los golpistas de la UMD. Todos, por supuesto, unos fracasados. Porque no les salió nada bien y porque todos fueron represaliados por el régimen entonces existente. Y no hicieron nada ni sirvieron para nada. Todos acabaron cumpliendo penas blandísimas en castillos o penales medianamente razonables. Habrá quienes piensen que es justicia histórica un homenaje a militares que preparan un golpe contra las instituciones a las que juraron obedecer, supongo que porque los consideraban

inmensamente buenos. Sus fines quizás más que sus medios. Pero también hay muchos españoles que piensan que la transición no la hicieron quienes querían derribar al régimen pasado por la fuerza de la insurrección militar, sino quienes, como Adolfo Suárez y tantísimos otros, hicieron el cambio a partir de las instituciones. Porque entendían la historia de este país.

Aquí hay muchos empeñados en olvidar que Franco murió en la cama y que fue su gente la que encauzó esa «construcción de la clase media» que no existía en nuestra desgraciada Guerra Civil pero que después evitó la siguiente. Porque aquí en España los siete demócratas que existían se fueron de este país tan cainita y maldito en cuanto comenzó la guerra. Y se quedaron todos los totalitarios de ambas partes. Para matarse entre ellos. Y había gente decente en todas partes. Y asesinos, ladrones y delincuentes de todo tipo también.

Lo insólito es que setenta años después nos haya surgido un iluminado que dice que su abuelo, gran represor y ejecutor de asturianos comunistas, era un santo laico, el capitán Lozano, ejecutado por sus compañeros. Lo absurdo es que un criminal absuelto por la amnistía de 1977, como Santiago Carrillo, que tiene sobre su conciencia la muerte de miles de nuestros compatriotas, dé clases de moral en las televisiones públicas. Lo terrible es que sigamos hablando de golpes de Estado. Como el 20 de julio de 1944 contra Hitler demostró —pese a su terrible fracaso— hay golpes que tienen mucho sentido. Evitan más males que los que provocan. Pero no se trata ya de discutir sobre golpes de Estado, que siempre son condenables cuando se dirigen contra una democracia real en la que no gobiernen dirigentes tan irrespetuosos con las reglas constitucionales como los propios golpistas: se trata de poner en evidencia la inmensa hipocresía de este izquierdismo que selecciona siempre sus condenas según conveniencia y no tiene más principios que su vocación totalitaria. Condenar el pinochetismo cuando se presume de ser palanganero del castrismo es algo que sólo los socialistas españoles pueden hacer con esa tranquilidad de conciencia que otorga la impudicia y que tanto los caracteriza.

SE ACABÓ LA FIESTA

Tengo la impresión de que nuestro querido gobierno, tan acostumbrado a vendernos paja y soflamas mentirosas, tiene un problema serio. No me refiero a las cuitas gravísimas que aquejan a todos los españoles, porque ésas las ignora y no le importan. Me refiero a los números y a que la paciencia en gran parte de los países serios de nuestro entorno se ha agotado definitivamente. Rodríguez Zapatero puede mentir lo que quiera en el Congreso de los Diputados, en Rodiezmo, en congresos, rifas y meriendas de agrupaciones socialistas en Andalucía o Barcelona. Pero lo que está ya claro es que la presidencia española de la Unión Europea fue providencial para dejar perfectamente claro a todos los socios europeos con quiénes están tratando. Y el pánico en Europa no fue menor. Cundió el espanto y desde entonces la vigilancia sobre España es constante. En cancillerías y despachos de la banca e instituciones comenzó a hablarse de Zapatero y su tropa. Se intercambiaron anécdotas y se cotejaron datos. Se pidieron informes y se tiró de hemeroteca y archivos. El resultado de esta frenética indagación que se puso en marcha fue un cuadro más o menos aproximado de las gentes que rigen nuestro destino y del estado real de nuestra economía y sus perspectivas más allá de los cuentos tártaros que difunde nuestro gobierno. La consecuencia lógica fue el miedo a tratarse con nosotros, pues como miembros de la zona euro nuestros principales socios tienen su seguridad y estabilidad financiera irremisiblemente vinculada con la nuestra. Situación aterradora para muchos, porque nuestro país es un patio demasiado grande como para dejárselo para juegos a la tropa de irresponsables que lo gobiernan.

A esta conclusión llegaron los líderes de los principales países de la UE. Y en mayo de 2010 decidieron llamar directamente a Zapatero y decirle a los presidentes de China y Estados Unidos que hicieran lo mismo. Había que decirle al insensato que se había acabado la fiesta, porque estaba ya salpicando y poniendo en peligro a los vecinos. El pelo de la dehesa, las formas grotescas y la ignorancia inabarcable de nuestro presidente han dejado huella en toda Europa, y la luz de alarma está ya permanentemente encendida. Antes de la presidencia española todavía había gente en Europa que pensaba que Zapatero era tan sólo un perfecto inane, pero no alcanzaban a adivinar su peligrosidad. No ya para los españoles, lo que a muchos puede traer sin cuidado, sino para todo el equilibrio europeo y el futuro de la Unión.

Es un hecho que Grecia es un desastre político, una estafa económica y financiera sistemática y que raya en el Estado fallido que tanto vemos en Oriente Próximo u otras partes del Tercer Mundo. Pero Grecia es muy poco. Llegado el momento, si todo va rematadamente mal y fracasan las reformas que las familias políticas griegas han de aplicar, Grecia puede quedarse al final con un pie en Oriente Próximo y otro tambaleante en Europa, y acabar más lejos de Bruselas que de Ankara en esa deriva

orientalista, islamista y con visos totalitarios que Erdogan, el amigo socio de Zapatero, ha iniciado en Turquía. Se han odiado Grecia y Turquía durante doscientos años. Su odio parecía perpetuo. Pero quienes se quieren suicidar pueden encontrar afinidades entre ellos si su querencia del desastre es similar y comienzan a odiar juntos a un tercero.

España es otra historia y tiene muchas más consecuencias, y no sólo, lamentablemente, para quienes han votado a Zapatero y su gobierno. Sería maravilloso encontrar una fórmula para que los desastres de una política los pagaran sólo los que la permitieron en las urnas, pero eso no puede ser y además es imposible. Es una pena. Muchos días, confieso, me siento tentado a ir a una cola de parados ante el INEM o en los locales de Cáritas —esa institución católica que combate los sufrimientos de los españoles y está tan lejos de esa farsa obscena de los ministerios inventados por nuestro Gran Timonel—, para preguntar a los que allí esperan que a quién votaron en las pasadas elecciones. Seguro que hay gente que lo está haciendo. Serán interesantes los resultados. Allí están congregadas las víctimas de las mentiras y las soeces promesas de este gobierno.

La fiesta se acabó en 2010. Nuestros socios no saben ya si quieren seguir siendo socios nuestros. Nos temen, porque están viendo a dónde puede llevarles ser compañeros de viaje de un iluminado monclovita, cada vez más parasoviético, cada vez más ajeno a la toma de decisiones en el ámbito europeo e internacional. Los gobiernos europeos no se pueden creer el desastre que les ha organizado la España de Zapatero, que ha acabado para mucho tiempo con la imagen de respetabilidad y la credibilidad que nuestro país se había construido con Suárez, Calvo-Sotelo, González y Aznar. Los disparates de este gobierno tontiloco, es decir la negociación con ETA, el Estatuto catalán, el derroche chentelista de los presupuestos y la Seguridad Social son ya casi, aunque catástrofe para todos nosotros y la siguiente generación, un detalle trágico. Porque lo que comienza a verse en Europa es que todo un proyecto, toda una visión estratégica de cooperación, lealtad múltiple y sobre todo paz, se puede ir a los sumideros de la historia precisamente porque unos insensatos e indocumentados cogieron las riendas de países de peso.

Decía en la primavera de 2010 el semanario socialdemócrata *Der Spiegel*, en su titular de primera página, que nos hemos fabricado una gran mentira con el euro, y que ningún país debería pagar por los catastróficos errores de otros. No hablaban de Grecia, que es el chocolate del loro, sino de nosotros.

REBELIÓN CONTRA GARZÓN

Entre las figuras que estarán para siempre vinculadas a la disparatada deriva de la España zapaterista hay unas cuantas siniestras, otras meramente grotescas y algunas patéticas. Uno de los personajes a los que habrá que referirse para explicar lo inexplicable será el juez Baltasar Garzón, ya que en él se juntan las tres condiciones enumeradas. Siempre fue un desastre este juez político o político con toga. Siempre fue un peligro. Pero con el zapaterismo se ha podido explayar porque reúne todas las características para moverse con comodidad por el fango de la inseguridad jurídica que ha creado el izquierdismo socialista con su lema perverso de la «supremacía de la política». Pese a todo, nuestras instituciones renqueantes han tenido la fuerza para reaccionar, en legítima autodefensa, para impedir la impunidad de este juez. Una impunidad que él ha debido creer en todo caso garantizada por este poder del que sabe tanto. El ejército de defensores de nuestro juez gladiador y viajante ha mantenido durante todo el año 2010 una heroica cruzada contra los intentos de criticarle. Dicen que no hay derecho. Por eso llaman miserables, canallas, fascistas y prevaricadores a todos los jueces que, desde el Supremo o el Consejo General del Poder judicial, han puesto interés en aclarar las muy dudosas prácticas del juez campeon, ese que ve siempre amanecer. En este país se ha perdido definitivamente la medida. Nadie en un país medianamente civilizado, salvo algún guerrillero enajenado, pondría en solfa a las máximas instituciones del Estado por investigar a un juez que —todos sabemos, muy presuntamente— ha utilizado la política para la justicia y la justicia para la política.

Está claro que Zapatero es un potente transmisor de un tóxico antisistema. Todo el que se acerca a él acaba emponzoñado. Resulta inenarrable que un padre de la actual Constitución española, como Gregorio Peces Barba, que formó parte del excelso grupo de políticos que nos dio en su día nuestro escrito de libertad a los ciudadanos, se haya unido a la campaña contra quienes quieren saber simplemente la verdad sobre lo que este ególatra enfermizo que baila entre secretarías de Estado y judicatura pretende hacer nada menos que con la justicia de España. Con la justicia de un país en enormes problemas, en gran parte causados por sus gobernantes actuales y que se enfrenta a un futuro de precariedad e inseguridad como nunca desde su terrible Guerra Civil. ¡Cómo es posible que juristas en su día aplaudidos por todos los españoles de todo el espectro político se presten a tan infame y pedestre ataque a las instituciones de la Constitución que crearon por defender lo indefendible!

¿Cuánta coacción hay en esas posturas perfectamente inexplicables de personas que hemos tenido durante décadas por honorables y hoy se han convertido en consumados sicarios de la secta que todo lo copa, sobre todo el gobierno, pero también los medios, instituciones bancarias o cajas, ayuntamientos y demás

repartidores? ¿Cuánta presión han resistido o ha vencido a los hombres cabales que hoy están defendiendo públicamente lo peor y más intolerable de nuestro país? ¿Se imagina alguno de ustedes a Garzón, con su biografía, en el Tribunal Supremo o en el Constitucional de Alemania? Todo resulta al final de una ridiculez grotesca. Aquí ilustres juristas defendiendo a quien está imputado de tres delitos. Allí en Sevilla reciben a Rodríguez Zapatero como si fuera el Caudillo —lo es probablemente— con banderas y soflamas, y callan que el ex presidente andaluz, Manuel Chaves, le dio diez millones de euros a la empresa que gestionaba en esas cuestiones su hija. Imagínense que Esperanza Aguirre hubiera dado diez millones de euros, o diez mil tan sólo, a una empresa de un hijo suyo. ¿Qué andarían ladrando todos los de la secta todos los días, cada minuto, en todas las cadenas y emisoras? Zapatero, el caudillo que cuida a sus hijas del daño que su propia imagen les puede producir, no tiene pegas en que sus amigos, de alguna cadena financiada por todos nosotros a través de Televisión Española, difame a padres cuyos hijos se ven agredidos a diario por la infamias que el gobierno, a través del Ministerio del Interior o delegaciones propias, despliega por los medios.

Siempre, desde la dictadura en la que tantos estaban cómodos y otros se jugaban la piel, he pensado que este país tiene remedio. Porque está lleno de personas de buena fe y coraje escondidas tras la omnipresente indolencia. Porque lo han reconducido varias veces hacia la dignidad desde la ignominia. Sigo pensando lo mismo. Creo que podemos salir de la bancarrota y de la vileza, de la inseguridad y la zafiedad. Pero también creo que la nación española necesita una rebelión. A ella está dedicada este libro. Necesitamos una rebelión en la justicia y en la educación. Una masiva respuesta de resistencia contra todos los que nos quieren convertir en mansos, sumisos, ignorantes y obedientes. Y creo sinceramente que ha llegado el momento de dar una señal clara e inequívoca de que estamos en ese rumbo. Apartar definitivamente al juez Garzón de la judicatura es tan necesario como expulsar a Zapatero de La Moncloa. Ningún país serio puede permitirse personajes así decidiendo sobre la libertad, la vida y la hacienda de sus ciudadanos.

LA IRA DESHONESTA

La sagrada ira del pensamiento bienintencionado impuesto por la tropa del izquierdismo socialista se pone en marcha siempre que lo requiere una bonita persecución orquestada contra gentes que le puedan ser incómodas. Con su potente aparato mediático —el propio y el comprado o sometido por miedo— se pone en marcha el rodillo de descalificaciones, rumores y amenazas de esta nueva inquisición que no tiene escrúpulo alguno en recurrir a los medios que sean necesarios para acabar con los díscolos o críticos. «Como sea» —ese lema de Zapatero— se lanza a los sabuesos a acabar con honra, prestigio y hacienda de los que puedan suponer un peligro para el armónico discurso paralizante del poder. Uno de los que sufrió muy pronto las iras del zapaterismo fue el entonces presidente del Foro para la Inmigración, el sociólogo y antropólogo Mikel Azurmendi. ¿Qué hizo el pobre hombre para merecer esos ataques desde tantos y tan diversos frentes? Había dicho que «el multiculturalismo es una gangrena para la democracia». Que es lo mismo que han denunciado sociólogos como Giovanni Sartori, Michael Burleigh o el aún menos sospechoso Zygmunt Bauman. ¡Anatema!, gritaron los coros piadosos que veían así confirmada su sospecha de que Azurmendi no sólo era un racista peligroso, sino que además daba la espalda a los socialistas por lo que consideraba una política insensata de inmigración.

Así las cosas, pronto cayó la temible acusación contra Azurmendi. ¡Es que se ha vuelto del PP! No hay peor insulto ni vergüenza que ésta. Los que procedentes de la izquierda, como Azurmendi y yo mismo, como mi gran amigo Gabriel Albiac, o el controvertido pero no por eso menos noble y brillante Federico Jiménez Losantos, el iconoclasta Fernando Sánchez Dragó, el erudito Jon Juaristi o el genial Albert Boadella, hemos llegado a la conclusión de que la democracia liberal, y por tanto el antisocialismo, es la patria de todo demócrata y hombre libre, no tenemos perdón. Al socialista Sartori ya le llaman fascista por los pasillos de Ferraz quienes jamás le han leído. Y todos los que no se arrodillan ante el gran becerro de contrachapado del buenismo progresista que ha erigido la tropa del socialismo izquierdista no debieran esperar más que insultos y el ostracismo humillante. El caso de Azurmendi fue sonado. Por si alguien albergaba dudas sobre el carácter perverso y derechista del individuo, éstas quedaron pronto disipadas, porque en su defensa salió el odiado traidor de la causa que es Enrique Múgica Herzog, ese criptoderechista que se hizo pasar toda su vida por socialista y se quitó la careta al aceptar el cargo de Defensor del Pueblo que le ofreció el otrora presidente del gobierno del Partido Popular, nada menos que el hombre más odiado. Sí, ése, están en lo cierto: José María Aznar.

Tremendo e imperdonable. Dos traidores a la izquierda atacaban juntos a ese sagrado concepto de la bondad universal que es el multiculturalismo. Según sus

defensores —ahíto de tanta bondad en sus intenciones— es la gloriosa fórmula para que coexistan en armonía y jovialidad diversas culturas foráneas y autóctonas en una misma sociedad democrática. Todos los grupos sociales han de cultivar sus costumbres y ritos ancestrales en el más profundo respeto y la absoluta equiparación e igualdad entre ellos. Es decir, por dar un par de ejemplos: que el rito zulú de llamada al espíritu reciba la misma atención y respeto que la misa católica; o que los musulmanes reciban menús especiales en los colegios —mientras se niega lo mismo a los celiacos—. Las graciosas tradiciones de todos los que quieran llegar a la gran fiesta de la bondad universal de la España zapaterista tendrán aquí sustento y ayuda para fomentar sus costumbres, aunque sean radicalmente opuestas u hostiles a las costumbres nuestras e incluso a nuestro ordenamiento jurídico. Porque al fin y al cabo nuestras tradiciones y hábitos son producto de una cultura tan casposa y reaccionaria como es el cristianismo, y deben ceder espacio, tiempo y dinero a culturas exóticas y coloristas que harán de nuestra vida un permanente mercadillo de alegría adolescente.

Pero, ¡ay!, racistas como Azurmendi y Múgica querían impedir la regulación de todos los inmigrantes que vinieron o quieren venir y, además, asimilar a nuestras costumbres y leyes a los regularizados. Quieren atentar contra los derechos de todos los desfavorecidos que desean colaborar a hacer esta sociedad multicolor en la España del socialismo bueno. Eran los tiempos en los que Caldera promocionaba por el mundo las bondades, la infinita hospitalidad y las reservas ilimitadas de nuestro país para acoger a todos los que quisieran instalarse en España a gozar del bienestar y la libertad que los socialistas construían para todos los pueblos del mundo. Azurmendi, un vasco tan duro en sus convicciones como lúcido en su análisis, que como antropólogo había estudiado mucho y bien este fenómeno de la inmigración, aquí en España y en el exterior, advertía sobre los efectos culturalmente devastadores, socialmente explosivos y demenciales en materia de seguridad que suponía la senda emprendida por la tropa de insensatos del gobierno socialista. Y así lo dijo y así le fue.

Hoy los españoles pueden comprobar por sí mismos que Azurmendi no andaba lejos de la verdad. Así es. Precisamente por eso lo quisieron linchar los pelotones mediáticos del amanecer: porque está prohibido exponer verdades que entren en conflicto con la realidad inventada de la secta; porque todos ya son Zapatero, ese adolescente mediocre y obstinado que sigue creyendo que su voluntad modifica la realidad siempre y cuando él quiere. Esta enfermedad intelectual, no es otra cosa, la pagó en su día Azurmendi, pero hoy la estamos pagando ya todos, cada uno a su manera.

Seamos serios: todo es un inmenso rascacielos de mentiras que ha construido la izquierda sectaria sobre cimientos de bondad retórica. Como era previsible, se resquebrajó pronto y hoy amenaza con colapsar sobre nuestras cabezas. Desde luego ya nos están cayendo los primeros cascotes grandes desde las alturas. La izquierda

tiene serias dificultades para ofrecer conceptos económicos y políticos distintos a los que aplica la derecha y que en el pasado fueron suyos. Lo hemos visto cuando Europa, Washington y Pekín han tenido que conminar a Zapatero a dejarse de idioteces y emprender una reforma laboral y un recorte de gastos que para nada quería aplicar. El socialismo no tiene soluciones económicas salvo las que pueda copiar a la derecha. Pero tampoco tiene soluciones para problemas como la inmigración, a no ser un suicidio colectivo como el «papeles para todos», que en su día fue bandera de la alegre muchachada izquierdista. Nadie dude de que acabaría dinamitando economía, convivencia y seguridad y este país se sumergiría definitivamente en el caos.

Si es una mala broma que esta izquierda considere «franquista» el intento de valorar el rendimiento de los alumnos en los colegios, y grotesco que apueste por supuestos derechos colectivos de comunidades étnicas —como quienes consideran incuestionable determinación histórica la supremacía nacionalista en Euzkadi o Cataluña—, es aterrador comprobar cómo se lanzan a la alegría juvenil en el trato de un fenómeno tan serio como la inmigración e integración. Malo es el faldicortismo en la presentación de cuestiones graves, que es una característica de estos púberes abanderados de la bondad a costa de otros, porque muchas veces tenemos la impresión, me temo que cierta, de que se alimentan directamente de lo que podríamos llamar «fuentes intelectuales» del movimiento okupa. Los antisistema en el gobierno.

Azurmendi tiene razón. La falta de adaptación o, más aún, la falta de voluntad de adaptación de los inmigrantes a las leyes, reglas y normas sociales de la sociedad anfitriona es, a medio plazo, una bomba de relojería en la línea de flotación de la democracia, el pluralismo y la sociedad abierta. El multietnicismo ha sido, es y será una realidad en España que a nadie inquieta. No así el multiculturalismo.

Se puede discrepar de las tesis de Giovanni Sartori en su libro *La sociedad multiétnica*, tan denostado por quienes creen que son las sociedades libres las que tienen que ceder ante las culturas de aquéllos a los que la miseria o la violencia incita a migrar. Pero existen certezas difíciles de rebatir. La primera es que la sociedad democrática que otorga el derecho fundamental al individuo es el modelo de convivencia que genera más bienestar, más dignidad y más libertad que cualquier otro. La segunda es que permitir que en su seno se generen células de culturas extrañas, que no actúan según los mismos principios y se rigen por códigos étnicos, religiosos o tribales, supone una amenaza para el propio sistema. Sea el secuestro del voto por parte de clérigos en una comunidad musulmana, o el ejercicio de la violencia, intimidación o desprecio de los derechos humanos en otros colectivos culturales cerrados, son infinidad los argumentos en contra de la aceptación y aún más del fomento de guetos culturales. Ni todas las culturas, ni todas las ideas, ni todas las costumbres son igualmente aceptables. Muchas son enemigas de la dignidad y la libertad.

Las democracias occidentales han creado mecanismos de autocorrección de los

que carecen otras culturas. Ahora tienen el reto de integrar a gentes de culturas lejanas cuya llegada es necesaria pero genera problemas. El racismo lo generan quienes los ignoran, no quienes los señalan. Quienes vienen como inmigrantes lo hacen porque sus sociedades son incapaces de otorgarles una vida digna. Pero no podemos tolerar que intenten crear en el interior de nuestras sociedades abiertas otras cerradas que reproduzcan los sistemas fracasados, corruptos y totalitarios de los que huyeron. Los pueblos europeos han luchado mucho durante siglos por esta forma de vida, por esta sociedad abierta a la que acuden los inmigrantes voluntariamente. En los clubes se aceptan todo tipo de caracteres, pero siempre que cumplan las normas internas. La corrección política tiende a generar pensamiento débil. Pero no podemos dejar que, embriagada de amor, nos hunda en el caos al fomentar la dejación de la sociedad abierta en favor de la tribu.

IRRITACIONES PARA EL CAUDILLO

En el otoño de 2010 el Partido Socialista, durante casi una década una auténtica piña en torno a su César Visionario, había entrado ya en situación de pánico. Los indicios de cambio de ciclo cuando no de descomposición se multiplican. El desafío de Tomás Gómez en las primarias para la candidatura en la Comunidad de Madrid acababa con una desautorización total a Zapatero, cuya candidata Trinidad Jiménez era derrotada pese al masivo apoyo del aparato de Ferraz. Mientras subía de nuevo el paro, se disparaba la alarma sobre la deuda española y los periódicos amigos publicaban noticias que ampliaban sin cesar la horquilla de los sondeos entre PP y PSOE. Con todos los proyectos prometidos a la ciudadanía hundidos en el fracaso total, los socialistas esperaban las elecciones de la primavera en comunidades autónomas y municipios para ver las dimensiones de su derrota. Zapatero sigue obsesionado en aferrarse al despacho, apostando por un final negociado de ETA como sea para resurgir como pacificador de España. Y también en su espera ilusionada a una recuperación económica más que improbable. Pero el partido ha dado la primera muestra de reacción tras diez años de silencio soviético.

Los socialistas —incluidos sus órganos directivos— se enteran ya regularmente por su periódico de lo que ha decidido su jefe. Como en Moscú a partir de 1934, después de la muerte de Kirov, y como le pasa al Partido Comunista en Cuba, que lleva una década sin organizar congresos. Todo lo que haya que saber se comunica por medio del *Pravda* o el *Granma*, —por e-mail, sms, parte radiado o diario de la mañana—. También los candidatos a puestos públicos o cargos regionales. Más allá de la desaparición de los socialistas como organización de debate interno y su conversión en aparato piramidal de funcionarios obedientes por devoción, interés o miedo, tiene interés sociológico ver cómo los nombramientos de ministros y en su día la reactivación de José Bono, el gran comulgante por excelencia, generaron tan poca individualización, como si hubiera sido una emulación de la *Biografía de robots* de Norman Manea. Apiñados todos en torno al caudillo mostraron, justito, justito, el mínimo carácter necesario para dar credibilidad a su entusiasmo en la sumisión. Con esta estructura ya plenamente impuesta se presupone a todo buen soldado que pierda el mínimo pudor en sus defensas de mentiras insólitas, obscenas manipulaciones y perversiones del lenguaje y la negación obstinada de realidades palpables. Una vez que, en el relativismo absoluto en el que toda la realidad puede ser interpretada y reinterpretada, queda marcada «la verdad del momento» y el «todo vale». Sus críticos han de ser descalificados, liquidados política y civilmente, la desviación ha de ser perseguida de forma implacable. No se admiten tibiezas. Porque la lógica de poder impuesta por Zapatero dentro del partido es, sin duda, la que quiere imponer a la sociedad si tiene ocasión con una tercera legislatura. Y si las amenazas e

intimidaciones dentro del partido han tenido el éxito del que Zapatero presume y muchos socialistas se avergüenzan (eso sí, en silencio o en la intimidad), nadie dude de la voluntad de aplicarlas también en aquellas comunidades del Estado en las que todavía existe resistencia.

Por eso un partido como el socialista puede permitirse mascaradas como la organizada en su día en Ermua con motivo de un homenaje a Miguel Ángel Blanco, que se convirtió en vergonzante espectáculo por culpa del alcalde socialista, más obsesionado con no molestar a los etarras que negociaban con Zapatero que en honrar al concejal asesinado. Fue un desprecio a la víctima, a su familia y al partido del que era miembro cuando murió, y también causó irritación en los socialistas españoles. Pero en ningún momento hubo el menor atisbo de protesta por parte de los órganos del partido, perfectamente autocastrados en la irrelevancia. Todos sumisos al Gran Timonel. Las únicas protestas fueron de los socialistas ya represaliados en purgas pasadas para su escarmiento y advertencia a otros tras la llegada a la dirección de Zapatero. En aquel triste suceso fue paradigmática la triste conducta del otrora digno Carlos Totorica. Ante el dilema optó por la sumisión y el cargo. Es perfectamente comprensible, además de ser la suya la conducta más generalizada. ¿Por qué iba a ser él el valiente si era el que más tenía que perder?

Sin embargo, estas conductas tristes son ya lo de menos. Las hay mucho peores por su celo en la militancia sectaria, como han demostrado en el Parlamento Europeo. Pero más allá de la catadura de su guardia pretoriana, el problema está en la ruptura del lenguaje común habido —y lo hubo por mucho que mientan hasta que Zapatero llegó al poder en el PSOE— entre los demócratas españoles. Ya han conseguido que no podamos entender lo mismo porque los contenidos de las palabras socialistas fluyen según el interés inmediato del caudillo de León. Eso sí, los socialistas han logrado un fluido diálogo con enemigos del orden constitucional español dentro y fuera. Porque hablan el mismo idioma y porque, por desgracia, tienen muchos intereses comunes que no son sólo tácticos, sino estratégicos a largo plazo. Sabemos, por ejemplo, que Francia tiene documentación de la coordinación de intereses varios entre los socialistas y ETA. Es un consuelo que los tenga alguien decente. Tarde o temprano los tendremos nosotros o, al menos, los historiadores en el futuro. Entonces, estoy seguro, salvo que este mundo se hunda definitivamente en la ciénaga de la mentira, el juicio sobre la secta de Zapatero no será muy complaciente. Muy siniestra tendría que ser la historia para absolver a este personaje que compite con Fernando VII en la carrera por el liderazgo en felonía en la historia de España.

Pero sigamos hablando de mentiras en esta peculiar forma de pervertir la historia de nuestra secta. Conmovedora fue la orgía de hipocresía y doble baremo que el socialismo nos organizó en su día con la muerte del que fuera presidente del Comité Olímpico Internacional, además de muchas otras cosas, Juan Antonio Samaranch. Enternece el zapear por las cadenas amigas de la secta socialista del gobierno, que se disputaban literalmente el liderazgo en una especie de campeonato de obituarios

olvidadizos. Los panegíricos —discursos o composiciones poéticas de tono solemne en los que se alaba a una persona de gran relevancia, como un héroe, un santo o un poderoso, según el diccionario— por Samaranch no tenían fin. Héroe, santo o poderoso o las tres cosas a la vez ha sido para nacionalistas y socialistas este español longevo que tuvo una vida completa, consumada y feliz, siempre arrullado por la suerte, el bienestar, sus habilidades y el poder. Tuvo este hombre sin duda extraordinario una existencia que ha sido un lujo. Descanse en paz. Sus méritos a favor de España, desde su embajada en Rusia a traer los juegos Olímpicos a su ciudad natal, Barcelona, están siendo recordados sin cesar y con mucha razón. En Cataluña las necrológicas adquirirían ya ese tono edulcorante y pastoso tan propio del nacionalismo.

Pocos, sin embargo, entre los grandes creadores de loas de urgencia a pleno rendimiento, nos hablaban de Samaranch como alto cargo de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS. También entonces él pensaba que servía a España con Franco, como después sirvió tan bien al socialista Pascual Maragall a transformar y modernizar totalmente la ciudad de Barcelona gracias a los Juegos Olímpicos. Entre 1955 y 1962 fue concejal de Deportes en Barcelona, y de 1966 a 1970 delegado nacional de Educación Física y Deportes, en plena dictadura franquista, de cuya élite fue un miembro destacado en Cataluña. Asimismo fue procurador en Cortes de 1967 a 1977 y presidió la Diputación de Barcelona entre 1973 y 1977, hasta su nombramiento como embajador en la Unión Soviética. Es decir, que con ese pasado parece un terrible despiste del juez Baltasar Garzón que no lo pusiera en su famosa lista, cuando era obvio que Samaranch vivía mientras todos los demás buscados estaban ya en el más allá.

Curioso lo olvidadizos que son los de la memoria histórica cuando les conviene. Y qué bonita ironía que mientras todos los medios socialistas ensalzaban a este falangista de postín durante la dictadura, el vicepresidente del PSOE arremetía contra el Partido Popular en el Parlamento por «apoyar a la Falange», en el caso de la prevaricación aún presunta y múltiple, contra el juez Garzón. Ese juez cuyos defensores no hacen sino repetir por todo el mundo la mentira de que es juzgado por antifranquista o adalid en defensa de las víctimas de la Guerra Civil, y no por prevaricación y por sospechas de complicidad pecuniaria con algunos encausados a los que salvó del juicio. Curioso país éste, donde las instituciones gubernamentales hacen causa común con un juez encausado y lanzan una campaña de difamación contra los jueces de los más altos tribunales del Estado. Resulta que la Falange de hoy, que serán cuatro gatos, supongo, pero al fin y al cabo ciudadanos como todos los demás y con sus mismos derechos, no pueden pedir justicia a secas. ¿Se les quiere privar de los derechos por lo que piensan? ¿Con lo exquisitos que somos en los derechos de los etarras y asesinos de menores?

Con esta muchachada de la secta socialista no sólo se ha perdido el norte moral, sino también las más elementales de las formas. Grotesco este país donde el

presidente del Congreso, ese gran mago inmobiliario que es José Bono, retrasa un acto oficial porque está ocupado en mostrar su entusiasta solidaridad con un juez inculpado en tres casos. Y por supuesto a sabiendas de que lo que hace es presionar a los jueces que han de juzgar a Baltasar Garzón por sus incontables irregularidades contables. Es el juez que veía amanecer y siempre llega tarde. Tan tarde llega a veces a ver tantos papeles pendientes que se le van de rositas unos narcotraficantes. Y tarde llega, desde luego, a un caso que ha reposado en un cajón de su despacho a la espera de Dios sabe qué. El caso Faisán, esa ignominia, ya no está en manos de un juez que probablemente deje de ser juez. Pero tarde, como siempre, porque debió dejar de serlo mucho antes. Bono fue, por supuesto, el primero en hacer una apología incontinente de la figura de Samaranch, una loa de esas tan pringosas e hipócritas en las que nuestro eterno seminarista/socialista/millonario es un auténtico campeón.

Quede claro mi respeto por el señor Samaranch y su trayectoria, por su posibilismo y adecuación a los tiempos que hicieron posible esta biografía. Como ha de quedar claro mi respeto por tantos hombres y mujeres que lograron, desde dentro y fuera del pasado régimen, una transición pacífica a la democracia. Y muchos que, dentro y fuera del régimen, actuaron con dignidad y decencia, en consonancia con sus ideales. Pero tiene gracia que los que ahora agitan el fantasma de la Falange cuando no es nada, se olviden u oculten que Samaranch fue lo que fue en la Falange. Que fue mucho lo que fue. Y que lo fue cuando la Falange sí que lo era todo. Es la hipocresía permanente de la secta y de quienes han medrado con ella sin pertenecer a su núcleo, por generación o afinidad, como es el inefable presidente Bono.

GRAMSCI EN EL CIELO

La fe insana en el determinismo histórico y la fobia ansiosa contra todo lo religioso han sido de las características más arraigadas en estos socialistas que, de una forma u otra, siempre acaban demostrándonos su simpatía por aquellos grupos de militantes, más que milicianos, que incendiaron conventos e iglesias desde el primer día de la llegada de la República. Todos tienen, curiosamente, un pasado de resistencia dentro del colegio religioso que viene a ser como las leyendas de resistentes antifranquistas que se han construido muchos de los líderes socialistas para sí mismos y para sus padres, el primero de ellos Zapatero. Entre tantos fracasos que ha cosechado la secta de zapatero en estos años de gobierno hay que reconocerle algún éxito más allá de haber logrado reabrir heridas profundas en nuestra sociedad. La agitación al odio a la Iglesia ha sido, sin duda, uno de ellos. En cuanto se rasca un poquito les sale a todos la satisfacción ante cualquier desgracia de la Iglesia y de sus miembros. Es una satisfacción que también les produce el recuerdo de la quema de conventos y profanaciones, que no dejan de considerar una justa represalia por los desmanes de la Iglesia. Al evocar se les intuye en la mirada el estribillo de «Si supieran los curas y monjas, la paliza que les vamos a dar».

Entre los personajes más siniestros de la tropa de entretenedores que han arropado al zapaterismo —algunos ya de retirada— destaca la novelista Almudena Grandes, que es especialmente franca al revelarnos sus íntimos deseos y pasiones. Si un día nos confesaba que le encantaría fusilar a algunos de los que escribimos en la prensa y que no siempre estamos de acuerdo con ella y con la impecable historia humanista de los comunistas en nuestro país, al siguiente disfruta imaginando la violación de una monja a manos de sus aguerridos compañeros en la aventura por conquistar en este mundo el paraíso de la hermandad absoluta. Hermandad absoluta previa violación y liquidación de quienes no quieran confraternizar rigurosamente, por supuesto. Quizás también haya soñado esto. Tiene una sensibilidad consumada e infinita para conmoverse con el lloro de un niño republicano o el trino de un ave —si está en la jaula de un obrero con conciencia de clase—, pero sospecho no se conmueve por las decenas de millones de muertos que causaron sus correligionarios en todo el mundo.

Los muertos de Katyn le emocionarían cuando aún se mantenía a duras penas la mentira de que fueron asesinados por Hitler. Seguro que al saber que los había matado Stalin bajaron varios enteros en su estimación. La buena novelista forma curiosa pareja con el buen poeta García Montero, que parece haber abandonado mucho su tarea creativa para dedicarse en cuerpo y alma a convencer a los ciudadanos de que no existe tarea más importante para los españoles del siglo XXI que buscar los huesos de García Lorca, en contra de la opinión de la familia del poeta

asesinado en 1936. Ha derrochado en ello casi tanto empeño como el patético irlandés Ian Gibson, este historiador al que nadie toma en serio fuera de nuestro país y que aquí ha conseguido encontrar, en el resentimiento y el revanchismo de la secta zapaterista, una vía de financiación inagotable para su vida parasitaria. Gibson es lo que se llama un gorrón de manual, que ahora, en 2010, ante el riesgo de perder el chollo con el hundimiento del zapaterismo, hace encendidos llamamientos al frentepopulismo para frenar a la derecha, al fascismo, por supuesto. El irlandés es uno de los consejeros áulicos del equipo de generación de odio que funciona por encargo de La Moncloa, pagado con dinero de todos los españoles. Y es uno de los máximos exponentes del movimiento puesto en marcha por Zapatero para equiparar a la oposición con el franquismo. Todo para exigir su deslegitimación y su marginación en el nuevo régimen con el que sigue soñando Zapatero, una vez «superada» esta democracia imperfecta fruto de un compromiso de la izquierda débil y el franquismo protegido por las bayonetas, en ese proceso que llamamos transición.

Así, en el glorioso renacer de la impoluta República, el frente popular sería el Estado, las tareas parlamentarias comenzarían a tener la relevancia que les otorgaba Largo Caballero, es decir ninguna, y Zapatero habría cumplido el sueño y la promesa a su abuelo Lozano, de no cejar hasta ganar la Guerra Civil setenta años después de acabada.

El presidente del gobierno siente la misma fobia hacia la Iglesia que la partisana novelista que quiere fusilar periodistas y ver violadas a las monjas. Está claro que la Iglesia es un enemigo y todo lo que se haga por ridiculizarla a ella y a los creyentes es poco. Los que creen en Dios son unos perfectos gilipollas y quienes dedican su vida a esa creencia en la trascendencia religiosa, unos psicópatas peligrosos a violar, domeñar, encarcelar o fusilar. A mí, hasta en mis épocas de absoluta indiferencia frente al fenómeno religioso, siempre me dieron pena quienes sólo tienen odio como respuesta a la gran interrogante de todo ser humano que perciba el vértigo de la existencia, la vocación de trascendencia y el amor como valor supremo y vínculo entre el hombre y un creador. Y no me tortura que se automutilen tantos si no exigen la automutilación obligatoria. La izquierda, que desde su creación no ha querido otra cosa que sustituir a la Iglesia y los poderes totalitarios que tuvo hace siglos, sólo ha logrado ser Iglesia totalizadora donde se impuso sobre millones de muertos. Porque el comunismo ha matado más en una sola década que la Iglesia en dos mil años. Y hoy la izquierda ya no puede ser Iglesia si no ha quedado reducida a capillita o a secta, como aquí sostenemos.

Reacciona especialmente irritada ante la gravedad de la Iglesia católica. Por eso cultiva sus relaciones y muestra su simpatía hacia otras confesiones u otras religiones, como la musulmana, que considera enemigas de Roma y por tanto amigas. Y su irritación es máxima cuando se producen casos espectaculares de apostasía de su mezquina Iglesia del odio de clase hacia la Iglesia de Roma. Ahora resulta que nuestro querido, teórico marxista y fundador del Partido Comunista Italiano, Antonio

Gramsci, al final de su vida creyó en Dios. O algo parecido. Adiós a la dialéctica, adiós a los camaradas, adiós a la fe perruna en la vida perruna limitada por el tiempo. El Ser volvió a ser algo para el Gramsci del final. Cosas veredes, nazis, comunistas, fanáticos del ateísmo, totalitarios en la adoración de la fechoría pequeña del hombre. Gramsci, uno de los grandes héroes para todos los que creímos algún día en hacer del mundo una tortilla maravillosa rompiendo huevos, huesos, cabezas, familias, sociedades y patrias, acabó su vida —a los cuarenta y ocho años, más corta que la mía—, con una mirada confiada en un «nuevo episodio». Eugenio Trías hablaba maravillosamente de ello en una magnífica tercera de *ABC*. No hay que ser católico ni comunista para emocionarse con esta anécdota. No es otra cosa, pero Gramsci ha sido especial para nosotros como habitante especial de la jaula de fieras que fue el movimiento comunista internacional.

El alemán Radek, todos los rusos, nuestro Dimitrov búlgaro, o el salvaje Bela Kun, eran monstruos de otra especie. Los italianos Gramsci y Togliatti —y Berlinguer al final de la historia siniestra— eran nuestros chicos de cara amable. Resulta que Gramsci murió creyendo en la Madre Maravillas. Un hecho luctuoso sin duda para los que odian todo sentido religioso que vaya más allá de la fe perruna en el determinismo histórico. Habrá mucho desencantado. Habrá quien quiera sodomizar a Gramsci por ello. Quizás Almudena Grandes le mande algunos de sus aguerridos milicianos. Pero a los demás, creyentes o no, nos queda esa suave complacencia con lo que Gramsci nunca escribió en vida pero gozó en su lecho de muerte. Y que nos hace valorar mucho más a este hombre que, según se ve, nunca dio por cerrada la aventura de la búsqueda de la verdad. Hechos como éste hacen sentir aún más pena por los automutilados del odio que lo saben todo y se han explicado ya todo y tienen una visión tan chata de la vida humana como para no ver la divinidad en ella.

La izquierda ha tenido muchas veces este tipo de casos de apostasía que tanta irritación generan en sus filas. Los socialistas españoles, bajo la secta definitivamente lanzados en la carrera del odio contra todo sentimiento de lo sagrado y especialmente contra la Iglesia católica, han tenido su especial debacle con Mercedes Aroz. Esta destacada militante del PSC —el partido socialista catalán, que con su organización independiente del PSOE y su grotesca deriva nacionalista revela claramente los planes socialistas para el futuro de España— saltó a la escena pública tras sus discrepancias con su grupo por la ley que permitía el matrimonio homosexual en 2005. Fue una de las primeras leyes elaboradas con el fin de enfrentar a unos españoles contra otros. Cuando existía un perfecto consenso para una ley de parejas con los mismos derechos y deberes, la introducción del término «matrimonio» se realizó con el único fin de herir los sentimientos de los millones de españoles que creen en el matrimonio como un sacramento. Fue uno de los primeros pasos para reabrir el enfrentamiento entre las dos Españas iniciado por el presidente del gobierno, el único en democracia que se proclamó líder de una de las dos partes en litigio durante la guerra con su declaración: «Yo soy rojo». Aroz ya no quiso

participar en aquella ofensiva gratuita contra los españoles creyentes y contra la Iglesia católica. Más tarde anunciaría que dejaba la política. Había sido en 2004 la senadora más votada de la historia de España, sólo superada después por el senador del PP Pío García Escudero. Decidió dejar su actividad política tras su conversión al catolicismo, algo que, según dijo, se produjo en las postrimerías de la legislatura. Explicó que su cambio fue un proceso que duró varios años. «Mi actual compromiso cristiano me ha llevado a discrepar con determinadas leyes del gobierno», dijo en ese momento para justificar su salida de la vida política.

Dos años más tarde abandonó también el partido socialista, tras treinta y tres años de militancia y de haber sido cofundadora del PSC. La gota que colmó para ella el vaso fue la nueva legislación sobre la ley del aborto. Aroz fue muy contundente al explicar su ruptura con el gobierno y con su antigua ideología: «Mi convicción es que cristianismo y socialismo no son compatibles». La histórica dirigente del Partido Socialista explicó que, en su opinión, «el socialismo tiene valores positivos en el ámbito de la justicia social, pero se basa en una concepción materialista del ser humano, y la persona y su dignidad no están en el centro del proyecto; lo están una serie de valores colectivos, está la ideología». Por ello dijo que «cuando el socialismo pone en juego en la acción política y legislativa su sistema de valores sobre dicha concepción del ser humano, la incompatibilidad del cristianismo con esta ideología se manifiesta con toda claridad, y hace imposible la colaboración con su proyecto». En una intervención que se entendió como dirigida a políticos que se declaran públicamente católicos y que militan en el PSOE, como José Bono o José Blanco, Aroz afirma que «el político católico debe ante todo representar y defender los valores fundamentales del ser humano, siendo signo y salvaguarda de la trascendencia de la persona». «Sin respeto a los derechos y libertades fundamentales no existe un verdadero orden democrático», sentenció.

Mercedes Aroz se afilió al PSOE en 1976 proveniente de la Liga Comunista Revolucionaria. En el PSC formó parte de su dirección política durante dieciocho años, y estuvo dieciséis en el Comité Federal del PSOE. En 1986 fue elegida diputada por Barcelona y estuvo en el Congreso durante cuatro legislaturas. También fue senadora dos legislaturas. Cuando anunció su conversión al cristianismo, Aroz dijo: «He querido hacer pública mi conversión para subrayar la convicción de la Iglesia católica de que el cristianismo tiene mucho que decir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, porque hay algo más que la razón y la ciencia. A través de la fe cristiana se alcanza a comprender plenamente la propia identidad como ser humano y el sentido de la vida». Igualmente, subrayó que «la libertad religiosa reclama el respeto y un reconocimiento positivo del hecho religioso frente a un intento de imponer el laicismo radical». La salida del Partido Socialista de esta histórica del socialismo catalán pasó, por supuesto, prácticamente inadvertida por la batería de los medios de la izquierda. Sin duda habrían hecho correr ríos de tinta si doña Mercedes se hubiera convertido al islam.

PAGAREMOS EL PASADO Y EL PRESENTE

«Ahora se trata de pagar por el pasado. [...] Pagar en todos los sentidos. Pagar por la demencia de los días de marzo, por la demencia de Octubre, por las autonomías nacionalistas traidoras, por la desmoralización de los trabajadores. Habremos de pagar la factura». Esto lo decía Mijail Bulgakov el 26 de noviembre de 1919 en un periódico local de Grozni, una oscura y siniestra ciudad del norte del Cáucaso que, como todos los que allí han vivido esta última década bajo el actual presidente de Rusia, no habían tocado aún el fondo de su abismo de sufrimiento.

Muchas décadas después, en 2007, Vladimir Putin orchestra un homenaje, el primero por su parte, a las víctimas de Stalin con motivo del LXX aniversario del principio de la gran oleada de terror que lanzó el dictador en 1937. Destruído el partido, desautorizados y neutralizados todos sus órganos de control y decisión, liquidados sus principales rivales —Kirov tres años antes, Bujarin en la cumbre de los juicios farsa en 1937 y 1938— el salvajismo de la represión estalinista alcanzó sus cumbres y el terror pasó a ser el principal motor de la conducta social de la época. Este terror total en el que la denuncia del prójimo era la mejor —pero siempre trémula— probabilidad de sobrevivir a la denuncia ajena, está tan maravillosa y estremecedoramente descrito en la gran obra de Bulgakov *El maestro y Margarita*, como en esa inmensa novela de Vasili Grossman que es *Vida y destino*, el *Guerra y paz* del siglo xx, desenterrado, como las cartas de Bulgakov, de las mazmorras para manuscritos de los archivos de la Lubianka, del KGB, del NKVD, de la OGPU y todas las organizaciones de la cheka.

Del mismo modo que el Holocausto —el proyecto hitleriano alemán finalmente no consumado de la definitiva extinción de la raza judía— es único en su abismal y terrible calidad, también es única la penetración de la cultura del terror total que se produjo en la Unión Soviética. Tuvo siete décadas para cincelar la sociedad, los hábitos y la conducta de comunidades e individuos. En el reino del terror y la mentira, en la graduación del miedo y su combinación con otros sentimientos, los comunistas han tenido muchísimo más tiempo que los nazis y los fascistas para experimentar. Grossman era un joven periodista soviético, judío, culto y sensible cuando escribe su gran *Stalingrado*, rebautizado después como *La causa justa*. Ya entonces es un hombre en revuelta contra el miedo, la desidia y la falta de humanidad. Con su testimonio en *Vida y destino* alcanza la altísima cumbre de la novela rusa. Tanto él como Bulgakov describieron muy bien hace décadas lo que ha hecho en estos últimos años este hombre que no puede presentarse a la reelección, pero que como primer ministro sigue siendo el único poder central y total en Rusia después de las elecciones. La llamada al fervor patriótico fue el arma de Stalin para

movilizar, consolar e intentar inmunizar frente al horror a sus masas cuando Hitler rompió en 1941 el pacto de asesinos firmado dos años antes.

El pequeño chequista —miembro del KGB— que fue Putin honraba así —rodeado por popes de la Iglesia ortodoxa rusa— a las decenas de miles de asesinados en el Butovsky Poligon, una más de las localizaciones de la muerte sistemática que el régimen comunista implantó por todo el inmenso país y que nadie como Solzhenitsyn ha sabido describir. Putin ha sabido imponer el miedo de acuerdo con las condiciones de los tiempos actuales, utilizando sus recursos frente a los enemigos internos y externos. Ha tenido éxito. Quien se opone a su voluntad sabe que por ese mero hecho se pone en riesgo. El homenaje de Putin a los muertos por Stalin parece, por tanto, mucho más una cruel advertencia a sus adversarios que un luto por las víctimas de un sistema de terror que el presidente aprendió de joven y es su principal elemento de gobierno. Bulgakov, Grossman y Solzhenitsyn fueron genios muy distintos. Pero todos eran desesperados luchadores por la libertad de la conciencia del individuo y obcecados enemigos del miedo. Putin nunca será, con popes o sin ellos, miembro de esa maravillosa escuadrilla, tan sola, tan desamparada, de almas libres del espíritu ruso.

Sin embargo, fíjense en que independientemente de las circunstancias históricas de cada cual, los mecanismos de poder de Stalin y Putin fueron los mismos: la devaluación de los órganos de control del partido a meras cajas de resonancia de las decisiones del líder, sumisos y acríticos; la dosificación del miedo frente a los discrepantes y a los poderes políticos o económicos; la amenaza y utilización de la represalia; la utilización del aparato del Estado contra la oposición; la descalificación y el linchamiento social de los críticos; el culto a la personalidad; la mentira y la apariencia como principal instrumento de la labor política. Como podrán ver si repasan todos estos puntos, son perfectamente aplicables a la política de Zapatero desde su llegada a la dirección del Partido Socialista. Con esto no decimos que Zapatero vaya a utilizar los métodos de Stalin, como tampoco los utiliza Putin. Le es suficiente con los necesarios y posibles en las actuales circunstancias históricas. Tampoco vamos a especular sobre los métodos que hubieran utilizado Putin y Zapatero en las condiciones históricas en que gobernó Stalin. Lo que sí vemos claramente es un paralelismo en la falta de escrúpulos en el uso y abuso de poder. Y el claro denominador común de los tres de basar su poder en la mentira y la intimidación.

No seamos ilusos. No se ha acabado el tiempo del aventurerismo de esta secta que nos gobierna desde hace siete años. Todos los que vimos el peligro desde el primer momento fracasamos estrepitosamente en nuestros intentos de hacernos oír. Quizás por haber buceado en la historia de los desmanes estábamos más avisados y creíamos posible lo inimaginable. Desde un principio nos hemos enfrentado a quienes, por pura lógica, consideraban imposible lo que después ha sucedido. Los que consideraban que Zapatero podría ser un líder más o menos mediocre, pero que pasaría sin pena ni

gloría por la historia de la democracia española. Los que consideraban que todos los que anunciábamos no ya un peligro, sino un desastre, el desastre que ya se ha consumado, éramos unos exagerados o catastrofistas. Seamos francos todos los que, sincera y abiertamente, creemos que las dos legislaturas del presidente del gobierno socialista, José Luis Rodríguez Zapatero, es la época más nefasta, en lo humano, en lo moral, en lo económico, político y cultural, que hemos vivido los españoles desde el final de la dictadura. Aunque estemos convencidos de que no existe determinismo histórico alguno. Y otorgándole la duda de que quizás en otras condiciones, incluso gente de su triste calidad podría haber hecho algo constructivo, eficaz y beneficioso para los españoles, de no estar tan enfrentada a sus perversiones ideológicas y sus limitaciones personales.

No a muchos humanos les es dado el privilegio de saltar una vez en su vida por encima de su propia sombra y verse con toda crudeza en sus actos y sus consecuencias. Rodríguez Zapatero es probablemente de los menos capaces para ello, orgulloso prisionero de su sombra menor como pocos. Nadie le niega buena voluntad al comienzo de su inesperada e inverosímil singladura por el poder, por mucho que sólo se base en el sentimentalismo inmaduro de un personaje abrumadoramente incompleto y marcado por mil taras. Pero nadie debiera hoy ser capaz de defenderla cabalmente a la vista de sus resultados tan nefastos para la convivencia de la sociedad que juró defender; tan corrosivos y tóxicos para las instituciones y el sano fluir de las relaciones humanas que crean industria, economía, urbanidad y sociedad propia.

Nadie piense que el daño que se le ha hecho al tejido social, político y emocional bajo esta tropa de flautistas más o menos convencidos, más o menos bribones, más o menos canallas, vaya a ser reversible a medio plazo. Nadie crea que las encuestas que dan triunfador al partido de la oposición son el principio del fin, porque nuestra deriva continua y el poder socialista siguen intactos, por mucho que la descomposición del partido ponga ya en serias dificultades los proyectos de la secta. Seamos claros y sinceros con nosotros mismos, porque mucho nos importa lo que hay en juego, que es nuestra nación, la que queremos para nuestros hijos y nietos. Y no hemos sabido defenderla del asalto que llevó a cabo esta secta en su momento. No son unas decenas de miles de votos tornadizos o guardianos entre convocatorias electorales las que harán tornar una suerte de España que muchos creen haber logrado ya cambiar con artificios y transformaciones que ellos se prometen irreversibles, pero que son del todo injustificables, tramposos, ilegales muchos y generadores de pobreza, división, odio y parálisis.

El escritor checo Pavel Kohout escribía sobre la vida estelar de los asesinos. Aquí estamos aún en la hora estelar de los mentirosos y los insensatos. Esta aventura involucionista y liberticida ya nos ha dejado una España profundamente debilitada sobre la que se ciernen mil peligros, desde la pauperización a la marginación internacional, el incremento de la violencia o la abolición del imperio de la ley, quién sabe si muy gravemente peligrosa para la integridad física de los españoles. Hay

personajes como Bela Kun, un misionero convertido al comunismo y erigido en caudillo soviético en el caos de la Hungría de 1918, y otras tantas figuras que en el siglo xx desafiaron al sentido común, se aliaron con lo peor posible, despertaron los más bajos instintos, se entusiasmaron con la experimentación social y anunciaron grandes dichas siempre a cambio de terribles sacrificios. Todos hacen pleno honor a Zapatero y a toda su tropa de incalificables compañeros y cómplices en el desaguizado histórico presente. La subcultura socialista de Zapatero no sabe nada de Sergéi Kirov ni de nada que no sean ocurrencias propias. Por eso creen que lo inventan todo. A partir de la misteriosa muerte de Kirov, el partido dejó de existir como órgano de debate.

Cierto es que un candidato propuesto por Stalin no habría pasado el ridículo de Miguel Sebastián. Visto el capítulo de De Juana y el de Otegi, el nuevo de ANV y las conversaciones clandestinas con ETA, mi confianza en el Gran Timonel, presunto defensor de las instituciones del Reino de España, es muy escasa. Pero grande es mi decepción por el hecho de que los españoles no hayan respondido con la reacción necesaria a quien juega con nuestra suerte, dignidad y seguridad, para arrinconarlo en el triste lugar de la historia que merece.

RRECORDANDO A PRIMO LEVI

«Ha sucedido, luego puede volver a suceder». Esta advertencia de Primo Levi se refiere en particular al Holocausto, pero puede aplicarse a todos los desastres que el hombre se causa a sí mismo. Y desde luego a las renunciaciones inconscientes a la libertad en que tantas veces han caído las sociedades occidentales. En ese sentido, y recordando otra vez al filósofo irlandés Hume, hay que insistir en que las libertades nunca se pierden de golpe, sino en procesos graduales en los que los ciudadanos entregan poco a poco sus libertades y van renunciando paulatinamente a sus derechos ante poderes e ideologías que pugnan agresivamente por el control de la sociedad. Estos poderes pueden ser sectas radicales movidas por ideologías totalitarias viejas u otras nuevas como el fanatismo ecologista, que como una nueva religión implacable quiere imponer su voluntad y sus muy discutibles opiniones que convierten en verdades indiscutibles.

Sus armas contra sus adversarios son siempre las mismas de la intimidación, el insulto, la amenaza del descrédito, es decir, el miedo. Como todo movimiento con germen dictatorial son capaces de cualquier fechoría, siempre justificada por la bondad supuestamente incuestionable de sus fines. Por eso debemos estar alerta y recordar siempre el pasado nuestro y de otros pueblos para interpretar bien los signos de la actualidad, que muchas veces esconden las claves de uno de estos peligros larvados hasta que, por desgracia, muchas veces es demasiado tarde. Es, en este sentido, una tragedia nacional que los españoles no hayamos logrado establecer una cultura conmemorativa como tienen otras viejas naciones. Veo por eso siempre con envidia cómo polacos, británicos, norteamericanos e incluso alemanes y franceses recuerdan su pasado y a sus muertos en guerra. Porque la memoria limpia forja unión y fortalece en la humildad, al recordarnos nuestra vulnerabilidad, pero también en la determinación, al recordarnos a un tiempo las amenazas de la soberbia propia o ajena.

Uno de los días que muchos países recuerdan con la solemnidad que se requiere para transmitir el mensaje de trascendencia a las jóvenes generaciones es el día del asalto de la Alemania nazi sobre Polonia. El día 1 de septiembre de 1939 comenzaba la mayor guerra de historia de la humanidad con el ataque a Polonia de las tropas alemanas del régimen nacionalsocialista acaudillado por Adolf Hitler. Cuando terminó, el 14 de agosto de 1945, con la rendición del Japón imperial ante los Aliados, cuatro meses antes, en Europa, había caído Berlín. La guerra, que afectó de una forma u otra a los cinco continentes del planeta, había causado la muerte de más de cincuenta millones de seres humanos. Los heridos, desplazados, enloquecidos, viudas y huérfanos, las vidas quebradas en suma, son aún menos calculables.

La fecha del final de las guerras tradicionales con vencedores y vencidos suele estar bien definida por la firma de la rendición o armisticio. No así su principio. En la

mañana del 1 de septiembre de 1939 el acorazado alemán *Schleswig-Holstein* abrió fuego contra una pequeña guarnición polaca en la Westerplatte, muy cerca de Gdansk (Danzig), en la costa báltica. Horas después la inmensa maquinaria bélica alemana rodaba hacia el este bajo un cielo oscurecido por sus propios bombarderos y cazas. Es el momento comúnmente aceptado como el principio de la Segunda Guerra Mundial. Pocos recuerdan que en aquellos momentos el Ejército Rojo de Stalin comenzaba sus movimientos para ocupar toda la parte oriental de Polonia, hasta el río Bug. Y algunos no quieren recordar que lo que estaba sucediendo respondía a un acuerdo amistoso entre los caudillos de las dos grandes ideologías totalitarias que habían surgido en Europa durante el primer tercio del siglo xx. El 23 de agosto, el nazismo alemán y el comunismo soviético habían firmado un Pacto de Amistad cuyo primer objetivo era la repartición de Polonia entre ambos y la posterior ocupación soviética de los países independientes bálticos. ¿Comenzó por tanto la guerra cuando Hitler y Stalin acuerdan el 23 de agosto que el 1 de septiembre ocurriera lo que ocurrió? Evidente es que la firma del acuerdo de amistad y cooperación entre el nazismo y el comunismo, que duró casi dos años hasta el asalto de Hitler contra la URSS, dejó las manos libres al dictador alemán para arrasarse Polonia pese a la feroz resistencia polaca. Tardó la Wehrmacht en cumplir la misión unas semanas, poco menos que en ocupar Francia en 1940 en un paseo militar y expulsar a los británicos del continente por Dunkerque. No, la guerra tampoco comenzó con el Pacto Hitler-Stalin. Estaba en marcha en la práctica cuando muchos de los carros de combate y aviones que arrasaban Polonia aquel día, que actualmente se conmemora, aún no habían salido de las fábricas.

Un año antes, los días 22 y 23 de septiembre de 1938, Adolf Hitler recibió con pompa y respeto simulado en Bad Godesberg, cerca de Bonn, al primer ministro británico, Neville Chamberlain, para hablar de la entrega de la región de los Sudetes de la joven república de Checoslovaquia al III Reich. Una semana más tarde Hitler volvía a ser anfitrión de un encuentro que bien podrían calificar algunos, si no como el comienzo de la guerra, sí como condición imprescindible para que los acontecimientos siguieran el curso conocido, esta vez en la tristemente célebre conferencia de Múnich. Allí, el Führer ya trató al británico Chamberlain y al francés Daladier con abierto desprecio y les planteó un ultimátum. Los dos pacifistas —«*Peace for our time*», decía aún al regresar de Múnich a Londres el pobre Chamberlain—, hijos del trauma de la Primera Guerra Mundial, optaron por la traición y la deshonra para evitar a toda costa la guerra. Tuvieron las tres cosas, como les recordaría Winston Churchill. Ambos dieron a Hitler su consentimiento para ocupar al vecino en su ilusoria intención de aplacar al dictador alemán. Pocas maniobras políticas en la historia conjugan tan bien oprobio, cobardía y fracaso. Francia no dudaba en romper unilateralmente su pacto con Checoslovaquia para ganarse el favor de Hitler. Poco más de dos años más tarde, las tropas alemanas se paseaban por París mucho más cómodas y seguras que por Praga, la capital del

protectorado a que quedó reducida la república checoslovaca tras ser desmembrada, primero de los Sudetes y después de una Eslovaquia títere de Berlín.

¿Arrancó allí la tragedia? Con la misma autoridad se puede argüir que había comenzado meses antes, cuando todo el mundo aceptó que Hitler anexionara Austria en marzo de 1938. O con el primer gran éxito internacional de Hitler que, dos años después de llegar al poder, ya había conseguido la reanexión del territorio del Sarre a Alemania, tras quince años gobernado por la fantasmal Sociedad de Naciones y explotado en su industria y minería por Francia. Legado envenenado de los acuerdos de Versalles. En realidad, cabe preguntarse si la Segunda Guerra Mundial no comenzó con los acuerdos de Versalles, Trianon, Saint Germain y Neilly, en aquellas supuestas conferencias de paz en el entorno de París. Allí, el instinto de revancha, el pacifismo primitivo, la supina ignorancia de los vencedores sobre los pueblos cuya suerte y división se dirimía en esta reinvenición forzosa de Europa, generaron las primeras condiciones para que, a lo largo de tan sólo dos décadas, se instalara sobre Europa esa constelación maldita que hizo pronto añicos la pretendida paz perpetua.

Así, los veinte años transcurridos entre 1919 y 1939 se convirtieron en mero paréntesis antes de la continuación de la tragedia. Dos grandes diferencias hay entre las grandes guerras europeas del siglo pasado. Una está en que la primera fue una clásica guerra por supremacía, territorio e intereses nacionales, en esencia no muy diferente a la austro-prusiana o la franco-prusiana del siglo anterior. La segunda, sin embargo, está dominada por las ideologías totalitarias que asumen el protagonismo durante la falsaria Paz de Versalles, mientras las democracias fracasan estrepitosamente. La otra diferencia, no menor, está en que la primera habría sido evitable y la segunda no. La Gran Guerra, como se llamaba a la contienda de 1914-1918, cuyo detonante fue el asesinato del archiduque austriaco Francisco Fernando en Sarajevo el 28 de junio de 1914 a manos de un joven serbio bosnio, Gavrilo Princip, no tuvo por qué producirse. Quien sea aficionado a los juegos malabares con hipótesis históricas puede entretenerse con las conjeturas sobre lo que habría sucedido de no haber tenido lugar si en Viena y Berlín, en Londres, París y en Moscú, en Belgrado y en Roma, los gabinetes de dirigentes intrigantes, políticos y militares ambiciosos, hubieran fracasado en sus intentos de convertir aquel incidente bosnio en un casus belli que les permitiera sustituir al agónico Imperio otomano como potencia en los Balcanes y en Oriente Próximo.

Podemos poner la fecha del 1 de septiembre al asalto nazi alemán sobre Polonia. Ponérselo al comienzo de la guerra es más difícil, si es que es posible. Sin los Tratados de Versalles, tal como se redactaron, quizás la República de Weimar habría sobrevivido y Hitler habría sido un charlatán lumpen condenado a morir en algún psiquiátrico austriaco de provincias. Y millones de judíos habrían seguido ejerciendo como la levadura de excelencia y cultura de las sociedades del viejo continente. Sin aquella primera guerra, quizás el bolchevismo habría quedado en anécdota. Quizás Stalin habría muerto en algún atraco a un banco. Y Lenin y Trotsky podían haber

terminado sus días jugando al ajedrez en cafés de Zúrich o Viena. Las ideologías redentoras surgidas entonces no se habrían extendido por todo el mundo causando decenas de millones de víctimas de los totalitarismos y las guerras. Y estas personas habrían tenido oportunidad de vivir sus vidas, y hoy entre nosotros vivirían muchos millones de sus nietos, biznietos y tataranietos, exterminados sin haber sido concebidos. Europa no viviría marcada por unos traumas que le impiden ser más libre y resuelta en la defensa de sus intereses legítimos, que en parte se deben al hecho incontestable de que su libertad y su bienestar, primero en el oeste en 1945 y después en el este en 1989, son un mérito menos propio que la responsabilidad en las tragedias habidas.

Dos hechos ciertos para concluir. Hitler fue culpable de la guerra y Polonia fue asaltada por la Wehrmacht el 1 de septiembre de 1939. Y una advertencia que quizás en nuestro país, que no estuvo directamente implicado en aquellos avatares, sea pertinente: sólo las catástrofes naturales se producen de repente. Las causadas por el hombre —que no son sólo guerras— se gestan, muchas veces muy lenta e imperceptiblemente, por la acumulación de errores de los gobernantes, su obcecación en ignorarlos y por tanto no subsanarlos- y por la ceguera ante sus efectos. Hasta que llega la catástrofe, ese 1 de septiembre particular que toda sociedad puede sufrir. Mientras, siempre sin excepción, la mayoría se aferra a la normalidad inexistente y se revuelve contra el alarmismo. «Nadie se preocupe, no pasa nada», era probablemente la frase más común en aquellos años que separan Versalles de la Westerplatte. El apaciguamiento y la obsesión por simular normalidades inexistentes dejaron a los pueblos inermes ante las fuerzas totalitarias. Y repito de nuevo, como deberíamos repetirnos a diario, la sentencia de Primo Levi: «Ha sucedido, luego puede volver a suceder».

NEGACIONISMO, PROBIDAD E INSULTO

Llegamos al final, pero antes de concluir quiero recordar aquí mi primer artículo publicado en la legendaria tercera de *ABC*, el mayor honor al que puede aspirar alguien que escribe opinión en la prensa española. Llegué al *ABC* después de una traumática salida de mi anterior diario, y hoy ya sé que llegué a donde debía.

En muchas escuelas del Reino Unido ha sido discretamente abolido el estudio del Holocausto en la asignatura de Historia a causa de las presiones de alumnos musulmanes que consideran una ofensa perder el tiempo hablando de unas víctimas judías que, por lo demás, niegan hayan existido. A los jovencitos islámicos les molesta un hecho histórico y sus profesores, conscientes de lo irritables que son, deciden abolirlo en aras de la paz. No hay noticias de que los alumnos no musulmanes exigieran a los profesores la restauración de la integridad del relato histórico del siglo xx. El resultado de ello, que no escandalizará a quienes ya todo consideran integrable en la sopa garbancera de la armonía universal, será que las nuevas generaciones de británicos ignorarán la existencia de Auschwitz y de sus millones de muertos, uno de los pequeños detalles que definen la abominable naturaleza del enemigo del Reino Unido en la última guerra y por ello también la grandeza de su propia resistencia y victoria militar. Pronto, también en el Reino Unido serán muchos los que crean que fue aquella una guerra clásica con enemigos moralmente equiparables con objetivos similares.

En los últimos años se citan mucho en España las reflexiones de Hannah Arendt en su viaje a la Alemania de la posguerra y la obcecación de los alemanes por convertir hechos, como la invasión de Polonia o la URSS, en opiniones. También la sarcástica respuesta de George Clemenceau a la pregunta sobre cómo interpretarían la Primera Guerra Mundial las generaciones futuras. El anciano estadista todavía creía en la probidad intelectual y se declaró convencido de que «nadie dirá que Bélgica invadió Alemania». Hoy habría sido más cauto. Especialmente en España. Porque en los tres años de gobierno Zapatero se ha impuesto implacablemente en el discurso oficial ese perverso fenómeno denunciado por Hannah Arendt. El equipo del sentimental lector de Gamoneda niega hoy la realidad con una procacidad y un desparpajo faldicorto a los que ningún otro gobierno europeo sobreviviría siquiera unas semanas.

Es ocioso enumerar sus manifestaciones que niegan hechos para todos evidentes, lógicos, verificables o probados. Llenan las páginas de los periódicos a diario. La muestra más larga la tenemos en esas interminables y tediosas añagazas para ocultar, negar y justificar a un tiempo la coordinación de intereses políticos con el terrorismo vasco. Pero se dan en todas las demás cuestiones capitales, como inmigración,

seguridad o relaciones exteriores. Camelot y su Arturo Zapatero no necesitan la realidad, ese fenómeno menor que transcurre paralelo a sus hazañas y retórica. Y hasta hoy aparenta, además, ser inmune a las consecuencias tóxicas de su política. Pero la sociedad española no lo es, y no hay que ser Merlín para augurar zozobras tras este trienio de romper loza de convivencia y tejido social. Eran loza y tejido fabricados —tras los años de la peor represión de la posguerra— con inmenso esfuerzo, sacrificio y tenacidad por millones de españoles de buena voluntad independientemente del lado en que lucharan ellos, sus padres o sus abuelos. Incluido desde el lanzamiento de la «política de reconciliación nacional» en 1956 de ese Partido Comunista que, como su antiguo líder Santiago Carrillo, se ha lanzado ahora a disputar a Zapatero y a los nacionalsocialistas catalanes y vascos el trofeo de supremo druida del resentimiento.

El negacionismo de Zapatero, su gente y sus aliados parte del desprecio a los hechos, que revelan igual cuando hablan de historia como cuando lo hacen de ayer. Lo hacen sin mala conciencia porque consideran que la importancia de su misión histórica bien merece correcciones a la realidad y muchos sacrificios, especialmente del enemigo. Huevos rotos para la tortilla. El chef, encanta do consigo mismo, es además prestidigitador y dispone de un discurso para cada día y audiencia, pero a estas alturas todo el mundo debiera saber a quién considera el presidente su enemigo y a quiénes aliados potenciales, hayan matado o no. Al fin y al cabo, también a su abuelo lo mataron. Han trazado ya una continuidad grotesca desde las banderías del pasado con objeto de imponer en Madrid también un régimen con vocación de permanencia y excluyente, como los que se han constituido por la vía de los hechos en el País Vasco y Cataluña, es decir, sin una posibilidad de alternancia política real. Tiene por eso su actitud hacia la historia la misma calidad que el negacionismo del Holocausto y las cámaras de gas del nazismo, porque parte de una zafia y dolosa falsificación con intención de arrebatar los derechos políticos a sus adversarios. El pensamiento mágico que domina la personalidad del presidente del gobierno español convierte la política en un juego épico. Tan imponentes ambiciones se desarrollan en un universo sentimental menos que semiculto marcado por igual por el sectarismo, la ideologización primaria y el resentimiento propios del asociacionismo provinciano de principios del siglo xx, unidos a la insoportable levedad de un relativismo moral que considera anticuada o simplemente ridícula la subordinación de los deseos a código alguno. Zapatero debería dar miedo, y yo creo que sólo el inmenso movimiento de odio total a la figura de José María Aznar y, en su ausencia, al Partido Popular —que han logrado mantener sorprendentemente activo socialistas, nacionalistas y la mayoría de los medios de comunicación—, ha impedido que una mayor parte de la sociedad española percibiera con cierta nitidez el peligro que supone para su prosperidad, estabilidad y libertad el camino emprendido por la alianza de socialistas y nacionalistas. Porque el peligro de involución existe, y se manifiesta donde la verdad ha sido abolida, como en los colegios británicos. La dependencia creciente de

sectores claves de la sociedad del poder político, la manipulación e intimidación abierta de la economía, el clientelismo de las autonomías, la persecución —¡sí, persecución!— del castellano en los sistemas escolares bajo regímenes nacionalistas, y los intentos de acabar con la autonomía educativa privada nos sugieren que en pocos años la verdad oficial puede haberse convertido en el principal medio de vida en este país.

La selección negativa en el partido gobernante y entre sus aliados tiene, por supuesto, correcciones paralelas en los órganos afines, apoyos y satélites. Estamos en la hora estelar de los *aparatchiks*. Nuestros actuales intelectuales antifascistas españoles son tan contundentes como los anticomunistas polacos de ahora, a sueldo de los gemelos Kaczyński. Que en Varsovia una serie de mequetrefes intenten cuestionar la integridad de un gigante moral como Bronisław Geremek es un insulto. Como lo es que el gentucismo aquí diga una y otra vez que el PP da alas a ETA, cuando fue su gobierno quien lo tuvo contra las cuerdas con una política que se ha dinamitado. Los coros de héroes subvencionados saben que si toca hacer un giro saharauí, se hace y punto. El relativismo es maravilloso para mantener la conciencia en baño maría. Es una más de las nefastas consecuencias de ese Mayo del 68 que con tanta razón ha denunciado Nicolás Sarkozy. El páramo moral y cultural que comenzó a extenderse entonces por las democracias occidentales alcanza tal extensión que sus moradores ni siquiera intuyen la existencia de alturas culturales y morales de referencia, y sólo cuentan con orientaciones primarias como la autopromoción, los intereses propios, el narcisismo y el desprecio a toda jerarquía y autoridad que pueda cuestionar lo anterior. En la maravillosa carta a su padre que hace de prólogo en su libro sobre la catástrofe educativa, *Progresá adecuadamente*, Xavier Pericay cita aquella memorable tercera de *ABC* póstuma de Carlos Luis Álvarez, «Cándido», en la que advertía que la alternativa a la graduación jerárquica no era la igualdad, sino la tiranía.

La fobia a la excelencia, el ataque a las formas, a la meritocracia y a la elegancia como condenable «elitismo» —nada tan significativo como la procacidad del feísmo del mundo *abertzale* y de la subcultura surgida al amparo del nacionalismo catalán—, el desprestigio del esfuerzo, el desprecio al escrúpulo y a la autoridad así como el igualitarismo a la baja de una tiranía cultural obsesiva e hiperactiva, son factores culturales sin los cuales nadie podría explicar la incapacidad de las sociedades europeas para reaccionar ante las amenazas que se ciernen sobre ella. Durante todas estas décadas no han hecho sino aumentar y fortalecerse los mecanismos sectarios que expulsan del paraíso de los biempensantes a aquellos que cuestionan la validez total y absoluta de un movimiento —Mayo del 68— basado fundamentalmente en negar, combatir y despreciar los valores permanentes occidentales desde Atenas —bonitas evocaciones de las Termópilas escritas por Fernando Savater y Arturo Pérez-Reverte—, que han hecho de la sociedad abierta el sistema de convivencia más próspero, libre y feliz jamás habido. Sin embargo, no hay organización humana, por

excelsa que sea, que sobreviva indefinidamente al acecho de enemigos si no sabe generar defensores.

DESPEDIDA

reo en la bondad del mensaje de la historia cuando se asume con humildad, lucidez y buena fe. Creo que así, vista con la mirada limpia, la historia puede hacer mejores a los hombres, más avisados para no caer en las trampas que nos convierten en monstruos a los individuos y en infiernos las comunidades humanas. En ese sentido está escrito este libro, que es un cúmulo de reflexiones, enfadadas unas, tristes otras, divertida alguna, pero todas con la vocación de ser un aviso ante desastres presentes y amenazas futuras. El ser humano puede ser muy idiota y son muchos los que saben que pueden utilizarlo en beneficio de unos pocos. Esos pocos están convencidos de que cuantos más idiotas haya, más individuos apolíticos, sin historia ni pensamiento crítico propio, más fácil será crear las sociedades sumisas con las que experimentar en busca de un hipotético hombre nuevo y una sociedad futura a la que sacrificar la actual.

En su soberbia de cambiar al hombre y los principios por los que se rige son capaces de intimidarnos, empobrecernos, asustarnos, forzarnos a lo intolerable e incluso matarnos, supuestamente para hacernos felices. La historia nos lo enseña una y otra vez. Ésas son las gentes a temer. Las que juegan a ser Dios y quieren ser dueños de nuestras conciencias. Las que socavan nuestras libertades porque creen tener un régimen mejor, en todo caso para sus fines, y que les llama desde el futuro y les exige esos sacrificios en el altar del progresismo.

Mi escrito podrá parecer exagerado, histriónico, injusto desde luego y en todo caso caótico. Mi principal intención ha sido la denuncia del maltrato insoportable a que han sido sometidos los españoles por Zapatero y su secta tan mediocre como feroz. Y he querido desvelar los vínculos entre situaciones aparentemente banales y tragedias individuales y colectivas; es además una llamada a no dejarse jamás intimidar, a no caer en su trampa del miedo, a no ceder ante la injusticia y la fuerza y a estar avisados ante su permanente mentira. Aquí concluye este grito indignado por lo sucedido y temeroso ante lo que puede suceder. Ha sido pensado y escrito como un llamamiento a vencer al miedo y la mentira para defender los valores de esta sociedad abierta, la mejor, más rica y compasiva jamás habida, que es la occidental, la de Europa y América, la de las ideas y las libertades. Es un llamamiento a proteger nuestropreciado tesoro común, heredado de nuestros mayores, y a saber entregarlo, respetado, seguro, próspero y libre, a nuestros hijos y nietos. Me refiero, por supuesto, a nuestra nación. A España.



HERMANN TERTSCH DEL VALLE-LERSUNDI (Madrid, 9 de abril de 1958) es un periodista y escritor español. Hijo de Ekkehard Tertsch, austriaco, periodista y diplomático y de Felisa del Valle-Lersundi y del Valle. Es primo de Ana de Palacio y de la fallecida Loyola de Palacio. Desciende, por línea materna, de Francisco Lersundi Hormaechea, presidente del Gobierno en 1853 y cinco veces ministro. En su juventud fue miembro del Partido Comunista de Euskadi. Fue miembro del Foro de Ermua.

Profesionalmente, se inicia en la empresa periodística familiar, el boletín económico *Spanish Economic News Service*, pasando a trabajar en 1982 en la Agencia EFE, para la que desde entonces cubre la corresponsalía en Viena, ocupándose de los países de Europa Central y Oriental.

Se incorpora al diario *El País* en 1985, periódico del que se convierte en corresponsal en Bonn y en Varsovia. A principios de los 90 cubrió las guerras yugoslavas como enviado especial. Entre 1993 y 1996 llega a ser subdirector del diario y responsable de la sección de opinión. En 1996 deja la subdirección, manteniendo una columna de opinión en el mismo periódico hasta 2007, momento en el cual, por discrepancias con la dirección, abandona definitivamente este medio de comunicación. Desde 2004 colabora en la emisora de radio Onda Cero, interviniendo como contertulio en el programa «Herrera en la onda». Desde 2006 acude también como analista político al programa de Telemadrid «Madrid opina». En 2007 su participación como contertulio habitual en este último programa, unido a su progresivo distanciamiento de la línea editorial de *El País*, tanto en política internacional (particularmente en relación a

Israel y el conflicto de Oriente Medio) como en política nacional (muy crítico con el gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero por su política antiterrorista), provocó que fuese cesado después de más de dos décadas en su plantilla. Desde mayo de 2007 es analista político, crítico, entrevistador y columnista del diario *ABC*, y entre junio de 2008 y marzo de 2010 presenta y dirige el espacio nocturno de Telemadrid «Diario de la noche». Desde entonces colabora como analista político en espacios como «La vuelta al mundo» de Veo (2010-2012), o «El cascabel» (2013-) de 13tv y en programas de radio como «Sin Complejos» de EsRadio, perteneciente al grupo Libertad Digital.

Ha publicado: *La venganza de la historia* (1993) (ensayo sobre Europa), *La acuarela* (1997) (novela), *Cita en Varsovia* (1999) (novela), *Libelo contra la secta* (2010) (ensayo) y *Días de ira* (2015) (ensayo).

Notas

[1] *For the Time Being: a Christmas Oratorio.* <<

[2] I sit in one of the dives
On Fifty-second Street
Uncertain and afraid
As the clever hopes expire
Of a low dishonest decade:
Waves of anger and fear
Circulate over the bright
And darkened lands of the earth,
Obsessing our private lives;
The unmentionable odour of death
Offends the September night.

Accurate scholarship can
Unearth the whole offence
From Luther until now
That has driven a culture mad,
Find what occurred at Linz,
What huge imago made
A psychopathic god:
I and the public know
What all schoolchildren learn,
Those to whom evil is done
Do evil in return.

Exiled Thucydides knew
All that a speech can say
About Democracy,
And what dictators do,
The elderly rubbish they talk

To an apathetic grave;
Analysed all in his book,
The enlightenment driven away,
The habit-forming pain,
Mismanagement and grief:
We must suffer them all again.

Into this neutral air
Where blind skyscrapers use
Their full height to proclaim
The strength of Collective Man,
Each language pours its vain
Competitive excuse:
But who can live for long
In an euphoric dream;
Out of the mirror they stare,
Imperialism's face
And the international wrong.

Faces along the bar
Cling to their average day:
The lights must never go out,
The music must always play,
All the conventions conspire
To make this fort assume
The furniture of home;
Lest we should see where we are,
Lost in a haunted wood,
Children afraid of the night
Who have never been happy or good.

The windiest militant trash

Important Persons shout
Is not so crude as our wish:
What mad Nijinsky wrote
About Diaghilev
Is true of the normal heart;
For the error bred in the bone
Of each woman and each man
Craves what it cannot have,
Not universal love
But to be loved alone.

From the conservative dark
Into the ethical life
The dense commuters come,
Repeating their morning vow;
"I will be true to the wife,
I'll concentrate more on my work,"
And helpless governors wake
To resume their compulsory game:
Who can release them now,
Who can reach the deaf,
Who can speak for the dumb?

All I have is a voice
To undo the folded lie,
The romantic lie in the brain
Of the sensual man-in-the-street
And the lie of Authority
Whose buildings grope the sky:
There is no such thing as the State
And no one exists alone;

Hunger allows no choice
To the citizen or the police;
We must love one another or die.

Defenceless under the night
Our world in stupor lies;
Yet, dotted everywhere,
Ironic points of light
Flash out wherever the Just
Exchange their messages:
May I, composed like them
Of Eros and of dust,
Beleaguered by the same
Negation and despair,
Show an affirming flame. <<